SILVIA MARTÍNEZ-MARKUS

EL MAR NO SIEMPRE ES AZUL

astor
NOVA

SILVIA MARTÍNEZ-MARKUS

El mar no siempre es azul

astor
NOVA

Colección: Astor Nova
Director de la colección: Ricardo Regidor

© Silvia Martínez-Markus, 2014
© Ediciones Palabra, S. A., 2014
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de portada: Raúl Ostos
Diseño de EPUB: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-168-5

Todos los derechos reservados
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

«Pido lucidez,
tampoco mucha, sin excesos,
pero me gusta pensar que algún día
podré desmadejar el océano
y separar los dos hilos
que forman la línea del horizonte».

Susana Obrero

1

Cuando los pescadores de estas tierras miran hacia el sur y descubren la calima, una neblina blanca que cubre sobre el mar la línea del horizonte, saben que poco después llegará el lebeche, el viento del desierto. Y, tras él, la tormenta y la lluvia.

Para ellos ni una sola gota de agua del océano, ni la más tenue brisa se mueven por casualidad: el azar no existe.

Solo has de saber leer los signos del mar y del cielo y descubrir qué sentido oculto se esconde detrás.

Predecir la tormenta y anunciar la calma.

No siempre la quietud es portadora de ventura, ni la tempestad, de infortunio.

Tras el lebeche los peces grandes abandonan sus tanas y los pescadores preparan sus artes de pesca.

Todo comenzó el 23 de junio, último día de clase antes de las vacaciones de verano y víspera de mi cumpleaños. Aquel día estuvieron a punto de partirme una pierna. Y la cara.

Después de recoger las notas en el instituto me dirigí a la piscina municipal donde nadaba desde que tenía uso de razón. Debía realizar las pruebas de clasificación para los campeonatos nacionales.

Si ganaba, tendría el puesto asegurado en cien metros estilo libre. Para ello debía enfrentarme a un pez gordo. Se llamaba Vanesa, era rubia de bote y la mejor nadadora de la región en mi categoría.

Entré en el polideportivo con el tiempo justo para evitar encontrármela en los vestuarios. Como había aprobado todo en el instituto me sentía animada, pero cuando la vi allí en la piscina con un gorro plateado, estilo escama de merluza, o más bien aleta de tiburón, sentí cierto temor que disimulé con un gesto serio e indiferente.

Al verme se llenó la boca de agua y la escupió haciendo un chorro de surtidor.

Me subí a la plataforma de salida y sonó el silbato.

Todo parecía ir bien, pero, cuando mi mano tocó la pared y saqué la cabeza, noté que algo extraño pasaba. Ana, nuestra entrenadora, no se acercó a nosotras como otras ocasiones, sino que con el juez y el árbitro miraban en fila el marcador.

Dirigí la vista hacia los números que decidirían mi futuro. Y con asombro vi que Vanesa y yo habíamos hecho la misma marca. Exacta.

Las amigas de Vanesa, también del equipo, sentadas en las gradas y a las que había

oído aplaudir y gritar durante toda la prueba, nos miraban en silencio. Hasta que un gesto de Vanesa hizo que comenzaran a abuchearme.

Ana nos esperó junto a las toallas. Era la típica deportista alta, fuerte y de hombros anchos, trabajados durante muchos años en el agua. Se contaba que había competido en varias olimpiadas, pero ella siempre evitaba conversaciones sobre su vida profesional.

—¡Increíble! No había visto algo así en mi vida. Esto significa que vosotras dos –nos señaló a Vanesa y a mí– tendréis que repetir la prueba eliminatoria en los regionales dentro de quince días.

Vanesa emitió un gruñido de desaprobación, mientras retorcía en su dedo el collar de perlas cultivadas que no se quitaba ni para nadar. Sus amigas ya habían bajado de las gradas y la rodeaban.

La entrenadora sacó de una carpeta unos papeles que nos fue repartiendo.

—Este es el folleto de los campeonatos regionales y la ficha de autorización que tienen que firmar vuestros padres. Los de la federación nos han pedido que la mandemos esta tarde o mañana.

Miré las fotos de la piscina de la Ribera. Eran las piscinas saladas más modernas de Europa y nunca había nadado en ellas.

Todas se dirigieron a los vestuarios y yo dudé si meterme en la piscina de nuevo hasta que se cambiaran, pero recordé que Julia, mi amiga, me esperaba en la puerta.

Aquellos vestuarios para mí eran como un mar repleto de depredadores.

Me estaba poniendo el albornoz, cuando noté la mano de Ana sobre mi hombro.

—¡Esta es tu oportunidad! –me dijo mirándome a los ojos–. Tengo toda mi confianza puesta en ti.

—Ya –contesté, bajando la cabeza.

—Si me acompañas al despacho, te doy tu carnet de la federación. Ya hice la fotocopia que nos pidieron.

Bajé de las oficinas despacio, deseando que se hubieran marchado.

Pero seguían allí gritando entre vapores de agua caliente.

Me sentía como un indefenso atún plateado nadando hacia las fauces de un enorme escualo.

Doblaba el pasillo de las duchas, cuando oí un murmullo. Era la voz de Vanesa. Me escondí detrás de la puerta del baño de discapacitados.

Dicen que el tiburón más peligroso no es el que ves, sino el que no ves.

—Se va a enterar esa pringada. ¿Dónde se habrá metido? –susurró.

—Está haciendo la pelota a la entrenadora –contestó Davinia, una de sus amigas–. Voy a mirar.

Pasó delante de la puerta del baño y se detuvo. Podía ver sus chanclas rosas.

—No me voy de aquí sin meterle la cabeza en el váter –amenazó Vanesa–. Y después tiraré de la cadena.

Los tiburones blancos atacan desde abajo con una embestida.

Tragué saliva.

—Tiene aquí toda su ropa. Abrimos la taquilla y la quemamos –añadió Davinia.

—¿Has mirado en la ducha de los minusválidos? A veces se mete allí para cambiarse –indicó Vanesa.

—Sí, y está la puerta abierta. ¡Vámonos! ¡Tengo frío y se me pasa el efecto de la mascarilla del pelo! ¡Es de nuez de Macadamia! ¿Has llamado a Bastian?

Bastian era como ahora se hacía llamar el Sebas, un chaval del pueblo con doce de cociente intelectual y el pelo teñido de rubio, que conducía una moto sin silenciador en el tubo de escape, y ocultaba su idiotez amenazando, intimidando y robando el bocadillo a los alumnos de los primeros cursos.

Los bocadillos no se los comía. Los lanzaba de una patada al campo de fútbol.

—Sí, nos espera en la puerta con la moto. Parecerá un accidente. ¿Cuánto tiempo llevas la escayola si se te parte una pierna?

—Creo que seis semanas –contestó Davinia, desde el final del pasillo.

Los tiburones marcan un territorio en el que engullen todo animal u objeto con el que se cruzan.

Enseguida oí sus voces alejarse hacia las duchas y pensé que tenía que escapar de allí cuanto antes.

Me dirigí a la piscina. El juez y la entrenadora se habían marchado y solo quedaba Juanjo, el socorrista, que llevaba el uniforme blanco y rojo de la piscina.

—Oye, hay tal inundación en las duchas que nos llega el agua a la rodilla –dije asustada.

—¿A la rodilla?

—Sí, se ha atascado todo con los pelos. Pelos largos y enmarañados.

—Yo no me puedo mover de la mesa –contestó con cara de asco.

—¿Ni siquiera para avisar al bedel? ¿Y si nos ahogamos en los vestuarios? No haces nada ahí, todo el día sentado. ¿Te pagan mucho por tu desidia?

—Espera… Voy.

Se alejó con paso cansino hacia la entrada, momento que aproveché para abrir su mochila, que había dejado junto a la mesa, y sacar unas bermudas y una camiseta. Estaban sudadas. Las escondí bajo el albornoz.

Juanjo encontró enseguida a Carmen, la bedel. Se dirigían a los vestuarios desde el otro extremo de la piscina. Tenía pocos segundos para escapar de aquellas aguas turbias.

Me acerqué al panel de fusibles del polideportivo.

Si caes al mar y te descubre un tiburón, has de evitar que te confunda con una presa.

Bajé el fusible general.

Corrí por el pasillo de los vestuarios y entré, estampándome contra la pared, en la zona de retretes. Me metí en el último. Oía los gritos histéricos de las duchas.

Cuando dieron la luz yo me había vestido ya con la ropa del socorrista, que apestaban a sudor, y encaramada en el retrete intentaba abrir la ventana. Por esa ventana me había colado muchas noches en la piscina con mi primo y sus amigos.

Salté al jardín que bordeaba el polideportivo y, pegada a la pared, me acerqué a la puerta.

Allí estaba Julia, mi mejor amiga y vecina, esperándome. Y, a su lado, el Sebas con la moto.

Detrás de un matorral comencé a hacer señas a Julia con las manos, pero no me veía.

En ese momento pasaron corriendo a mi lado unos niños que jugaban al escondite. Y uno vino a esconderse a mi arbusto.

—¿A que no te atreves a decirle a esa chica morena que le está esperando aquí Pau?

—Pues no. Estoy ganando y, si salgo, me descubrirán –contestó el chico.

—Tú eres hijo de Toñi la de la panadería. ¿Quieres que le diga a tu madre que tiras piedras contra la casa de Cornelia?

Todos, de niños, habíamos tirado piedras contra la casa de Cornelia, la loca del pueblo.

El chico me miró serio.

—¿Me has visto?

—Pues claro, o sales ahora mismo y avisas a mi amiga o esta tarde hablo con tu madre.

El chaval resopló y se tiró al suelo. Poco después, sin ser descubierto por sus amigos, llegó hasta Julia.

—¡Ah! ¡Eres tú! –exclamó Julia cuando llegó al seto–. No es necesario que me engañes diciendo que eres Pau para hacerme venir.

—¡Agáchate! ¿Te ha visto Sebas?

—Sí, pero acaba de salir Vanesa y sus amigas las gritonas, y se ha despistado con sus alaridos.

—¿Tu hermano está jugando al baloncesto?

—Pero ¿qué pasa?

—Me van a partir una pierna.

Sin apartarnos de la pared llegamos a la pista de baloncesto, donde Méndez, el hermano de Julia, lanzaba triples con los del equipo.

—Dile que nos acompañe a casa –le insistí a Julia.

Sabía que Méndez era amigo del guardia de seguridad, que no tendría inconveniente en abrirnos la puerta de atrás.

Minutos después andábamos hacia casa, mientras les contaba lo ocurrido con Vanesa.

—Eres la única del puerto que pertenece al equipo de natación. Debes mantener la cabeza alta –añadió Méndez, botando, como siempre, su pelota de baloncesto.

—¡Tienes que ganar a Vanesa! ¡No! ¡Aplastarla! ¡La venganza será terrible! –contestó Julia, pinchando con un lapicero su largo pelo negro en la nuca.

La tensión en el instituto y en el polideportivo entre los alumnos que vivíamos en el puerto y los de las urbanizaciones nuevas de los alrededores no paraba de crecer, manifestándose en un desprecio irracional y poco disimulado hacia nosotros, a los que nos consideraban «inferiores». Nos defendíamos con el orgullo de los que se sienten despreciados en su propia tierra. Y por ese motivo ninguno de nosotros acudiría por la noche a la fiesta de fin de curso, que boicoteábamos desde que un par de años antes una chica borracha de las urbanizaciones vomitó sobre Méndez y llamaron a la policía municipal para que lo detuvieran a él por desórdenes públicos.

Cuando llegué a casa, Concha, mi madre, trabajaba en el patio en un cuadro que le habían encargado unas semanas antes.

—¡Sobresaliente en biología! ¡Qué buenas notas! –exclamó señalando el boletín que había dejado en la mesa junto a su monedero de plástico rojo–. ¡Son mejores que las del año pasado!

—Ya –contesté. Y me senté en el sofá. Todavía temblaba.

—¡Cómo vas vestida! ¿De dónde has sacado esa ropa? ¡Apesta!

—De un amigo… En la piscina he hecho la misma marca que Vanesa. Tenemos que ir a los regionales en la Ribera dentro de quince días.

Solo deseaba que mi madre me consolara.

—¡Ah! Quince días… ¿A las piscinas saladas? –preguntó mi madre con un sobresalto.

—Sí, la que gane se clasificará para los campeonatos nacionales.

Me levanté y dejé sobre el hule la autorización hecha un gurruño.

Volví al sofá y se hizo el silencio entre nosotras. Comencé a hojear el periódico local, que apretaba con fuerza, como si fuera a escurrírseme entre los dedos, mientras mi cabeza daba vueltas a lo que había sucedido en la piscina.

—Stella, no puedes competir en los campeonatos regionales de la Ribera.

La voz de mi madre resonó en el patio como la hoja de una guillotina.

Levanté la cabeza a la vez que abría la boca.

—¿Cómo?

—Que no vas a ir –contestó mi madre limpiando un pincel.

Miré a mi alrededor.

—¿Ha estado aquí Vanesa?

—No –contestó mi madre tajante, y con la mirada puesta en el cuadro–. No tiene nada que ver con ella.

Mi aparente calma desapareció, y me incorporé sin entender a mi madre.

Aquello no era un tiburón blanco, sino una horca asesina.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa? –pregunté–. Toda mi vida me he estado preparando para las pruebas. Tengo muchas posibilidades de ser la mejor del país.

Y comencé a sentir un dolor que me atravesaba.

Mi madre levantó la vista.

—Ya no puedes competir: es imposible. Por tu bien, jamás firmaré la autorización.

—¡Pero… ¿Qué dices?! ¡Pero… ¿Qué dices?! ¡Dame una razón! –exclamé con fuerza–. ¿Por qué es imposible?

Mi madre respiró profundamente. Nunca la había visto tan sería y rígida.

—¡No insistas, Stella!

—¡¿Que no insista?!

Cogí el monedero de plástico rojo y, sin pensar, lo tiré por encima de mi cabeza contra la pared. Se estrelló contra un plato colgado en el patio, que se cayó al suelo y se partió.

2

Subí corriendo las escaleras y entré en la buhardilla dando un portazo, que sonó a disparo.

Me tiré en la vieja colchoneta verde y comencé a silbar. Silbar era lo único que me calmaba cuando me enfadaba.

Me había pasado con el monedero rojo. Seguro que el plato roto era de su colección de platos regionales.

Elevé el tono de mi silbido hasta que me dolieron los mofletes. Y entonces escuché una voz, procedente del patio vecino.

—¡Vaya, tenemos fiesta!

Dejé de silbar y me pasé rápida la mano por el pelo. ¿Por qué estaba mi primo en la azotea a la hora de comer, con el calor que hacía?

—¡Cállate, que no entiendes nada! –exclamé.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ni se te ocurra asomarte! –contesté, y corrí a cerrar la persiana de la ventana que unía mi casa con la azotea de mis tíos.

Enseguida oí el timbre de la calle y la voz de Julia:

—¡Soy yo, y voy a subir!

—¿Qué haces aquí? –le pregunté, ocultando que me alegraba verla.

Llevaba en la mano los trozos del plato. Era uno de los más antiguos de la colección de cerámica regional de mi madre.

—Creo que las amigas están para apoyarse en los momentos de dolor. ¿Qué hago con esto? –preguntó señalando el plato–. Me lo ha dado tu madre sin decir nada.

—Déjalo por ahí, ya lo pegaré –contesté sin querer mirarlo.

—¿Has sido tú?

Afirmé con la cabeza.

—¡Qué bestia eres!

Julia cogió un racimo de uvas pasas del techo y empezó a comérselas.

—¿Te ha llamado Pau? –le pregunté.

—¿Tu maravilloso primo? No ¡Ojalá me llamara! Se han oído tus gritos y el portazo por toda la calle… ¿No estará él en la azotea? –preguntó en un susurro, asomándose por una rendija de la persiana verde.

—Sí… ¡Solo te interesa mi primo! –exageré.

—Bueno, ya sabes… ¡Amanecerá Dios y medraremos! –respondió Julia, como

recitando uno de los textos que ensayaba para sus clases de teatro–. Pau es un ser extraño, al que por el momento no le intereso. Ni yo ni nadie.

La miré con gesto de «¿A mí qué me importa lo que haga mi primo?».

Julia se alejó de la ventana y se tiró –haciendo que se desvanecía– a mi lado en la colchoneta. Aún llevaba el pelo negro recogido en lo alto de la cabeza con el lapicero.

—¿Qué ocurre? –preguntó mientras se metía un grano de uva en la boca.

—No me deja competir en los regionales.

—¡Qué raro! ¿Motivos?

—Ocultos. Dice que pronto los sabré.

—¿Qué intuyes? –preguntó escupiendo el pipo de la uva.

—Ni idea… Pero es un asco. Creo que se está volviendo loca. ¿Por qué me apuntó de pequeña a natación? ¿Habrá venido el padre de Vanesa y la habrá sobornado?

—No creo, los padres de Vanesa están como siempre de viaje, pero quizá tu madre reciba una iluminación de lo alto… o un platazo, y cambie de opinión –contestó escupiendo otro pipo.

—¡Solo necesito una explicación!

—Bueno, nos quedan dos años para ir a la universidad. Nos iremos a la ciudad y haremos lo que nos dé la gana…

Interrumpí a Julia:

—Y ya habré perdido mi oportunidad de clasificarme en unos campeonatos nacionales de natación: lo único que realmente me gusta y se me da bien. ¿Sabes lo que significa ir a unos juegos olímpicos?

—Bueno… Puedes cambiar la natación por el tiro al plato… –contestó Julia con un pipo entre los labios.

—¡No escupas más pipos sobre la colchoneta!

Sonó el teléfono de Julia. Era su padre para advertirle que se le enfriaba la comida encima de la mesa.

—¡Qué pesado! –exclamó, levantándose.

Se despidió y me dejó sola. Me acerqué a la pecera y eché de comer a los peces. Enseguida se arremolinaron en la superficie. Me encantaban los peces tanto que, cuando era pequeña, pasaba horas con las manos dentro del agua jugando con ellos. Estaba decidida a estudiar Ciencias del Mar cuando acabara el instituto. Me gustaban tanto vivos, como el *sushi,* mi comida favorita.

De pronto me acordé de Pau y abrí un poco la persiana para comprobar si se había ido. Pero allí estaba, apoyado en la pared de la azotea de su casa, a un metro por debajo de mí, leyendo.

Iba vestido con una camiseta de Spiderman, y, como siempre, llevaba las gafas «solo» para leer. Su afición preferida era leer en la azotea y dibujar cómics con los que

había ganado ya varios concursos. De pequeño también jugaba al baloncesto hasta que se rompió una pierna y lo sustituyó por el piragüismo en el mar.

Parecía que no me había visto, pero cuando me disponía a cerrar la rendija de la persiana, sin levantar la vista del libro, y con una sonrisa irónica, preguntó:

—¿Qué? ¿Vamos a los campeonatos?

Golpeé la persiana contra el marco.

—¡Cotilla! ¡Eres mássssssss cotilla!

—¿Yo? Yo no me he asomado a tu casa.

Me tumbé de nuevo en la colchoneta. Y de reojo miré los restos de la cerámica de Talavera.

¿Qué le ocurría a mi madre? Mi cabeza intentaba encontrar una razón. Solo tenía una idea clara, lucharía con todas mis fuerzas contra cualquier obstáculo que arruinara mi futuro. Y mi futuro en ese momento estaba en los campeonatos de natación. En ganar a Vanesa y en conseguir que Sebas no me partiera antes la cara.

No bajé a comer, a pesar de que ascendía por la escalera olor a carne y patatas asadas. Esta vez me produjo náuseas.

Mientras descargaba mis energías negativas golpeando el saco de boxeo, que mi tío usaba antes de casarse, y pensaba cómo enmendaría lo del monedero, llamó Julia:

—¿Cómo va la cosa? Oye, que mi madre se tiene que ir al médico y me quedo sola toda la tarde en el herbolario. ¿Te vienes?

Le contesté que sí. Era la excusa perfecta para no entrenar y aplazar las preguntas de mi entrenadora sobre la autorización y la extraña negativa de mi madre.

Fina, la madre de Julia, había heredado el herbolario de su propia madre, Antonia, que a veces –cuando no estaba en el hogar del pensionista pinchando la música del baile– le ayudaba. El herbolario estaba situado al final del paseo marítimo y era el único del pueblo. Se dividía en dos estancias grandes, una de cara al público cubierta de estanterías de madera oscura con todo tipo de hierbas y productos naturales. Y un pequeño almacén repleto de cajas y sacos, que desprendían infinidad de olores. Antonia, la abuela de Julia, era una verdadera especialista en hierbas y remedios naturales, que curaban desde una pulmonía hasta un mal de amores.

—¿Por qué no te cura tu abuela esa mala tendencia hacia cierto chico que las dos conocemos? –le decía yo a Julia–. Una infusión y ¡ya está! ¡Olvidado!

—Jamás pueden olvidarse los peces del mar –contestaba Julia.

Antonia siempre decía que yo también tenía buena mano para los animales y las plantas. A veces, Julia y yo les acompañábamos a la sierra a recogerlas. Como si de un don innato se tratara, yo podía diferenciarlas sin dudar en ninguna de ellas. Después las colgábamos en la nave del padre de Julia. Cuando se secaban, las metíamos en pequeñas

bolsas que se colocaban en las estanterías de la tienda. Completaban la variedad de hierbas medicinales con productos de otros países.

Entré esa tarde en la tienda como un toro en la plaza, golpeando con tanta fuerza la puerta de cristal contra la pared, que no se rompió de milagro.

Julia, que estaba sentada tras el mostrador, se sobresaltó.

—¡Tranquila!

—Lo siento.

Me recibió el olor fascinante de las diversas plantas, que me recordó que no había comido.

—Anda, toma, ¡que tendrás un hambre…! –me dijo Julia, poniéndome en la mano un bocadillo envuelto en papel de plata.

—¡Cómo me conoces!

—No sabía si te gustaría más el jamón o las sardinas.

Me imaginé las sardinas sobre el pan y me parecieron tan apetitosas, como nunca me había ocurrido antes. Se me debió de notar en la cara porque Julia solo dijo:

—Lo siento, es de jamón.

Mientras daba buena cuenta del bocadillo de jamón con tomate, me senté mirando al mar, intenté relajarme y no pensar en mi madre ni en la natación y recé para que mi entrenadora no necesitara unos vahos de eucalipto.

Acababan de recibir un pedido desde muy lejos –las letras de la caja eran árabes– y tuvimos que colocarlo. Entre todos los paquetes llamaron mi atención unos bloques marrones de resina, que olían que apestaban, como a cebolla…

—¡¿Va a hacer colonia tu abuela con esto?! ¿Eau de *cloaque*? –le pregunté a Julia, mientras lo probaba con la punta de la lengua.

Su sabor amargo me obligó a comerme un caramelo de menta del cesto de mimbre del mostrador.

—Ni idea, no lo he visto en mi vida.

Volví a sentarme en la silla dura de madera, desde la que se veía la playa del Puerto en la que ya jugaban muchos niños. No podía apartar los ojos del mar, que ejercía en mí un poder de atracción desconocido hasta ese momento.

—Se te van a poner los ojos azules de tanto mirar al mar –me solía decir mi primo cuando éramos pequeños y yo me sentaba durante horas en el espigón frente a la línea del horizonte.

Julia me pidió que atendiera a los clientes, mientras ella intentaba memorizar la obra de teatro que representaría con los de la universidad popular a finales de verano. Ella hacía de doña Elvira, una doncella despechada.

Pero cada vez me sentía más intranquila y solo tenía ganas de correr hacia la playa y

lanzarme contra las olas.

Los padres de Julia llegaron poco antes de cerrar. Habían pasado por el mercado y traían las manos llenas de bolsas. Cuando su madre vio la resina oscura, se alegró.

—¡Ha venido la asafétida! ¡Qué pena no haberlo sabido antes, la podíais haber molido y hecho los paquetes! Me la llevan pidiendo mucho tiempo.

—¿Para qué sirve? –le pregunté.

—Algunos marineros la usan para alejar a ciertos animales de los barcos.

—¡Ah sí! ¿Qué animales? –preguntó Julia.

—Creo que tenemos que marcharnos –contestó sin dar respuesta la madre de Julia–. Nos llevamos los billetes y mañana hacemos la caja.

Me alejé con pesar del paseo marítimo en el que ya habían encendido las farolas. Al cruzar la calle Mayor, me encontré con Cornelia, la loca del pueblo. Como siempre, empujaba su carrito de la compra lleno de bolsas y un gato color caramelo que parecía disecado porque apenas se movía. Intenté evitarla, pero se dirigió derecha a mí.

—¡Eh, tú! ¡Prepárate! –gritó.

Aceleré el paso y me metí por la calle Toneleros, escapando de semejante desequilibrada, cuya única ocupación consistía en pasearse por el puerto mirando hacia la bahía.

3

Cuando entré en casa ya había anochecido, pero mi madre no estaba, lo que agradecí.

En una esquina del patio aún yacía tirado el monedero, como un guiñapo. Aparté la vista de él.

Sobre la mesa mi madre había dejado un papel.

—Mañana tendrás una explicación –decía.

—Sí, mañana, que es mi cumpleaños. ¡Anda, no me fastidies! –pensé y tiré el papel hecho una bola junto al monedero.

Nunca había visto a Concha comportarse de una manera tan extraña. Y recordé que, desde los exámenes de fin de curso, parecía más seria. A veces cuando yo llegaba a casa y la encontraba pintando en el patio, tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado. Siempre pensé que se debía a llevar tantos años viuda.

Pero, cuando sabes que has sido adoptada, siempre planea sobre tu cabeza la sombra de tus verdaderos padres. Lo único que sabía de ellos era que habían muerto catorce años antes. Solo me habían dejado una cadena de oro, de la que colgaba una pequeña caja dorada en forma de concha que guardaba una llave diminuta. La llevaba siempre conmigo.

En la cocina pinché con un tenedor unos boquerones en vinagre, y, chorreando aceite por el pasillo, subí a la buhardilla. Mi primo ya no estaba en la azotea, pero sobre el alféizar de la ventana encontré dos libros con un papel escrito por él:

Para que dejes de silbar, Pau.

Uno de los libros se titulaba: «*Adiós depresión. Cómo superar los estados bajos de ánimo en deportistas de élite*».

—¡Muy gracioso! –pensé.

Y lo dejé donde lo había encontrado.

El otro era: «*Guía para soportar a tus padres*».

Me cambié de ropa y me marché a la playa de la Isla. Me sentía tan enfadada, que lo único que me podía calmar era correr por la orilla del mar.

Metí la apestosa ropa de Juanjo en una bolsa de plástico y de camino la dejé colgada del pomo de la puerta de su casa.

La playa de la Isla parecía desierta, pero enseguida descubrí las luces de unos pescadores en las rocas de la izquierda, en el Gachero. Aunque era noche cerrada, parte de la playa estaba iluminada por las farolas del restaurante cercano a la carretera.

Me aproximé a la campana dorada de la orilla. Siempre me habían llamado la atención las campanas que había en todas las playas de nuestro pueblo. De pequeña me sentía atraída por ellas y preguntaba para qué servían.

—Para avisar de que alguien está en peligro dentro del mar –me solía contestar mi madre.

Comencé a correr de un extremo al otro de la playa sorteando las cañas que habían dejado unos pescadores. Cuanto más rápido me movía, menos pensaba, y mi dolor disminuía.

Había corrido media hora, cuando noté que perdía las fuerzas. Me lancé al agua y después me senté detrás de una barca a descansar.

Sobre la isla –que daba nombre a la playa– la luna nueva dejaba ver un fino hilo plateado.

Enseguida recordé los campeonatos, y, cuando estaba a punto de empezar a silbar, reconocí una sombra conocida que se acercaba a la orilla. Con los mofletes aún inflados me tiré boca abajo sobre la arena.

La sombra era mi madre que se acercaba a la campana, pero no la tocó, como le había visto hacer otras muchas veces, cuando alguien tenía dificultades, sino que se sacó del bolsillo un cilindro alargado, uno de esos silbatos con los que los submarinistas se llaman entre ellos, metió la mano en el agua y lo movió hacia derecha e izquierda.

Me resultaba cada vez más extravagante su comportamiento.

Seguro que ahora aparecía el padre de Vanesa y le pasaba un sobre con dinero. ¿Se habría echado un novio submarinista? ¿Se estaría volviendo loca?

Una señora que jugueteaba con un perro cerca de los chiringuitos se marchó.

El padre de Vanesa no apareció pero sí un bulto color claro sobre la superficie del mar.

El bulto se convirtió en una cabeza rubia femenina que se acercaba a ella desde el peñón oscuro situado delante de la isla.

Aquella mujer nadaba a una velocidad increíble. No entendía de dónde había salido y qué hacía en el agua a esas horas.

Concha la saludó con la mano y ella le devolvió el saludo.

La cabeza rubia se detuvo en la orilla a unos metros de mi madre. Era una mujer joven y guapa, de unos treinta años, de pelo largo, que flotaba sobre el agua alrededor de su cabeza.

Concha, que se había quitado los pantalones, se metió en el agua hasta la cintura, y le dio un fuerte abrazo.

Yo me había aproximado a la orilla arrastrándome sobre la arena, como en las películas de guerra, y las oía hablar.

—No sé si Stella vendrá mañana. Está muy enfadada con los campeonatos. Yo

también lo estaría. Mi actitud es incomprensible.

¡Menos mal que mi madre decía algo coherente!

—Es necesario que venga. Estará sufriendo sin comprender qué ocurre –contestó la mujer sonriendo.

¡Pues sí, sufría sin sentido!

Me incorporé unos centímetros y busqué, en vano, con la mirada el barco o lancha desde el que había nadado la rubia. Tuve la impresión de que miraba hacia la orilla, y me agaché hasta que mi barbilla rozó el suelo. Sentía todo el cuerpo cubierto de una plasta de arena.

—¡Ay, Calipso! Nunca imaginé su dieciséis cumpleaños así… –añadió mi madre pasándose la mano sobre el pelo.

Parecía cansada. Le tendría que pedir perdón por el plato regional.

—Convéncela como sea, pero mañana debe saber la verdad –concluyó la rubia alejándose de mi madre.

La mujer rubia se sumergió y se dirigió hacia el peñón. Dejaba una estela de espuma con destellos de plata detrás de ella. Antes de llegar a la roca, se detuvo, saludó de nuevo a mi madre y comenzó a nadar con más velocidad, como dando pequeños saltos sobre el agua. Parecía que la seguía un pez plateado.

A unos diez metros de distancia sacó la cabeza, se impulsó con los brazos hacia arriba y dio un salto encima de la superficie. Sentí un escalofrío por la espalda. Lo que acababa de saltar delante de mí no era una mujer normal, era una… sirena. La mitad superior de su cuerpo correspondía a una mujer y la parte inferior era una enorme cola de pez.

4

Me incorporé. Tenía todo el cuerpo cubierto de arena.

—¡Mamá! ¿Qué es eso?

—Stella, ¿qué haces aquí? –preguntó mi madre, que dejó caer los pantalones al suelo.

—Ver cómo hablas con un ser mitológico. ¿Es lo que parece?

—No tengas miedo. Se trata de una amiga.

En el horizonte aún se veía a la sirena nadar y saltar, levantando pequeñas gotas de agua.

—¿Desde cuándo la conoces? ¿Qué hace aquí? –pregunté, alejándome un paso del agua.

—Vive en este pueblo protegiéndonos desde hace muchos años. Se llama Calipso y acude al tañido de nuestras campanas.

Clavada en la orilla, no podía apartar la mirada de la figura que se movía ante mis ojos, aunque solo tenía ganas de salir corriendo y alejarme de ella.

—Me ha pedido que mañana al amanecer vengamos de nuevo.

—Yo no –contesté, asustada.

Dudaba. El miedo se mezclaba a partes iguales con la curiosidad de volverla a ver a la luz del día y de conocer esa verdad de la que habían hablado.

—¿Es inofensiva?

—Sí.

De pie, frente al mar, miré durante largo rato la superficie cristalina.

—¿Me despertaré y descubriré que todo ha sido un sueño? –pregunté sin apartar los ojos del mar.

—Creo que no: Calipso es real. Tan real como la luna que ilumina esta playa.

—¡¿Por qué no me habías hablado antes de ella?!

—Porque no era necesario. La existencia de Calipso es uno de los secretos mejor guardados de este pueblo.

Durante el camino de regreso a casa, le pregunté por las campanas:

—¿Quién puso las campanas? ¿Desde cuándo vive aquí esta sirena?

—Las campanas las colgaron hace muchos años, quizá en el siglo pasado. Mi abuela ya me habló de Calipso antes de morir y me nombró encargada de avisarle cuando alguien estuviera en el mar en peligro de muerte.

—¿Siempre acude?

—Sí, jamás ha fallado. Antes eran dos, pero una de ellas se marchó.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con los campeonatos de natación?

—Esta es la primera parte de la explicación que te prometí, pero ya es muy tarde… Intenta dormir –contestó, dándome un beso, ya en la puerta de casa–. Y ¡feliz cumpleaños!

Me sacudí la arena y me tumbé encogida en la cama. ¡Acababa de conocer a una sirena! ¡Las sirenas existían y esta era amiga de mi madre! Recordaba una y otra vez aquella figura plateada nadando con rapidez entre las olas. Intenté acordarme de las antiguas leyendas sobre el mar que contaban los viejos, pero aquellas sirenas me resultaron desvaídas, sin color, en comparación con la que acababa de conocer.

A las doce, me llegó un mensaje al teléfono de Pau, felicitándome, y, media hora más tarde, de Julia y de Méndez. Creo que eran las dos cuando me sumí en un duermevela angustioso.

Amanecía, cuando me desperté empapada en sudor. Miré el reloj: eran las seis y cuarto. Me dolía mucho la garganta y tenía la impresión de no haber dormido nada. Toda la noche había dado vueltas sobre la cama, despertándome sobresaltada. De nuevo había soñado –como en otras ocasiones– con un tiburón blanco. Pero esta vez no me perseguía a mí abriendo sus fauces asesinas, sino a una sirena. ¿Habría sido un sueño el encuentro de la noche pasada con la sirena? Solo el comportamiento de mi madre me confirmaría que se trataba de algo real. Por el ruido en la cocina deduje que ya se había levantado, extraño en ella, ya que –como a mí– no le gustaba madrugar. Me di la vuelta en la cama y debió de oírme, porque enseguida asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—Stella, ¡feliz cumpleaños! ¿Recuerdas que hemos quedado con Calipso? –me preguntó tirándome de las orejas.

—¡¿A las seis de la mañana?! –exclamé.

—Sí. ¿Sueles encontrarte a muchas sirenas en la playa a plena luz del día? Ponte el bañador.

—¿Nos vamos a bañar a estas horas?

—Tú sí –concluyó con firmeza, y desapareció otra vez en la cocina.

Me levanté pensando que Calipso no era un sueño, sino un ser de carne y hueso –o espina–, y que estaba viviendo el cumpleaños más surrealista de toda mi vida.

En la cocina me esperaba un sándwich de queso que me había preparado mi madre para desayunar por el camino. Pero no tenía hambre, solo una opresión en la garganta y en el estómago.

Mientras amanecía, nos dirigimos de nuevo a la playa de la Isla, en silencio. Mi madre llevaba debajo del brazo una toalla enrollada. La calle estaba vacía y circulaban

pocos coches. Y, aunque corría una brisa fresca del mar, se adivinaba un día de calor.

En la playa, frente a la silueta del cabo Cope, mi madre volvió a mover el silbato metálico dentro del mar. Pero, esta vez, la sirena no se acercó rápido por la superficie, sino que, unos segundos más tarde, emergió su cabeza a escasos metros de nosotras.

—¡Buenos días, Stella! –saludó con una sonrisa–. ¡Feliz dieciséis cumpleaños!

—Gracias –contesté titubeando.

Alargó su mano fría y apretó la mía.

—Soy Calipso, la encargada de las campanas de este pueblo.

Me pareció mucho más bella que la noche anterior y no sentí temor, sino curiosidad. Su cola de pez atraía toda mi atención. Ahora se transparentaba en el agua el cuerpo entero. Llevaba el torso cubierto por un corpiño verde que le llegaba hasta el inicio de las escamas. Y su pelo era muy rubio y largo.

—Ayer te vio y se asustó un poco –le dijo Concha.

—Sí, yo también la vi a ella tumbada en el suelo junto a una barca.

Me sonrojé e intenté sonreír, pero acabé mordiéndome los labios.

—¿Quieres nadar un poco conmigo? –preguntó Calipso–. ¿Alguna vez pensaste que tu regalo de cumpleaños sería nadar con una sirena?

—Jamás.

Miré a mi madre con un gesto de duda y di un paso hacia atrás.

Mi madre me susurró:

—Es pacífica. Y, pase lo que pase, no te asustes. ¿Vale?

—Lo intentaré –contesté.

Las dos esperaban, con un extraño interés, a que me metiera en el agua, y yo solo tenía ganas de salir corriendo, pero algo me impulsó a quitarme la ropa y el pañuelo que me había puesto al cuello por el dolor de garganta.

Metí los pies en el agua, que me pareció mucho más fría que otras veces. Decenas de peces diminutos se apartaban a mi paso. Comencé a notar un ligero cosquilleo en las piernas, pero continué andando hacia aquella sirena desconocida. Calipso me miraba y movía sus largos brazos sobre la superficie. Concha nos observaba desde la orilla. Cuando el agua alcanzó mi cintura, me tiré de cabeza y nadé hacia ella. Sentía cierto recelo, pero pensé que allí en la orilla vigilaba mi madre. El hormigueo de las piernas no cesaba, supuse que por el frío. Calipso, frente a mí, sonreía. Rocé mi pierna izquierda con la mano y me detuve de golpe. Noté la piel rugosa, demasiado arrugada.

—¡No dudes! –me animó Calipso.

Mi madre se había metido en el agua hasta las rodillas y nos miraba con atención.

—¡Espera! –exclamé, y nadé hacia atrás, hacia la orilla para ver qué me pasaba.

Al tumbarme de espaldas sobre el agua, observé pasmada que las piernas habían adquirido una tonalidad azulada.

—¡Mis piernas! –exclamé con un grito.

Me pesaban mucho. El cosquilleo aumentaba y también sentía cierto dolor punzante en los pies.

—¡No tengas miedo! –oí decir a mi madre a mi espalda, pero ni siquiera me giré. No podía apartar los ojos de mis extremidades inferiores.

—¡¿Qué me está pasando?! –murmuré llena de angustia.

—¡Tranquila! –respondió Calipso.

Continúe nadando de espaldas, hasta que pude apoyar las manos en la arena. Mis piernas se estaban cubriendo por una fina membrana azulada y viscosa. Mis pies se habían alargado. Intenté levantar uno para verlo fuera del agua, pero no pude, se habían unido en una aleta azul turquesa.

Me senté cerca de la orilla: mis piernas y mis pies formaban ahora una auténtica cola de sirena. La toqué asustada y susurré:

—¡¿Qué es esto?!

Mi madre se sentó junto a mí. La miré fijamente, pero era incapaz de coordinar mis pensamientos.

—Por este motivo no quería que fueras a los campeonatos de natación –explicó.

—¡¡Soy una sirena!!

—Sí, eres una sirena desde que naciste –contestó mi madre.

—¡Pero ¿por qué me ha pasado esto ahora y no antes?!

—Hoy has cumplido dieciséis años, ahora cada vez que tus pies toquen agua salada ocurrirá esto.

Calipso también se sentó cerca de nosotras, con medio cuerpo dentro del agua y medio fuera. Su cola era mucho más grande que la mía y de color verdoso.

—No sabíamos cómo decírtelo –explicó Calipso sin dejar de sonreír–. Llevamos muchos años esperando este momento.

—O sea que soy como tú…

Calipso afirmó con la cabeza.

Durante unos segundos me quedé con la boca abierta y sin palabras.

—¿Y ya me voy a quedar así para siempre? –pregunté asustada.

Mi madre continuó:

—No, en cuanto te seques, desaparecerá. Por eso he traído la toalla. ¿Quieres salir ya?

—Creo que sí –contesté.

—Te ayudaré –dijo mi madre, agarrándome por los hombros y tirando de mí hacia la arena seca.

Me dejé arrastrar como si fuera un saco, había perdido todas mis fuerzas y me temblaban las manos.

Calipso se volvió a sumergir en el agua, mientras mi madre me frotaba la cola azulada con la toalla. Poco a poco la piel fue recuperando su color y textura normal, y se cayó la membrana viscosa, a pequeños trozos, como gelatina. Unos minutos más tarde mis piernas habían recobrado ya su aspecto normal. De pronto entró en la playa un hombre con una cometa. Se encontraba aún lejos, pero Calipso dijo:

—Me tengo que marchar.

Mi madre se levantó para despedirse:

—¡Nos veremos!

Calipso desapareció. Me puse la ropa y las zapatillas. No tenía ganas de hablar, y mi madre respetó mi silencio, aunque me observaba fijamente apretando los labios.

Cuando cruzamos la carretera del faro, le dije:

—Voy a dar una vuelta.

Mi madre pareció dudar.

—No quiero dejarte así, sola…

—Necesito pensar –insistí.

—Bien, pero no hagas ninguna tontería –contestó, intentando colocarme un mechón rebelde detrás de la oreja.

Me zafé de su mano y subí despacio por el camino del faro.

Me senté en una roca cerca de la puerta de entrada al faro, que marcaba la situación de nuestro puerto por las noches. Desde allí se contemplaba la mejor vista del puerto y de la bahía, cubierta por una ligera bruma del mar. De ese mar al que ahora estaba unida de manera irremediable. Respiré profundamente. Me toqué las piernas y los pies. Recordaba una y otra vez mi transformación en ser marino y aquella asquerosa cola azulada. Todo desde ese momento cambiaba, ya nada volvería ser como antes. En mi interior se batían en duelo mi vida en el puerto con mis amigas y mi familia, y aquel descubrimiento de la mano de un ser fantástico. ¿Quién era yo en realidad? ¿Quiénes eran mis padres y mi familia: una familia de peces? ¿Por qué me había adoptado Concha?

A esa hora entraban algunos barcos en el espigón del puerto acompañados de decenas de gaviotas con sus gritos de júbilo. No quería pensar en lo que me esperaba debajo de esas aguas oscuras. No quería aceptarlo, y bajé del faro decidida a no cambiar nada de mi vida, aunque para ello tuviese que huir del agua salada durante toda mi existencia.

5

A lo largo del día de mi cumpleaños se acercaron a casa vecinas y familiares a felicitarme. Entre ellas, mis primas, las tres hermanas mayores de Pau, con las que había crecido. Ya estaban casadas, pero gracias a ellas no tuve una infancia triste y solitaria sin hermanos.

A mediodía apareció Julia con Méndez, que llevaba el pelo moreno sin peinar tan abultado que parecía un *chupa-chups*. Méndez era un año mayor que nosotras, como Pau, y compañero suyo inseparable desde que empezaron el colegio a los tres años. Llevaban sendas mochilas.

—¿Pero qué haces ahí sin arreglarte? –preguntó Julia, cuando me encontró en el sofá sentada mirando al infinito.

—¿Para qué? –contesté desconcertada.

—Pues para ir a las calas a celebrar tu cumpleaños. Esta vez me he traído la sombrilla para que no te quemes –dijo Julia, refiriéndose a mi piel tan sensible al sol.

Había olvidado que en mi cumpleaños quedábamos para comer en la playa, y que el colofón consistía siempre en tirarnos todos al agua desde cualquier roca. Me sacudió un escalofrío.

Sonó el timbre y apareció Pau.

—¿Nos vamos?

—Creo que este año no quiero ir a las calas –contesté.

—¿Y eso? –preguntó Julia extrañada.

—Porque tengo muchas ganas de conocer… las minas.

—¡Las minas! –exclamó Pau–. ¿Qué se te ha perdido en las minas?

—Bueno, por variar… Hoy es mi cumpleaños. ¿No? ¡Voy a buscar la mochila! –dije, levantándome de un salto del sofá.

Cuando regresé al salón había llegado Ángela con una caja de bombones medio derretidos.

—¿En serio quieres comer en las minas? –insistió Pau en la puerta–. Hoy hace mucho calor.

—Sí, tengo verdadero interés… histórico, artístico. Cultural –contesté con determinación.

Las minas del pueblo habían sido abandonadas a finales del siglo pasado, y de ellas solo quedaban los castilletes de los pozos y algunas edificaciones en ruinas. Cuando

llegamos a la explanada de la mina llamada de San Antonio, los cinco nos detuvimos. El paisaje era desolador: un descampado de tierra de colores cubierto de viejas estructuras metálicas oxidadas, cascotes, polvo y un sol que nos golpeaba sin piedad.

—¡¿Esto va en serio?! –preguntó Méndez.

Tuve que reunir fuerzas para contestar.

—Sí, es un lugar… un lugar… ¡Especial! Tantos años viviendo en este pueblo y no lo conocía. ¿No os dais cuenta de las personas que han pasado por aquí extrayendo de las profundidades de la tierra el preciado metal? ¡Y las que han dejado sus vidas!

Los demás me miraron asombrados. Julia, que continuaba con la sombrilla colgada al hombro, me preguntó:

—¿Qué has desayunado esta mañana?

Me acerqué a una escalera que ascendía al torreón principal de la montaña.

—¿Queréis subir? –pregunté simulando una alegría de la que carecía.

—¡Qué remedio! –contestó Pau.

Comimos dentro del torreón sobre un suelo cubierto de escombros y paredes llenas de pintadas. No quise fijarme demasiado en las porquerías que cubrían el suelo, por si me encontraba algún deshecho de origen dudoso. Y me limité a sonreír a los demás, como si fuera tonta.

—Lavaos bien los pantalones, cuando volváis a casa –dijo Pau, cuando se dio cuenta de que se había sentado en una piedra con chicle pegajoso incluido.

Julia enseguida abrió la sombrilla y la colocó sobre nosotros en un gancho oxidado.

—No me extrañaría que se nos cayera el techo encima –explicó.

Para el postre Méndez sacó un envase de plástico lleno de flanes de coco. Al hermano de Julia le gustaba mucho hacer pasteles y estaba especializado en flanes, que horneaba en cualquier ocasión especial. El mejor era el flan de turrón.

Cuando ya nos marchábamos, nos asomamos a una de las entradas oscuras de la mina, que, cubierta por una enorme reja, exhalaba un olor frío y extraño.

—No entraría ahí ni muerta –dijo Julia, apartándose con asco–. ¿Y ahora nos vamos a la playa?

—¡A la playa! –exclamé–. ¡Estoy agotada!

—No me extraña: ver escombros cansa la mente –añadió Pau.

—¿Queréis que juguemos la revancha de la partida de la semana pasada? –preguntó Méndez, refiriéndose a las sesiones de Monopoly de los viernes en su casa.

—Bueno… –comenzó a decir Pau.

—¡Por supuesto! –le interrumpí–. Nuestro futuro, el de los pringaos, está en el dinero y los bancos.

Desde que los de las urbanizaciones descubrieron que los del puerto no salíamos por las noches a sus bares para no encontrarnos con ellos y nos dedicábamos a jugar al

Monopoly, nos llamaban los pringaos. Pero nos daba lo mismo. Todos los años en diciembre los mejores de cada grupo nos enfrentábamos en la casa de cultura de Leiva en un torneo que duraba horas. Aunque yo era la mejor de mi grupo nunca había conseguido ganar a Luis de Leiva, campeón indiscutible desde que en la guardería aprendió a diferenciar los billetes de cinco de los de diez. A los doce años ya había montado un servicio de alquiler de bicis para turistas y a los dieciséis lo amplió con un centro de buceo en La Azohia.

En casa, evité a mi madre y olvidé echar de comer a los peces del acuario. Aunque me digné recoger el monedero del suelo del patio donde yacía desde mi arrebato de furia. La garganta, como el día anterior, me dolía y notaba dos pequeños bultos en el cuello.

Mi cumpleaños concluyó con un mensaje de Pau: «¿A las minas otra vez? ¡Ni en mi peor pesadilla!».

Por la noche tampoco dormí. Después de dar vueltas y vueltas en la cama, que me resultaba dura e incómoda, me levanté y salí al patio. Allí sobre el caballete descansaba el cuadro que estaba pintando mi madre. En él se distinguían las olas del mar en la playa del Puerto. Se trataba de un encargo para una señora de la capital. Los encargos de la capital siempre trataban sobre playas y barcos, quizá con la intención de guardar en el salón un trocito de mar, del que la ciudad carecía. De pronto me sentí profundamente atraída por ese mar. En lo más hondo escuchaba su murmullo llamándome, invitándome a acercarme a él. Busqué con la mirada las llaves de casa. Sin pensarlo, las cogí y me dirigí a la puerta de atrás. Ni siquiera me di cuenta de que iba en pijama.

De nuevo me encontré en la playa, vacía, de noche y con la bahía frente a mí. Quería comprobar si lo ocurrido por la mañana había sido un simple sueño o la realidad.

Cuando mis pies descalzos tocaron la arena, corrí hacia el agua. Me tiré de cabeza y buceé hasta que me faltó el aire. De nuevo sentí el cosquilleo. Toqué mis piernas y noté la viscosidad. Sucedió lo mismo que por la mañana, cuando mis pies se convirtieron en una enorme aleta. El agua estaba fría, pero me sentía ligera y más tranquila. Después de probar varias veces, nadé moviendo la cola hacia arriba y abajo, como había visto hacer a Calipso. Nadaba muy rápido y tenía la impresión de deslizarme con una extraña facilidad por el agua oscura. Me acordé de los campeonatos de natación a los que no iría. ¡Qué diferencia con aquel torpe moverse con brazos y piernas! Guiándome por una barca varada en la arena, nadé, calculando mentalmente lo que tardaba en llegar al otro extremo de la playa. Lo medí como en la piscina. Pero, antes de llegar a la mitad de tiempo, ya había conseguido alcanzar el final.

Después de un rato, decidí que tenía que regresar a casa. Y entonces me di cuenta de que me había tirado al agua con ropa, y que no tenía nada con qué secarme. Así que salí

a la orilla ayudándome con las manos, me revolqué en la arena, sintiendo algo parecido a la alegría, y esperé.

Ya no podía negar la evidencia: era una sirena, un ser marino. Pero, entonces, ¿qué tenía que hacer? ¿Irme con Calipso a peinarme sobre una roca con un peine de oro? ¿Seducir a navegantes incautos? ¿Vender mi voz para tener piernas? No estaba dispuesta a hacer nada de eso.

Cuando entré en casa, mi madre me esperaba levantada. En pijama, sentada en una silla del patio, miraba el cuadro sin terminar. Sobre la mesa aguardaban los trozos del plato roto.

—¿Dónde has estado? –me preguntó con inquietud.

—En la playa –contesté, sin atreverme a mirarle a la cara.

—Son las tres de la mañana. ¿Por qué no me has dicho que te ibas?

—No lo sé –respondí encogiendo los hombros.

—Stella, siéntate –me dijo, acercándome una silla.

No sé por qué obedecí sin mostrar resistencia, ya que, desde el descubrimiento de mi condición de sirena, me sentía irritada con ella y con esa sirena rubia llamada Calipso.

—¿Cómo te encuentras? –me preguntó, acariciándome el pelo, aún húmedo y cubierto de arena.

Aparté la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste antes? –pregunté, con la mirada fija en la mesa.

—No estabas preparada, Stella.

—¡¿Tú qué sabes?! ¿Te parece normal vivir conmigo tantos años ocultándome que era una… un… ¡Pez!?

Ahora sí la miré a la cara, ahora sí esperaba una contestación racional… Mi madre parecía muy cansada y alrededor de sus ojos color almendra –tan distintos de los míos– se dibujaban arrugas producidas por la tensión y ojeras.

—¿Te hubiera ayudado saber que eras una sirena, sin poder comprobarlo hasta los dieciséis años? ¿Hubieras crecido como una niña normal?

Tenía razón, pero no quería admitirlo delante de ella.

—¿Y quiénes son mis padres? –me atreví a preguntar.

—Lo siento, no lo sé. Te encomendaron a Calipso cuando tenías dos años. El mar no era seguro para ti, así que decidieron que vivirías en la tierra hasta los dieciséis.

—¿Quiénes lo decidieron?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a ella.

—¿Y Calipso me entregó a ti?

—Sí, yo era la encargada de las campanas, la que más la conocía y me acababa de quedar viuda. En cierto modo nos ayudamos mutuamente –contestó mi madre intentando

sonreír.

—¿Y ahora qué hago con mi vida? –pregunté–. Tendré que dejar la natación y a mis amigos, y ya no podré bañarme en la playa acompañada. ¿No te das cuenta de lo raro que es eso? ¿Y si lo descubre alguien y tengo que marcharme de aquí, de este pueblo en el que he crecido?

—Vas a ser la misma, pero con otras… –dudó antes de seguir– circunstancias. No pienses en lo que dejas, sino en lo que recibes.

—¡No recibo nada, más que una cola de pez! –contesté sin contener la ira–. ¡No, no quiero aceptar la vida que me ofrecéis!

Mi madre intentó apaciguarme:

—Ahora tus ojos solo te dejan ver la oscuridad, los inconvenientes, el miedo, la duda… Solo conoces a Calipso, pero en el mar hay mucha gente como ella y como tú. Un mundo diferente que te gustará, cuando lo conozcas.

—¡¿Y si yo no quiero conocerlo?! ¡¿Por qué tengo que convertirme en algo que yo no he elegido?! –exclamé gritando con furia y levantándome de la silla.

—¡Stella, baja la voz! Nadie elige ser como es, hay que aceptarlo. ¡No lo puedes cambiar!

—¡Qué asco de vida! –repuse, y entré en mi habitación, cerrando la puerta con todas mis fuerzas.

6

Pasaron los días y la luna nueva creció. Mi existencia errática se limitaba a largos paseos sola por la arena seca de las playas más apartadas del pueblo, donde me sentaba a leer cualquier libro que cayera en mis manos y me impidiera pensar en lo ocurrido, mientras el sol inexorable caía sobre mi cabeza. Y, cuando miraba al mar, maldecía a todo ser animado que vivía en él. Algún día creí percibir en la superficie algún movimiento extraño, como si un pez removiera el agua con fuerza. ¿Me vigilaría la rubia esa, Calipso? En ese momento, llena de miedo, huía de la playa y regresaba a casa.

Julia, con la llegada de los turistas, pasaba toda la mañana en el herbolario. Y por las tardes ensayaba su obra de teatro. Mi primo dejó de sentarse en su azotea a leer, para entrenar con la piragua durante la mayor parte del día, preparándose para las competiciones de verano.

—Espero que vengas a los campeonatos del próximo fin de semana. Son aquí, frente al espigón –me dijo una tarde.

Pau –como yo en natación– era el único del equipo de piragüismo que vivía en el puerto.

No le podía contestar que no, pero me angustiaba pensar que en las pruebas estarían todos los imbéciles de las urbanizaciones con su dinero y su ropa de marca. Entre ellos, Tito, el novio de Vanesa, al que ella y sus amigas veían entrenar durante tardes enteras.

La mañana de los campeonatos amaneció –según habían predicho– nublada y tormentosa. Grises nubarrones se movían por el cielo impulsados por el aire caliente, que no evitaban un calor pegajoso y húmedo.

Mi tía vino a buscarnos pronto para ir al espigón, donde ya se encontraban los otros participantes de la competición con sus familiares. No me agradaba demasiado acompañar a mi madre, a la que casi no hablaba desde el día de mi cumpleaños, pero había prometido a mi primo que iría, y yo siempre cumplía mis promesas.

Al pasar junto a los barcos del puerto deportivo, me llamó la atención un detalle del John Silver, el antiguo barco de madera, que Hugo, el hermano de Vanesa, había acondicionado un par de años antes como una taberna pirata con mesas en la cubierta y en los camarotes. Me detuve con la boca abierta delante de una escultura de madera situada en la juntura de la quilla con el mascarón de proa. Se trataba de una sirena desnuda, pero no una cualquiera… ¡era Calipso! Mi madre enseguida percibió mi estupor.

—Este barco tiene una larga historia, ya te la contaré –dijo–. Llegaremos tarde a la

competición.

Continué andando de mala gana detrás de ellas, mientras pensaba qué hacía Calipso como mascaron de proa de un bar.

En el espigón descubrí a Vanesa, con unas gafas rojas a la moda y su collar de perlas cultivadas. Desde que habíamos acabado las clases parecía más morena de piel y su pelo –por procedimientos químicos– se había vuelto totalmente rubio. Era una tía asquerosamente guapa. Pasamos cerca de ella y sus amigas para alcanzar la zona de las sillas.

—¿Dónde se comprará esta gente la ropa? ¿En el mercadillo? –oí que decía a las que le acompañaban.

Ni la miré, pero apreté los puños controlando la furia.

Las sillas que la organización había colocado a lo largo del espigón miraban al mar abierto, donde habían señalizado con boyas de colores el recorrido de la carrera. El mar estaba picado, según mi tía, con fuerte marejada, y las olas se estrellaban contra las grandes piedras del espigón, mientras los organizadores observaban el cielo. Mi madre buscó las sillas más alejadas de la espuma de las olas, intuí que para evitar que me mojase.

Pau ya estaba con su piragua roja en el agua y, en cuanto nos descubrió, nos saludó con la mano. Yo no prestaba excesiva atención a los preparativos de la prueba, ya que contemplar la extensión del mar gris frente a mí me recordaba a mis hasta ahora ignorados orígenes y me parecía de una belleza indescriptible.

Empezó la competición. Pau saldría en el segundo grupo. Anunciaban los nombres de los participantes con unos altavoces, pero la mala acústica impedía que se entendieran.

Le tocó a Pau. Ya nos había avisado de que dos de sus contrincantes eran buenos, pero que además jugaban sucio. No tendrían ningún problema en cruzarse delante de él y hacerlo volcar. La piragua roja de mi primo se puso a la cabeza, seguida de una amarilla y otra verde con una pegatina de un dragón. La cuarta, rosa, enseguida se quedó atrás. Pau parecía saltar sobre las olas, mientras mi tía lo animaba a gritos, aunque resultaba casi imposible que le pudiera oír. La piragua amarilla se acercaba peligrosamente a Pau. Unos segundos más tarde la verde se puso a su altura y Pau se quedó encerrado en medio de las dos. Los tres se encontraban ya muy cerca del faro, a nuestra derecha, y los tres subieron a una enorme ola y descendieron de ella casi a la vez. Pero, de pronto, en la siguiente ola Pau había desaparecido y solo se veían las otras dos piraguas, que enseguida dieron la vuelta en la baliza de señalización.

—¿Y Pau? –preguntó mi tía, levantándose de la silla.

Enseguida descubrimos la piragua roja de mi primo boca abajo, agitada por las olas.

Pau no aparecía en la superficie y su embarcación no se giraba sobre sí misma, como hubiera sido lo normal.

Los espectadores nos levantamos para buscarlo entre las olas. Se hizo un extraño silencio en el puerto.

—¡No sale, no sale! –repetía mi tía, apretándose las manos.

Amarrada al otro lado del espigón, se encontraba la lancha de salvamento. Bajaron rápido dos socorristas y se montaron en ella. Yo se los señalé a mi tía para que se tranquilizara. En el mar no había rastro de Pau, y parecía que la resaca llevaba la piragua mar adentro.

Los socorristas tiraron de la cuerda de arranque del motor, pero este solo reaccionó con un sonido ronco. Repitieron la operación otras dos veces con el mismo resultado negativo.

—Pau se ahoga… –me susurró mi madre.

Mis ojos se dirigían a la piragua volcada, mientras escuchaba cómo también se ahogaba el motor de la lancha detrás de mí.

Comenzaron las carreras nerviosas en el espigón. Uno de los socorristas de la lancha se tiró al agua atado a un flotador y comenzó a nadar.

Mi tía gritó:

—¡Que alguien haga algo, es mi hijo!

Por mi cabeza pasó la imagen de mi primo, alto, moreno, con el pelo liso y el flequillo que le caía sobre la frente, que se apartaba con un gesto de chico interesante.

No podía morir ahora, pensé.

Corrí hacia el final del espigón, donde se concentraba menos gente. Oí a lo lejos la sirena de una ambulancia. Bajé las enormes piedras y me lancé al agua tibia. Buceé un par de metros, y, cuando saqué la cabeza para respirar, mis piernas ya se habían unido y convertido en aleta.

Busqué con la vista la embarcación de Pau. El socorrista tardaría un buen rato en llegar a él. Enseguida encontré su remo flotando sobre el agua, como un tronco abandonado. Debía de haber ocurrido algo grave para que soltara el remo.

Alcancé la piragua unos segundos más tarde, me sumergí y encontré a Pau atrapado debajo y desvanecido. Tiré de su chaleco salvavidas con todas mis fuerzas y lo arrastré hacia la superficie.

—¡No te mueras, no te mueras! –le susurré.

Tenía los labios morados y la piel de la cara, blanca.

Sentí un pinchazo fuerte en el estómago.

Dudé, no sabía dónde dejarlo ni reanimarlo sin que me vieran la cola los cientos de personas que me miraban.

Oí una voz que se dirigía a mí con un micrófono desde el espigón, pero no lo entendí.

De pronto me acordé del pequeño islote de la playa del Puerto, que emergía cuando bajaba la marea. La superficie era suficientemente plana para dejarlo allí. Apreté con fuerza a mi primo y me dirigí a él, todo lo rápido que pude.

Comenzaron a caer goterones, que nos golpeaban con violencia. Me di cuenta de que me había desorientado y que entre las olas no encontraba el peñón. Sujeté con cuidado la cabeza de Pau para que no se hundiera y giré sobre mí misma. A mi derecha descubrí que las olas rompían en medio del mar levantando cortinas de espuma blanca. Debía de ser allí, pero no podía dejar a Pau solo, si no venían a recogerlo pronto, corría el riesgo de ser arrastrado por una ola.

Me encontraba a unos metros del peñón, cuando oí detrás de mí el motor de la lancha de salvamento, que se acercaba a nosotros desde el espigón. Tenía que subir a Pau y marcharme. Alrededor del peñón sobresalían rocas puntiagudas con las que me raspé la cola. El aspecto de mi primo era horrible. Apreté mis labios sobre su frente fría. La lancha se acercó a un par de metros de nosotros y un socorrista se tiró al agua. Yo me sumergí y me alejé lo suficiente para no ser vista de cuerpo entero pero sí observar lo que ocurría.

Mientras el socorrista intentaba reanimar a Pau, que parecía un cadáver, sentí el dolor más profundo que jamás había sentido.

Después de unos minutos, lo subieron a la lancha. No me atreví a preguntar si se salvaría.

—¿Te vienes con nosotros? –me preguntó el socorrista.

—No, gracias, ya nado hasta el puerto.

El socorrista pareció dudar, pero miró a mi primo, y sin insistir se dirigió a la orilla donde les esperaba la ambulancia.

Seguía lloviendo y yo no sabía adónde ir. La mayoría de las personas del espigón seguían allí.

Nadé, muy despacio, en paralelo a la costa hasta el Rihuete, el final de la playa del Puerto, donde se acababan las casas del paseo marítimo. Agotada, con dolor de garganta y la sensación de que algo me desgarraba por dentro, me tumbé en la arena. Tenía miedo de no perder las escamas por el agua de la lluvia. Pero un rato después la cola desapareció, dejando solo un arañazo en la rodilla. El problema ahora consistía en encontrar una prenda de ropa que sustituyese los pantalones que había dejado en el espigón. Me acerqué a unas tumbonas para buscar una toalla abandonada. La búsqueda fue en vano. Junto a un chiringuito en unos mástiles ondeaban sendas banderas del pueblo y la región. Con una horquilla abrí el candado de las banderas, bajé la del pueblo y me la anudé a la cintura.

Solo quería saber qué había ocurrido con mi primo, y con una fuerza, que creía no tener unos minutos antes, me dirigí a mi casa corriendo y empapada.

Tenía el presentimiento de que todo había ido bien, pero, al entrar en mi calle, encontré a las vecinas arremolinadas en la puerta de la casa de mis tíos y sentí un fuerte pinchazo en el estómago. Mi madre se acercó a mí y me abrazó sin decir nada, solo lloraba.

—¿Qué ha pasado? –le pregunté rígida, sin corresponder a su abrazo.

No contestaba.

—¡¿Cómo está Pau?! –insistí.

Sentí angustia. De pronto salió mi tía de su casa y también me abrazó.

—¡Gracias, gracias, has salvado a mi hijo! –susurró entre sollozos.

—¿Vive? –pregunté.

—¡Claro que sí! Está en el hospital y solo pregunta por ti.

—¿Quiere verme? –pregunté, mientras notaba que toda la sangre de mi cuerpo se arremolinaba en las mejillas.

—¡Por supuesto: le has salvado la vida! –contestó mi tía que, agarrándome la cabeza, estampó dos fuertes besos en cada carrillo–. Pero ¿por qué no subiste a la lancha con los socorristas?

—No sé.

Dentro de la casa de mi tía, la madre de Julia le estaba preparando una tortilla para comer. Mi tío se había marchado al hospital. Me senté en la mesa con ella. Después de escuchar varias veces su versión de la historia, me marché.

—¡Gracias! –me dijo mi madre ya en casa.

Contesté con una sonrisa tímida.

—Si quieres, vamos esta tarde al hospital. Estará allí unas horas en observación.

—Creo que no –contesté.

En ese momento me sentí de nuevo abatida: no sabía qué hacer con mi vida. Subí a la buhardilla. Encima de la colchoneta dormían los restos del plato regional de mi madre. Los pegué con cuidado, aunque faltaba un trozo. Después por la ventana busqué la azotea de mis tíos, en la que se sentaba mi primo. Mientras nadaba llevando a Pau inconsciente, había sentido miedo a perderle, a que muriera. Me había atravesado un cuchillo de dolor y una única idea se había fijado en mi mente: Nunca me separaría de él. Pau ya no era ese chico delgaducho que me había enseñado a montar en bici y a pescar, con el que había explorado todos los descampados del pueblo, el que había conseguido que siendo hija única nunca me sintiera sola. Ahora era… Pau. Y, si mi primo vivía, era gracias a mi nueva vida. Debía aceptar la realidad. ¡Ya!

7

Antes de que Pau regresara del hospital, a la hora de la siesta, cuando las calles estaban desiertas, y el sol calentaba inclemente el asfalto, me dirigí a la playa de la Isla. Un ligero movimiento del cilindro metálico –que mi madre había dejado a la vista encima de la mesa– hizo que segundos más tarde apareciera Calipso junto a mí en las rocas del Gachero. Llevaba un corpiño de conchas entrelazadas y, como el agua era más profunda y oscura, casi no se distinguía su cola. Me miró asombrada.

—¡Stella, qué sorpresa! ¿Le pasa algo a Concha? –preguntó confundida.

—No, no…

—¿Y tú te encuentras bien?

Tomé aire y dudé antes de decir:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, lo que quieras.

—¿Si me vuelvo una sirena… Bueno, si decido…?

Me costaba encontrar las palabras adecuadas.

—Es decir… que si me vuelvo así como tú… ¿No podré vivir fuera, en la tierra?

Calipso sonrió.

—Por supuesto que puedes vivir en la tierra, es más, por ahora deberás vivir fuera.

Respiré aliviada, como cuando recibíamos las notas de junio y había aprobado todo.

—Entonces, ¡quiero que me enseñes!

Calipso se mantenía en el agua con un ligero movimiento de las manos.

—¿Qué?

—Quiero que me enseñes a ser una sirena –repetí–. Cuanto antes.

Me miró fijamente unos segundos.

—Creo que te estás precipitando –contestó. Y despareció debajo de las aguas.

Me dejó sobre las rocas con el cilindro en la mano sin saber qué hacer.

—¡Calipso! –grité sin recibir contestación.

Estuve a punto de lanzar lejos el cilindro, pero me contuve. Seguro que luego me arrepentía y tenía que ir a buscarlo, como con el monedero rojo de imitación de piel.

Si en ese momento hubiera sabido lo que me esperaba en el mar, habría olvidado a Calipso y todo lo que ella significaba.

Al regresar me encontré con una sorpresa. Ana, la entrenadora de natación, me esperaba en el salón. Desde el «descubrimiento» el día de mi cumpleaños, la había

olvidado y también los campeonatos. Ni siquiera sabía dónde había dejado los papeles que me dio el último día de clase.

Ana no parecía enfadada. Le animé a sentarse en el sofá.

—Me he acercado por si te encontrabas mal… Tantos días sin venir cuando lo máximo son tres por enfermedad.

—Sí, he estado indispuesta.

—¿Te encuentras bien ahora? Te veo mala cara –dijo–. ¡Siéntate!

Me dejé caer en el sofá.

—¿Qué te ocurre? Algo me ha contado tu madre.

No sabía qué contestar, porque desconocía lo que había hablado con Concha. Además solo tenía ganas de llorar. Pero ella tomó de nuevo la palabra.

—También me ha dicho que los médicos te han desaconsejado nadar en los campeonatos.

—Sí, la verdad es que sí… No es fácil para mí.

—Ni para mí. Eres la nadadora con más futuro del club. ¿Has tenido algún problema con Vanesa y las demás chicas de las urbanizaciones?

—No, no –respondí sin atreverme a mirarle a los ojos–. ¿Quieres un café?

Comencé a juguetear con uno de mis mechones de pelo lleno de sal.

—No te preocupes. En realidad me espera el técnico de la piscina. Vamos a probar un nuevo sistema de conservación de agua, mezclando agua de mar con agua clorada. Dicen que es bueno para el mantenimiento y además ahorraremos.

—Muy interesante –contesté, despidiéndome interiormente de la piscina municipal.

—¡Ah! Ya me he enterado del salvamento de tu primo… En ese momento te debías encontrar muy bien para nadar tantos metros en tan poco tiempo –añadió con una sonrisa llena de curiosidad.

—Nunca sabes cuándo vas a recuperar las fuerzas perdidas –le dije, mientras la acompañaba hasta la puerta de la calle.

—Te esperaré, cuento contigo –se despidió.

Cerré la puerta, me apoyé en ella y respiré profundamente. Nunca más volvería a nadar con mi equipo… después de tantos años entrenando. También me acordé del rechazo de Calipso y rompí a llorar. Por mí se podían ir todos a la mierda.

—¿Qué le has contado a Ana? –pregunté a mi madre cuando me recuperé.

—Hija, no me gusta mentir… de pronto he recordado todas esas pruebas y estudios en el sistema circulatorio que te hicieron de pequeña y le he dicho que te han desaconsejado nadar –contestó, mientras movía con un batidor unos huevos para hacer un bizcocho–. Pero tenías que haber hablado antes con ella.

—Lo sé… Por cierto, ¿esas pruebas tenían algo que ver con mi «actual» estado?

—Sí. El médico insistió en hacerlas, pero yo sabía por Calipso que vuestra sangre debajo del agua fluye de manera distinta.

—¿En serio? –pregunté.

—Sí, por la presión de las profundidades. Así no tenéis problemas con la descompresión, como los buzos.

La miré con gesto de asombro.

—¿Y qué dijeron los médicos?

—Nunca dejé que acabaran las pruebas, porque hubieran averiguado demasiado sobre ti. Ese descubrimiento –como el de cualquier sirena o tritón– levantaría un revuelo tremendo entre los científicos. Por cierto, llamó Julia, que te espera en su casa a las nueve.

No me atreví a decirle que había ido a ver a Calipso y que me había despreciado, pero noté cómo miraba el cilindro que aún sujetaba en la mano.

Cuando llegué a la casa de Julia y de Méndez, me abrió la puerta Borja, su hermano pequeño. Estaban empezando la partida de Monopoly semanal. Encima de la mesa nos esperaban unos exquisitos flanes de piña y caramelo, gentileza de Méndez. También estaban allí Ángela y Joaquín. Todos me recibieron con vítores.

—¡Aquí está la salvadora! ¡Bien! ¡Bravo por la heroína!

—Menos mal que salvaste a Pau de una muerte segura. Hubiera sido una pena que muriese tan joven –aseguró Julia.

Me desagradó su interés por mi primo. Todo ahora era distinto.

—Sí, hubiera sido una pena –contesté, sin mirarla.

—Por cierto, ¿dónde te has metido toda la tarde? –me preguntó Ángela.

—Estuve con una amiga de mi madre, que tiene una escuela de buceo.

—¡Una escuela de buceo! ¿Y no podemos ir nosotros? –preguntó Méndez interesado.

—Por ahora, no, ni siquiera quiere aceptarme a mí. Es una mujer un tanto peculiar.

8

Al amanecer del día siguiente, y sin dejar de pensar en Pau, me dirigí desde la playa del Puerto a la de la Isla. Intentaba nadar casi en la superficie, pues la oscuridad del fondo aún me provocaba cierto miedo. Cuanto más nadaba, más feliz me sentía. Tenía la impresión de que los peces y el mar me llenaban de fuerza, como si hubiera nacido solo para vivir con ellos… y para comérmelos en el *sushi*. Pensé en qué comerían las sirenas: pescado. Pero ¿lo prepararían como nosotros?

Debía encontrar a Calipso y convencerla de que quería ser una sirena de verdad, de las que salvaban a los veraneantes.

Cuando llegué a la isla grité un par de veces su nombre y, al no recibir respuesta, continué nadando hacia el oeste, hasta las calas. En la isla de Cueva de Lobos me cansé y paré un rato. Mientras bordeaba el islote, percibí una sombra alargada cerca de una de las oquedades de la roca. A pesar de la oscuridad, me acerqué.

De pronto algo me empujó y pasó delante de mí a gran velocidad. Era un ser marino como Calipso, pero masculino, con el pelo corto.

—¡Eh! –grité.

Pero no se detuvo en su carrera, aunque se giró para mirarme. Era rubio y joven.

—¡Existen más bichos!

Continué nadando hasta casi llegar al cabo Cope. Tenía todo el día para encontrar a Calipso y, además, me había dado cuenta de que ni siquiera me arrugaba debajo del agua.

Nadé horas y horas, gritando su nombre, hasta que sentí tanta hambre que decidí regresar a casa. En la cala de los Bolos junto al faro salí del mar.

Era una lástima que aquella sirena no quisiera saber nada de mí, porque estaba dispuesta a aprender. Ella y el mar se lo perderían: me convertiría en una sirena solitaria.

Para salir de la cala de los Bolos había que ascender por un camino zigzagueante de arena y piedras hasta lo alto del faro y luego descender por la otra cara de la montaña, por la carretera asfaltada. Después de subir, jadeante, durante media hora, oí que alguien me llamaba desde abajo. Me agarré a un arbusto de tomillo y miré hacia el mar. Allí estaba Calipso haciéndome señas con una mano para que bajara. Me sequé el sudor de la frente y miré la pendiente de la montaña.

—¡Y una mierda voy a bajar ahora! –susurré.

Hice que no la había oído y continué hasta alcanzar el faro.

Grande fue mi sorpresa al regresar a casa, porque no me esperaba la entrenadora, sino Pau, que ya había vuelto del hospital. Me detuve de golpe en la puerta al verlo.

—¡Todavía no soy un fantasma, no te pongas tan seria! –dijo con tono de broma.

Nuestras miradas se encontraron y durante unos segundos en sus ojos brilló una luz desconocida para mí, como el reflejo de un sentimiento más profundo. Pero desapareció como una llama apagada por un viento suave.

—¡Qué sorpresa! –exclamé bajando la vista.

Notaba que mis mejillas ardían. Y había perdido la naturalidad con la que antes trataba a mi primo.

—Bueno, quería darte las gracias por haberme salvado. Me golpeé la cabeza al volcar –me explicó, apartándose el pelo de la frente.

—¡Ah! –contesté, sin mirarle a los ojos y empecé a retorcer el bajo de la camiseta con las dos manos. Me di cuenta de que iba mal peinada y cubierta de sal.

—¿Te encuentras bien? –dijo, agarrándome del brazo y acercándome a una silla–. ¡¿Te está dando vergüenza?! ¡Después de tantos años! ¿O es el *shock*?

Hice una extraña mueca.

—¿Cómo fuiste capaz de nadar tan rápido? ¡Vas a arrasar en los campeonatos!

—No voy a ir a los campeonatos –contesté rígida.

—¿No? ¿Por qué? –preguntó asombrado, apartándose de nuevo el flequillo moreno de la frente.

—No me encuentro muy bien estos últimos días…

—¿Seguro? Eso no es lo que decías antes. ¿No te habrá convencido tu madre?

—¿Ceder ante mi madre? ¡Jamás!

—Ya he visto que has pegado el plato… –dijo, señalándolo con la cabeza–. ¿Y vas a dejar que ganen esas tontas de las urbanizaciones?

Suspiré.

—No me lo recuerdes.

—Por cierto, ¿te han gustado los libros que te dejé?

—Muy gracioso… Pero no he tenido mucho tiempo para leer.

De pronto se abrió la puerta y entró mi tía.

—Pau, te llaman de la federación.

Mi primo se despidió:

—Volveré cuando te hayas recuperado.

Y me dio un beso en la mejilla, ligero y suave, como una brisa de verano sobre el mar.

Me sentí una imbécil integral. Porque, en realidad, desde que se lo llevaron al hospital, solo soñaba con volverle a ver y estar cerca de él. Y ahora que nos encontrábamos, me comportaba como una adolescente retraída. Por lo menos, me

quedaba toda la vida para reparar. Había decidido no separarme nunca de él. Pero no sabía si algún día él dejaría de mirarme como a su prima pequeña. Y tampoco sabía si estaría dispuesto a compartir su vida con un ser de origen indeterminado, mitad mujer, mitad pez.

9

La tercera vez que busqué a Calipso en la Isla, apareció a mi lado segundos después de haber movido como una loca el cilindro metálico y gritado varias veces su nombre.

Sentía cierta vergüenza por haber pasado de ella en la cala de los Bolos, pero no hizo ningún comentario, solo me miró fijamente y puso sus dedos fríos en mi cuello.

—¿Te ha dolido la garganta estos últimos días?

—Sí, mucho –contesté asombrada.

Sonrió y añadió:

—Ahora no importa. Primero aprenderás a nadar respirando en la superficie. Eres campeona de natación. ¿No?

—Sí, pero no con esta cola.

—Sígueme e intenta hacer lo que yo haga –dijo.

Calipso se sumergió y yo con ella. Nadaba rápido, pero miraba hacia atrás, para comprobar si la seguía, y me esperaba, haciendo paradas para respirar.

Nos dirigimos a la isla por un mar gris, con olas que levantaban borreguitos de espuma, pero transparente y lleno de peces. Calipso tocaba algunos con las manos, como si los acariciase. Nadábamos hacia abajo, hacia arriba, sorteábamos enormes piedras y zigzagueábamos entre las praderas de posidonia. Calipso me señalaba las caracolas, los cangrejos ermitaños y los lenguados que se encontraban sobre la arena del fondo del mar.

Me resultaba increíble la visión que alcanzaba debajo del agua con los ojos abiertos. Muy distinto a ver todo turbio.

Después de un tiempo indeterminado, dejamos atrás la isla y salimos a mar abierto. Yo miraba la profundidad oscura debajo de mí con temor. Allí no había flotadores ni colchonetas ni chalecos salvavidas. Pero al mismo tiempo sentía una agradable sensación de libertad.

—¿Quieres que volvamos? –me preguntó Calipso.

—Me da miedo el mar tan oscuro… –contesté avergonzada.

—No te preocupes, es normal. ¡Mira hacia el horizonte! –me indicó Calipso, situándose de espaldas a la costa.

Enseguida distinguí una línea marrón muy delgada entre el mar y el cielo.

—Es la Otra Costa –añadió–, solo está a unas horas de nosotros. Pero creo que por hoy ya es bastante… ¿No?

Me encontraba agotada. Peor que después de cuatro horas de entrenamiento.

Afirmé con la cabeza y nos dirigimos a la orilla.

Me había llamado la atención que Calipso, como yo, tenía una mancha en la piel con forma de media luna justo donde terminaba su espalda. Las dos eran de color rojizo, pero la mía, fuera del agua, adquiría una tonalidad azulada.

—Oye. ¿Esa mancha que tienes en la piel? Es como la mía –le pregunté antes de marcharme.

—La tenemos todas las sirenas.

—¿Y puedo volver mañana?

—Sí, pero ¿te puedo preguntar algo?

Había llegado el momento de la bronca por la cala de los Bolos.

—Sí, claro –contesté, mientras buscaba una excusa creíble.

—¿Por qué decidiste venir a verme? Tu reacción ante «el descubrimiento»… creo que al principio no fue muy positiva.

—Salvé la vida de una persona… podría salvar a más –contesté sin mirarle a los ojos.

—Sí, salvarás más.

Bajé la cabeza. Después de haber nadado como un pato detrás de esa sirena estilizada, comenzaba a dudar de mí y mis capacidades.

—No sé, quizá tampoco valga para esto…

Calipso me miró despacio.

—Me da mucha alegría que estés aquí hoy. ¡Y por supuesto que vales: eres una sirena!

Después de sonreírme, desapareció como había llegado y yo me arrastré hasta la toalla seca de la orilla.

Durante la cena, mientras partía desganada en cien pedazos un filete de pollo, pregunté a mi madre por el John Silver, el barco del hermano de Vanesa.

—

10

—¿Aguantas mucho la respiración debajo del agua? –me preguntó Calipso al día siguiente.

—Varios minutos, soy la que más aguanta de mi equipo –contesté orgullosa.

Habíamos nadado durante una hora mientras amanecía, y ya era capaz de seguirla a menos de diez metros de distancia. Nos detuvimos cerca del peñón, desde el que me tiraba al agua cuando era pequeña.

Me tocó de nuevo el cuello, como el día anterior.

—Ya estás preparada para respirar debajo. Tienes unas branquias perfectas.

Asustada, me llevé las manos a la garganta.

—¡¿Branquias?! ¿En serio?

—¿Notas unos bultos alargados bajo la mandíbula?

Palpé el sitio que me indicaba y asentí con la cabeza.

—Ahora tu cuerpo es capaz de asimilar el oxígeno del agua del mar sin usar los pulmones.

Miré incrédula a Calipso, que me sonreía. Llevaba un corpiño distinto, como de esponja marina y, por primera vez, me llamó la atención un collar de pequeños trozos de cristales de colores desgastados.

—Sumérgete y traga agua por la boca.

—¡Anda ya! Seguro que los bultos son paperas.

—Mírame a mí.

Calipso se hundió y tragó una bocanada.

—Ahora tú.

Abrí la boca y dejé que el agua salada entrara en ella. Intenté tragarla con asco y comencé a toser sin interrupción.

—¡Que me ahogo! –murmuré al borde del colapso.

—¡Respira…! ¡Despacio!

—¡Qué asco! ¡Yo no bebo esa porquería! ¡En la playa se hacen pis los niños!

Calipso sonrió.

—Si no aprendes a respirar, tu vida en el mar estará muy limitada –explicó–. De pequeña lo hacías estupendamente.

—¿De pequeña?

—Sí, cuando llegaste aquí.

—¡Qué miedo! ¿Y si me muero?

—No conozco a ninguna sirena que se haya muerto por respirar bajo el agua. Más bien lo contrario. ¿Quieres probar de nuevo?

Me acordé de cuando era pequeña y Concha me daba las cápsulas que me mandaba el médico. Las engullía con un vaso de agua sin pensarlo demasiado.

Abrí de nuevo la boca y tomé un buen sorbo de agua, pero lo escupí rápidamente.

—¡Qué asco, yo no puedo! ¡Me voy a asfixiar!

Calipso se acercó a mí y me dijo mirándome a los ojos:

—Stella, sí puedes. Si controlas tus pensamientos, controlarás tus sentimientos. ¿De qué tienes miedo?

—De ahogarme.

—Lo peor que te puede pasar es que te atragantes. ¿Con eso te ahogarías?

No contesté.

—¡Atrévete a hacer algo que no has hecho nunca! Ahora vas a darte una vuelta despacio, sin prisa, sin pensar en el agua y en tu garganta. Cuando vuelvas, lo repetimos.

Nadé un rato por las piedras del Gachero, me comí un par de lapas de extraño sabor y después tomé un sorbo de agua. Esta vez, al intentar tragar, el agua no bajó por mi esófago, sino que desapareció a ambos lados de la boca. Noté enseguida un cosquilleo en los oídos y el líquido saliendo por ellos.

Subí a la superficie y respiré profundamente.

—¡Calipso! –grité.

Unos segundos después Calipso se encontraba a mi lado con expresión asustada.

—¡Lo he conseguido! ¡Mira! –exclamé, dejando que el agua entrara por mi boca.

Mis pulmones no se llenaban de aire, pero podía respirar sin apenas ser consciente de ello. Era fantástico flotar abajo sin prisas, observando los peces y las plantas.

—¡Estupendo! Lo has hecho muy bien.

Después de un rato, Calipso me dijo:

—Repítelo, pero por la nariz. Si no quieres que se te llene la boca de algas… o de algo peor. Como si fuera aire, y nada tranquila.

Probé de nuevo con Calipso a mi lado, y sentí que me ahogaba. Subí a la superficie.

—¡Imposible! –exclamé nerviosa.

—¡Dios mío! ¡Claro que puedes! ¡Acabas de respirar por la boca!

Negué con la cabeza.

—¡Stella…! –comenzó a decir, pero se interrumpió–. Ahora olvida la respiración y acompáñame.

Presentí que quería mostrarme algo agradable. La seguí hacia mar abierto, cada vez más negro y profundo. Cuando ya no se veía la costa, me hizo una señal para que esperara y nos sumergimos. Debajo de nosotras todo era oscuridad. Enseguida comencé a escuchar un sonido, como un llanto de dolor y sentí miedo. De pronto, a nuestra

derecha apareció un gran animal con una extraña forma alargada. Sentí un cosquilleo en el estómago. Reconocí a una ballena. Subía a la superficie y expulsaba agua por el chorro y después giraba sobre sí misma, moviendo las aletas, como si bailara una incesante danza, acompañada de la música de sus lamentos. De pronto saltó en un remolino de gotas y espuma. En ese momento me di cuenta de que el agua entraba por mi nariz y salía por las orejas, sin ningún esfuerzo.

—¿Sabes? Tengo que dejar la natación –comenté a Calipso antes de marcharme.

—Lo siento. Eras buena. ¿No?

—Después de verte nadar a ti… solo chapoteaba. Pero aspiraba a ser campeona de mi categoría.

—No te preocupes, aquí podrás nadar todo lo que quieras. E incluso con el tiempo te puedes presentar a los juegos neptúnicos.

—¿Juegos neptúnicos?

—Sí, en honor a nuestro primer padre. Se celebran cada dos años en Tula.

—¿Tula?

—¡Ah! Perdona, es la capital de los mares. Pero ya hablaremos en otro momento, que se te va a hacer tarde.

11

Había llegado el mes de julio y con él las hordas de turistas que llenaban las playas, las calas, las islas, el peñón: toda la costa.

—¡Tienes que tener mucho cuidado al marcharte de la playa! –me advirtió Calipso, después de que el día anterior desapareciera mi aleta solo unos segundos antes de que la cala en la que me secaba fuera ocupada por una familia numerosa, que tomó los restos de mi aleta por los de una medusa.

En esos días también me busqué un trabajo para llenar las horas que tenía libres a lo largo del día, y que no podía compartir con nadie, ya que mis amigas pasaban la mayor parte del día en la playa, menos Julia, que fue contratada –tras un largo tira y afloja– por Luis de Leiva para gestionar su centro de alquiler de bicis, cuyas oficinas ya había ampliado dos veces. Con el trabajo encontraría una excusa para mis ausencias. Mi madre habló con Adela, la dueña de la heladera del paseo marítimo, donde comencé a trabajar por las tardes de cuatro a doce.

12

—¿De qué color es el mar, Stella? –me preguntó un día Calipso.

—Azul.

—No, el mar, como la vida y las personas, no es de un único color. A veces parece negro, otras gris, algunas marrón, azul turquesa y otras verde. Cuando el sol desaparece sobre su superficie puede ser dorado…

Miraba a Calipso sin comprender.

—Tu vida en el mar no será siempre azul, ni se limitará a jugar con lenguados en la playa de la Isla –añadió Calipso–. El mar esconde riesgos y peligros. Tendrás que aprender a preverlos y luchar contra ellos… A sobrevivir.

—También en la tierra hay riesgos y peligros –contesté.

—Ya, tú los de la tierra los conoces, los del mar, no. Vivimos tiempos de incertidumbre… corren extraños rumores… nunca sabrás lo suficiente para defenderte.

La primera lección de supervivencia marina consistió en evitar redes y trampas humanas, y también a escapar de ellas. El mejor método para librarte de las redes consistía en cortarlas con los dientes. Parecía increíble, pero, después de probar varias veces con una de Calipso, comprobé que resultaba igual de sencillo que cortar un hilo de algodón.

—¡Es muy fácil! –exclamé.

—Detenida y sin tensión, sí. Todo es distinto cuando tienes encima un pesquero de decenas de metros, unos focos y un temporal. Con mal tiempo tú tienes ventaja, siempre que te hundas hacia aguas más tranquilas. Rodeada de redes lo importante es mantener el control.

Yo la miraba intentando retener la información que me daba.

—La mayoría de sirenas y tritones del Mediterráneo mueren por un mal encuentro con una red de arrastre. No quiero que seas uno de ellos.

—Mañana tendrás que venir antes –me dijo Calipso al despedirme.

—¡¿Antes?! –pregunté asustada.

—Por la mañana no, por la noche, cuando salgas de la heladería. Pero no quiero que vengas nadando desde el puerto, acércate aquí por la superficie y me llamas con el cilindro.

—¿Conoces esos experimentos con gatos que mueren de sueño después de quince días sin dormir?

Calipso se limitó a sonreír.

—Antes de marcharte, tenemos algo pendiente. ¿No?

—¿Sí? No sé.

—¡La captura del pez! –me dijo, señalando un lenguado que descansaba en el fondo sobre la arena.

Me acerqué a él despacio pero alargué la mano con un gesto demasiado rápido para atraparlo entre los dedos y solo cogí arena.

—Otro día será –me dijo Calipso.

Era noche cerrada cuando me adentré al día siguiente con Calipso en el mar abierto.

—¿Qué vamos a hacer? –pregunté con cierto temor.

—Unos barcos del sur están faenando sin licencia y con redes de deriva ilegales. Nos están dejando sin tortugas, sin focas: matan a todos por igual. Solo se llevan los peces que les interesan y lo que no pueden vender, lo tiran muerto al mar.

Después de un rato nadando en una oscuridad tan profunda que me costaba seguirla, a pesar de la luna que iluminaba la superficie, Calipso me señaló varios puntos luminosos a nuestra derecha:

—Esos son contrabandistas de droga. No somos suficientes para enfrentarnos a ellos, por ahora… Quizá algún día.

Enseguida frente a nosotras descubrí otra luz e infinidad de boyas en una larga hilera que flotaban sobre el mar.

—¡Abajo y cuidado! –dijo Calipso sumergiéndose.

Nadó recto, paralela a la superficie, hasta que se detuvo frente a una masa oscura. Enseguida descubrí la red, tan larga que no veía su fin ni a derecha ni a izquierda, me recordó a una enorme tela de araña y sentí miedo. Un ligero reflejo me hizo descubrir una pequeña tortuga boba enganchada al otro lado de la red. Agotada, no se movía, parecía muerta, como otros peces y aves sin vida. Rompí la red con los dientes y la toqué con los dedos. Pareció reaccionar moviendo las patas delanteras. La solté de su trampa mortal y la empujé hacia la libertad. Pero la tortuga comenzó, inerme, a hundirse hacia la profundidad. La agarré fuerte y la apreté contra mí.

—¡Boba! ¿Qué haces? ¡No te puedes hundir!

Mientras tanto, Calipso había liberado a una foca monje agonizante. Se acercó con ella en brazos.

—Esta red mide doce kilómetros. Comenzaremos aquí y nadaremos cada una hacia un lado. Haz un buen agujero cada dos ballenadas.

—¿Ballenada?

—Perdona, cada cincuenta metros –contestó Calipso–. En el agujero deberán caber unas tres sirenas.

—¿Yo seré capaz de romperlas? ¿No sería mejor que fuéramos las dos juntas? –

pregunté.

No quería alejarme de ella.

—Stella, ¡eres capaz de ir sola!

—¿Está bien romper redes? –insistí dudosa.

—¿Está bien ponerlas y matar a estos animales? –contestó señalando a una gaviota espachurrada contra la malla.

Metí la tortuga en el bolsillo trasero de mi corpiño y comencé a cortar las redes con los dientes.

Después de un rato, me dolían los labios y la boca.

—La próxima vez me traigo unas tijeras –le dije a Calipso cuando nos volvimos a encontrar.

Al regresar a la isla, saqué la tortuga y le partí un trozo de pescado, que puse cerca de su boca. De pronto abrió los ojos y lo mordió.

Antes de marcharme, la solté cerca del peñón y me alejé hacia la orilla. Descubrí que la tortuga me seguía.

—¡Boba! ¿Adónde vas? ¡Que te pescan!

Salí del agua, cuando detrás del faro comenzaba a amanecer. Mientras me desaparecía la cola, podía ver a la tortuga nadando cerca de la orilla. Y allí continuó hasta que salí de la playa.

Cuando llegue a casa subí a la buhardilla para dormir un rato sobre la vieja colchoneta y abrí despacio la ventana que daba a la azotea de mis tíos. No quería que Pau me descubriese, si se encontraba allí leyendo, aunque lo dudaba porque era muy temprano. Pero enseguida oí su voz:

—¿Qué le pasa a la tontita de mi prima?

Cerré de golpe.

—¡Cotilla! ¡Que eres un cotilla! –exclamé.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada. Solo estoy viendo amanecer. Eres tú la que se ha asomado.

Le observé a través de la persiana.

—¿Quieres algo? –preguntó.

—¡Buuuff!

Había evitado hablar a solas con él desde que volvió del hospital, y lo había respetado. Los únicos momentos que le veía, era cuando quedábamos todos juntos, pero ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos. Desde que le había salvado, sentía dentro de mí un fuerte remolino –como el mar– que me atraía hacia él. Solo quería abrir la ventana y saltar a su casa para decirle lo que sentía por él, pero ¿y si me rechazaba?

En mi siguiente encuentro con Calipso, esta no vino sola, le acompañaba la pequeña tortuga.

—No se separa de mí en todo el día, pero creo que te ha estado esperando…

La tortuga se acercó nadando despacio y pasó rozándome, como si me saludara. Estuvo a mi lado en una explicación sobre los remolinos. Debía huir de los remolinos grandes. De los pequeños se podía salir con facilidad. Lo importante era dejarse llevar por la corriente hacia abajo, hasta que te llevara lejos de la costa. Y, cuando perdía fuerza, apartarte de él. Lo difícil era realizar esa maniobra con un humano que llevaba varios minutos sin respirar.

—Aquí cuentan las décimas de segundo, la vida de esa persona depende de tu rapidez –me explicó Calipso–. Lucharás por salir de la corriente cuanto antes. ¿Entendido?

Afirmé con la cabeza.

Nos acercamos a la playa de Bahía a una corriente marina muy peligrosa, que se llamaba «La Poza». Solía estar acordonada con boyas, que no habían evitado que varios veraneantes perecieran víctimas de la curiosidad. Y arrastrados por ellos algún socorrista. Al sumergirme frente a la corriente noté en el agua un extraño e inquietante movimiento.

Calipso, que parecía tener miedo de que me pasara algo, no me dejó aproximarme demasiado.

—No es necesario cortarse, para saber lo que duele una herida –explicó.

—Pero nunca sabré lo que es el dolor, si no lo he experimentado.

—Que le corten el brazo a otro pulpo.

—¿Cómo? –pregunté.

—Escarmienta en cabeza ajena, dice vuestro refrán, ¿no? –contestó Calipso.

Para la lección sobre el siguiente peligro, Calipso, además de venir acompañada de Boba, la tortuga, trajo un pequeño delfín mular muy cariñoso que nadaba a nuestro alrededor, rozándonos, mientras emitía unos graciosos chillidos.

—¡Te presento a Leopoldo, un amigo!

Acaricié la cabeza del delfín, como si de un perro se tratara. Boba también se acercó, como si sintiera celos.

—¡El tercer peligro, Stella, está vivo y es mucho más grande que un delfín: tiburones!

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Conocía a muchos tiburones en tierra. Sobrevivía a ellos.

—En el Mediterráneo no encontrarás uno con facilidad cerca de la costa, pero sí en

mar abierto: debes conocerlos. A los tiburones les encanta la carne de sirena y tritón, sobre todo de los niños. Si tienen hambre, son capaces de perseguirte decenas de kilómetros hasta que desfallezcas y poder atraparte. Sobre todo se sienten atraídos por la sangre. No nades en alta mar si tienes heridas, ni con peces muertos o trozos de pescado. Tampoco de noche en mar abierto o en aguas turbias. Ahora con Leopoldo aprenderás a escapar de ellos.

Me hizo colocarme delante del delfín. La idea de encontrarme un tiburón vivo en el mar me aterraba. Los tiburones formaban parte de mis peores pesadillas.

—No te muevas. Si te mantienes quieta, cabe la posibilidad de que no se fije en ti y no te ataque. ¡Cruza los brazos!

Leopoldo se acercó a un metro de distancia.

—Se supone que el tiburón te ha visto –explicó Calipso–. Ahora dale un golpe seco con tu cola. ¡No muy fuerte, que Leopoldo es un delfín! Nunca le des con la mano, su piel te podría raspar y hacerte sangre. Si el golpe no le espanta, que será lo más seguro… reza.

Después me escondí entre la posidonia con unos peces muertos desangrándose. Debía aprender a quedarme tan quieta, que no se notara mi respiración. Pero enseguida me cansaba y me asomaba entre las hojas verdes. Así que Leopoldo siempre me encontraba, y pasaba a mi lado rozándome de manera cariñosa. Calipso me hacía esconderme una y otra vez. Boba, desorientada, no sabía hacia dónde nadar, ya que, cuando llegaba hasta donde yo estaba, me cambiaba de escondrijo.

—Leopoldo te encuentra a pesar de que tiene mucho oído, pero poco olfato, un tiburón será capaz de oler la sangre a cinco kilómetros de distancia. Tu vida depende de estos ejercicios –repetía Calipso–. ¡No te muevas! Tienes que controlar tu impaciencia. Controlando tus pensamientos, controlarás tus sentimientos. No puedes asomarte para saber dónde está el tiburón. El más ligero movimiento le indica tu posición.

—¡Tendré que saber dónde está para huir en dirección contraria!

—Sí, pero te tienes que mover mucho más despacio, casi dejándote guiar por la intuición.

Ya habían colocado las primeras sombrillas en la playa, y Leopoldo llevaba diez minutos buscándome sin éxito, cuando Calipso consideró oportuno que dejáramos el ejercicio.

—En el océano no hay posidonia donde ocultarse. En algunos mares tropicales, te ayudarán los corales; en la costa, las piedras. Si ya te ha encontrado y no puedes escapar, recuerda que, al abrir la boca para morder, el tiburón cierra los ojos y solo notará tus movimientos. En ese instante, tendrás tu última oportunidad para huir.

Quiso que comiéramos un poco de atún, antes de que me marchara.

—Se me ha quitado el hambre –le dije, sin dejar de pensar en los horribles escualos.

—Y, por cierto, ¿cómo está tu madre? –contestó Calipso cambiando de tema.

—¿Hay mucho tiburón por aquí? –pregunté insistiendo.

—No… no te preocupes. En este mar hay tiburones blancos, azules, peregrinos… Pero no se suelen acercar demasiado a las costas. El mayor número lo encontrarás en el canal de Sicilia y en el mar de Levante.

—¿Mar de Levante?

—Sí, en la parte oriental del Mediterráneo. Allí hay fosas de hasta cuatro mil metros de profundidad.

—Por ahora no tengo planeado ir por allí.

—La vida da muchas vueltas.

Mi madre me había pedido que al regresar pasase por la oficina de correos para comprar cajas en las que mandar unos cuadros. Correos estaba situado junto a la estación de autobuses. Al pasar cerca de la taquilla donde vendían los billetes, me encontré un autobús nuevo, mejor que los de línea que viajaban a los pueblos de los alrededores. Junto a su puerta, ya cerrada, esperaban varias mujeres, todas de las urbanizaciones. De pronto, oí que alguien golpeaba el cristal del autobús. Miré hacia arriba y me encontré la cara de Vanesa.

—¡Eh! ¡Ahí está la pringada!

Todas se arremolinaron en el cristal y comenzaron a señalarme y a reírse de mí. Aceleré el paso. Entonces se abrió la puerta del autobús y alguien gritó mi nombre. No me giré, pero la voz insistió:

—¡Stella, espera!

Era Ana la entrenadora, que se acercó a mí.

—Nos marchamos a las competiciones. ¡Siento tanto que no puedas acompañarnos!

—Yo también –susurré.

Si continuaba allí un segundo más, comenzaría a llorar, así que corrí hacia mi casa, murmurando:

—¡Mierda, mierda, mierda!

13

Calipso se tomaba la tarea de enseñarme con verdadera seriedad. Repetía las explicaciones con distintas palabras y no daba las clases por terminadas hasta que comprobaba que yo lo había aprendido. Por el contrario, yo no las consideraba tan importantes, porque pensaba –con inocencia– que pasarían años hasta que tuviera que utilizar esos conocimientos. Me equivocaba.

Al día siguiente quiso enseñarme a usar un arpón.

—Conocerlos es básico. Nosotros no utilizamos arpones si no es en caso de necesidad: sabemos pescar sin ellos. Pero en algún momento un submarinista desaprensivo puede atacarte. Tienes que saber quitártelo de la piel antes de que el submarinista se acerque.

Practicamos durante un buen rato a quitar el arpón de carne de pescado muy similar a la de nuestra cola.

—Tienes que añadir el dolor que sentirás mientras trabajes. Tardarás tres veces más –observó Calipso.

Parecía una operación sencilla, pero yo, desesperada, solo conseguía enormes desgarrones en la carne de pescado.

—Despacio, Stella, controla la fuerza de tus manos bajo el agua y respira para dominar la impaciencia.

—¡Ya! Si controlas tus pensamientos, controlas tus sentimientos…

—¡Exacto! –contestó Calipso.

Después trajo una escopeta de arpones de su cueva.

—Hace algunos años, durante la Rebelión, todos teníamos una para defendernos. Esta es la más sencilla, de gomas. Se carga y se dispara…

—¿Qué Rebelión?

—¡Uf! Todavía no es momento… Ya hablaremos más adelante de nuestra historia. Ahora recuerda que no todo en el mar son corales ni praderas de posidonia. ¿Te acuerdas de lo de los colores?

—Sí, el mar no siempre es azul…

—¡Exacto! No quiero que te comportes como una ingenua imprudente.

Probamos con un saco viejo lleno de arena y puesto sobre una piedra. Enseguida me di cuenta de que tenía buena puntería.

Mientras disparaba, noté una sombra de tristeza en el rostro de Calipso, la que siempre sonreía.

—¿Tan mal lo estoy haciendo? –le pregunté algo inquieta.

—No, no te preocupes. Los arpones me traen malos recuerdos. Mi marido falleció en un mal encuentro con un pesquero.

—Lo siento.

—Éramos muy jóvenes e imprudentes. Nos acabábamos de casar y queríamos recorrer el mundo. En Asía le atraparon con unas redes y, cuando estaban a punto de subirle a cubierta, las rompió y saltó al agua. Pero en el aire, entre el barco y el mar, le atravesó un arpón.

Calipso contrajo el rostro.

—Yo estaba abajo sola y pude rescatar el cuerpo antes de que se lo llevasen a los científicos. Pero ya le habían hecho fotos. Unos días más tarde llenaban las portadas de todos los periódicos. Durante unos meses las sirenas tuvimos que alejarnos de todo barco y de las costas, que se llenaron de observadores «marinos».

—¿Alguna vez han capturado a alguien?

—No. Por cierto, ¡he olvidado a Mariano!

—¿Mariano?

—Es el azote de la costa, el director del instituto oceanográfico del Rihuete. Un científico obsesionado con encontrar una sirena o un tritón. A menudo recorre la costa con una barca hinchable verde. ¡Huye de él!

—¿Mariano? ¡Qué nombre más horrible! ¡Jamás me podría enamorar de alguien que se llamara así! –bromeé.

—Tampoco yo de alguien que se llamara Pau –contestó Calipso–. ¿Qué nombre es ese?

La miré sorprendida, pero, sin darme tiempo a reaccionar, continuó:

—Es la palabra que más susurras debajo del agua.

Aquella mañana concluyó mi formación teórica sobre los peligros en los mares.

—No olvides los submarinos, hay muy pocos y avanzan muy despacio… Los submarinistas son medio lelos. Y las grandes serpientes marinas… –guardó silencio durante unos segundos–, gracias a Dios, parece que ya no existen.

—Si vivimos, es de milagro. ¿Eso es todo o me esperan cocodrilos de mar y medusas venenosas?

—También, pero en este mar, no.

14

Quizá ya estábamos a mediados de julio, cuando Calipso, mientras le ayudaba a curtir pieles de pescado, me anunció:

—Dentro de una semana, me marcho al Gobierno de los Mares. He sido convocada por los Tres Sabios. Me lo anunció un delfín mensajero hace unos meses.

—¿Gobierno de los Mares?

—Sí, una reunión que organiza el gobernador cada año. Hay una representación de cada especie acuática: sirenas, tritones, nereidas, ondinas, nixes y señoras de los ríos. En ella se plantean diversos problemas y se buscan soluciones.

—¡Madre mía! –exclamé pasmada.

—Este año tenemos una novedad: después de mucho tiempo han aceptado acudir los centinelas de los hielos.

—¿Quiénes son?

—Los guardianes de los hielos perpetuos. Desde hace unos años se han convertido en seres poderosos y han querido alejarse del gobernador para administrar ellos solos su territorio… Una pena.

—¿Por qué está mal querer mandar en tus terrenos… o tus hielos?

—Porque no son de ellos, nos pertenecen a todos. A ver cómo te lo explico: es como si tú creces y quieres independizarte de tu madre, pero, en lugar de comprarte una casa, decides apropiarte la habitación en la que tú vives ahora y pones un tabique y una puerta a la calle sin pedirle a ella permiso.

—No le haría ninguna gracia.

—Pues es algo parecido… Además a menudo han utilizado la violencia contra los que se oponían a ello: muchas sirenas, tritones, focas y osos han sido asesinados.

—Creo que con el tiempo lo entenderé mejor –contesté, sin atreverme a preguntar además quiénes eran las nixes, las ondinas y las señoras esas.

Calipso continuó hablando.

—Es un viaje largo, y me acompañan dos tritones, enviados desde la Gran Ciudad de Tula para protegerme. Me reuniré con ellos después de la fiesta que todos los años celebra la familia de Lorelei en Cueva de Lobos.

—¡¿En Cueva de Lobos hay una familia de sirenas?! –pregunté asombrada, recordando el día que había encontrado allí al tritón.

Cueva de Lobos estaba situada frente a la zona de calas vírgenes en la que yo me había bañado con mis amigos muchas veces.

—Sí, se mudaron aquí cuando llegaste tú. Te conocen desde que eras pequeña.

—¡Qué vergüenza!

—No te preocupes, todas las sirenas y tritones de la zona te hemos visto dar tus primeros pasos, tus primeras brazadas, hemos seguido cualquier ola traicionera que pasaba a tu lado.

—¿En serio?

—¿Recuerdas cuando alquilaste un patín con tus amigas y se partió la dirección detrás de la isla en pleno mar abierto?

La miré asombrada.

—¿Cómo sabes tú eso?

—¿Cómo llegasteis a la orilla?

—Nos costó mucho, hasta que de pronto se arregló el eje de la dirección.

—¿Los ejes de dirección se arreglan solos? –preguntó Calipso con una sonrisa irónica.

—¡¿Tú?!

Afirmó con la cabeza.

—¿Y cuando las olas llevaron tu tabla de *windsurf* hacia las calas y el viento hizo que perdieras la vela?

—¡No! ¡Una lancha de la Cruz Roja vino derecha a mí, cuando estaba a punto de desfallecer!

De pronto sonó una campana a lo lejos. Calipso soltó la piel de pez que cosía.

—¡Dios mío: Bahía! ¡Seguro que es la Poza!

—¿Cómo distingues las campanas? –le pregunté mientras la seguía hacia la salida de la cueva.

—Son muchos años escuchándolas. Tenemos que darnos prisa.

Calipso nadaba tan rápido que me costaba seguirla de cerca. Comencé a dudar de mi capacidad para ayudar a una persona que se ahogaba. Enseguida llegamos a la playa. La Poza estaba rodeada por veraneantes, y dos socorristas habían lanzado un flotador rojo entre las boyas.

—Si se tiran los socorristas, también morirán ahogados –me dijo Calipso.

Una mujer lloraba a gritos.

—¡Mis dos hijos!

Uno de los niños, de unos seis o siete años, aún braceaba en la superficie, intentando sacar la cabeza para respirar. Era incapaz de coger el flotador, que se movía de un lado a otro de la superficie. Del segundo niño no había ni rastro. Calipso me señaló la corriente en espiral, que bajaba hasta el fondo arenoso y luego torcía a la izquierda. Me indicó que la siguiera. Ella salvaría al de la superficie.

Nadé en paralelo a la corriente sin encontrarle. Pero, cuando el remolino parecía

perder fuerza y desaparecían las burbujas de aire, descubrí al niño desvanecido. Era casi un bebé de unos dos años. Oía mi propio corazón, que latía desbocado. Agarré al niño con todas mis fuerzas, salí a la superficie y me dirigí a la orilla. Su rostro blanco y los labios morados me recordaron a Pau. Era importante que no me vieran demasiado, así que me acerqué a un chaval que llevaba una colchoneta, mientras levantaba la arena del suelo con la cola.

—¡Eh! ¡Este es el niño que están buscando! ¡Corre hacia la ambulancia!

Lo apoyé en la colchoneta que tenía sujeta a la mano por una larga cuerda y se marchó enseguida hacia los socorristas, que ya reanimaban a su hermano.

Enseguida oí a Calipso que me llamaba bajo el agua para regresar.

—¿Qué tal te ha ido? –me preguntó.

—Creo que bien. Pero me impresiona ver a la gente ahogada –suspiré.

—Al principio es duro, pero muy satisfactorio salvarlos, sobre todo cuando los reanimas.

—¿Los reanimamos nosotras?

—Si no hay una ambulancia esperando, claro. Recuérdame que la siguiente clase, a mi vuelta, sea de reanimación de humanos. Por cierto, avisa a tu madre de que el lunes por la noche tenemos la fiesta y que no dormirás en casa.

—¿Yo también voy a la fiesta?

—¡Claro! Es tu presentación en sociedad.

—¡¿Estás de broma?!

—No, y además antes de marcharme, tenemos algo pendiente –contestó y me señaló varios tordos azulados que nadaban entre la posidonia.

Resoplé. Dos veces había intentando pescar con las manos y no lo había conseguido, además me sentía cansada.

—Mira, Calipso, esto no es para mí, no puedo.

—Por supuesto que puedes, eres una sirena y tus manos están preparadas para atrapar peces, si no, te morirías de hambre. Te espero en la isla –dijo alejándose–. No vuelvas sin un pez. Y ten cuidado porque estoy escuchando el motor de la lancha de Mariano, el director del instituto oceanográfico. Dentro de cinco minutos habrá llegado aquí.

Subí a la superficie para ver –sin éxito– la lancha y, cuando bajé dispuesta a coger a los tordos por sorpresa, ya habían desaparecido. Entonces debajo de mí se movió un pez de color marrón, que se escondió entre la arena. Era mi última oportunidad.

Antes de acercarme, observé el fondo marino. A mi izquierda descubrí unas rocas cubiertas de anémonas. Me aproximé casi sin respirar al pez plano que parecía un lenguado o un rodaballo. No se movió. Con la cola comencé a hacer corriente hacia las rocas, contra las que podría aplastarlo con facilidad. Se deslizó unos centímetros. Nadaba despacio, y yo tenía prisa.

Presentía que no iba a salir bien. Desde que era una sirena había desarrollado dentro del mar un sexto sentido, y me resultaba más sencillo predecir si mis acciones iban a tener un resultado positivo o no.

Cuando ya se encontraba muy cerca de las piedras, acerqué veloz mi mano y la cerré sobre él con todas mis fuerzas. Sentí un dolor agudo, como si me clavaran una larga aguja en la palma de la mano. Grité, pero no lo solté. Notaba el fuerte pinchazo y el movimiento del pez, mientras intentaba escapar de mi mano. Debía enseñárselo a Calipso. En ese momento se detuvo la lancha verde encima de mí y un objeto metálico se hundió a mi lado. No me paré a mirar qué era y me marché. Nunca hasta entonces había nadado tan rápido en el mar, y cuando llegué a Cueva Morena ya no sentía la mano, que había adquirido un color blanco cadáver.

—¡Dios mío! –exclamó Calipso, cuando abrí la mano y solté al pez.

Mi palma cubierta de espinas no paraba de sangrar.

—¡Has cogido un pez víbora! Esas espinas tienen veneno.

15

Aquella tarde, después de haberme vendado en el mar la mano con algas, y haberlas sustituido en casa por vendas, me fui a la heladería.

No quería que se enterasen de que tenía mal la mano, así que –a pesar del calor– me puse una camiseta de manga larga para tapármela. Cuando Adela me vio, dijo:

—¡Qué bien que vengas abrigada! ¿Puedes ir a la trastienda a rellenar las cubetas de helado y ponerles las tapas?

Allí estaba, haciendo un esfuerzo agotador para no rozarme la palma de la mano, cuando entró Julia. Parecía fuera de sí.

—¡Tengo que hablar contigo! –gritó, quitándose las gafas de sol.

—¡Más bajo, que, con tanto jaleo, te van a echar!

Julia se apoyó en la máquina pasteurizadora con un ademán exagerado.

—¡No puedo más!

—¡¿Qué te pasa?! –pregunté.

Julia tragó saliva.

—¿Recuerdas cuando salvaste a tu primo?

—Sí, claro.

—Desde ese día no he dejado de pensar en él… ¡Imagina que se hubiera muerto! No habría podido soportarlo.

Julia tomó de una cestita de mimbre una cucharilla verde de plástico.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? –pregunté asombrada.

—Tú eres su prima, y le conoces mejor que nadie.

—¿Y?

—Quiero salir con él, cueste lo que cueste, y tú –como eres mi mejor amiga– me vas a ayudar… –explicó, mientras metía la cucharilla en la cubeta más cercana y se llevaba el helado a la boca.

En ese momento fui yo la que tragué saliva, mientras cerraba una tarrina de turrón.

—¿Tienes una insolación? –pregunté, y le puse la mano en la frente–. ¿Cómo sales de casa a estas horas?

Sabía que Julia tenía muchas cualidades para el teatro, pero ahora parecía que hablaba en serio.

—Me estoy volviendo loca alejada de él.

Notaba que las mejillas me ardían.

—Se te pasará –contesté sin mirarla.

Tiré con fuerza un pegote de helado en la siguiente cubeta.

—¡No! Cada día es peor. ¡Habla con tu primo! ¡Díselo!

Sentí un pinchazo en el estómago, peor que el del pez en la mano.

—Julia, yo haría cualquier cosa por ti, pero…

—¡Falsa! –me interrumpió–. Dices que harías cualquier cosa por mí, pero solo lo dices, no lo haces.

La contestación me sentó como una bofetada.

—Julia, tranquilízate. ¿Qué escena estás ensayando ahora en teatro?

—Bueno… –carraspeó– esa en la que ella intenta conquistarle a él… Y yo soy ella. ¡Pero no tiene nada que ver!

—Mira, creo que es mejor que hables tú con Pau… Es de mi familia.

—Por eso, porque es tu primo, tenéis más confianza.

Resoplé. No podía fallar a Julia: era mi mejor amiga.

—De acuerdo –contesté mordiéndome el labio hasta casi hacerlo sangrar.

—¡Cuánto te quiero! –exclamó Julia, abrazándome–. ¿Cuándo quedarás con él?

—No sé… Mañana.

—Hoy. Cuanto antes, mejor, ya sabes que los peces no pueden vivir lejos del mar.

Cerré de un puñetazo la tapa de la cubeta.

Julia estaba a punto de salir de la trastienda, dando ligeros saltitos, cuando le dije:

—¿Por qué te da miedo?

Julia se giró y me miró fijamente.

—¡¿A mí?! ¿A mí miedo? ¿Alguna vez me has visto huir de algo?

—Sí, muchas.

Julia se acercó.

—A ver, ¿cuándo?

—Ahora mismo. ¿Cómo puedes ser tan cobarde con un chico?

Julia se quitó uno de los lapiceros que le sujetaban el pelo y lo clavó con fuerza en el helado.

—¿Me estás llamando cobarde?

Guardé silencio unos segundos.

—Sí. Tienes miedo de que te diga que no, como a todas.

—¡Será posible! –exclamó Julia, poniéndose las gafas de sol.

Pareció dudar.

—¡Olvida lo que te he dicho: yo hablaré con él! Esta noche no nos esperes cuando salgas –concluyó saliendo de la trastienda–. ¡Y cuídate esa mano!

16

La idea de ir a una fiesta marina y conocer a todas las sirenas y tritones de la región, que me observarían con ojos escrutadores, me provocaba cierto temor. Temor no, pánico.

Quedé con Calipso el lunes al anochecer para ayudarle con los preparativos, sin saber qué había ocurrido con el binomio Pau-Julia, ya que ella no respondía al teléfono y no me había atrevido a acercarme al herbolario. Con la fiesta les olvidaría durante unas horas.

Cuando llegué, Boba nadaba alrededor de Calipso, que rellenaba grandes caracolas con *garum* y, extraño en ella, parecía enfadada. Ni siquiera me dio tiempo a preguntar.

—¡Nos hemos pasado toda la noche sellando la caja fuerte que guarda el barco fenicio! ¡Tres niñatos han intentado romperla con un pico! ¿Y para qué? ¿Para decir que han destrozado el barco más antiguo del Mediterráneo?

No contesté nada, pero contemplé asqueada cómo el *garum* caía gris y viscoso en las caracolas. Me extrañó que cuando Calipso hablaba de custodiar los tesoros marinos usaba siempre el plural. Quizá tenía un equipo que trabajaba con ella protegiéndolo, pero no me atreví a preguntarlo aún.

—Perdona, no me tenía que haber enfadado, y menos esta noche, pero no te puedes despistar ni un momento con los submarinistas…

Me acercó la caracola para que se la sujetara.

—Lorelei siempre me pide un par de tarros para la fiesta. ¿Podrás venir cada dos días a moverlo en mi ausencia?

—Sí… lo malo va a ser entrar.

Todavía me impresionaban las morenas gordas y con dos filas de colmillos que cuidaban la cueva. A Boba tampoco le gustaban demasiado.

—No te van a hacer nada… Además, cuidan todas nuestras cuevas, te tendrás que acostumbrar –dijo Calipso, leyéndome el pensamiento.

Después de meter las caracolas en una enorme red, preparamos algunos vestidos. Unos eran para sirenas que acudirían a la fiesta y otros, para venderlos en Tula. Calipso me dio un corpiño cubierto de perlas azuladas y desiguales.

—Este te irá bien. Y déjame que te arregle el pelo.

Pasó un peine de nácar por mi pelo castaño y me hizo una trenza que cerró con un pasador hecho con un esqueleto rosa de erizo de mar. Me observó unos segundos.

—El único inconveniente es la piel, demasiado oscura… Pero todos saben que vives

fuera. No lo podemos evitar.

Me hizo gracia que a las sirenas mi piel les pareciera oscura, cuando a mí en la tierra siempre me había parecido de una palidez cadavérica.

En la salida de la cueva nos esperaba una raya blanca flotando a un metro del suelo, sobre la que Calipso colocó los paquetes.

—¿No da calambre?

—Las salvajes sí, las domésticas no –contestó, golpeando la raya con una mano para que nos siguiera–. Por cierto, sabes que no puedes hablar a nadie del exterior de ninguna de las sirenas y tritones que conozcas. Todos estamos en tus manos.

El sol se ocultaba tras la línea del horizonte y la superficie del mar parecía arder frente a nosotras mientras nadábamos en silencio.

Después de tantas semanas con ella, me atreví a preguntar algo que me rondaba la cabeza desde el día de mi cumpleaños.

—Calipso, ¿conociste a mis padres?

Calipso tardó en responder.

—Lo siento, no.

—¿Y alguien los conoció o sabe quiénes eran?

—Los que van a estar en la fiesta, no.

Leyó la decepción en mi cara.

—Después de la Segunda Rebelión te trajeron aquí unos soldados desde la Gran Ciudad de Tula. Yo debía cuidar de ti, pero me avisaron de que en el mar corrías peligro. Tuviste que salir fuera hasta que cumplieras los dieciséis años. A partir de esa edad no podríamos evitar que te convirtieras en sirena. Y Concha, que acababa de perder a su marido, te acogió con los brazos abiertos.

—Conocías a Concha antes de que yo viniera. ¿No?

—A la primera que conocí de la familia fue a su tatarabuela.

—¡¿Su tatarabuela?! –pregunté asombrada.

Calipso sonrió.

—No te he contado que dentro del agua el tiempo va más despacio. Prepárate para una larga vida…

«¿Pau se volvería viejo y yo me quedaría joven? ¡Qué angustia!», pensé.

—Y ¿Tula dónde está?

—La Gran Ciudad es la capital y la ciudad más importante de la Atlántida. Se encuentra más allá de las llanuras abisales.

—¿La Atlántida? ¿Existe?

—Sí, claro, está pasadas las columnas de Hércules, entre la columna oriental del Arco Iris Marino y la ruta de las Ballenas. Es nuestra desde que se sumergió hace ya más de tres mil años.

—¿Es la primera vez que vas a Tula?

—No, la conocí en el viaje de novios. Debe de haber crecido mucho –contestó Calipso, mientras hacía una pequeña voltereta–. Estoy muy nerviosa, aunque no lo parezca. No sé… intuyo que no será un viaje de turismo.

—Oye, ¿y cómo evitasteis que me convirtiera en sirena antes de los dieciséis? Llevo toda la vida bañándome en el mar.

—Esa es una larga historia. Creo que te la contaré en otro momento…

También me quedé con las ganas de que me contara qué era eso de la Segunda Rebelión.

Ya habíamos pasado el pueblo de Bolnuevo y a lo lejos se perfilaba la isla de Cueva de Lobos.

Enseguida descubrimos la silueta de una cabeza que se acercaba a nosotras. Era una sirena de edad indeterminada, como Calipso, pero con el pelo tan rubio, que parecía blanco.

Tuve un presentimiento positivo.

—¡Esa es Lorelei! –susurró Calipso antes de llegar a ella–. Es la subdirectora del museo de arqueología submarina.

Lorelei se acercó a mí y dio una vuelta a mi alrededor.

—¡Bienvenida, Stella! Estamos muy contentos de tenerte con nosotros después de tantos años.

Observé sus ojos azules turquesa. Y noté que su acento era distinto al de Calipso. También su cuerpo era diferente, su cola parecía más alargada que la nuestra y su piel era muy blanca, casi transparente.

Yo sonreí, pero me sentí como una mema. Si toda la noche iba a ser así, mejor no haber venido.

Antes de alcanzar la isla, salió a nuestro encuentro un tritón. Me quedé con la boca abierta de asombro, pero no era el que yo había visto aquel día. Tenía unas espaldas anchas y fuertes. Su pelo era negro, como sus ojos. Y llevaba un fino bigote, que parecía engominado, y perilla. Lorelei me lo presentó como Alfeo, su marido.

Detrás de él se acercó a nosotras un segundo tritón guapo, de mediana edad y de pelo castaño peinado con una raya al lado como si llevara gomina. Despacio se acercó a Calipso y la saludó, besándole la mano. Calipso correspondió con una tímida sonrisa.

—Te presento a Cástor –dijo Lorelei–, es un invitado de la Otra Costa, de Orán.

Cástor me saludó con la cabeza y sin decir palabra se alejó de nosotras.

Nos acercamos a la playa de Cueva de Lobos iluminada por una luna grande y redonda, pero ya menguante.

—¡Dios mío: es alucinante! –susurré al contemplar a decenas de sirenas y tritones de edades variadas.

Nadaban, salpicaban, saltaban sobre el agua plateada y hablaban entre ellos tanto fuera como dentro.

—¡Jamás me hubiera imaginado esto!

—Seguro que nadie que se baña aquí de día lo ha imaginado –añadió Calipso.

—¡Los tienes que conocer a todos! –me anunció Lorelei.

Me los fue presentando uno por uno, pero era incapaz de retener esos nombres tan extraños, así que me limité a sonreír y a decir lo contenta que estaba de conocerlos. Tenía la impresión de que todos me miraban como a un bicho raro. Y hubiera dado cualquier cosa por desaparecer.

Después de un rato de presentaciones, le pregunté a Calipso:

—¿Pero esta gente de dónde viene, dónde viven?

—Son familias que viven en distintas playas: Gata, Cope, San Pedro, Parazuelos, La Azohia, Tiñoso… La de Lorelei vive aquí desde que tú llegaste.

Enseguida se acercó a nosotras una sirena que parecía más joven que el resto. Su pelo era rubio, rizado y lo sujetaba una pequeña caracola a cada lado de la cabeza.

—Esta es Ainé, mi ayudante de confección –dijo Calipso.

—Estas semanas no me ha dejado ir por las mañanas a Cueva Morena por si te asustaba, pero tan fea no soy, ¿no? –contestó con simpatía y apretándome suavemente la mano–. ¡La vida en el mar te va a encantar!

—Eso espero.

—En mi raya están los corpiños. Por favor, ¿podrías desempaquetarlos? –le preguntó Calipso.

—Hoy tendremos buena venta –contestó Ainé, y se alejó de nosotras.

Poco después nos aproximamos a la playa del Barranco Ancho, a la derecha de la que nos encontrábamos. Calipso llamó a una sirena, que se encontraba con un grupo de sirenas y tritones jóvenes, y ella se acercó dando unos graciosos saltos.

—¡Eh! ¡Ha llegado Stella! –les gritó a los demás que saludaron con la mano desde lejos.

—Ellos son muy tímidos, y yo soy Dana –exclamó sonriendo la sirena de piel muy blanca, con el pelo rojizo y rizado que llevaba sujeto por una diadema de perlas.

—Es hija de Alfeo y Lorelei, y hermana de Ainé –puntualizó Calipso–. Tenéis la misma edad. Disculpadme, voy a ayudar a Ainé con los vestidos –susurró Calipso y desapareció rápida bajo las aguas, pero no en la misma dirección que su ayudante, sino en la contraria.

Dana y yo nos acercamos a sus amigos. Me resultaron agradables pero notaba en ellos algo extraño, salvaje, que no supe definir. Hablaban muy alto, casi chillando y enseguida me sorprendieron los peinados. Los tritones llevaban el pelo corto con mechones de punta engominados, y algunos se habían rapado el pelo con dibujos de

animales marinos. Me pregunté cómo se sujetarían los mechones bajo el agua.

Descubrí que los dientes de los tritones eran puntiagudos, como de pez, y los dedos de sus manos estaban unidos por una fina membrana.

Unos metros más allá, cerca de unas piedras, dos sirenas rodeaban, aduladoras, a un tritón y se reían con sonoras carcajadas. Él se apoyaba en una roca con los brazos extendidos y gesto de autosuficiencia. Al acercarnos, se callaron y nos miraron con cierto desdén. Enseguida le reconocí: era el tritón que me había empujado el día que buscaba a Calipso.

—No te asustes, es mi hermano Ceix y es un poco borde –anunció Dana.

—¿Te pasa algo, enana? –preguntó el tritón con tono de desprecio.

Dana resopló, pero sin dejarse achatar, contestó:

—Te quería presentar a Stella, pero creo que lo dejaremos para otro momento.

Hizo ademán de marcharse.

—¡Espera, espera! –exclamó el tritón soltándose de la roca–. Si ya nos conocemos…

Se acercó a nosotras y me observó fijamente unos segundos girando a mi alrededor. Era rubio con el pelo ensortijado, de aspecto agradable, atractivo. Pero el tono de su voz y sus movimientos resultaban ariscos y ásperos. No dudé de que tenía frente a mí al típico tío engreído y sobrado de sí mismo. El imbécil ibérico: especie que no solo vive en la tierra, sino también en el mar.

—¡Tanto jaleo para esto! –dijo, señalándome.

Y volvió de nuevo con sus sirenas.

—¡Es más maleducado que un pez escorpión! –se disculpó Dana–. Y, como estás pensando, un creído.

¿Cómo sabía Dana lo que estaba pensando?

Para mi alivio, otra sirena nos avisó de que ya estaba preparada la cena. Me despedí de Ceix y de sus admiradoras con una mirada de indiferencia.

—La cena suele ser abajo en la pradera entre la isla y la playa –explicó Dana, al notar que yo dudaba.

—No hablo bien sireno –me sinceré, algo nerviosa.

—Todos saben que acabas de llegar, lo entenderán.

Nos sumergimos. Me costaba acostumbrarme a la oscuridad, aunque debajo también llegaba la luz de la luna.

Antes de alcanzar la pradera en la que todos se estaban reuniendo para cenar, pasamos cerca de Calipso y de Cástor, el tritón guapo de Orán. Parecían discutir y ni siquiera nos vieron.

—¡Calipso, no te marches! –le susurró él, agarrándola de un brazo.

—Me han llamado los Tres Sabios… –contestó Calipso irritada.

—¡Por Neptuno! ¡No te vayas! ¡Es muy peligroso! –insistió Cástor, atrayéndola

hacia él–. ¡Leviatán se mueve!

—¿Te cuesta nadar? –preguntó Dana, al notar que me quedaba algo rezagada.

—No, no, perdona –contesté, apartándome de Calipso y su acompañante.

—Mi hermano es un poco imbécil, pero solo cuando está rodeado de chicas, que suele ser siempre. Todas están coladas por él. En el fondo es buen tritón –me comentó Dana mientras nos apoyábamos encima de sendos mullidos cojines de posidonia en un extremo del enorme círculo formado por todas las sirenas y tritones.

Pequeños peces de cuerpos luminosos, como lámparas naturales, se paseaban entre nosotros.

Yo no conseguía mantenerme sentada y el agua me impulsaba hacia la superficie, a pesar de que la pradera solo se encontraba a pocos metros de profundidad.

—Mientras estás sentada, tienes que mover la aleta de la cola leve y constantemente, como el respirar –me explicó Dana.

Me alegré de haber conocido a Dana y de cenar a su lado.

Después de varios intentos frustrados en los que acabé en la superficie, por fin me relajé y logré un cierto equilibrio abajo. Mientras lo intentaba, Ceix con las otras dos sirenas no paraban de señalarme y reírse entre ellos.

Enseguida nos pasaron la comida. El primer plato eran unas esponjas marinas en las que habían pinchado diferentes seres, que me dejaron con la boca abierta. Unos eran como babosas de rayas amarillas y azules con ojos saltones y cuernos, y los otros, gusanos gelatinosos blancos con motas marrones insertados en espinas de pescado.

—¡Cómo me gustan las turidillas! –exclamó Dana con alegría.

Se metió una en la boca haciendo un ruido como si hubiera sorbido un flan de un solo bocado.

—¿Qué te pasa? –preguntó al percatarse de mi cara de asco.

—Nada, que todo me parece tan extraño… –contesté.

Pasé la esponja con los gusanos a un tritón cercano y me agarré a una piedra negra alargada, que a modo de bandeja sostenía ostras.

Lo siguiente fueron unas conchas llenas de bolas rojas del tamaño de una pelota de tenis. Dana me hizo una señal para que cogiera una. Metió los dedos en el centro del tomate y lo abrió dejando a la vista decenas de tentáculos en movimiento de color rojo. Me di cuenta de que eran anémonas venenosas.

Dana mordió los tentáculos carnosos.

—¿No pica? –pregunté atónita.

—¿Picar? –preguntó sorbiendo un tentáculo.

—Sí, como urticante… ¿No te arde la lengua?

Dana me miró con gesto de duda.

—Son tomates de mar, mi comida preferida –contestó–. ¡Pruébalos!

—Preferiría otra ostra –contesté, buscando la bandeja con la vista.

Aunque estábamos en círculo, éramos tantos que no nos escuchábamos y cada uno hablaba con el que tenía a su lado. Frente a nosotras se sentaban los anfitriones: Lorelei y Alfeo. A la derecha de Lorelei cenaban Calipso y Ainé. Calipso parecía más seria de lo normal. Y a veces me miraba para comprobar que todo iba bien. Si me hubiera fijado más, me habría dado cuenta de que sus ojos, inquietos, se dirigían a Cástor, que, sin cenar, se había situado detrás de nosotras.

—Oye, ¿cómo es la vida fuera? –me preguntó enseguida Dana con una sonrisa.

Entre sus dientes tenía varios tentáculos rojos del tomate.

—¿Fuera? Bastante distinta a esta –contesté, apartando la vista para no reírme en su cara.

—¡Cómo me gustaría salir! Pero ya sabes que no es muy normal… solo en ocasiones de peligro o extraordinarias. Aunque en la zona vive una sirena fuera. ¿Has oído hablar de ella?

—¿Una sirena fuera? No, nunca.

Nos pasaron una caracola con *garum*.

—No quiero, gracias –dije con un gesto de rechazo.

—¡¿No te gusta el *garum*?! –exclamó Dana con una carcajada.

Al mover la cabeza, uno de sus rizos rojos cayó sobre su frente, descolgándose por la corona de perlas.

—No –contesté tímida, después de haber despreciado los gusanos y los tomates.

—¡A mí tampoco: eres la primera sirena que conozco a la que no le gusta!

—¡Es asqueroso! –añadí con un gesto de complicidad.

17

La cena se alargaba y Dana me preguntaba sin interrupción sobre la vida en el «exterior» como lo llamaban en el mar. Sabía mucho menos de lo que yo esperaba. Gracias a ella y a sus graciosas preguntas me estaba divirtiendo de verdad, después de la vergüenza de las presentaciones.

Me acababan de dejar en las manos una langosta, que yo miraba e ignoraba qué hacer con ella, cuando se acercó otra sirena. Era la primera que conocía con el pelo encanecido y de aspecto más mayor que el resto.

—Yo soy Melusina, la abuela de estos chicos… ¡Cuánto tiempo esperándote!

—Encantada –repetí de nuevo, como había hecho durante toda la noche.

La sirena mostraba un rostro muy afable y unos enormes ojos azules. Su acento era similar al de Lorelei. Y también parecía distinta a todas las sirenas que se encontraban allí. Su piel era muy blanca y su cola, estilizada. De su cuello colgaba un medallón dorado con unos extraños signos.

Melusina me observaba con atención, pero sus gestos inspiraban confianza. Me dio la impresión de que lo único que tenía que hacer era escucharme con interés.

Enseguida se despidió con la excusa de que se retiraba a dormir.

De pronto se detuvo y, mirándome a los ojos, añadió:

—¡Sé fuerte!

Antes de que Melusina se marchara, tomó la palabra Lorelei y se dirigió a todo el grupo:

—En esta noche tan especial en la que hemos tenido la oportunidad de conocer a Stella, me gustaría pedir a Carmenta –señaló con la cabeza a otra sirena– que nos deleitase con una hermosa melodía, para que nuestra invitada conozca el canto real de una sirena, como el que cuentan las crónicas que escuchó Ulises.

—Platón decía que el canto de las sirenas era tan perfecto como la música de las esferas –me susurró Dana.

Entre las personas del círculo se movió hacia el centro una sirena de cola azulada con el pelo castaño y los ojos verdes, que me buscó con la mirada. E, irguiéndose, comenzó a entonar una canción en sireno, armónica como el batir de las olas en la orilla de una playa.

Mientras la sirena cantaba, Ceix y sus amigas contenían carcajadas de burla.

—No la has entendido, ¿verdad? –me preguntó Dana, cuando acabó.

—Nada. Es desesperanzador… ni una palabra después de tantas semanas.

—Lo extraño es que hubieras comprendido algo, porque es sireno antiguo.

—¿Sireno antiguo? –pregunté.

—Sí, el de nuestros primeros padres. La canción cuenta la historia de amor entre Galatea, la más hermosa de las sirenas, y Acis, un pastor de Sicilia.

—¿Una sirena se enamoró de un humano? –interrumpí con interés.

—Sí, puede ocurrir. Aunque nuestra naturaleza es tan distinta que la relación suele ser tensa… Las sirenas en tierra añoramos el mar. Y los humanos en el agua se agobian y quieren regresar a tierra firme. Pero no sé, no conozco a nadie que se haya enamorado de un humano…

—Perdona, ¿cómo termina la historia?

—No muy bien. La vida uno junto al otro transcurría tranquila hasta que Polifemo, el más terrible gigante de la isla, se enamoró de Galatea. Polifemo puso, en vano, todo su empeño por conquistarla. Pero Galatea solo tenía ojos para Acis. Un día que Polifemo encontró a Acis a la orilla del mar, lo mató arrojándole un peñasco. Cuenta la leyenda que Galatea, rota de dolor, convirtió a Acis en río para encontrarse con él todos los días.

Tenía la impresión de que en la superficie amanecía, porque entraban sutiles rayos de luz amarillenta. Calipso me había anunciado que la fiesta se acabaría al llegar el día, ya que no nos podíamos arriesgar a que alguien nos descubriera.

Algunos de los invitados comenzaban a marcharse, cuando Calipso se acercó a mí.

—Stella, debo marcharme. Ya han llegado los dos tritones atlantes que me acompañarán al Gobierno del Mar.

Calipso era la sirena con la que había compartido las últimas semanas. Ella me había enseñado todo lo que sabía de mi nueva vida.

Junto a Cástor esperaban dos tritones de espaldas anchas, que llevaban el equipaje de Calipso. Supuse que debía de ser un viaje muy largo y peligroso para necesitar escolta.

—¡Te echaré de menos! –dijo Calipso, mientras me abrazaba y me apretaba contra ella–. ¡No te metas en líos! ¡Y mueve el *garum*!

—Lo intentaré –contesté.

—Si tienes cualquier problema, busca a Alfeo o a Lorelei… o a Dana. Ya os habéis hecho buenas amigas.

Sentí una punzada de dolor dentro de mí, y tuve uno de esos extraños presentimientos incomprensibles.

—¿Cuándo volverás? –pregunté a punto de llorar.

—Solo tardaré unas tres semanas. Ningún verano me he alejado de estas playas, por favor, cuida de las campanas. Ellos dependen de ti –explicó, abrazándome de nuevo.

Cuando se separó, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Perdona, soy muy sentimental! Quiero darte esto –dijo, quitándose el collar de cristales que llevaba al cuello.

Parecía hecho de esos desgastados cristales de colores que yo de pequeña buscaba en la playa.

—Por su color sabrás cuándo se acerca un peligro.

—Pero ¡tú lo necesitarás más que yo! –exclamé.

—Por ahora no, voy muy bien acompañada –contestó, mirando a Cástor.

Me puse el collar. Calipso se despidió de Cástor con una inclinación de cabeza, que él no correspondió, se acercó a los tritones y se alejó con ellos. Antes de desaparecer, se giró y con un gesto de la mano nos dijo adiós. Esta vez su sonrisa parecía forzada.

—No pienses que te quedas sola –exclamó Dama, cuando me despedí de ella–. ¡Estamos contigo! ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza, intentando reprimir unas extrañas lágrimas de inseguridad bajo el mar.

Ya había salido el sol, cuando salí a la superficie.

De pronto alguien gritó:

—¡Mariano!

Y oí bajo el agua el sonido del motor de su lancha.

Cuando quise reaccionar me encontraba sola frente a la playa. Todos habían desaparecido.

Me hundí hasta el fondo marino y nadé hacia el puerto. A la altura de la playa del Castelar pasó la sombra verde de la lancha de Mariano sobre mí.

Cuando llegué a casa tenía un mensaje de Julia en el móvil: NO.

—¡Por Galatea!

Sin dormir ni ducharme, salí de mi casa y corrí hacia el herbolario.

18

Sin Calipso mis días se volvieron aburridos. Sentía cierto miedo a entrar sola en el mar, aunque el encargo de remover el *garum* me obligaba a ir cada dos días a Cueva Morena, con esos horribles bichos, que obedecían a los movimientos de mi mano. Lo único que me animaba era encontrar a Boba en la orilla.

El primer día que quise entrar en la cueva, me encontré a la morena de la puerta con la boca abierta y dentro de ella un camarón rojo con una raya blanca que hurgaba entre sus dientes limpiándolos. Parecía un milagro que la morena no cerrara la boca engullendo al animal, porque era lo que solía hacer. Esperé a que el camarón acabara y, con miedo, puse mi mano extendida delante de su boca.

Ahora es cuando me quedo sin mano, pensé.

Pero la morena se deslizó hacia adelante dejando libre el agujero de entrada.

Mientras me bañaba sola en el mar frente a las playas, mis amigas pasaban la mayor parte del día frente a mí en la arena de esas mismas playas, y yo buscaba excusas para no acompañarlas. La supuesta amiga de mi madre que visitaba por las mañanas y el trabajo en la heladería habían disipado su curiosidad por saber qué hacía en mis ratos libres. Cuando me encontraba con ellas, procuraba mostrarme simpática, para que no pensaran que las rechazaba por algún motivo, y sobre todo para no quedarme sin amigas, lo más triste que te puede pasar.

Un sábado por la mañana Julia me pidió que fuera al herbolario para ver el traje que llevaría en la obra de teatro. Cuando entré la encontré vestida de exploradora. También estaba allí Ángela.

—¿Tú no eras un doncella despechada? –le pregunté.

—Sí, pero es que la doncella es una traficante de pieles de foca que se llama Mary Peyton y su avioneta tiene un accidente en el desierto del Sahara.

—¡Ah, me esperaba otra cosa!

—Después me enamoro en Marrakech de un agente secreto de los servicios secretos.

—Luis de Leiva –apostillé.

—¡Menos mal que me queda Luis! –exclamó, y se sentó de golpe en la silla.

—¿Hoy no trabajas?

—Negativo, ayer Luis me vio tan mal que me ha dado día libre. Dice que solo seré feliz cuando nuestras vidas se unan.

—¡Qué cursi! –exclamó Ángela.

—¿Qué vidas? ¿La tuya y la de Pau? –pregunté.

—¡No! Luis no sabe nada de Pau –me miró y añadió–: Ni quiero que lo sepa.

Afirmé con la cabeza.

Luis había contratado a Julia en su negocio de bicicletas principalmente porque estaba loco por ella. Y algunos pensábamos que también había conseguido el papel protagonista en la obra de teatro gracias a sus «contactos» en la universidad popular. Pero Julia decía que no soportaba a los chicos demasiado pesados y con demasiado dinero.

Después de agotar el tema sobre el traje y sobre Luis, Julia y Ángela me acorralaron.

—¿Y esa amiga de tu madre no tendrá por casualidad un hijo de nuestra edad?

—No –contesté, y me preparé para afrontar un peligroso interrogatorio.

—¿Seguro? –preguntó Julia con expresión pícara.

—Sí, estoy segura. Es viuda.

—Luego ha estado casada, luego ha podido tener hijos… Pero no nos engañemos –continuó Julia–. ¿Has conocido a algún chico que ocupa durante todo el día tus pensamientos y que te aleja de nosotras, tus mejores amigas?

Sí, había un chico que ocupaba mis pensamientos, pero vivía a escasos metros de mi casa y no tenía nada que ver con Calipso.

—¡Que no!

—¿Sigues unida a nosotras por un lazo de amistad indisoluble, que ningún hombre puede romper?

—Por supuesto.

—¿No te han presentado a nadie interesante? –preguntó Ángela.

—Sobre todo para que nos lo presentes a nosotras… –continuó Julia–. En vista de lo ocurrido.

—Bueno… un par de garrulos. Pero no os van a gustar, porque son rubios…

—¡Ah, no: rubios ninguno! –exclamó Julia.

Pasó por mi cabeza la imagen de Ceix apoyado en la roca con expresión arrogante.

—¿Manejan dinero? –preguntó Ángela.

—No, ¿por qué?

—El dinero también te puede apartar de nosotras.

—¡Sois más tontas…!

Interrumpió nuestra conversación un hombre que entró en la tienda. Parecía un marinero con la piel morena y arrugada, curtida por el sol. Uno de sus brazos estaba vendado con un trapo sucio con pequeñas manchas de sangre.

—¿Habéis recibido ya la asafétida? –preguntó.

Julia dudó.

—¡Sí, ese polvo que vino de Afganistán hace unas dos semanas! –exclamé

recordando la resina oscura con olor a cebolla.

—¿Cuánto quiere? –preguntó Julia.

—Todo.

—¿Todo? Son muchos kilos.

—Todo lo que tengas –insistió el hombre, poniendo un monedero de cuero grasiento sobre el mostrador.

Miraba nerviosamente hacia la puerta. Por el olor, parecía que llevaba varios días sin ducharse y que había abusado del vino.

—¿Para qué sirve en concreto la asafétida? –pregunté con curiosidad.

—Mejor no quieras saberlo –respondió cortante.

Se pasó la lengua sobre los dientes superiores e hizo un ruido con la boca.

Julia sacó la resina y se la preparó en varios paquetes de papel marrón.

—¿Algún animal? –insistí, recordando el comentario de la madre de Julia.

—Cuando escuches un siseo en el mar cerca de ti, huye lo más rápido que puedas… –concluyó el hombre sin mirarme.

Salió de la tienda sujetando los paquetes con la mano sana.

—Julia, estoy segura de que te acabarás casando con uno como ese –dije bromeando–. De esos que usan palillos de madera para hurgarse en los dientes después de comer, y usan peluquín.

—Ni borracha. Tengo un gusto refinado y superior.

«¡Y tanto!», pensé.

Aquella noche corrió en el pueblo la noticia de que un extraño animal había atacado a los pescadores de un barco y uno de ellos había desaparecido. Ninguno quería hablar sobre el accidente ni sobre el animal.

Una semana después de la partida de Calipso, llegó la luna nueva y con ella las mareas. El mar se encrespó y altas olas dejaban en la orilla de las playas todo tipo de algas verdes y marrones. Y también algo que yo nunca había visto en esa costa, unas babas viscosas y negras, que desprendían un olor desagradable, y que me recordaban a medusas desintegradas. Su roce producía urticaria.

—Esto es rarísimo –me dijo Joaquín, que trabajaba como socorrista en la playa de la Reya–. Lo están analizando porque no se conoce su origen. Todas las mañanas vienen del ayuntamiento a quitarlo para que nadie lo toque. Se llevan varios kilos.

Pocos días después avistaron en las playas centenares de carabelas portuguesas, medusas muy peligrosas con tentáculos de casi treinta metros de largo, cuya picadura podía causar la muerte. Parecían bolsas moradas que flotaban sobre la superficie del mar. Y no eran comunes en nuestras costas.

En algunas playas pusieron la bandera amarilla y se distribuyeron carteles explicando cómo eran las medusas y cómo tratar las picaduras.

Enseguida descubrí varias detrás de la isla. Me costó esfuerzo alejarme de los tentáculos, que se desparramaban muchos metros debajo de su cuerpo. Uno de ellos me rozó un brazo produciéndome una marca alargada y arrugada, que me escocía cada vez que me metía en el agua. Boba, a la que le encantaba comer medusas, huía asustada de ellas.

La segunda vez que las encontré, se acercaban a la playa del Castellar. En los primeros metros de orilla jugaban con un monitor decenas de niños, que supuse vendrían de un campamento. Los tentáculos llegarían antes que los niños descubrieran a las medusas, y podrían rozarles. Como sirena protectora del pueblo me tocaba hacer algo y rápido. Pensé en qué haría Calipso en mi lugar para protegerlos, pero no se me ocurrió nada, porque yo no era Calipso ni tenía su experiencia. Así que me hundí, arranqué unas hojas de lechuga de mar y me las enrollé en las manos, para que no acabaran como con el pez escorpión. Conté las medusas, me aproximé a ellas y agarré un par de tentáculos de cada una. Algunas estaban tan unidas entre sí, que me rozaron la espalda y la cola. Cuando ya tenía todos los tentáculos bien sujetos, tiré de ellos alejándolas de la orilla. Nadé hacia mar abierto hasta que ya no distinguía la costa y las solté.

Al llegar a casa mi madre me enseñó una foto de las carabelas portuguesas en el periódico local, en el que solían publicarle artículos sobre la historia del pueblo.

—Hija, ten cuidado con estas medusas –me advirtió.

—Yo no he visto ninguna donde yo nado –mentí.

Y con un movimiento automático, me tapé las piernas.

—¡Ah! Vino Pau a despedirse. Se ha marchado todo el fin de semana a una feria de dibujantes de cómics.

No recibía noticias de Calipso ni del Gobierno del Mar. Quizá ya había entrado agosto, cuando un día en Cueva Morena escuché un ruido en el exterior. Miré el collar, pero no había cambiado de color. Salí con precaución, por si se trataba de un submarinista, apartando la asquerosa morena de la puerta, y me encontré delante de la entrada a Ceix.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? –pregunté asombrada.

—No… nada –contestó con una timidez desconocida en el engreído tritón.

—¿Necesitas algo? –insistí.

Aunque estaba anocheciendo, pude distinguir sus facciones con más facilidad que el día de la fiesta. Su pelo era más rubio y me pareció un tritón muy atractivo.

—Mi madre quería saber cómo estabas –contestó mientras sus dedos palmeados jugaban nerviosos con un trozo de alga–. Tanta medusa…

—Estoy muy bien. ¿Sabéis algo de Calipso?

—No, no han llegado noticias de la Gran Ciudad.

Estuve a punto de preguntarle si sabía algo del animal que atacó a los marineros, pero solo quería que se marchara cuanto antes y que se terminara el bochornoso encuentro.

—Pues ya me voy –dijo Ceix, saliendo de la cueva.

—Gracias por acercarte.

Desapareció bajo el agua sin contestarme. Seguro que Lorelei le había obligado a venir, y el chico era normal lejos de sus amigas.

Acabé mis encargos en la cueva y salí de allí dejando atrás las morenas y a Boba, que se quedó comiendo un cangrejo. No me di cuenta de que en un saliente de la pared se ocultaba Ceix. Ya había anochecido y el agua parecía turbia y picada. Nadaba despacio, sin acordarme de la recomendación de Calipso de que por la noche no entrara en el mar. Bordeé el Gachero y pasé las casetas. De pronto escuché detrás de mí un ligero silbido, que me resultó extraño. Me giré rápida, pero no advertí nada raro y continué nadando en paralelo a las negras calas del faro. Quería llegar al espigón y secarme allí antes de regresar a casa. Me acerqué un poco más a la orilla. Nadaba junto a la oscura cala de los Bolos, cuando oí de nuevo el silbido. Esta vez me recordó al de una serpiente. Me detuve asustada y miré alrededor. En la superficie grandes olas se estrellaban contra la montaña del faro levantando cortinas de espuma negra. Continué nadando y, como por casualidad, noté el peso del collar de Calipso sobre mi pecho. Lo miré y me espantó ver los cristales –normalmente verdes y azules– de color negro.

—¡Tranquila! –me repetí–. ¿Cómo era eso de los sentimientos y los pensamientos?

Decidí concentrarme en llegar al espigón nadando lo más rápido posible. De reojo y a unos metros detrás de mí, descubrí un objeto alargado que me seguía. Parecía una cresta dentada y oscura de varios metros de largo, que sobresalía de la superficie. Debajo del agua la visibilidad era nula, pero percibía su sombra. Era la primera vez que sentía miedo –pánico– en el mar. Nadé veloz hasta que vislumbré las luces del espigón. Pero, antes de alcanzarlo, algo frío pasó a mi lado, rozándome. Sentí dolor, como si me hubieran dado un corte en la aleta. No me detuve, pero notaba que algo aún se agitaba a mi alrededor, moviendo el agua a su paso. Con el corazón golpeando el pecho, alcancé el espigón y salí del agua de un salto. Comprobé que tenía una herida oscura de varios centímetros en el lado derecho de la cola, que no dejaba de sangrar. El espigón estaba desierto y solo dos o tres personas pescaban en uno de sus extremos. Respiré profundamente un par de veces. Sacudí las gotas de agua de la cola para secarme. Tenía que llegar cuanto antes a casa para curarme la herida.

Intenté relajarme, y ya había sacado del bolsillo trasero de mi corpiño un pareo, cuando oí una voz detrás de mí.

—¿Desde cuándo eres una sirena?

Aterrorizada me giré y me encontré frente a frente con Pau, que, con una caña de pescar en la mano, me miraba desde la parte superior del espigón. Sin pensarlo me lancé al mar.

—¡Espera! –gritó.

19

Con cuarenta grados, sin poder ir a la playa con mis amigas, sin noticias de Calipso, con un animal extraño que me perseguía por las noches y con un primo que me había visto convertida en sirena, el verano se presentaba de lo más descorazonador.

Cuando mi madre vio la herida y que no podía cortar la hemorragia, me llevó a urgencias. Allí nos atendió Trini, la enfermera del ambulatorio.

—No eres la primera que viene con una herida parecida –dijo Trini, preocupada–. Hay algún animal extraño en las playas del pueblo.

Avisó a la doctora, que enseguida entró en la consulta. Observó seria la herida, cuyo borde tenía un curioso color negro.

—¿Qué animal será? –murmuró mientras retiraba un trozo de piel para analizarlo–. ¿No te parece lo mismo que lo de los pescadores? –le preguntó a Trini.

—Seguro. Pero ningún pescador quiere averiguar ni decir de qué se trata.

Decidí no bañarme más por la noche, como me había aconsejado Calipso, sino a primera hora de la mañana, antes de que llegaran los turistas con sus sombrillas.

Después de unos días la herida no parecía cicatrizar, aunque me aplicaba la pomada que me había dado el médico. Dio la casualidad de que una tarde, Antonia, la abuela de Julia, entró en casa cuando me la estaba curando.

—¡Uh! ¡Qué mala pinta tiene eso! –exclamó–. Desde hace muchos años no había visto una herida así. ¡Pásate luego por el herbolario!

En la tienda me dio un tarro con una pomada oscura y con un olor como de cebolla, que me recordó a la asafétida que habíamos vendido al marinero.

—Pensé que nunca más tendría que hacer esa pomada. ¡Malditos animales!

—¿Qué animales? ¿Qué son? –pregunté con curiosidad.

—Nadie ha vuelto para contarlo, cada marinero dice una cosa… Si es que dicen algo, porque la mayoría enmudece. Creen que, cuando hablan de esos animales fuera del mar, estos les escuchan y, cuando regresan al agua, el animal les busca para matarlos.

Julia me acompañó de vuelta a casa.

—Me he enterado de algo –anunció.

—¿Qué?

—Vanesa quedó la primera en cien metros estilo libre en los campeonatos de natación.

—¿Qué dices? ¿Por qué me lo has contado? –pregunté.

Aunque intentaba no acordarme del equipo de natación, los cien metros *crol* eran mi especialidad y siempre había ganado a Vanesa. Sentí un pinchazo en el estómago, como si me hubieran clavado una daga.

—Lo siento, pero prefiero que te enteres por mí, que en la calle o, lo que es peor, por una de ellas.

Resoplé.

—Gracias –contesté palideciendo.

—¿Te encuentras bien?

—No sé, no quiero hablar de eso –contesté.

En cuanto volviera Calipso le pediría que me entrenase para los juegos neptúnicos.

—¿Sabes lo más triste? –continuó Julia–. Que Vanesa ganó y nadie de su familia fue a verla. Ni sus padres, que están en un crucero.

Uno de los primeros días de agosto me encaminé a la playa alrededor de las siete de la mañana. No me encontraba bien, porque la noche anterior habíamos jugado la partida de la semana de Monopoly –a la que, por primera vez en su historia, no había acudido Pau– y me había acostado demasiado tarde. Además de que madrugar nunca fue lo mío. A pesar de la hora, ya se preveía una jornada de calor. Solo me crucé con el camión de la basura en unas calles solitarias.

Me disponía a entrar en Cueva Morena, después de haber dejado a Boba entusiasmada con un banco de medusas de cuatro ojos, cuando escuché a mis espaldas un chillido. Parecía que alguien gritaba mi nombre. Presté atención, pero solo oí las gaviotas de la isla. Me sumergía para entrar en la casa de Calipso, cuando me llegó de nuevo un grito de mujer, esta vez debajo del agua.

—¿Quién es? –grité todo lo alto que pude.

—¡Aquí! –contestó la voz.

Nadé rápido hacia mar abierto y escuché de nuevo:

—¡Aquí!

La superficie del mar estaba en calma y no había rastro de ninguna sirena.

Otro grito:

—¡Stella!

Reconocí la voz de Calipso.

—¿Dónde? –pregunté asustada.

No recibí respuesta. Decidí nadar en círculo alrededor de la isla hasta encontrarla. Miré el collar: sus cristales parecían más oscuros.

Me estaba acercando al puerto deportivo, cuando olí y percibí sangre en el agua. Al principio, pequeños hilos que se diluían, después, según me aproximaba a los barcos, las

manchas se volvían más grandes.

—¡Calipso! –grité con fuerza.

Me llegó un débil susurro.

Me disponía a llamarla de nuevo, cuando la vi. Desvanecida, se dejaba llevar por la corriente del fondo. De su costado herido brotaba sangre.

Sentí que me paralizaba de miedo.

Me acerqué a ella y la sujeté. Su cara había recibido golpes y aparecía amoratada y entumecida. Tenía que llevarla a la orilla, a cualquier sitio, donde pudiera socorrerla. Así que la arrastré hasta la cercana playa de la Ermita. Dejábamos tras nosotras un reguero de sangre.

La apoyé en la arena, sin sacar su cuerpo del agua, algo que ella detestaba, y busqué la herida del tórax. No dejaba de sangrar lo que parecía un desgarrón profundo con el borde negro. Lo intenté taponar –en vano– con el pareo que llevaba en el corpiño.

—¡Calipso! –la llamé, apartándole el pelo de la cara blanca y morada.

No reaccionaba.

Debía actuar rápido: no podía dejarla sola, pero tenía que pedir ayuda.

De pronto susurró algo y entreabrió los ojos, que ya no parecían verdes, sino rojos.

—¡Calipso! ¿Qué te ha pasado?

—Han vuelto. Nos atacaron… –su voz salía de su boca junto con un hilo de sangre–. Mataron a los demás.

—¿Quién os atacó? ¿Cuándo?

—¡Escucha: buscan a Pólux, el arquitecto! –musitó con una mueca de dolor–. ¡Pólux: recuerda! Tú debes encontrarle antes que ellos…

—¿Quién es Pólux? –pregunté.

—Busca a Pólux antes que ellos… Pero tú sola. No se lo cuentes a nadie. Te matarían… ¡Todos dependemos de ti! ¡Prométeme que le buscarás!

—Por supuesto, te lo prometo –contesté reprimiendo un sollozo.

Respiró con dificultad y profundamente un par de veces, y se desvaneció.

—¡Calipso! ¡Calipso! ¡No me dejes! –susurré desesperada, apretándola contra mi pecho.

Calipso aún respiraba cuando alcanzamos Cueva de Lobos. Grité pidiendo ayuda antes de llegar, y enseguida salió a nuestro encuentro Alfeo, que cogió a Calipso de mis brazos.

—¡Dios mío!

—Aún respira –dije con la voz entrecortada.

Alfeo se la llevó hacia la cueva y me dejó con Lorelei, que pasó su brazo por mis hombros estrechándome.

—Nos acabamos de enterar de que han atacado a todas las delegaciones que acudieron al Gobierno –explicó Lorelei.

Enseguida se unieron a nosotras Dana y Ainé, mientras Alfeo reanimaba a Calipso.

Las tres, tan preocupadas como yo, intentaban consolarme.

—No te preocupes, Alfeo es un buen médico.

—¿Habrán sido los centinelas de los hielos? –preguntó Dana.

—Los centinelas de los hielos también han muerto. Acaba de llegar un mensaje. También han robado el tridente de Océano –contestó Melusina, la abuela de la familia, que apareció a nuestro lado con unos pescados para que desayunase.

Pero yo era incapaz de comer nada. Estaba demasiado nerviosa.

—¡El tridente de Océano! –exclamó Lorelei.

—¿Cómo han robado el tridente? –preguntó Dana asustada.

—Ahora no es momento para eso –concluyó Melusina.

Después de media hora, salió Alfeo, acompañado por Ceix. La expresión de su rostro era seria.

—Lo siento, no hemos podido hacer nada por ella. Le atacó una serpiente gigante venenosa… Pensábamos que esas serpientes ya no existían.

Me abracé a Dana y lloré.

Lloré más que en mi vida.

20

Nos despedimos de Calipso con sobriedad, rodeados de todos los tritones y sirenas, que la conocían y que acudieron enseguida al saber la noticia. Entre ellos estaba Cástor, el tritón guapo de Orán, que en la fiesta intentó convencerla de que no se marchara. Parecía desolado. ¿Qué sabía Cástor de lo que la esperaba en Tula?

Se ató el cuerpo de Calipso, enfajado en algas, a un delfín que debía depositarla en la región de la Oscuridad Total.

Y como era tradición en el mundo del mar se le dio un nuevo nombre, conforme a la misión que había cumplido en la vida. Calipso pasó a ser Fiel Adarce.

Mi madre se conmocionó cuando se enteró, y estuvo varios días sentada pintando junto a la campana del Puerto. Cuando acabó, me enseñó un retrato casi perfecto de Calipso nadando junto al faro. Enseguida quiso que se celebrara por ella un funeral en la iglesia del puerto.

Vaciamos la cueva de Calipso. Ainé se quedó con el material de confección y diseño, y se llevaron el *garum* de las vasijas a Cueva de Lobos. Lorelei se hizo cargo de los restos arqueológicos que Calipso restauraba en ese momento, para trasladarlos en el futuro al museo de arqueología submarina. A mí me dieron las tablillas negras con los punzones.

—Esto te servirá para aprender a escribir –me explicó Lorelei.

Sellamos la entrada de la casa, ya que, según la costumbre entre sirenas y tritones, sus hogares se cerraban durante un año tras la muerte del último de la familia, y Calipso lo era. La única hermana que aún vivía, nadaba por Australia.

Había sucedido todo muy rápido: la muerte de Calipso, su despedida, el desalojo de su casa, que no había tenido tiempo para asimilarlo, para pensar en todo lo ocurrido.

Pau se había marchado a hacer unas pruebas de piragüismo, lo que me había alegrado sobremanera. No habíamos vuelto a hablar desde que me descubrió en el espigón convertida en sirena, y yo quería aplazar la conversación todo lo posible. Intuía que su reacción había sido negativa porque ya no venía al Monopoly, ni con Méndez a buscarme a la heladería ni a jugar al fútbol en la playa. El paseo marítimo parecía vacío sin él. Los dos se habían unido a la sociedad pirotécnica para preparar los fuegos artificiales de las regatas del día quince, y por las noches lanzaban los cohetes de prueba desde una barcaza situada en la mitad de la playa del Puerto.

Era lunes por la noche cuando por primera vez le encontré cara a cara después del descubrimiento. En la heladería teníamos pocos clientes y agradecí al cielo tener un día

tranquilo después de un fin de semana de locura. Faltaba media hora para cerrar, cuando Cristina, la segunda camarera, me avisó:

—Se acaba de sentar un chico en la mesa cinco.

—Esperemos que solo quiera un limón granizado –balbucí antes de salir de la barra.

Me detuve, bloqueada, al cruzar la puerta. En la mesa cinco estaba sentado Pau, con los brazos cruzados, mirándome. Respiré profundamente y me acerqué para dejarle la carta de helados.

—No hace falta –contestó, alejando la carta–. Solo quiero un sorbete de pescado.

—No tenemos de eso –contesté apretando los dientes.

—¿Estás segura?

Le di la espalda y me marché a atender tres mesas que se acababan de llenar con un autobús de turistas. Comencé a servirles copas de helado y vasos de refrescos, bajo la mirada escrutadora de Pau.

¡Pero este tío es tonto! ¿O qué?, pensaba, cada vez más enfadada.

Cuando los turistas se marcharon y había limpiado y colocado las mesas, Adela, la dueña, que hacía la caja, me preguntó:

—¿Ese chico no se va? ¿Le conoces?

—Sí, por desgracia.

—Te está esperando… –añadió Cristina con un gesto pícaro–. Ya te puedes marchar, que yo acabo aquí.

Me dirigí a Pau, que se levantó de la silla.

—¿Qué? –le espeté llena de ira.

—¿Qué de qué? –contestó.

—¿Que qué haces aquí mirándome como un imbécil?

—¿No puedo tomarme un helado cuando me dé la gana? –preguntó con simulada indiferencia.

Giré sobre mis talones y me encaminé hacia el callejón del Lebeche para volver a casa cuanto antes. Cuando había llegado a la librería junto al mercado, mi primo se puso a mi lado.

—¿Tienes branquias o respiras por los pulmones? –me preguntó con tono de burla.

—¡Te odio! –contesté enfadada sin mirarle.

—¿Y las escamas te pican las piernas? –insistió con ironía.

—¡Eres…!

Entonces Pau se detuvo delante de mí y me cortó el paso. Jamás había visto a mi primo comportarse de un modo tan agresivo.

Me miró a los ojos y, escupiendo cada palabra con desprecio, me preguntó:

—¿Me salvaste convertida en «eso»?

No contesté.

—¿No me vas a responder? Eres un ejemplar único, para estudiarte en un laboratorio. ¿Ya te conocen en el instituto oceanográfico?

Durante unos segundos ardieron nuestras miradas.

—¡¿Qué te pasa, Pau?! ¡¿Crees que es fácil descubrir que eres… un pez?! ¡¿Crees que es fácil aceptar que tu vida ha cambiado por completo en un solo día?!

Mi primo apartó la vista, y sus ojos parecieron humedecerse. Continué:

—¿No tienes la madurez suficiente para aceptarlo? Confiaba en ti, pensé que serías la única persona que lo comprendería, pero eres… despreciable. ¡Ojalá te hubieras ahogado!

Eché a correr y entré en mi casa, cerrando la puerta tras de mí.

Subí a la buhardilla, abrí la ventana y tiré el libro de «El idiota» sobre el suelo de su azotea. Luego la cerré con fuerza y comencé a silbar.

En una semana se acababa de hundir el mundo bajo mis pies. Calipso había muerto dejándome un encargo de palabras inconexas que no entendía, y ahora el chico que más quería, me despreciaba por ser una sirena. Ni siquiera podía contar con mis amigas. Estaba sola.

Comencé a pensar que me había precipitado al aceptar mi nuevo mundo, que me había dejado llevar por el susto de perder a mi primo durante la competición, que, después de tanto tiempo en la tierra, sería incapaz de adaptarme al mar. Toda la vida había metido la pata por ser radical e impaciente. Quizá había llegado el momento de reflexionar sobre lo ocurrido en este último mes.

Por mi mente pasaban todas las renuncias que me esperaban, todas las separaciones, tanto dolor… Me acordaba con frialdad de Lorelei, Dana y el resto de la familia de Cueva de Lobos y sentía una profunda sensación de rechazo. En el fondo nada nos unía, podría prescindir de su compañía. No faltaba mucho para el final del verano y alejada del agua de mar mi vida volvería a la normalidad… Aunque jamás recuperaría a Pau.

Cavilaba y le daba vueltas a los mismos pensamientos, mientras mi madre se preocupaba por mí, sin hablarme del mar. Me acostaba aún más tarde y me levantaba casi a la hora de comer, perdí el apetito y comencé a pasar largos ratos frente a la televisión. Dejé de arreglarme e incluso me resultó indiferente saber que Méndez y Pau quedaban algunas tardes con unas chicas de las urbanizaciones y que por las noches les habían visto salir de antros de música estridente.

Di por terminada mi relación con el mar.

21

Había pasado una semana en ese estado, cuando una mañana a medio día mi madre me despertó.

—Stella, ha venido una señora a verte.

—No he quedado con nadie. Dile que se vaya –contesté, dándome la vuelta en la cama.

—Creo que te tienes que levantar –dijo mi madre con autoridad.

—¿Quién es? ¿La conoces?

—No estoy muy segura… Pero no le hagas esperar.

Me até el pelo en una coleta y sustituí el pijama por unos pantalones rotos y una camiseta llena de manchas de pintura.

En el patio una señora de espaldas miraba el cuadro que pintaba mi madre tras la muerte de Calipso. Llevaba una camisola hasta las rodillas de seda estampada y un sombrero de paja bajo el que asomaba una larga trenza blanca. De uno de sus brazos colgaba una bolsa de playa y sus pies estaban descalzos.

Al oírme entrar se giró.

—¡Melusina! –exclamé.

—¡Mi querida Stella! –dijo, acercándose y abrazándome.

Me di cuenta de que era más alta de lo que me había imaginado. Su piel estaba mojada por el sudor y era tan pálida, que parecía transparente, aunque sus mejillas se mostraban congestionadas, de un color rojo oscuro.

—¡¿Qué haces aquí?! ¿Cómo has salido? ¿Cómo has encontrado mi casa?

—Estoy aquí porque me necesitas. ¿Cómo estás, Stella? –contestó, pasando con cariño su mano por mi pelo despeinado. Llevaba una semana sin lavármelo.

—Bien, bien… –susurré, intentando controlar las lágrimas.

Melusina me acercó una silla para que me sentara. En ese momento rompí a llorar.

—La pérdida de Calipso nos ha afectado a todos, pero ese dolor pasará. Calipso nos dejará un bello recuerdo y tú serás más fuerte.

Limpié mis ojos con la mano.

Melusina continuó hablando:

—Ahora puedes contar con nosotros, te ayudaremos.

Me soné con un pañuelo de papel usado.

—Lo siento… Pero no quiero ser una sirena –balbuceé entre lágrimas.

Melusina se tomó unos segundos antes de contestar.

—Lo siento, pero lo eres. ¿Qué ha ocurrido?

Le conté entre sollozos el encuentro con la serpiente marina y el descubrimiento y rechazo de mi primo.

Melusina escuchó con atención.

—Nos tenías que haber contado antes lo de la serpiente, te hubiéramos protegido.

—Me ocurrió el mismo día que Ceix vino a Cueva Morena.

—¿Ceix fue a verte?

La verdad es que Ceix me resultaba indiferente en ese momento, así que seguí hablando del ataque.

—Antonia, la del herbolario, me dio una pomada que me curó la herida. ¡No se me cerraba!

—¿Antonia? Seguro que era asafétida… Y ¿a tu primo le quieres mucho?

Afirmé con la cabeza.

—Con toda mi alma.

—Él podría estar contigo dentro. Hay muchos humanos en el mar.

—¡Me odia por ser una sirena! –exclamé reprimiendo un sollozo.

—Tu vida no puede depender de su reacción. Solo te querrá de verdad si te acepta como eres. Si renuncias a ser tú misma por él, el egoísmo destruirá vuestra relación y a ti misma.

—Pero ¡¿por qué tengo que ser una sirena?! ¡Yo no lo he elegido! ¡Solo me complica la vida!

—Mira, Stella, ser sirena es algo que no puedes elegir, eres así y tienes que aceptarte. Además, tú no eres una sirena más. Pronto entenderás que eres especial y que tienes una misión en la vida.

—¡Una misión! ¿Qué misión? –pregunté con desprecio.

Me soné con tanta fuerza que el pañuelo se manchó de sangre, y de pronto me acordé de Calipso y de sus palabras:

«Busca a Pólux, solo tú puedes salvarle…».

—¿Cómo sabes que tengo una misión? –insistí con la boca pastosa.

Quería tantear si Melusina sabía lo de Calipso y Pólux.

—Todos la tenemos. Percibo que la tuya es más importante que la de otros.

—¡Joder, NO quiero ser una sirena! –repetí despacio marcando cada palabra–. Me da lo mismo todos esos rollos de misiones. Yo soy feliz así, con piernas. ¿Sabes lo que tengo que abandonar por ser una sirena?

—Solo sé que estás a punto de tirar tu vida por la borda. No puedes luchar contra la naturaleza: solo serás feliz en el mar, porque has nacido para vivir allí.

—¡Y una mierda!

Melusina se levantó y me llenó un vaso de agua, que bebí de un golpe.

—¿Quieres tú también agua? –le pregunté algo más calmada.

—No, gracias, no me va bien el agua clorada –contestó sonriendo.

—Ya…

—¿Me dejas que te cuente una breve historia?

Afirmé con la cabeza.

—Hace algunos años, una joven sirena viajó a los Hielos Perpetuos llevando un encargo de la reina de los mares. Debía proponer unas condiciones de paz a uno de los centinelas de los hielos, que había declarado la guerra a todo extraño que se acercara a su territorio. La sirena consiguió llegar a los hielos, acompañada de su delfín y un pez luminoso, pero fue tan mal recibida, que tuvo que huir, ante las amenazas de muerte del centinela, que mandó perseguirla en su viaje de regreso para darle muerte. La sirena abandonó las regiones polares y lo primero que encontró en la frontera de ese territorio fue una isla habitada por varias sirenas y tritones.

Parpadeé varias veces, para que Melusina pensara que su historia me producía sueño y me aburría. Pero ella continuó hablando.

—Pidió refugio durante la noche. Pero allí no quisieron recibirla y la echaron, no sin antes robarle el delfín. La sirena, después de un momento de desesperación, pensó que, si le había ocurrido eso, quizá tendría un sentido. Con su red capturó unos peces y se dirigió a una pequeña montaña submarina, que se encontraba cerca de la isla. Cuando se iba a esconder en una gruta, notó que ya no la seguía su pez luminoso. La sirena pensó que se encontraba en la oscuridad, pero que la suerte no la habría abandonado del todo. Se escondió, y cuando quiso sacar sus peces de la red para comérselos, se dio cuenta de que los había perdido. Algo bueno ocurriría, aunque en ese momento no entendió su mala suerte. A pesar del hambre, durmió durante toda la noche y, cuando amaneció, se acercó de nuevo a la isla para intentar recuperar su delfín. La recibió un extraño silencio y poco a poco fue descubriendo los cuerpos sin vida de sus habitantes. Los guardianes de los hielos habían arrasado el pueblo buscándola y habían asesinado a todos, menos a ella, que en su montaña submarina, sin delfín que chillara, sin pez que iluminara y sin el olor de los peces muertos en la red había pasado totalmente inadvertida y había salvado su vida.

—Muy bonito, ¿y qué? –contesté, sin querer reconocer que me había gustado.

Melusina guardó silencio mirándome fijamente.

—¡Está bien! ¡Hasta siempre! –dijo, levantándose–. Para mí fue un placer conocerte. Espero que nunca tengas ningún accidente en el mar, aunque supongo que querrás irte cuanto antes lejos de este pueblo.

Rota, sentada en mi silla, la miré llena de dolor.

—Por favor, no olvides a Calipso… –continuó–. Te quería mucho.

—No, no la olvidaré –contesté con un nudo en la garganta y sin atreverme a levantar

los ojos.

—A Dana le dará mucha pena no despedirse de ti.

—Ya…

—Y a Lorelei, también. Pero… eres libre, Stella. ¡Sé feliz, allá donde vayas!

—Gracias –contesté.

Y dejé que se fuera sola hacia la puerta.

22

Unos días más tarde, de nuevo apareció Pau en la heladería, pero esta vez no vino solo. Le acompañaba la persona a la que yo jamás me hubiera imaginado con mi primo. Era Vanesa, que llevaba minifalda.

—Está ahí tu amigo otra vez –me anunció Cristina, la otra camarera.

—No es un amigo, es mi primo –contesté contrariada sin poder apartar la vista de los dos.

—¡Qué pena! Por como te miraba el otro día, pensé que estaba enfadado, pero que le gustabas.

Tuve que reconocer, apretando la bandeja hasta que los dedos se me quedaron blancos, que nunca había visto a Vanesa tan guapa… y tan contenta. Resplandecía. Desde que llegó al pueblo cuatro años antes había perseguido a mi primo con todas sus artes. Y, aunque salía con un chaval llamado Tito, no había perdido las esperanzas de pescar a Pau.

Era sábado y todas las mesas de la heladería estaban llenas, lo que me obligaba a correr y me impedía mirarlos demasiado.

Aquella noche, ella le hablaba al oído y no sé qué le contaba Pau, pero Vanesa se reía a carcajadas.

—¡Qué asco de vida! –pensaba cada vez que pasaba a su lado.

Encima, yo tenía la impresión de ir mal peinada y vestida como una hortera. Lo que era verdad, porque durante esos días había pasado bastante de arreglarme. Total, nadie me iba a mirar. No me daba cuenta de que la persona más importante que siempre me miraba era yo misma.

Después de un rato, Vanesa me hizo una seña para que los atendiera, pero yo me dirigí a la heladería, en dirección opuesta.

—¡Yo a esos no les sirvo! –exclamé.

—No te preocupes, que irá Cristina –contestó Adela.

Una hora más tarde se marcharon juntos, pero no agarrados. Pau ni siquiera me había mirado ni una sola vez. ¿Adónde irían? ¿A una de esas fiestas alcohólicas en las que uno perdía la consciencia?

Odiaba a Pau y a Vanesa, y también su collar de perlas cultivadas. Odiaba el mar y sus peces. Y a mí misma por ser tan tonta y esperar algo de felicidad.

Prometí que le olvidaría.

Mi vida había dejado de tener sentido, tanto dentro como fuera del mar.

Era noche cerrada y yo nadaba en un mar sin luna. El cielo cubierto de nubes no dejaba brillar a las estrella. Soplaba un viento fuerte sobre la superficie del agua, turbia, que levantaba olas y las estrellaba contra las rocas de la costa.

Detrás de mí sentí un ruido y me giré llena de temor. Una sirena me miraba. Tenía el pelo lleno de sangre y todo su cuerpo mostraba heridas y golpes.

La sirena abrió la boca y de su comisura corrió un hilo rojo sanguinolento.

—¡Escucha: buscan a Pólux, el arquitecto! ¡Pólux: recuerda! Solo tú puedes encontrarle antes que ellos… ¡Todos dependemos de ti! ¡Prométeme que le buscarás!

La reconocí por la voz.

—Calipso, te lo prometo.

La sirena se hundió, y yo me incorporé en la cama con un grito.

Estaba empapada en sudor y me faltaba el aire.

No tenía ni idea de quién era ese Pólux, arquitecto, ni quién lo buscaba, ni por qué. Y entendía aún menos por qué yo era la única que podía salvarlo. Pero Calipso me lo volvía a pedir, como antes de morir.

Aunque no quisiera regresar al mar, debía cumplir mi palabra dada, así que al día siguiente me dirigí a Cueva de Lobos. Sería lo único y último que haría en el mar antes de abandonarlo para siempre.

Evité pasar detrás de la isla y de cueva Morena, que solo me recordaban la eterna sonrisa de mi maestra. Pero Boba me encontró a mitad de camino. Nadaba más despacio de lo normal con la cabeza gacha. Le acaricié el caparazón.

—¿Tú también estás triste?

Toda la familia de Lorelei me recibió con grandes muestras de cariño, menos Ceix, que estaba arreglándose. Por lo visto tardaba horas en peinarse antes de salir.

—¡Cuánto me alegra volver a verte! –exclamó Dana llena de entusiasmo–. ¡Tengo tantas cosas que enseñarte!

Parecía tan contenta que pensé que Melusina no le habría dicho aún nada de mi despedida.

—¿Podría hablar con tu abuela?

—Creo que está en Percheles con mis hermanos pequeños –contestó, y después, bajando la voz, continuó–: Me he enterado de que salió afuera. ¿Qué tal estuvo? ¿Llamaba la atención?

Me hizo gracia la pregunta.

—No, parecía una turista más.

—El vestido y el bolso lo consiguió de una bañista que estaba tomando el sol en unas rocas. Provocó una mala ola y… adiós vestido. Lo que no soporta son los zapatos que usáis.

Enseguida encontramos a Melusina, que recogía algas, mientras cuidaba de sus nietos. A pesar de su avanzada edad conservaba mucha agilidad.

Me miró con asombro.

—Gracias por venir –susurró a mi oído–. A Dana le gusta mucho estar contigo, y ahora podrá despedirse.

—Melusina, no he venido a despedirme… aún, sino a hacerte unas preguntas.

—Dime, por supuesto.

Se dirigió a Dana:

—Por favor, acompaña a tus hermanos a casa, es la hora de desayunar.

Dana se marchó rezongando con un manojo de posidonia en la mano.

—¿Qué quieres saber? –comenzó diciendo Melusina con una sonrisa.

—¿Quién es Pólux?

Esa sonrisa se borró de su cara.

—No sé… Hay muchos tritones en el mar con ese nombre… –contestó, intentando, en vano, sonreír.

—Sí, pero ese tritón no es una gamba más de la bahía… Hablo de Pólux el arquitecto. Tú me entiendes.

Guardó silencio mientras se acariciaba el cuello, del que colgaba un medallón dorado cruzado por una línea horizontal y un semicírculo sobre ella.

—¿Para qué quieres conocer a alguien con ese nombre? ¿Te habló Calipso de él?

—Melusina, si regreso al mar, necesito que me ayudes.

Y entonces Melusina me miró fijamente. Su cara, surcada de arrugas, ya no era amable, y en su voz percibí cierta tensión.

—¿Qué sabes tú de Pólux? –preguntó.

—Bueno… nada. Por eso me gustaría saber algo más de él…

—¿Por qué? –insistió con tono inquisitivo.

Respiré profundamente y contesté:

—Es un asunto entre Calipso y yo. No te lo puedo contar.

—Stella, estos son tiempos intranquilos. Hay indicios que nos hacen pensar que las fuerzas del mal se están despertando de nuevo. Se han cometido una serie de ataques en Tula, uno de ellos le costó la vida a Calipso y a decenas de seres más. Ahora mismo no se sabe quiénes son los autores. ¿Es importante que sepas quién es Pólux?

—Sí –contesté con una determinación impropia de mí.

Melusina dudó unos segundos, pero después empezó a hablar esbozando una pequeña pero cauta sonrisa.

—Será la primera y la última vez que te hable de él: Pólux construyó hace unos años una enorme jaula –se detuvo pensativa–. ¿Alguna vez te habló Calipso del Leviatán?

Negué con la cabeza.

—Es una historia muy larga… Leviatán es una criatura maligna, cuyo único objetivo es dominar los mares y a todos los seres que habitamos en ellos, y gobernar un reino de muerte y destrucción. Después de la Gran Guerra que lucharon nuestros antepasados, y tras la caída de los reyes, se le desterró a los fondos abisales, donde permaneció hasta que, de manera secreta, reunió a algunos seguidores y regresó. A su segundo regreso lo llamamos la Segunda Rebelión. ¿Me sigues?

Asentí.

—Cuando volvió, asesinó al gobernador, a su familia y a todas las personas que vivían en el palacio de la gobernación. Estaba dispuesto a comenzar con su reinado diabólico. Pero le derrotamos y se le construyó una enorme jaula en los abismos para que no pudiera escapar. Pólux la construyó.

—¿Pero eso fue hace muchos años?

—No, exactamente catorce.

—¿Y dónde vive ahora Pólux? –pregunté atónita por lo que me acababa de contar.

—No lo sé. Pero, cuando llegamos aquí, conocimos a una sirena, que vivía en estas costas. Le acababa de abandonar su novio y había perdido la cabeza por el dolor. Su novio era Pólux.

—¿Y qué pasó con esa sirena?

—Dejó el mar y vive allí en tu pueblo. Dentro se llamaba Electra, fuera Cornelia.

—¡¿Cornelia?! –exclamé–. ¡¿La loca Cornelia?!

23

Mi siguiente objetivo para saber dónde encontrar a Pólux, el arquitecto, consistiría en visitar a Cornelia, la loca del pueblo.

Pero antes le pregunté a mi madre por ella mientras comíamos.

—¿Cornelia? Sí, la loca del carrito –contestó sin mirarme, y cambió de tema–. ¿Has visto el nuevo velero del puerto deportivo?

—Antes se llamaba Electra. ¿No? –insistí.

Mi madre levantó la mirada.

—¿Ya te has enterado?

—Sí, me lo ha contado Melusina. ¿Tú recuerdas cuándo salió?

—Por desgracia, sí –concluyó mi madre.

—¿Qué pasó? –insistí.

Mi madre dejó el tenedor sobre el plato.

—Electra y Calipso eran las dos sirenas del pueblo. Viniste tú y poco tiempo después comenzamos a ver en el pueblo a unos hombres extraños que entraban por las noches en las minas. Se cuenta que unos meses más tarde esos hombres, encabezados por un tal Pólux, entregaron una cantidad de joyas y oro al ayuntamiento, a cambio de poder vivir en las antiguas cuevas durante un tiempo.

—¿Cuevas? –pregunté.

—Sí, las casas abandonadas en las que vivían antaño los mineros más pobres. Donde vive ahora Electra.

—¿Y Electra?

—Electra perdió la cabeza cuando conoció a Pólux, un hombre mayor que ella, una sirena demasiado joven. Pólux no la quería, solo la usó para pasar el rato mientras estuvieron en el pueblo. Pero Electra se cegó y se fue a vivir con él a las cuevas. Calipso luchó por hacerle ver la realidad. Pero ella dejó el mar, a Calipso y a todo el pueblo. Poco tiempo después los hombres se marcharon igual que habían venido. Pólux la abandonó y Electra no regresó al mar. Yo pienso que para ella suponía una humillación reconocer ante Calipso que se había equivocado con Pólux, al que nunca ha dejado de esperar.

—¿Y se volvió loca?

—Cada día más. Uno no es feliz si renuncia a su esencia. Creo que también le come la culpa por haber abandonado el pueblo a su suerte, todo por dejarse llevar por una pasión, por un hombre que la engañó. ¿Sabes? Electra predecía sin equivocarse el tiempo

en el mar y nos avisaba de los lugares y los momentos en los que encontraríamos mejor pescado. Cuando se marchó, la mitad de la flota tuvo que buscar otros caladeros y muchos pescadores con su familia emigraron.

—¿Y qué hicieron Pólux y esos hombres aquí? –pregunté.

—No tengo ni idea. Pero no eran hombres: eran tritones.

—¿Cómo lo sabes?

—Sus dientes… y sus manos eran extrañas… ¡Ah! Se me olvidaba decirte que vino Pau y preguntó por ti.

Me limité a no contestar.

La verdad es que me daba bastante miedo ir sola a la casa de Cornelia, pero el asunto era delicado y no quería inmiscuir a nadie más. Decidí ir al día siguiente por la mañana.

Esa misma noche llamé a Julia. Aún tenía un trabajo pendiente.

—¿Podrías venir a buscarme a la salida del trabajo? –le pregunté.

—¿Para?

—No va a estar mi primo –informé, antes de que me preguntara–. Creo que siguen preparando los fuegos artificiales para las regatas. Quiero ir al John Silver.

—¿Al John Silver? ¡Tú estás loca! Además hoy está cerrado…

—Si, ya sé que está cerrado, por eso tenemos que ir hoy.

—¿Es algo peligroso? –preguntó Julia.

—No, no seas pesada. Pero ven vestida de negro.

El bar John Silver, propiedad de Hugo, el hermano de Vanesa, estaba amarrado durante todo el verano en el club náutico.

Sería la una de la mañana cuando Julia y yo nos encontramos en la puerta del club. Julia se había traído un pasamontañas negro, como su camiseta y pantalones.

—¡Eres más exagerada! –le dije, señalando el pasamontañas.

—¡Señor, qué calor! Pero cualquier persona nos podría hacer una foto y sacarla en un periódico –contestó–. No quiero arriesgar mi reputación por una tontería. Y aún menos estar en la cárcel unas semanas antes de la representación de la obra de teatro.

—Cualquiera te reconocería por los lápices que te sobresalen del pelo bajo el gorro… ¿Por qué no te compras una pinza como todo el mundo? ¿O te haces una coleta?

Yo llevaba un spray de pintura roja y una cuerda. Mi objetivo: la sirena pechugona con la cara de Calipso del mascarón de proa. No la soportaba más.

En la barcaza, a lo lejos, continuaban las pruebas de fuegos artificiales que habían empezado un par de horas antes. Si seguían así muchos días, gastarían más pólvora en las pruebas que en las propias fiestas.

—¿Tu hermano está con los de la pólvora? –pregunté a Julia para saber si Pau estaba en medio del mar con un mechero o con Vanesa.

—Sí, hoy es el ensayo final –contestó Julia, que, al descubrir el bote de pintura, continuó–: Antes de subir, quiero que me digas qué vamos a hacer.

—Vestir a esa sirena –señalé.

—¿Esa sirena? ¡¿Qué más te da esa sirena?!

—Y, si esa escultura tuviera la cara de tu madre, ¿te gustaría verla así? –pregunté señalando las «protuberancias» de Calipso.

Julia pareció dudar, siempre se había destacado por su honradez y su aversión a romper las leyes cívicas.

—No, no me gustaría, pero esto se llama vandalismo. ¿Sabes lo que nos hará la policía si nos pillan? Acabaremos limpiando el muelle con un cepillo de dientes…

—Tú solo tienes que vigilar mientras yo me cuelgo. ¿De acuerdo? ¡Y, por favor, quítate el pasamontañas! ¡Llamarás la atención de todo el puerto!

Julia me obedeció, pero, al sacárselo, se le cayeron los dos lápices al mar.

—¡Mierda! –exclamó, mirando con pena cómo se hundían en el agua negra.

—No te preocupes, que luego te los cojo.

—Ya, ni que fueras la reina de los mares.

Me acerqué a la farola más cercana y corté la luz, como tantas veces había hecho con Pau cuando éramos pequeños. Después subí al barco, me até y me descolgué hasta llegar a la altura del pecho de la sirena, saqué la pintura y rocié el torso desde el cuello hasta el final de la cola, como si se tratara de un vestido.

De pronto oí la voz de Julia que me llamaba.

—¿Qué pasa? –pregunté asustada.

—Nada, tranquila, es mi hermano, que ha llamado por teléfono y pregunta de parte de «ese imbécil que está con él», que si estamos juntas y dónde.

—¿Qué quiere «ese imbécil que está con él», ahora?

—Solo me ha dicho que mires a la playa.

Resoplando miré hacia el barco del que salían los fuegos artificiales. Entonces de la barcaza subió un cohete que dejó una fina estela plateada. Se elevó hacia el cielo y de pronto estalló en una lluvia de luces blancas. En medio, quedaron unas palabras en chispas de color verde: PERDÓN, seguidas de la silueta de un pez. Las letras y el dibujo duraron unos segundos y enseguida se desvanecieron en la oscuridad.

—¡Qué bonito! ¿Será para mí? –fueron las últimas palabras que escuché de Julia, porque sin darme cuenta se me aflojó el cabo y caí al agua del puerto deportivo. Solo me dio tiempo a susurrar:

—¡Joder!

Cuando subí a la superficie ya me había convertido en una sirena y llevaba en la mano los lápices del pelo de Julia, que desde el muelle miraba angustiada al agua.

—¿Qué te ha pasado? –preguntó.

—Se me ha soltado el cabo –contesté con una sonrisa de felicidad.

—Te espero en las escaleras –añadió haciendo ademán de acercarse a ellas.

—¡No! El agua está buenísima… Nadaré un rato.

—¡Pero si tiene una capa de grasa asquerosa! –contestó Julia.

—Toma –dije, apoyando los lápices en el borde del muelle–. Vuelve a casa y yo salgo por la playa.

Julia, de pie en el espigón, me miraba fijamente sin entender por qué no quería salir del agua ni el motivo de mi sonrisa. Mientras, yo confiaba que la cola no se me transparentara.

—De verdad que sí eres la reina de los mares. ¿Vas a nadar hasta la barcaza de los fuegos artificiales?

—Que no, pesada.

—Oye, ¿lo de «Perdón» me lo habrá escrito a mí?

—Pregúntaselo a él.

—Pero, ¿y el pez? ¿A qué viene?

—No tengo ni idea –me despedí y me sumergí bajo el John Silver.

De nuevo acabé secándome en las rocas del espigón como otros días, pero llena de alegría.

Cuando llegué a casa, busqué a mi primo entre las sombras de la azotea pero no lo encontré, entonces descubrí una nota en el alféizar: «Hablaremos». Fue la primera noche que dormí bien desde la muerte de Calipso.

24

Cuando al día siguiente salí de casa, me encontré a Pau limpiando la moto en la puerta. Llevaba allí varias horas, porque le había visto por la ventana mientras desayunaba. Nadie había limpiado nunca una moto con tanto primor delante de mi puerta.

Disimulando una sonrisa, pasé de largo a su lado sin mirarle. Enseguida me llamó.

—¡Espera!

Corrió hasta mí.

—¡Perdóname! ¡Lo siento! –dijo, cuando estuvo a mi altura.

No quería parecer una mujer fácil, así que le pregunté con semblante serio:

—¿Ya lo has asimilado?

—¿Cuándo te marcharás?

—¿Adónde? –pregunté confusa.

—Al mar… para siempre.

Noté en la voz de mi primo cierta preocupación, que me alegró.

—No me voy a marchar al mar para siempre… puedo vivir en los dos sitios. Por cierto, ¿me llevas a las minas?

—¿A las minas? ¿No me prometiste que no iríamos más a las minas?

—Sí, pero solo me refería a mi cumpleaños.

—¿Ahora?

Afirmé con la cabeza.

—Sube.

—¿Qué tal Vanesa? –le pregunté en un semáforo, en el que nos detuvimos.

—Es la tía más tonta que he conocido en mi vida –contestó, girando ligeramente la cabeza–. No había quedado con ella, pero me la encontré en el paseo y estaba tan enfadado que la invité a tomar algo.

—¿Y qué tal la fiesta?

—¿Qué fiesta? –preguntó mi primo.

—A la que os fuisteis después de la heladería.

—¿Yo a una fiesta con esa? ¡Ni borracho! En cuanto se despistó con unos conocidos le di esquinazo y me marché a casa.

Respiré aliviada.

—Por cierto, me han echado de la sociedad pirotécnica.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué? –pregunté con inocencia fingida.

—Volvería a hacerlo –contestó.

Pau condujo hasta la salida del pueblo, al paraje desolador, donde se encontraban las minas abandonadas. Junto a ellas se habían excavado en la roca las cuevas, donde vivían antaño los mineros más pobres con sus familias. En una de ellas había establecido su casa Cornelia. Pedí a Pau que me dejara junto a la carretera y que se marchara.

—¿Te puedo preguntar adónde vas?

Titubeé, pero decidí ser sincera con él.

—A la casa de Cornelia.

—¿De Cornelia, la loca?

Afirmé.

—¿Tú sola?

—Ya soy mayor.

Bajó de la moto y puso el pie.

—Te acompaño –dijo, sacándose el casco. Se peinó el flequillo moreno con los dedos.

—No. Es un asunto personal –contesté, aunque deseaba que insistiera de nuevo.

—No se trata de una petición, sino de una afirmación. No te puedo dejar sola ahora que nos hemos reconciliado. Además recuerda que Cornelia es la única mujer a la que he pedido matrimonio –dijo, refiriéndose a nuestros encuentros con ella en el paseo marítimo.

La cueva de Cornelia estaba protegida por una puerta verde de madera. Delante de la que aparcaba el carro lleno de bolsas y cacharros que se encontraba por las calles. El gato caramelo supuse que lo metía con ella en la cueva. Sabíamos que solía tirar piedras a los que se acercaban a su casa. Era una diversión más entre los niños del pueblo gritarle desde el otro lado del descampado, y huir veloces, cuando abría la puerta y se enfrentaba a ellos con un par de cantos rodados. Pau y yo habíamos disfrutado de esa diversión muchas veces.

—¿Podremos evitar las piedras? –pregunté a Pau, a unos metros de la entrada.

—Creo que no, ponte detrás de mí.

Sin necesidad de gritarle nada, Cornelia salió al escuchar nuestras pisadas, dispuesta a alejarnos de su casa. Llevaba un vestido verde de flores manchado, y su pelo rubio estaba alborotado, sucio y despeinado. Emitió un chillido desagradable, que acompañó de una piedra.

—¡Sinvergüenzas! ¡Fuera de aquí!

Nos agachamos y el trozo de roca pasó silbando sobre nuestras cabezas. Nos acercamos a una pita, detrás de la que nos parapetamos.

—¡Queremos hablar con usted! –grité.

—¡Yo con vosotros no! ¡Y menos con un hombre! ¡Y menos con «ese» hombre!

Otra piedra pasó a escasos centímetros de nosotros.

—¡Me ha llamado hombre! –susurró Pau.

—¡Y tiene buena puntería! –añadí.

—¡Cornelia, escuche!

—¡He dicho que fuera!

Tercer lanzamiento.

Entonces recordé que era una sirena –aunque no lo pareciera–, y grité en sireno:

—¡Electra!

Pau me miró asombrado.

—¿Qué quieres? –contestó Cornelia.

—Quiero hablar con usted.

—¿De qué?

—De Pólux.

Cornelia dudó, y después dijo:

—No quiero escuchar ese nombre nunca jamás.

Y cerró la puerta de un golpe.

—¡Joder, tengo que hablar con ella! –susurré, aún de cuclillas.

—Vengo de parte de Calipso –insistí en sireno.

Abrió la puerta unos centímetros.

—Pasa tú, pero el hombre, no.

Miré a Pau, y sin pensarlo contesté:

—Vamos juntos.

Unos segundos más tarde se abrió la puerta del todo y dijo:

—Pasad los dos.

Pau y yo nos incorporamos y nos dirigimos a la entrada de la cueva. Cornelia nos sujetó la puerta mientras entrábamos a una habitación oscura con un olor indeterminado. Cerró detrás de nosotros y encendió una lámpara de gas, que puso encima de la mesa, después de haberla limpiado con una bayeta verde. Me observaba con atención, y me di cuenta de que, de cerca, no era tan mayor como parecía, quizá no alcanzaba los cuarenta años. Su mirada, entre curiosa y perdida, me produjo desasosiego y ganas de marcharme cuanto antes de allí.

—¿Qué quiere ahora Calipso? –preguntó con tono inquisitivo–. Dile que no deseo saber nada más de ellos. Se lo he explicado cientos de veces. No voy a volver.

—Ella quería saber dónde está Pólux –contesté con rapidez, deseando que me contara todo cuanto antes para salir de esa cueva apestosa.

Decidí no hablarle de la muerte de Calipso hasta el final.

Me observó con detenimiento antes de contestar:

—¿Quién eres?

—Me llamo Stella y vivo aquí en el pueblo –contesté con impaciencia–. ¿Sabe dónde está Pólux?

—Ya sé que vives en el pueblo. Habéis venido más de una vez a gritar delante de mi puerta.

Crucé la mirada con Pau.

—Lo siento –contesté avergonzada.

—Y este golfo que se quiere casar conmigo…

Pau forzó una sonrisa.

—¿Eres una sirena? –preguntó en el lenguaje de los mares.

—Sí, desde hace poco tiempo.

—Una no se convierte en sirena, se nace siendo sirena. ¿Y ese lo sabe? –preguntó, señalando con la cabeza a Pau.

—Sí, lo sabe.

Cornelia bajó la voz.

—Mal asunto: debes guardar el secreto. Dependerás de quién lo conozca. Ahora ese hombre tiene poder sobre ti, tu vida está en sus manos.

Miré a Pau, y él con un gesto de hombros me preguntó de qué estábamos hablando.

Sonreí sin contestar.

Nos señaló un sofá de flores en cuyo asiento se asomaban los muelles por unos agujeros de la tapicería. Cornelia los había tapado con unos trozos de bolsas de plástico.

—Sentaos aquí –dijo, pasando también la bayeta verde sobre las bolsas.

Me apoyé, disimulando el asco, en el borde. Ella se sentó en una silla frente a nosotros con su gato color caramelo sobre las rodillas, no sin antes haber limpiado también la silla.

—No te fíes de él ni de ningún hombre. ¿Por qué buscas a Pólux?

—Su vida corre peligro –contesté–. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Eso quiere decir que aún no ha muerto. ¡Qué lástima! –exclamó apretando los dientes.

Cogió un plato de metal con galletas que había encima de la mesa, las colocó con los dedos en dos filas paralelas y nos ofreció. Las galletas cuadradas tenían un aspecto curioso. Yo cogí una e hice una señal a Pau para que me imitara, aunque las miraba con aprensión.

—No sé nada de él –contestó, y guardó un embarazoso silencio.

—¿Seguro?

—¿Quieres algo más? –preguntó levantándose de golpe. El gato dio un salto y cayó a nuestros pies con un maullido lastimero.

Pau y yo nos levantamos también.

Comprendí que para averiguar algo de Pólux debería dar un rodeo. Miré a mi alrededor a las paredes encaladas de la habitación.

—Bonita casa –mentí–. ¿Vive aquí desde hace mucho tiempo?

—Desde que ese tritón me lo pidió –dijo con tono despectivo–. Me convenció para que saliera del mar y me prometió que se casaría conmigo. Vivíamos aquí mientras él y sus ayudantes trabajaban en las minas.

—¿En las minas? –pregunté.

—Sí, pero, cuando acabó, se marchó con todo su trabajo… esos hierros y cadenas. Me prometió que regresaría y nos casaríamos. Se está retrasando un poco… –susurró, y cogió en brazos de nuevo al gato.

—Seguro que vuelve pronto –contesté.

—¡Nunca te fíes de un tritón, son traicioneros, peores que los humanos! –exclamó.

Empezaba a sentir cierta pena por aquella mujer.

Yo sostenía intacta la galleta en la mano. Me la metí en la boca sin respirar y me la tragué lo más rápido que pude.

—¡Hacía años que no tomaba un dulce tan exquisito! –mentí, porque sabía salada–. Seguro que en esta casa se siente usted muy sola…

—¡No sabes cuánto! Dejé el mar por él. Abandoné a todo este pueblo. ¡Menos mal que se quedó Calipso, la buena Calipso! Ahora ya no tengo fuerzas para regresar. Todo se ha acabado para mí. Además, si Pólux vuelve a buscarme, me encontrará donde me dejó… ¿Dices que Pólux no ha muerto?

—No, no está muerto. Pero le tengo que dar otra mala noticia. Quizá sea mejor que se siente.

Cornelia se sentó en la silla y nosotros volvimos al sofá de muelles. Esta vez me arrellané en el asiento. Ya lavaría los pantalones en casa.

—Calipso ha sufrido un accidente…

—¡¿Qué le ha pasado?! –preguntó frunciendo el ceño.

—Calipso ya no está entre nosotros.

—¿Se ha marchado?

—No.

—¿Ha muerto? –susurró.

—Le atacó una serpiente gigante.

Un escalofrío sacudió a Cornelia, que se agarró la frente con una mano y guardó silencio unos minutos, que parecieron horas. Su postura me hizo dudar si su pena era verdadera o estaba haciendo teatro.

—Esto es el fin: las serpientes asesinas habían desaparecido… ¿Y quién cuida ahora de los veraneantes? –preguntó con voz quebrada.

Su tristeza era real.

Dudé.

—Yo –contesté con cierto orgullo, recordando que poco antes renegaba de mi condición marina.

Cornelia mantuvo los ojos fijos y secos en el contrachapado de la mesa. Me acerqué a ella y pasé mi brazo por sus hombros, intentando abrazarla. Pero ella me apartó con un suave gesto.

—No se preocupe, Pólux aún está vivo –insistí, ya que aún no nos había contado nada.

Cogí otra galleta del plato y me la metí en la boca sin respirar. Me supo a pescado y pensé que me estaba cambiando el paladar desde que me había convertido en una sirena.

—¿Cómo lo sabes? –preguntó.

—Solo sé que está vivo, pero necesita ayuda.

Cornelia pasó del desprecio de los primeros minutos al interés.

—¿Está también en peligro? –preguntó con ansiedad, mirándome fijamente a los ojos.

—En peligro de muerte, por eso necesito que me cuente todo lo que sepa de él.

Cornelia se pasó la mano por el pelo, en el que ya se entreveían mechones de canas, mientras esbozaba su primera sonrisa desde que habíamos llegado. Cerró los ojos como recordando y comenzó a hablar con pausa.

—Era uno de los tritones más inteligentes que he conocido. Llegó aquí después de la Segunda Rebelión. Yo era muy joven y él, un afamado arquitecto con un equipo bajo sus órdenes. Debían realizar un trabajo muy urgente e importante. Todos se marchaban por la noche a las minas y regresaban al mar cada amanecer con los rostros y la ropa tiznadas de negro. Enseguida los vecinos del pueblo empezaron a desconfiar de ellos. Así que adecentaron estas cuevas abandonadas para vivir aquí. Yo pensaba que Pólux me quería, porque enseguida prometió casarse conmigo… Pero los tritones son inconstantes, y, cuando todos se marcharon, él también… Ya hace trece años.

Parecía que Cornelia se iba a echar a llorar. Crucé una mirada con Pau.

—¿Y qué trabajo tenían en las cuevas? –pregunté, tomando una tercera galleta.

—Algo importante, urgente y muy secreto. Nunca me explicó nada y yo era demasiado ingenua para preguntar, confiaba en él con los ojos cerrados, y, si no me lo contaba, era porque no debía saberlo. Trabajaban con metales haciendo cadenas o algo así.

—¿No recuerda nada más?

—No… trece años sin Pólux… –respondió ensimismada–. ¡Y ahora sin Calipso!

—Su información nos ha sido de gran ayuda –añadí.

—¿Si te enteras de algo sobre él, me lo dirás? –me preguntó con un tinte de ilusión.

—Por supuesto, y vendremos a verla.

—No sabes cómo te lo agradecería. No soporto que los niños me insulten por la calle. ¡Estoy tan sola! Toda mi vida he estado sola: mis padres murieron cuando yo era niña con la última epidemia de tuberculosis marina. No quisieron tener más hijos para dármelo todo, pero no me dejaron nada vivo, solo objetos muertos. Y la pobre Calipso estuvo siempre a mi lado, pero nunca me di cuenta… Pólux me prometió formar una familia, pero se fue.

–Quizá no sea demasiado tarde –mentí.

–¡Si volviera…! Pero me engañó una vez, y me engañará de nuevo… –levantó la cabeza y añadió, dirigiéndose a Pau–: Y lo siento, no me puedo casar contigo. Serás más feliz con esta chica, aunque sea una sirena.

Pau enrojeció y bajó la mirada.

Salíamos por la puerta, cuando exclamó:

—¡Espera: Pólux dejó algo!

Se metió por un hueco en la pared, lo que supuse que era una habitación, y regresó con una carpeta marrón.

—Esto era suyo, de su trabajo. Es lo único que dejó, quizá porque está escrito sobre papel –dijo, pasando por encima del cartón la bayeta verde, que, a la luz del día, parecía marrón.

—Muchísimas gracias.

—Espera, te voy a dar estas galletitas que tanto te han gustado.

Puso en mi mano un paquete dorado. Y yo se lo agradecí con dos besos sonoros.

—Por favor, no abandones a los veraneantes… ¡Pobre Calipso!

—No lo dude.

De pronto me agarró el brazo y me miró fijamente, como si acabara de descubrir algo:

—¿Tú no serás Stella, aquella sirena que mandaron a Calipso cuando era solo un bebé?

Afirmé con la cabeza.

—¡Dios mío! –exclamó sin apartar sus ojos de mi cara–. Quizá el fin esté cerca…

Salí, apretando la carpeta entre mis manos. Miré las pastas que me había dado y leí las letras en la bolsa: «Miau: Excelentes y sabrosas galletas para gatos».

—Pau, creo que voy a vomitar…

Aquella noche en el alféizar encontré otro libro: «El beso de la sirena». Lo cogí y sonreí a las estrellas que tachonaban el cielo.

25

Regresé al mar. Todas las mañanas, cuando amanecía, con el sol a mi espalda, recorría la costa desde Cabo Tiñoso hasta Cueva de Lobos donde visitaba a la familia de Lorelei, a la que fui conociendo más, acompañada siempre de mi Boba preferida. No sabía si los visitaba por el interés de saber algo más sobre Pólux o porque con ellos me encontraba bien.

Alfeo tenía un laboratorio en el interior de la isla donde preparaba medicinas para distintas enfermedades y el tonto de su hijo Ceix le ayudaba. Ceix tenía dos años más que yo, y ya había terminado los estudios elementales. Estudiaba medicina en la universidad a distancia.

—¿En el mar hay universidad a distancia? –le pregunté a Dana.

—Por supuesto. La mayoría de sirenas y tritones –con el aumento del turismo– no pueden abandonar sus pueblos para estudiar en Tula o cualquier otra ciudad. La verdad es que no sé por qué mi hermano aún vive aquí. ¡Tiene un carácter…!

—¿Insoportable?

—No. Bueno, sí, pero además piensa que es un genio y no cree en los límites de la ciencia: cualquier día fabricará un monstruo.

—¿Y por qué no se va?

—No lo sé, porque no hace más que decir que cualquier día se marchará, que aquí no hay futuro para él. No logra acostumbrarse a un pueblo después de haber nacido en una gran ciudad, porque nosotros vivíamos en Orán hasta que nos mudamos aquí, más o menos cuando tú viniste.

—¡Qué casualidad!

—No sé, no creo mucho en las casualidades –contestó Dana.

—Yo tampoco, la verdad.

Lorelei se dedicaba a coordinar y supervisar los estudios de todos los tritones y sirenas menores de edad de la zona. Entre ellos, sus dos hijos más pequeños, Glauca y Ponto, y los de Dana. Como cerca no había escuelas, desde Tula mandaban los textos y planes de estudio. También era subdirectora del museo de arqueología submarina de Cartagena. Para mí resultaba un misterio cómo se coordinaba con el director, un conocido arqueólogo con piernas y pantalones, que vivía fuera del agua y cuyas fotos salían a menudo en los periódicos. Ahora Lorelei también vigilaba los pecios –como antes hiciera Calipso– sobre todo el mayor tesoro de esa costa: el barco fenicio

enterrado, para que ningún submarinista robara nada de él. Labor en la que también ayudaba Melusina.

Yo no quedé excluida del afán educador de Lorelei, que me dio varios libros para que los estudiase poco a poco. Mi tarea consistiría en aprender a leer en sireno, la expresión gráfica de aquellos gritos parecidos a los de los delfines. Los libros eran de varios materiales, de piedra, de coral o de concha. El material se trataba para formar láminas muy finas en las que se grababa con un punzón las letras, como la escritura cuneiforme. Según me explicó Dana, su padre estaba investigando en una nueva tinta indeleble con la que se podía escribir debajo del agua y soportaba bien el paso de los años. Ya la estaban probando en grandes bibliotecas de Tula, y también en Cartago, Orán y Alejandría.

Un día me atreví a preguntarle a Dana:

—Tu madre y tu abuela no son de aquí, ¿verdad?

—No, mi abuela es una ondina.

—¿Ondina? –pregunté asombrada.

—Sí, las ondinas son nuestras hermanas de los ríos. Mi abuela vivía en el Rin, en Coblenza. Un día pasó por allí mi abuelo, un tritón del mar del Norte, comerciante, y se casaron. Mi madre nació en Baltrum, una pequeña isla de ese mar, así que es medio ondina y medio sirena.

—Perdona, ¿hay algún tipo de «ser acuático» más, que yo no conozca?

Dana sonrió.

—Sí, las nixes o náyades que viven en los ríos, y las nereidas, que viven en el mar. Pero ninguna de las dos tiene colas de pescado, sino piernas.

—¡Ah!

También me enteré de que Melusina era una de las sirenas mayores de nuestro mar, que conocía todos los peces y algas, y que pertenecía al Consejo de Ancianos.

Estudié la carpeta que nos había entregado Cornelia –Electra en su vida marina–. Contenía papeles amarillos y gastados con planos, medidas y dibujos de algo parecido a una jaula. También unos apuntes de unas tablillas de piedra desconocidas para mí.

La última página parecía un mapa. En él habían sido coloreadas en rojo y azul varias zonas. En casa teníamos un libro sobre la historia del pueblo, así que lo busqué por si contenía un mapa de las minas. Enseguida encontré varios de mina Fortuna, Santa Ana y San Antonio, y sobrepuse el de Pólux encima. Solo coincidió con la de San Antonio, donde habíamos estado en mi cumpleaños y donde vivía Cornelia. Parecían idénticos, menos en una zona pintada en azul a la derecha de la entrada del piso principal. En los papeles de Pólux parecía la zona más trabajada, con infinidad de números y medidas.

Busqué en la biblioteca municipal todos los libros sobre esa mina. Estudié las primeras excavaciones romanas y cómo se habían ampliado hasta el siglo diecinueve, cuando se abandonaron por ser poco productivas. En los dibujos del siglo pasado no estaba señalada la zona azul de Pólux, que parecía no existir, pero en los mapas más antiguos, sí. Tuve la impresión de que –por algún motivo desconocido– se había dejado de excavar en ese terreno y había sido olvidada.

Supuse que, si quería averiguar algo más de Pólux, tendría que entrar en las minas y buscar esas galerías, pero sentía miedo. Y además, ¿con quién? Pau seguro que me acompañaría, pero no quería quedarme a varios metros bajo tierra a solas con un chico, aunque fuera mi primo. Nunca sabes cuándo se puede convertir en hombre-lobo. Así que llamé a Julia.

—¿A las minas? ¡Jamás! –contestó.

—En serio, te necesito.

Sabía que Julia siempre decía que no, pero luego recapacitaba, como con el John Silver.

—¿A las minas? ¿Para qué? ¿No será ilegal… narcotráfico o algo así? ¿Actos vandálicos?

—No. Es un asunto de la amiga de mi madre, quiere proponer al ayuntamiento la creación de un museo minero –me inventé.

—¡Que entren el alcalde y los del ayuntamiento!

—No, va a ser iniciativa privada.

—Si yo no te acompaño, ¿irás sola?

—Sí, y seguro que tengo un accidente… mortal.

—¿Vas sola en serio?

—No, me acompaña Pau.

—¡Agh! ¡Entonces no! ¡No, no cuentes conmigo! ¿Sabes que lo de los fuegos artificiales no iba por mí? Ni siquiera me ha mirado desde ese día.

—Venga, Julia, si en el fondo te sigue gustando.

Se hizo un silencio en la línea telefónica.

—Bueno… lo haré por ti –respondió–. ¡Ah! Y creo que me dijo que no, porque está enamorado de otra.

—Anda, deja de decir tonterías.

Fui a buscar a Pau a la gasolinera, que aceptó enseguida, aunque le extrañó que nos acompañase Julia.

—¿Julia sabe lo tuyo? –me preguntó, mientras rellenaba la nevera de bebidas.

—¿Lo mío?

—Sí, lo del mar –contestó haciendo un gesto con la mano sobre las piernas.

—No, solo lo sabes tú y mi madre. Pero le encanta la espeleología.

Pau se secó el sudor de la frente con la manga del uniforme azul. Aunque la gasolinera tenía aire acondicionado, casi no se notaba por el calor sofocante que entraba de la calle.

—No tenía ni idea. ¿Y querrá ir conmigo? –preguntó sin mirarme, mientras apilaba los refrescos.

—Sí, ¿por qué no? Sois amigos.

Me senté encima de una caja de botellas de agua.

Mi primo me miró y sonrió de manera enigmática.

—Por cierto, ¿por qué le dijiste que no? –me atreví a preguntarle–. Es una chica muy maja.

—Podía engañarla, pero no engañarme a mí mismo… ¿De verdad necesitas entrar en las minas?

Dudé.

—Bueno… me han encargado buscar a Pólux, un tritón que no conozco de nada, que ha desaparecido y del que depende el futuro del mundo marino. Y solo sé que estuvo aquí hace trece años construyendo una jaula, que engañó a Electra y que se marchó. Tengo la impresión de estar buscando una gota de agua en el océano… En realidad, estoy desesperada.

—Entraré contigo…

26

El fin de semana preparamos entre los dos el material necesario para no morir en el intento. El día señalado Pau le pidió el coche a su abuelo –uno de esos que se conducían sin carné–, y nos encaminamos a las minas. Julia llegó vestida con unos pantalones de camuflaje cinco tallas más que la suya.

—Son de mi padre, de cuando hizo la mili –explicó.

También se había cubierto el pelo con un pañuelo negro, que no dejaba ver ni un solo rizo.

—Seguro que todo está lleno de murciélagos. Y no quiero que se me queden enganchados al pelo. Os aviso de ese peligro.

—No te preocupes, que llevamos casco –contesté.

Julia ni siquiera miraba a Pau, al que solo había saludado con un balbuceo inconexo.

La entrada principal de San Antonio se abría en la montaña de tierra de colores frente a un descampado de arena amarilla lleno de cascotes. En invierno cuando llovía, esa explanada se cubría de charcos, que adquirían los distintos tonos de los minerales y brillaban como espejos. Según el viejo mapa, debíamos entrar por ella. Subimos la escalera hasta el torreón, donde comimos el día de mi cumpleaños, junto al que se encontraba la cancela de hierro oxidado, que cerraba el acceso. Algunos vándalos e incívicos ciudadanos habían abierto un butrón junto a los hierros por el que se entraba sin dificultad.

Nos detuvimos delante del agujero, de aquella oquedad que exhalaba un aliento negro de muerte que pareció arrebatarnos todo el ánimo y la esperanza.

—¡Qué ganas de entrar! ¡Parece Minas Morgul! –exclamó Julia, rompiendo el silencio.

—¿Estás segura? –preguntó Pau.

Sin apartar la mirada de la oscuridad, susurré:

—Por favor, ¡no me dejéis sola!

Mi primo dio un paso hacia adelante, que imitó Julia y que seguí yo.

Detrás de la verja nos esperaban paredes pintadas, botellas de cristal rotas y olor a excrementos.

—¡Qué guarra es la gente! –exclamó Julia, después de tropezarse con un orinal metálico.

El suelo enseguida descendió en una ligera pendiente.

—Yo iré en cabeza –afirmé, después de ponernos los cascos que nos había prestado

mi tío.

Pau negó con la cabeza.

—Lo siento, los hombres primero –dijo, y se ató en primer lugar.

Yo seguía a Pau con el mapa, y Julia venía la última sujetando una vela.

—Anda, tía, que pareces la Santa Compaña –le dijo Pau con guasa.

Era la primera vez que le hablaba.

—Perdona, te voy a salvar la vida: si se apaga la vela, es que no hay oxígeno, y entonces hay que salir pitando –le explicó con un tono de voz poco natural, como de pito.

Debíamos bajar dos tramos de una galería descendente y después encontraríamos a nuestra izquierda una puerta o algo parecido.

Pau iluminaba hacia el frente y yo, hacia las paredes. La oscuridad era completa y soplaba un viento frío y negro.

Eché de menos los presentimientos negativos y positivos que solía tener en el mar.

Enseguida encontramos un recoveco en la pared: parecía otra galería. La entrada a este agujero estaba cruzada por dos tablas de madera clavadas a ambos lados de la pared, que cortaban el paso.

Pau enchufó con su linterna hacia el interior.

La luz de la vela de Julia proyectaba nuestras sombras en las oscuras paredes.

Crucé por debajo de la madera, y dirigí despacio mi linterna hacia las paredes de la galería, que se terminaba dos metros más allá. Pasé las manos por la roca. En el lado derecho observé una profunda hendidura vertical desde el techo al suelo. Y en el suelo encontré otra horizontal hasta las maderas cruzadas. Puse los dedos sobre la fisura y noté aire frío. Palpé alrededor y encontré a un lado una piedra rectangular, no más grande que mi mano, y que se movía. Hice palanca con mi navaja y la piedra se desprendió de la pared dejando a la vista un agujero con una manivela de metal.

—Pau, ven a mover esto.

Pau me miró asombrado al descubrirla.

—¡Eh! No me dejéis sola aquí fuera –exclamó Julia, que cruzó también debajo de las tablas.

En el mapa de Pólux junto a la entrada, habían escrito: cuatro izquierda– tres derecha.

—Gira la manivela hacia la izquierda cuatro vueltas y luego a la derecha –le indiqué.

Pau me obedeció con dificultad, ya que el metal parecía oxidado. Enseguida se oyó un engranaje detrás de la roca, y de pronto la pared se adelantó unos centímetros, llenando el aire de polvo, y rodó hacia la derecha por la hendidura del suelo, como movida por un resorte, dejando al descubierto otra galería.

Un soplo de aire fresco nos golpeó la cara, y la vela de Julia se apagó.

Julia chilló.

—¿Qué pasa? –preguntó mi primo.

—¡Falta oxígeno! –gritó Julia–. Me ahogo.

Le agarré por los hombros y la zarandeé.

—No, no falta aire –dije, enfocando mi linterna a su cara.

—¿De verdad? –preguntó aprensiva, mientras volvía a encender la vela.

—Yo respiro –contestó Pau, que iluminó la nueva galería con la linterna.

Percibimos un extraño ruido, que me recordó al zumbido de un panal de abejas.

—¿Qué es eso? –preguntó Pau, y enchufó con la linterna hacia la oscuridad.

De repente, el ruido creció, como si se encontrara más cerca y notamos una sombra negra que se acercaba rápida a nosotros.

27

—¡Agachaos y tapaos la cabeza! –exclamó Julia.

Una negra nube de murciélagos pasó rozándonos. Me arrodillé en el suelo, cubriéndome la cara con las manos. Sentía sus alas suaves y frías rozándome. Salían centenares, miles de animales de la galería. Se alejaron como un mal suspiro por el pasillo principal.

—¿De verdad queremos entrar ahí? –preguntó Julia, cuando el ruido había cesado y los murciélagos habían desaparecido.

—¿Vas a tener miedo ahora? –le dije, intuyendo que quería darse media vuelta.

—No, no… ya sabes que yo no tengo miedo, la aventura es la aventura. Pero no enchuféis al techo, y encendedme la vela.

Pero no encontró la vela.

—Seguro que se la ha llevado un murciélago en la boca –le contestó Pau.

—¡Muy gracioso!

La nueva galería se bifurcaba en un pasillo hacia arriba a la derecha y otro hacia la izquierda abajo.

—¿Arriba o abajo? –preguntó Pau, mientras colocaba una piedra delante de la puerta–. No soporto las películas en las que se les cierra la puerta detrás y se quedan encerrados.

Examiné el mapa.

—Arriba lleva a un espacio grande, abajo, a muchas galerías estrechas. Creo que es arriba.

—Lo que usted mande –contestó Pau.

Busqué su mano en la oscuridad y la agarré con fuerza. Pau correspondió apretándola.

Por el suelo en un pequeño canal a la derecha descendía un reguero de agua, que se hacía más grande según subíamos.

—¡Vaya lío en el que me habéis metido! –exclamó Julia–. ¡A ver quién se traga lo del museo minero! A la salida espero una explicación.

—La tendrás –contesté, aunque no tenía ni idea de lo que le iba a contar.

Julia continuó murmurando:

—Cada día estás más rara… No sé si es que llevas una doble vida, si es esquizofrenia… ¡Ya verás el día que todo se destape!

«¡Si tú supieras!», pensé, mientras sonreía en la oscuridad.

El pasillo por el que andábamos terminó en una enorme sala abovedada. Por la parte superior –entre las rocas– entraban pequeños rayos de luz. En uno de los extremos descubrimos una chimenea, que parecía cegada, y una fragua. El agua rezumaba de una pared, en cuya parte inferior se había construido una pila que desaguaba y descendía por el canal del pasillo por el que habíamos subido. Nos desatamos de la cuerda que nos unía.

Por todas partes aparecían dispersas distintas piezas de trabajo en herrería: yunques, bancos, martillos, tenazas… Como si todo hubiese sido abandonado precipitadamente y sin interés, mostraba un aspecto deplorable. Me acerqué a uno de los yunques y encontré trozos diminutos de un metal dorado. Tomé un poco con los dedos y lo guardé en un papel.

—¡Mira esto! –me llamó Pau desde el otro extremo.

Una de las paredes había sido alisada y habían picado sobre ella unos dibujos extraños. La técnica me recordó a los libros de Lorelei y al retrato del marido de Calipso.

Me disponía a sacar un papel para copiar los dibujos, cuando escuchamos la voz de Julia:

—¡Eh, aquí se han dejado algo!

Se acercó a nosotros iluminando con la linterna un rollo de papel, como los que usan los arquitectos para hacer los planos. Tenía un color amarillo y en algunos puntos la tinta se había borrado por la humedad.

—¿Dónde estaba? –le pregunté.

—Cerca de la chimenea, en una caja de metal.

Me acerqué al lugar que me indicaba, pero la caja, oxidada, estaba vacía.

Observé el papel de nuevo. Pau por encima de mi hombro también lo examinaba.

—Es lo mismo que está grabado en la pared –apuntó Pau.

Los dibujos coincidían entre ellos, pero en el papel habían escrito arriba en letras grandes: Xiro.

Los dibujos parecían unas instrucciones de ensamblado de distintas piezas. Guardé el plano en la caja y la metí en la mochila.

Pensé que, para el esfuerzo tan grande que habíamos realizado, encontrar solo unos papeles constituía un fracaso.

—Por favor, vamos a buscar un poco más por si encontramos alguna otra cosa.

Después de inspeccionar de nuevo la sala, sin hallar nada, Pau dijo:

—Stella, creo que nos tenemos que ir. Bastante suerte hemos tenido con esos papeles.

—Sí, creo que tienes razón.

Según mi mapa la galería por la que habíamos subido acababa aquí en la habitación abovedada. Debíamos volver al exterior por el mismo camino.

Regresábamos hacia la puerta de la galería, esquivando el arroyo de agua, que fluía a nuestros pies, cuando escuchamos delante de nosotros un fuerte ruido de piedras. Nos detuvimos llenos de temor, mientras una nube de polvo gris nos cubría. Cuando alcanzamos la puerta de entrada, descubrimos con horror que la piedra que Pau había colocado delante se había movido hacia un lado y que la puerta se había cerrado.

—¡Mierda! –exclamó Pau–. ¡Como en las películas!

—¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Julia, apagando la linterna, y dejándola en el suelo–. ¡Se nos van a acabar las pilas!

Volví a pasar la mano por la superficie de la pared para buscar otro resorte con que moverla, pero en vano. Después, mientras Pau probaba con su navaja en las hendiduras de la pared, examiné el suelo retirando con el pie todas las piedras pequeñas. De pronto encontré en la tierra un botón circular de piedra.

—¡Mira, Pau! ¿Será un resorte?

Mi primo lo iluminó.

—¡No lo toques! ¡Déjame a mí! –exclamó haciendo ademán de acercarse.

Sin dudar, y haciéndole un gesto para que no se acercara, lo apreté, y encima de nuestras cabezas se escuchó otro mecanismo similar al que había abierto la puerta.

Toqué la piedra de la pared con la mano, esperando que se moviera. Pero esta no se abrió, sino que de pronto con un ruido atronador se desencadenó un desprendimiento de piedras encima de mí, que duró varios segundos, y que me sepultó.

La mina quedó en silencio.

28

No sabía cuánto tiempo había pasado, cuando oí un suave murmullo lejano. Me pregunté dónde estaba, pero solo recordaba la puerta negra. Me costaba respirar. Escuché una voz y una mano que tiraba de una pierna.

—¡Ayúdame!

Cuando abrí los ojos estaba tumbada en el suelo y frente a mí se encontraban Pau y Julia mirándome fijamente. Los dos estaban agarrados por el brazo.

—¿Os habéis reconciliado? –pregunté.

Se soltaron rápido sin ni siquiera mirarse.

—¡Vaya susto que os he dado! –murmuré con la boca llena de tierra.

Julia me pasó un pañuelo mojado por la cara y me limpió los labios.

—Espero que tengas una buena razón para perder la vida –dijo mientras me ponía la cantimplora en la boca–. O, mejor dicho, una buena razón para que Dios te la conserve.

—Me duele todo –susurré.

Noté un tenso silencio entre mi primo y Julia.

—No te va a pasar nada –contestó Julia carraspeando para disimular la voz quebrada.

—Necesitamos saber qué tienes roto –explicó Pau, mientras pasaba su mano por mi pelo–. Julia va a moverte las piernas y los brazos. Intenta moverlos tú también.

—¡No te vayas! –exclamé, agarrándole el brazo.

—¿Adónde me voy a ir? ¿Quieres un caramelo?

—Creo que sí.

Despacio comprobamos que –aunque dolorida– no tenía nada roto. Antes de levantarme, Pau me sugirió:

—Mira el mapa, quizá haya otra salida.

—Tenía el mapa en la mano cuando cayeron las piedras.

Bajo aquel enorme montón de escombros, parecía imposible encontrar algo.

—En el mapa, que yo recuerde, no había otro modo de escapar de aquí. Pero en la bóveda entraba la luz, podemos buscar un agujero.

Me ayudaron a ponerme de pie, y sujeta a ellos dos: a mi mejor amiga y al hombre de mis sueños, regresamos a la sala y dirigimos nuestras linternas al techo y las paredes. Los agujeros del techo eran muy pequeños para poder pasar por ellos, además no teníamos medios para subir tantos metros.

—Creo que es el momento de sacar el chocolate –dijo Pau abriendo su mochila y sacando una tableta.

Nos sentamos encima de un banco de herrar y dimos buena cuenta de la tableta.

—¡Gracias, Pau! –le dijo Julia con voz de mema.

Respiré profundamente. Era mi mejor amiga, pero no podía soportar que se arrastrara así detrás de un chico, y aún menos de mi primo. Porque mi primo era MI primo.

—¡En algunas chimeneas hay escaleras para subir! –exclamó de pronto Julia, levantándose.

Nos acercamos a la chimenea por la que entraba un fino rayo de sol. Por el sonido aviar que provenía de su interior y por el montón de excrementos que cubría el suelo, debía de estar cegada por nidos de pájaros. Julia la iluminó y, con alegría, descubrimos unos peldaños de hierro que comenzaban a varios metros del suelo.

—¿Cómo subimos? –preguntó Julia.

—Yo seré el primero –afirmó Pau.

—¿Y quién nos ayudará luego a nosotras? –le pregunté–. Tú eres más alto y fuerte y puedes saltar el último sin ayuda.

—¿Y tú podrás subir sola? –me preguntó.

—Despacio creo que sí.

Pau me impulsó y agarré el segundo barrote con las manos, para poner los pies en el primero. Sobre mí solo se veía una maraña gris de nidos, ramas secas y porquerías aviares.

—¿Qué tal? –me preguntó.

—Bueno… –contesté.

Los peldaños estaban cubiertos de varios centímetros de excrementos. Así que saqué mi navaja para quitarlo.

—Lo siento, pero os va a caer mucha porquería.

—De algo hay que morir –exclamó Pau.

Pau ayudó también a Julia y después de un salto se agarró él.

Había avanzado varios metros cuando, limpiando un peldaño, se me escapó un codo y golpeé una oquedad en la pared. Escuché un ruido extraño, como un aleteo seco. Pensé en los murciélagos, pero allí había demasiada luz para ellos. De pronto un enorme pájaro negro me golpeó en la cara mientras intentaba salir de su agujero.

—¡Cuidado! –exclamé.

Me agarré con fuerza al barrote y me arrimé a la pared intentando protegerme. El pájaro intentó subir hacia el sol, pero mi cuerpo se lo impedía, entonces descendió, aturdido y con gran estruendo, por la chimenea hacia la oscuridad entre Pau y Julia.

—¡Qué asco! Lo siento –dije desde arriba–. ¿Estáis bien?

—He estado mejor en otras ocasiones –contestó Julia.

—¿Y tú, Pau? –pregunté.

No recibí respuesta.

—¿Pau? ¿Estás ahí?

Miré hacia abajo y mi linterna iluminó a mi primo, que yacía en el suelo.

—¡Pau! –chilló Julia.

—¡Cállate, que no le oigo!

—Creo que me he roto una pierna –contestó mi primo.

—Espera, que bajamos.

—¡No, no! –subid hasta arriba y tirad una cuerda. Ahora no puedo saltar para agarrar los peldaños.

Con el corazón golpeándome el pecho seguí subiendo la escalera, espantando a diversos pajarillos que escapaban a los golpes que propinaba a sus nidos.

El sol me deslumbró al alcanzar la superficie. Descubrí que estábamos sobre una de las montañas cercanas a la entrada principal a las minas. Ayudé a Julia a salir y después lanzamos la cuerda a Pau.

—¡No! ¡Yo le subiré! –dijo Julia–. Tú no estás en condiciones para tirar de una cuerda.

Julia siempre había sido una chica esmirriada y poco deportiva. Así que la miré con gesto de desconfianza.

—Sería un crimen para la humanidad que Pau se cayera de nuevo.

—Tienes toda la razón –contestó con una sonrisa.

Nos atamos la cuerda y tiramos hasta que Pau se agarró a la escalera y saltó sobre los peldaños con la pierna sana hasta el agujero de salida.

El aspecto de su pierna era deplorable ya que la rotura mostraba una herida abierta.

Mientras le hacíamos un torniquete, Pau me dijo:

—¡No me mires así, que a ti parece que te ha atacado una manada de bisontes!

—¿Y quién conduce ahora el coche hasta el ambulatorio? –pregunté después de que le limpiáramos y vendáramos la herida–. Tenemos un par de kilómetros hasta el pueblo, tú no puedes andar y yo…

Los dos miramos a Julia.

—Yo he conducido el tractor de mi abuelo… –añadió Julia, que miraba a mi primo con ojos de cordero degollado. Parecía que le dolía más a ella que a él.

Me tumbé en el asiento trasero, mientras que Pau, desde el asiento delantero, daba las instrucciones a Julia, que se esforzaba por que el coche no avanzara a empellones.

Desde el ambulatorio llamamos a mi madre y a mis tíos. Mientras escayolaban a Pau, yo esperaba en una camilla con Julia a que me hicieran unas radiografías.

—¿Ahora me vas a contar para qué hemos entrado en esas minas? –me preguntó con gesto serio–. Nos podíamos haber matado.

Una enfermera entró en la sala de espera.

—La chica a la que se le ha caído una pared encima que pase a radiología…

29

Pocos días después de la entrada a las minas, Dana celebró su cumpleaños, que ayudé a preparar con Lorelei y Ainé. Estuvimos toda una mañana recogiendo lapas y tomates de mar desde cabo Cope hasta Cueva de Lobos. Para ese día esperaban a un invitado de la Otra Costa.

—¿Es Cástor? –pregunté, recordando al tritón guapo.

—¿Cástor? ¡No! –contestó Ainé con una sonrisa–. ¡Ojalá fuera Cástor!

Me recordó a Julia y mi primo.

—¿Por qué? –pregunté haciéndome la inocente.

—¡Es guapísimo! ¡Y, encima, profesor de la universidad! ¡Qué suerte tuvo Calipso!

—¿Por qué?

—¡Dejaos de tonterías! –nos interrumpió Lorelei–. Nuestro invitado es un viejo conocido de la familia, miembro del Consejo de Ancianos. Viene a trabajar ciertos asuntos con Melusina.

—¡Y tan viejo! –concluyó Ainé.

Por lo demás, el mapa de Xiro que habíamos encontrado en la cueva no me decía nada: medidas, números, fórmulas…

—¡Ni puñetera idea! –comentó Pau, cuando lo estudiamos con más detenimiento.

Tenía la impresión, desde que salimos de la chimenea, de que el entrar a las minas no había servido de nada y que me encontraba en el mismo punto que antes. Con la diferencia de que mi primo antes no tenía una pierna rota y ahora sí.

El pobre andaba bastante aburrido en casa sin poder salir, y me pidió que le llevara libros de la biblioteca.

Yo había salido mejor parada del accidente, porque solo me había roto el dedo meñique de una mano. Aunque todo mi cuerpo presentaba una tonalidad entre lila y morada. Mi madre se enfadó tanto cuando me vio, que me prohibió acercarme a cualquier cueva, mina o agujero subterráneo.

Guardé el mapa en el hueco bajo el último cajón del armario, en el que escondía todos mis diarios. Quizá algún día fuera necesario.

Por fin en la cena del cumpleaños de Dana conocí al invitado de la Otra Costa. Se trataba de un tritón de baja estatura, delgado y arrugado. Cubrían su cabeza de un extremo al otro una decena de pelos negros con los que ocultaba su calvicie. El mechón

parecía de plástico duro ya que no se movía. Pensé que, si la moda y las tendencias en el mar variaban con los años, este hombre se había quedado en el siglo pasado. Su piel era de un color oscuro, aceitunado, muy parecido al de Alfeo, que, según me enteré, provenía del este, de Alejandría. Y también de su cuello pendía un medallón, como el de Melusina, con una línea horizontal y un semicírculo sobre ella.

Melkarth –así se llamaba– no mostró ningún interés por mi persona, al contrario de lo que solía ocurrir con las sirenas y tritones que me conocían por primera vez. Se limitó a mirarme con expresión distante, mientras se limpiaba los dientes puntiagudos con una espina de pescado. Solo cuando Lorelei nos presentó, me saludó serio, y tuve la impresión de que algo en mí le producía repulsa o asco.

Durante la cena me di cuenta de que todos le trataban con gran deferencia, como si fuera un personaje importante. Hablaba tanto –siempre sobre sí mismo y sobre la biblioteca de Orán que dirigía– que casi no comió, a pesar de la insistencia de Alfeo. Melusina le observaba sin pronunciar ni una palabra. En algún momento Melkarth me preguntó algo sobre la vida en el exterior, pero rechazó con ironía mi respuesta, despreciando a los humanos que «tenían la desgracia de vivir fuera del mar». Para colmo de males Ceix parecía divertirse desde el otro extremo de la piedra que nos servía de mesa oyéndome chapurrear en sireno.

Melkarth iba acompañado de Bad, un secretario joven, de aspecto cursi que me sonreía enseñando unos picudos dientes verdes. Sus ojos eran grises como el acero y me recordaron a los del gato de Cornelia.

—¿Pero quién es ese que no para de enseñarme los dientes? –le pregunté en un susurro a Dana.

—¡Bad! No he conocido un tritón más pesado con las chicas en toda mi vida. Es el terror de los mares. Y más falso que la sirena de Fiji.

—Pues ya es un poco mayor para perseguir a adolescentes…

—Creo que tiene problemas hormonales. En serio.

—¿Estos dos tienen algo que ver con Cástor? –pregunté.

—¡No! Cástor es genial… pero viene poco, siempre tiene mucho trabajo. ¡Y después de lo de Calipso!

—No me aclaro, ¿quién es Cástor?

—Pregúntale a mi hermano, que le aborrece.

—¿Por qué?

—Es una historia muy larga… Cástor es de aquí, de cabo Tiñoso, quería casarse con Calipso, pero ella creía que casándose con él estaría menos disponible para su misión.

—¿Misión?

—Sí, cuidar de los veraneantes, y sobre todo de ti, cuando cumplieras dieciséis.

Abrí los ojos.

—¿No se casó por cuidar de mí?

—Eso dice mi madre, yo nunca he hablado de ello con Calipso. Así que Cástor se fue con su hermana a vivir a Orán y da clases en la universidad. También hace viajes por el Mediterráneo buscando tesoros hundidos.

Poco antes de que terminara la cena, en la que Dana comió tantos tomates de mar, que pensé le daría una indigestión, Melkarth se retiró con Melusina a trabajar un asunto, que parecía bastante urgente y secreto.

—En concreto, ¿qué es la Otra Costa? –pregunté a Dana, que aún chupaba unas conchas de lapas.

—Las ciudades al otro lado del mar, frente a nosotros. Melkarth vive en Orán, trabaja en la biblioteca de la ciudad. Es la tercera más grande del Mediterráneo, después de las de Alejandría y Cartago. En realidad, él es una biblioteca: sabe de todo.

—Pero ¿es de confianza? Anda un poco sobrado, ¿no? –pregunté recordando el tono arrogante y vanidoso en el que me había hablado.

Dana sonrió, tiró una lapa por detrás de su hombro, y en un susurró contestó:

—Si te digo la verdad: no le soporto, sobre todo desde que tiene como ayudante a Bad, que no para de adularle. Siempre viene con esos aires de grandeza. Pero, cada vez que le critico en casa, me contestan que, si pertenece al Consejo de Ancianos, será por algo. Además, a veces trata con desprecio a mi abuela, como si fuera tonta… ¡Mi abuela, que capturó a Leviatán!

Se me cayó de las manos la concha de la ostra que me estaba comiendo.

—¿Cómo? –exclamé–. ¿Tu abuela capturó a Leviatán?

Dana miró hacia ambos lados para asegurarse de que nadie nos escuchaba. Pero frente a nosotras Ceix nos observaba como un albatros a su presa.

—¡Nos vamos! –exclamó de pronto Dana e hizo ademán de alejarse de los demás.

—¡Venga, sí, márchate y déjanos a nosotros recogiendo las sobras! –contestó Ceix.

—Hoy es mi cumpleaños y, como eres tan generoso, las vas a recoger tú.

Cuando ya nos encontrábamos a una ballenada de ellos, Dana retomó la conversación.

—En la Segunda Revuelta, Leviatán mató a todos los miembros del Consejo de Ancianos, menos a mi abuela, que vivía en Baltrum, y a una sirena y un tritón más. Ellos tres fueron los encargados de capturarle.

—¿Los del Consejo de Ancianos, que supongo que serán muy ancianos, capturando a ese bicho?

—Sí, eran los únicos que conocían a Leviatán desde que nació. Sabían todo de él.

—¿Cómo es Leviatán?

—Los libros de texto dicen que es la maldad, el odio y la soberbia pura. Y, como

vuelva, nos podemos preparar… No sé más, mi abuela nunca me ha hablado de él. Pero, desde que Calipso murió, la veo preocupada. Y yo he notado también que algo malo está ocurriendo, como una amenaza… ¿Tú no lo notas?

—No sé… Si es muy normal que te ataque una serpiente gigante.

—¡¿Te ha atacado una serpiente gigante?! –preguntó abriendo mucho los ojos.

—¿No te lo ha contado tu abuela?

—No, quizá para no asustar…

—Por cierto, ¿también ayudó Melkarth a tu abuela a capturar a Leviatán? –pregunté, volviendo al tema.

—No, Melkarth pertenece al Consejo solo desde hace poco, cuando se quedaron sin viejos en el mar. Si no, yo creo que hasta dentro de cien años no hubiera podido entrar. ¡Qué hombre, y encima viene el día de mi cumpleaños a aguarme la fiesta!

—A pesar de todo, creo que es la única persona que me podría contestar sobre un asunto… –sugerí para observar la reacción de Dana.

Dana hizo un gesto con los hombros.

—Prueba. Si tienes mucha suerte, se inclinará para contestar… Pero suele trabajar con mi abuela durante la noche. Siempre de noche, siempre en luna llena. Tendrás que esperar a mañana –contestó Dana.

—¿Y ese medallón que llevan los dos?

—¿El de la línea y la media luna? Es el del Consejo de Ancianos.

—¿Qué significa?

—Ni idea, ni ellos mismo lo saben.

—¿Me puedo quedar aquí a dormir? –pregunté.

—¡Claro! A mi madre le encantará… Y a mí también. ¡Puedes escuchar las últimas canciones de «La medusa pegajosa» y te enseñaré los relieves de Neleo de Cartago!

—¿Neleo de Cartago?

—Sí, el actor más famoso del Mediterráneo… ¡Es guapísimo!

La habitación de Dana se encontraba en uno de los extremos de la isla de Cueva de Lobos. Para llegar a ella tenías que entrar –tras espantar a la morena– por una amplia gruta al salón familiar, donde se reunían los días de tormenta, desde allí salían distintos pasillos a las habitaciones. No necesitaban comedor, que era sustituido por una piedra lisa frente a la cueva de Alfeo y Lorelei. Nos sentábamos alrededor de ella juntos para comer, pero no apoyábamos casi nada en ella, ya que el manjar más delicioso –y que cada día me gustaba más– eran los peces recién capturados.

La habitación de Dana estaba a la derecha y era una estancia muy parecida a la de Calipso, pero más pequeña. La cueva de Calipso estaba dividida en dos: parte en la superficie y otra parte sumergida; la de Dana no tenía espacio para el aire, ya que el agua

tocaba el techo. Además las paredes parecían una alfombra multicolor: pequeñas esponjas naranjas y blancas, botones amarillos, encajes de Neptuno rosas y unos pequeños ramos de coral rojo en una de las esquinas. También Dana había decorado las paredes con bajorrelieves de actores famosos de los que yo no había oído hablar en mi vida.

—Casi todos me los esculpió Calipso… ¡Qué pena! El de Neleo lo hizo de él en persona cuando el actor vino al cabo de Gata a representar «El beso de la sirena».

Sonreí al acordarme del libro que me había dejado Pau en el alféizar de la ventana y me pregunté si sería el mismo.

—¿Qué pasa si te besa una sirena? –pregunté.

—¡Uy! Si una sirena besa a un humano… quedan unidos para siempre. Él jamás podrá olvidarla.

—¿Cómo? ¡Repite!

—Que se unen para siempre.

—¿Siempre es siempre? ¿O hasta que a uno de los dos se le pase la emoción o encuentre a alguien mejor?

—Siempre es siempre: hasta que la muerte los separe.

Intenté disimular una sonrisa.

En el agua flotaban un pez luminoso, ya que la habitación estaba a oscuras, y decenas de caballitos de mar de todos los tamaños que jugueteaban alrededor de nosotras.

—Son una monada. ¿Verdad? –dijo Dana, dejando que uno de ellos se enrollara en su dedo.

—Sí, muy simpáticos.

—El año pasado tenía una familia de erizos, pero, en cuanto te descuidabas, se movían por la habitación y te pinchaban cuando menos lo esperabas. Está bien la habitación, ¿no? Las de Ainé y Ceix también tienen salida independiente al mar, pero mis padres no quieren hacérmela hasta que tenga algunos años más. ¡Qué pesados son con lo de tener unos años más! Yo ya me siento mayor para salir cuando me dé la gana de mi habitación, sin que ellos me vigilen –explicó.

Después de ver todos los bajorrelieves de la habitación, Dana me pasó un caparazón de erizo rosa lleno de unas bolitas diminutas gelatinosas con unos colores chillones.

—¿Qué es esto? –pregunté.

—Cocolitos, están buenísimos –contestó, cogiendo un puñado con la mano.

Me acerqué el caparazón a los ojos, en él se movían pequeños bichos: unos alargados con púas en el extremo del cuerpo; otros redondos de los que salían decenas de antenas, como trompetas; unas bolas con patas parecidas a arañas, otros con tentáculos. Los

aparté con aprensión.

—Creo que no tengo hambre.

—No sabes lo que te pierdes… Pero no puedes decir que no te gusta si nunca lo has probado –insistió Dana.

Le dio unos pocos a Boba, que se los comió con deleite.

—Venga… –contesté con asco reprimido.

Metí los dedos en el caparazón y toqué sus cuerpos suaves y blandos. Cogí unos pocos y me los metí en la boca con la intención de tragarlos sin saborear. Pero al rozar mi lengua noté un sabor dulce y delicioso, que hizo que me los comiera casi sin darme cuenta.

Dana me observaba expectante.

—¡Están buenísimos! –exclamé, llenándome la mano de ellos.

—¡Espera, todavía tengo una sorpresa! –dijo Dana, y me dio una caracola pequeña del tamaño de una mano–. Vas a escuchar la mejor música del Mediterráneo occidental.

Puse la caracola cerca de mi oído y un chillido hizo que la apartara asustada.

—¡¿Qué es esto?! ¿Cantos de sirenas?

—Perdona, no te he avisado: la primera canción empieza un poco brusca. Sigue escuchando –dijo Dana, mientras jugaba con una estrella de mar sobre la palma de la mano.

Volví a acercar la caracola a mi oreja y atónita comencé a escuchar la voz de un tritón, que cantaba en sireno. Entendí que una sirena de pelo corto le había dejado y la echaba de menos.

—¿Te gusta? ¡Es lo mejor de «La medusa pegajosa»! A mi madre le espanta y dice que no hacen más que chillar. Pero su música es ¡la ostra!

Seguí escuchando unos minutos. Solo había oído el sireno cantado durante la reunión de despedida de Calipso, y me di cuenta de que sonaba mucho más melodioso que hablado.

—Espera, te voy a dejar la de los «Fantasmas abisales», a mi hermano le encanta –dijo Dana, acercándome otra concha de color marrón. Sin aproximarla al oído ya llegaban a mí unos sonidos extraños, como si alguien aporreara una superficie cartilaginosa.

—*Te arrancaré todos los tentáculos…* –chillaba una sirena.

—Un poco fuerte, ¿no?

—Es lo último que nos ha llegado –contestó Dana–. Me la mandó Oannes. ¿Te he hablado de él?

—¿Oannes? No, que yo recuerde.

La cara de Dana mostró una expresión que me recordó a la que ponía Julia cuando hablaba de mi primo.

—Conocer a Oannes es lo mejor que me ha ocurrido en la vida… Es… ¡La raba del calamar! –exclamó lanzando hacia el techo la estrella de mar, que se posó suavemente sobre un saliente de la pared.

—Lo peor de todo es que no vive por aquí, sino en Alejandría, la ciudad de mi padre, donde vamos de vacaciones. Pero me manda un pez mensajero todas las semanas. ¡Es un cielo! ¡Tengo unas ganas de verle! ¡Espera, por aquí guardo un relieve! –dijo sumergiéndose hasta la parte inferior de la cueva.

La imagen de la piedra era de un tritón joven con una enorme cresta sobre la cabeza.

—¿Qué te parece? –preguntó Dana entusiasmada.

—Bueno, es que así no me hago mucha idea. No estoy acostumbrada a los relieves…

Dana me miró decepcionada, pero enseguida la sonrisa volvió a su boca.

—¡Ya verás cuando le conozcas!

Después de escuchar otro rato música marina, me decidí a decirle a Dana algo que en cierto modo me preocupaba.

—Oye, yo nunca he dormido bajo el agua…

—Ya lo sé, no te preocupes, yo no he dormido nunca fuera. ¿Ahora notas que respiras?

—Ya no.

—Pues igual. Es algo natural. Solo tienes que relajarte y no pensar en ello. Vamos a intentarlo –dijo Dana, quitándose unas horquillas largas de espina de pez que le sujetaban el pelo rojizo–. Estírate y piensa en algo agradable…

Me dormí con Boba cerca de mi cabeza, pero pasé la noche en un duermevela, quizá por ser la primera vez que dormía en el mar o porque al día siguiente tenía que hablar con Melkarth. Abría los ojos y veía en la penumbra a Dana flotando a mi lado, y volvía a caer en un sueño inquieto. Llevaba bastante tiempo dando vueltas, cuando un ruido me despertó. Entre sueños descubrí una sombra extraña cerca de mí, que desapareció, cuando me incorporé asustada y me acordé de que no había avisado a mi madre que me quedaba a dormir.

30

Aún no había amanecido cuando entró Ainé en la habitación.

—¡A levantarse, está preparado el desayuno! –exclamó despertándonos.

—¿Aquí nadie duerme ocho o nueve horas? –pregunté, sujetándome la cabeza, que parecía que me iba a estallar.

—¡Qué haríais anoche para levantaros tan mal! –contestó con una sonrisa.

—¿Está Bad en el desayuno? –preguntó Dana.

—Sí, claro, es nuestro invitado –dijo Ainé ampliando su sonrisa.

—¡No lo soporto! –contestó Dana girándose sobre sí misma–. ¡Y tú tampoco deberías soportarlo!

—¡Eres una maleducada!

—Y Bad, un salido.

Ainé abandonó la cueva tan enfadada, que, si hubiera tenido puerta, la habría hecho saltar de sus goznes.

Dana se hizo la dormida y yo subí a la superficie para respirar algo de oxígeno por la nariz. Amanecía. Siempre había pensado que, cuando amanecía, salía de repente un rayo de sol encima del mar, al que le acompañaban después otros más. Pero desde que era sirena me había dado cuenta de que amanecía poco a poco y la luz crecía de manera gradual, hasta que era de día.

Me imponía hablar con Melkarth a solas, así que, en el camino hasta la cueva de Melusina, comencé a ensayar lo que le diría. Rodeaba la isla, cuando una sombra junto al acantilado llamó mi atención. Me detuve y despacio me acerqué a la pared. Delante de mí se ocultaba alguien que parecía escuchar lo que hablaban dentro del laboratorio de Alfeo. Permanecí quieta unos segundos observando la sombra, hasta que un movimiento nervioso de esta hizo que le reconociera: era Bad, el secretario de Melkarth, que no estaba desayunando con Ainé. Mi collar había adquirido un color oscuro, así que muy despacio nadé hacia atrás y, alejándome de la pared de la isla unos metros hacia mar abierto, volví a realizar el mismo recorrido moviendo mucho la cola y canturreando para que se percatara de mi presencia. Bad había desaparecido.

Cuando me acerqué a la cueva de Melusina, escuché la voz agria de Melkarth:

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? ¡Que vaya a buscar el tridente de Océano! ¡Si esos inútiles de Tula lo han perdido, que lo busquen ellos!

—No lo han perdido: lo han robado, lo sabes tan bien como yo –contestó Melusina con paciencia–. Si no lo recuperamos el Consejo de Ancianos, ¿quién lo va a hacer?

—¡Que manden a la policía! –bramó Melkarth.

—Los matarán, el que posea el tridente asesinará a todos sus enemigos: será invencible.

—¡No dices más que tonterías! Como con la niñita, llevas años hablándome de ese presentimiento de que ella era la elegida…

—Sí, pero al conocerla en el mar, me he dado cuenta de que no lo es… ¡Es imposible! ¡Nunca había conocido a una sirena tan torpe!

Sus palabras llegaron a mí como un mazazo.

—¿Estás segura de que no es ella?

—Completamente –contestó Melusina–. Es una sirena más.

—¿Seguro? Le ha atacado una serpiente gigante… No suelen equivocarse con la presa que buscan.

—Te repito que tenemos el Mediterráneo infestado de serpientes… No sé si gigantes o serpientes vulgares que han crecido demasiado… Por la polución, los vertidos tóxicos. No lo sé…

—Melusina, ¡desvarías! Serpientes gigantes asesinas atacaron a las delegaciones que acudían al gobierno de los mares. Calipso murió de una mordedura.

—Vi la herida de Stella, era el mordisco de un escualo…

—Entonces, ¿para qué me has hecho venir, vieja inútil? –rugió Melkarth–. Me mandas un mensaje hace una semana para decirme que ha sido atacada por una serpiente gigante y que necesitas un informe para solicitar protección oficial, y cuando, dejando todas mis actividades, vengo, me cuentas que te has equivocado. ¡Esto es tan desagradable como la ventosa de un pulpo!

No dudé de que hablaban de mí y me sentí ruin escuchando, como ese secretario extraño. A pesar de que me sentía dolida por las palabras de Melusina y solo deseaba volver a casa, tiré una pequeña piedra contra la pared y Melusina salió de la cueva. Parecía cansada y la luz del sol marcaba las arrugas de su cara.

—¡Stella! ¿Qué haces aquí? –preguntó sorprendida, apartándome de la entrada.

—Quiero hablar con Melkarth.

Melusina miró a nuestro alrededor, y agarrándome de un brazo me alejó de la cueva.

—Necesito hablar con él –insistí.

—Melkarth se marcha ya. ¿Qué quieres preguntarle?

—Me gustaría saber qué es Xiro y dónde puedo encontrar a Pólux.

—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado ese nombre: Xiro?

—Es por Calipso… –contesté al borde de la desesperación.

Melusina hizo que nos alejáramos aún más de la cueva, pero en ese momento Melkarth salió y se aproximaba a nosotras.

—¿No puedo hablar con Melkarth? –susurré.

—Stella… –resopló enfadada–. ¡Márchate! ¡Ahora mismo!

Sentí un fuerte dolor. Desorientada y dolida por la actitud seria y adusta de Melusina, me dirigí a la habitación de Dana, para despedirme.

—¿Ya has vuelto? Intuyo que te ha ido fatal. ¿Te ha perseguido Bad?

—No. Pero no he podido hablar con Melkarth –contesté desesperada y a punto de llorar.

Ainé nos interrumpió.

—Melkarth y Bad se marchan, salid a despedirles.

Dana gruñó mientras salíamos de su habitación.

Melkarth apretó la mano de Alfeo, inclinó la cabeza ante Lorelei, y sin mirar a los demás, ni siquiera a Melusina, se marchó.

Ceix apretó la mano con fuerza a Bad y le dijo:

—Cualquier día acepto, y me voy a estudiar allí a vuestra universidad… ¡Este pueblo es insoportable!

—Eso espero. ¡Piénsalo! –contestó Bad.

Se acercó a mí como para darme un beso, pero yo me incliné hacia atrás e interpuse entre los dos mi mano extendida.

—Nos veremos –añadió Bad, sonriéndome con sus dientes verdes picudos.

—Espero que no –pensé.

Después se despidió de Ainé, cuya cara de pronto adquirió una tonalidad rosácea, y que sí besó, mientras Dana resoplaba mirando al cielo.

Seguida por Boba, nadaba despacio y triste por la playa de la Grúa hacia mi casa, pensando qué rollo le contaría a mi madre por llegar tan tarde, cuando Melusina apareció a mi lado.

—Perdóname, Stella.

No contesté, me había decepcionado en lo más profundo.

—Perdona. Sí, he oído el nombre de Xiro, pero ese nombre pertenece a los Archivos Secretos. Tiene que ver con la Segunda Rebelión. Es alto secreto. Esos archivos solo pueden abrirse por orden de los Tres Sabios.

—¿Por qué no me has dejado hablar con Melkarth?

—¡Melkarth…! –exclamó, y se interrumpió–. Stella, ¡olvida a Pólux y Xiro y a Leviatán! ¡Olvídalo!

Me miró con sus ojos claros y añadió muy seria:

—Stella, están ocurriendo cosas extrañas, malignas. Y, ahora que has vuelto al mar, quiero que tengas mucho cuidado, que no te alejes de esta costa. Todos estamos en peligro… Y tú…

—Gracias –la interrumpí abatida.

Y continué mi camino.

Al día siguiente, mientras recogíamos tomates de mar en el Cabezo del Castellar, le pregunté a Dana dónde se encontraban los Archivos Secretos. No quería hacer más preguntas a Melusina, pero la promesa a Calipso de que encontraría a Pólux pesaba sobre mí.

—Están divididos en dos: unos en Tula y otros en la biblioteca de Alejandría –me contestó, metiéndose un tomate en la boca, y balbució–: Pero, si quieres saber algo de los archivos, olvídalo. Es imposible entrar en ellos. Solo está permitido el acceso a los Tres Sabios.

Mi búsqueda se estaba convirtiendo en una auténtica competición.

—¿Y qué es el tridente de Océano?

—¡Lo han robado! –exclamó Dana asustada.

—Pero ¿qué es?

—Era de nuestro padre Océano. Es una de las tres armas más poderosas que existen: la caracola de ayuda, la capa de niebla y el tridente que hace invencible al que lo porta.

—¿Invencible? –pregunté incrédula.

—In-ven-ci-ble. Siempre mata al que se enfrenta a él. Si el que lo ha robado lo usa, será invencible.

31

Calentaba el sol en lo alto y en el puerto hacían los últimos preparativos para las regatas, cuando una mañana, que regresaba de cambiar los libros de Pau de la biblioteca, decidí entrar en la joyería del paseo marítimo. Había guardado con mucho cuidado las virutas del metal que encontré en las minas y quería que me explicaran de qué material se trataba.

Antonio, el joyero, un hombre grueso y con bigote, lo examinó durante unos minutos.

—Es muy extraño, algo así no lo había visto en mi vida –me comentó–. ¿Me lo podrías dejar para estudiarlo?

—Sí, claro.

—¿Y podría analizar una de las pepitas?

—Por supuesto.

Dos días más tarde, mientras andaba con Julia y Ángela por el paseo, el joyero me llamó desde la tienda.

—¡Esto es increíble! –exclamó entusiasmado, señalando las virutas que había colocado en un trapo negro de terciopelo.

—Se trata de una aleación que se puede pulir como el vidrio y trabajar como el cobre. El resultado de la unión es tan resistente como el diamante. Nunca podrías partirlo de un golpe.

El joyero movió la mano arriba y abajo con un pequeño trozo de metal sobre ella. Lo miraba con ambición, como si hubiera encontrado la piedra filosofal.

—No pesa, es suave como una pluma. ¡Y tan bello! Al trabajarlo no pierde nunca el brillo. ¡¿Dónde lo has encontrado?!

—Por ahí, en la calle… –contesté evasiva.

—¿En qué calle? –preguntó con cierta ansiedad–. El que consiga este metal se haría millonario…¡Un material que no se rompe!

—Ojala encontráramos más, pero no sé…

El joyero me miraba inquieto. De pronto sus ojos se pararon en la cajita dorada en forma de concha que siempre llevaba al cuello, único recuerdo de mi infancia.

—¡Mira! Se parece a eso que llevas colgado.

—¿Esto? –lo agarré con una mano–. Seguro que es oro.

—¡No, el oro tiene otro color! –contestó saliendo del mostrador para acercarse a mí.

Yo me asusté y apreté la caja entre mis dedos.

—Muchas gracias, pero me tengo que ir. Ha sido usted muy amable, se puede quedar con la muestra –dije, y salí corriendo de la tienda.

De camino a casa me crucé con Cornelia, que se dirigía al paseo marítimo donde –sentada siempre en el mismo banco con su gato color caramelo– miraba el mar, y esperaba a Pólux.

La saludé con la cabeza y ella me devolvió el saludo con la mano. Desde que estuvimos en su casa, tenía hacia mí grandes muestras de aprecio.

Ya en mi habitación examiné con más detalle aquella caja dorada que contenía una llave diminuta, del mismo metal. Sin el joyero nunca la hubiera relacionado con las virutas de las minas.

A última hora de la tarde me acerqué a Cueva de Lobos, donde reinaba una actividad fuera de lo normal. Delante de la entrada al laboratorio, se apilaban infinidad de paquetes de todo tipo. Boba se acercó a oler una red.

—¿Qué es esto? ¿Mudanzas? –le pregunté a Dana.

—¡No! Es mi padre que va a hacer un viaje.

—¿Muy lejos?

—Bueno, depende: a Alejandría. Él es de allí y nunca le parece que está lejos, pero se tarda tres días en llegar. Viajará, después de las regatas, con Ceix a una feria de médicos, farmacéuticos y científicos. Y también a promocionar su tinta imborrable. Parece ser que en la biblioteca quieren hacerle un pedido importante.

—¡Qué interesante! ¿Y necesitan ayuda? –pregunté mirando hacia el interior del laboratorio, en el que nunca había entrado.

—Creo que no: mi padre está demasiado concentrado para hacernos caso, y Ceix, encargado de colocar los paquetes, al borde del colapso.

La sola mención de la biblioteca de Alejandría me había acelerado el pulso. Quizá en sus Archivos Secretos podría averiguar algo más sobre Pólux y Xiro.

—¿Y tú vas mucho a Alejandría? –le pregunté a Dana.

—Sí, en invierno solemos pasar allí un mes de vacaciones de Navidad con mis abuelos y mis primos. Es muy divertido –Dana miró alrededor, bajó la voz y continuó–. En las vacaciones pasadas conocí a Oannes. ¡No te puedes imaginar cómo es!

—¿Y no puedes acompañar ahora a tu padre?

—No, dice que en los viajes de trabajo no quiere tener la cabeza en dos sitios a la vez. También me encantaría ir a la feria: estarán los médicos e investigadores más famosos del mundo. Entre ellos, la madre de Oannes, Artagatis de Heraclion…

—¿Y si le pedimos a tu padre que nos deje acompañarle? ¡Me gustaría tanto conocer Alejandría!

—¡Uf! ¡Inténtalo tú, yo no quiero malos rollos con él! Ya está mosqueado por la cantidad de cartas que me escribe Oannes… Dice que es una mala influencia. Y además, según él, tengo que acabar con la mejor nota los estudios básicos antes de trabajar en un laboratorio o estudiar medicina.

—¡Espérame aquí!

Me acerqué a la puerta del laboratorio y estuve a punto de chocar con Ceix, que sacaba unas ánforas muy grandes selladas.

—¿Quieres algo? –me preguntó con chulería.

—Sí, hablar con tu padre.

—Estamos en un mal momento. Largo de aquí –contestó sin mirarme.

Durante la cena y alrededor de una red llena de peces, Dana sacó el tema.

—¿Y si os lleváis a Stella a Alejandría con vosotros? Es la ciudad más importante del Mediterráneo… Además podría acompañarla yo.

Ceix resopló, Melusina alzó la cabeza para mirarme pero permaneció en silencio y Alfeo, después de mirar de reojo a su mujer, muy educado, contestó:

—Por supuesto que tú NO vas a ir. Pero este invierno, cuando vayamos de vacaciones, Stella nos puede acompañar.

—Stella no tiene vacaciones. En invierno va a clase.

—No os preocupéis, que lo estudiaremos –concluyó Alfeo cortando con el tema–. Pero ahora, no.

Estaba anocheciendo y yo nadaba rápida hacia la playa del Puerto para llegar antes de que se pusiera el sol, cuando oí un ruido detrás de mí. Después del susto de la supuesta serpiente o el escualo, según la extraña explicación de Melusina, me había prometido no salir de noche, pero se me había hecho tarde con la cena. Sabía que no era Boba, así que comenzaba a nadar más ligero, cuando escuché que me llamaban por mi nombre. Me detuve y tuve la impresión de que alguien se acercaba.

—¡Eh, tía! ¡Espera!

Por el pelo rizado pelirrojo, no había duda, era Dana.

—Les he dicho que me iba a dormir y me he escapado: tengo que hablar contigo.

—Venga: dispara.

—¿Estás dispuesta a venir a Alejandría?

—¿Ha cedido tu padre? –pregunté algo sorprendida.

—¿Mi padre? No cede ni muerto. Nos escondemos en el equipaje hasta que nos descubran. Y luego… a lo hecho, berberecho. Necesito ver a Oannes.

La miré con un gesto de duda. No me fiaba demasiado de este arrebato impulsivo por ver a un chico que vivía a tres días de viaje.

Dana continuó:

—¿Nunca has necesitado estar con alguien… cuanto antes?

—Sí, alguna vez –contesté, acordándome de Pau–. ¿Cuándo se van?

—Después de las regatas. La semana que viene con el cuarto menguante. Saldrán por la noche, en verano durante el día el Mediterráneo está lleno de embarcaciones.

—Tengo que hablar con mi madre… Por lo menos será una semana.

—Nueve días: tres, tres y tres –respondió Dana con una sonrisa llena de esperanza.

—Mañana te contesto.

Desde que había descubierto mi nueva vida, la relación con mi madre se había deteriorado. Paraba cada vez menos por casa y notaba que a ella le costaba estar lejos de mí, aunque llevara catorce años preparándose para ese momento. Ahora debía compartirme con el mar. Cuando le comenté lo del viaje, no puso buena cara.

—¿Tan lejos? –preguntó con la expresión del rostro ensombrecida–. Acabas de empezar a nadar.

—Es una oportunidad única para conocer una ciudad sumergida de verdad –insistí–. Voy con Alfeo y su hijo.

—¿Con Alfeo, el médico?

—¡¿Lo conoces?!

—Sí, claro, él hacía tus medicinas y Calipso me las daba.

—¡Ah! Bueno, ¿me dejas o no?

—Si son solo nueve días, sí. Pero recuerda lo que le pasó a Calipso… –contestó con voz apesadumbrada.

La proposición de Dana había sido tan apresurada, que solo cuando esa noche me senté en la buhardilla con la ventana abierta a mirar las estrellas –mi primo desde que tenía la pierna rota ya no subía–, me di cuenta de lo arriesgado que era embarcarse de polizones en el material de Alfeo para marchar a una ciudad extraña a tres días de distancia. ¿Era necesario ese esfuerzo? Seguro que por allí también había serpientes gigantes y… tiburones. Yo no estaba preparada para ello. Ni siquiera me sentía segura cada vez que en la playa un niño perdía el sentido y tocaban la campana para ir a rescatarle. Pero resonaban en mis oídos las palabras de Calipso: «Todos dependemos de ti». ¿Quiénes eran todos? ¿Por qué yo debía buscar a Pólux? ¿Por qué no iba Melkarth con su calva y su cruzado mágico de pelo? ¿O esos del Consejo de Ancianos, tan inteligentes y poderosos? ¿Y el imbécil de Ceix? Porque en el mar no había concursos de belleza, si no, Ceix ganaría «*Mister* Costa».

32

Antes de partir a Alejandría, tanto yo como el resto de sirenas y tritones de la bahía debíamos trabajar duro en las regatas que siempre se organizaban en las fiestas de la Virgen del día quince. Velaríamos por la seguridad de los participantes y de los turistas que esos días abarrotaban el puerto.

Melusina me había encargado la costa frente a playa de la Isla por las mañanas, y así por las tardes podría correr en la heladería. El último día de las regatas, en el que estallaban los fuegos artificiales, Pau me había invitado a acompañarle al puerto para ver el barco de un amigo suyo.

El primer día la competición se desarrolló sin ningún incidente, pero el segundo, cuando había despedido a Boba y me disponía a subir a unas rocas para secarme y marcharme a casa, escuché a lo lejos una campana. No distinguí bien de qué campana se trataba porque soplaba un viento fuerte. Tenía el presentimiento de que en algún lugar de la Otra Costa se había desatado una tormenta, ya que a nosotros llegaban olas de mar de fondo. Agucé el oído por si la campana volvía a sonar y la escuché en la playa del Castellar. Me dirigí hacia allí.

Acababa de pasar la punta del Águila, cuando, fuera del triángulo de las regatas, encontré un barco escorado. Nadé rápida hacia él y enseguida descubrí a una mujer hundida a varios metros de profundidad. Inmóvil, parecía haber perdido el sentido y su pelo negro y muy largo flotaba a su alrededor. No me di cuenta de que estaba atada al barco por un sedal transparente. Me acerqué a ella para subirla a la superficie. Al sujetarla, noté que pesaba mucho, más de lo normal. Entonces vi que en la espalda llevaba una caja metálica. En ese momento en la caja se encendió una luz muy potente, casi cegadora. Me tapé la cara con la mano y tiré de la mujer con fuerza. Me quedé con su brazo de plástico en la mano: era un maniquí. Horrorizada me alejé de ella y enseguida descubrí junto al barco la lancha de Mariano. Su voz resonaba debajo del agua:

—¡La tenemos! ¡La tenemos!

No sabía adónde ir, así que me escondí en la entrada del agua para las salinas de la Punta de Nares, y desde allí pude ver cómo Mariano junto con otros dos hombres enderezaban el barco, subían a la muñeca y se marchaban. No sin antes haber guardado la cámara de fotos. Ahora sí que tenía motivos para marcharme durante una temporada.

Antes de regresar a la heladería, pasé por Cueva de Lobos.

—Solo estoy yo, con mis dos hermanos pequeños –me dijo Ainé–. ¿Necesitas algo?

—Dile a tu abuela que quiero hablar con ella, pero que no es demasiado urgente.

Una hora más tarde servía helados bajo un calor abrasador.

El siguiente día de regatas tuve mucho cuidado de no acercarme a ninguna lancha. A mediodía, vino Melusina a la playa de la Isla.

—¿Qué ha pasado? He oído que un barco estuvo a punto de hundirse cerca de la Punta del Águila.

—Era Mariano, y me hizo muchas fotos.

—¿Fotos? –preguntó Melusina poniéndose la mano en el pecho.

Le conté cómo había intentado rescatar a la muñeca de plástico.

—Tendrás que tener mucho cuidado tanto fuera como dentro. No queremos ver a ninguna de nuestras sirenas en un laboratorio científico. Me ha dado esto Alfeo –dijo, poniendo en mi mano un frasco de cristal–. Si tienes problemas con Mariano durante la celebración de las regatas y te mojas fuera con agua salada, toma un trago. Pero solo en caso de absoluta necesidad.

Guardé con cuidado el frasco en un bolsillo y me lo llevé a casa.

Mientras andaba por el paseo, observaba con atención a todos los hombres con los que me cruzaba, para evitar un encuentro indeseado con Mariano, el pirado.

Al llegar a la heladería, Adela enseguida me mandó servir a una de las mesas del local ocupada por un hombre. Le dejé la carta de bebidas y me alejé. Pero a mi espalda escuché una voz chillona.

—¡Es ella! ¡Es esa chica!

Una mano me agarró del hombro y me giré, encontrándome con la cara de Mariano a veinte centímetros de la mía. Su calva brillaba bajo la luz del sol.

—¡Oiga! ¿Qué dice?

—¡Eres tú! ¡Tú eres la sirena!

Busqué a Adela con la mirada, mientras el corazón me latía a punto de estallar.

—¿Pasa algo? –preguntó Adela.

—¡Esta chica es una de las sirenas de este pueblo! ¡La de las campanas!

—¡Y yo soy la reina de los mares! Le aseguro que esta chica no es ninguna sirena, es la mejor camarera que tengo –contestó Adela con firmeza.

Mariano me sujetó la muñeca.

—¡Ahora no te vas a escapar! –balbució salpicándome la cara con pequeñas gotas de saliva.

Intenté zafarme, sin éxito, de su mano.

Adela avisó a su marido, que solía hacer los helados en la trastienda, y salieron de la barra.

—¡Deje a esa chica! –exclamó Adela.

—¡Le digo que es una sirena! –insistió Mariano.

El marido de Adela resopló y, agarrándole el cuello de la camisa, le echó de la terraza.

Adela me hizo sentar en la trastienda y me sirvió una limonada. El interior de mi brazo mostraba las cuatro marcas moradas de sus dedos. Después, cuando me calmé, serví la barra dentro del local.

Mariano se sentó en el Paseo, de donde no se movió en toda la tarde.

—¡Yo no me voy sola a casa con ese tío ahí! –anuncié, cuando estábamos haciendo la caja.

—No te preocupes, que mi marido te acompañará –anunció Adela–. ¡Menos mal que no ha venido también tu primo!

El domingo se celebraba la final de las regatas y a primera hora, antes de que salieran las embarcaciones, vino Pau a buscarme.

—¡Vamos a tardar siglos a ese paso! –le dije señalando su pierna escayolada.

—No, porque vamos a ir en bici.

—¿En bici?

—Sí, en la tuya. Y yo voy de paquete –explicó.

—Bueno, si no nos matamos –contesté antes de sacarla del garaje.

Diez minutos más tarde y tras varios intentos de encontrar el equilibrio, llegamos al puerto deportivo.

—Me persigue el director del instituto oceanográfico –le dije a mi primo.

—¿Y eso? –preguntó.

—Ha descubierto lo que soy.

Le conté también el salvamento del barco escorado y la maniquí de pelo negro.

—¡Vaya mal rollo! –contestó, mientras nos acercábamos al barco de sus conocidos.

Después de recorrer todo el barco con el amigo de Pau, y evitar a los de las urbanizaciones que presumían pululando por la mayoría de las embarcaciones, Pau me invitó a desayunar en una de las cafeterías frente al puerto deportivo.

Comenzaba a mojar un churro en mi taza de chocolate, cuando escuché cómo varias sillas se caían detrás. No le di importancia, hasta que Pau, frente a mí, se levantó, mirando a mi espalda.

—¡Eh! –exclamó.

Y en ese momento sentí un golpe de agua sobre mi cabeza. La chupé: era salada.

—¡Sé que eres tú! –gritó Mariano, antes de que Pau le agarrara–. ¡Esa chica se va a convertir en una sirena!

Noté un cosquilleo en las piernas, tenía que marcharme de allí. De pronto me acordé

del bote que me había dado Alfeo. Lo abrí con las manos temblorosas y bebí un trago. Me dirigía a los servicios por si el líquido no funcionaba, cuando Mariano se zafó de Pau y me agarró la camiseta.

—¡No te vayas! ¡Todos van a ver cómo te conviertes en una sirena! ¡Tengo tus fotos!

—¡Déjeme! –grité.

Parecía que el líquido había hecho su función porque las piernas seguían siendo piernas.

—¡Es usted imbécil! –exclamó Pau, y lo empujó para alejarlo de mí.

—¡Se ha tomado una pócima para no ser sirena! ¡La he visto! –gritó Mariano.

En ese momento aparecieron dos policías municipales.

—¿Ocurre algo?

—Este hombre le ha echado un cubo de agua a esta chica –explicó el dueño de la cafetería, que había salido al oír el jaleo.

—¡Es una sirena! –exclamó el director del instituto oceanográfico.

—¡Anda, Mariano, que llevas años con lo de las sirenas! –dijo el policía, que parecía conocerlo–. Vente con nosotros al cuartel que te vamos a enseñar unas sirenas preciosas. ¡Tenemos una encima de cada coche!

—¿Quiere hacer algún tipo de denuncia? –me preguntó el policía.

—Creo que no, un cubo de agua no merece la pena –contesté, escurriéndome el pelo.

—¿Puedes conducir la bici? –me preguntó Pau.

—Sí. Pero creo que hoy no puedo vigilar las regatas… con estas piernas.

Ya que parecía inmune al agua salada, me acerqué a una de las rocas del espigón, metí la cara y llamé a Boba.

—¿Qué haces? –preguntó Pau.

—Llamar a mi tortuga para que diga en Cueva de Lobos que no voy a ir. Pero va a tardar porque nada muuuyyy despacio.

—¿Tienes una tortuga?

—Sí, se llama Boba.

—¡Qué nombre más original! ¿No tendrás también un tiburón?

—No, gracias a Dios.

—¿Por qué no te has convertido en sirena? –preguntó Pau.

—Tengo una poción que me dio un tritón de Cueva de Lobos para evitarlo.

—¿Un tritón en Cueva de Lobos?

—Sí –contesté escueta, al darme cuenta de que había hablado de más.

En ese momento apareció la cabeza de Boba sobre la superficie.

—¡Hoy no puedo ir a Cueva de Lobos! ¡Avisa a Melusina! –le dije en sireno, mientras le acariciaba la cabeza.

Enseguida se sumergió y se marchó.

—De todo esto, lo que más me preocupan son las fotos… No sé lo que hará ese loco con ellas.

—Eso déjamelo a mí –contestó Pau.

A la mañana siguiente, encontré a Dana con Boba esperándome en la playa de la Isla.

—Pero ¿dónde te metes, tía? Llevo dos días buscándote. Todos estábamos preocupados.

Le conté enseguida el encuentro con Mariano y el cubo de agua. Dana se reía a carcajadas.

—¡Esto se lo tengo que contar a Oannes!

—Cuéntale lo que quieras, pero no me hizo ninguna gracia estar a punto de convertirme en sirena en el puerto deportivo. Por cierto, ¿por qué no puedo usar esa pócima siempre?

—Eso es lo que te dieron hasta los dieciséis, pero ahora solo hace efecto durante un par de horas, luego vuelves a ser una sirena. Por lo que sé, tiene muchos efectos secundarios.

—¿De qué está hecha?

—De veneno de gusano de fuego.

—¿Gusano de fuego? –pregunté asqueada, recordando al animal en cuestión.

—¡Ah, se me olvidaba: pasado mañana por la noche salimos! –exclamó Dana.

—¿Ya?

—¡Ya! Mariano te olvidará durante unos días.

—Eso espero.

—Por favor, ten cuidado: en casa están pensando en mandarte a mi hermano de escolta.

—¡NO!

33

Antes de marcharme, quise despedirme de Pau, al que aún no había hablado de mi viaje. Lo encontré en el patio de abajo tumbado en una hamaca y rodeado de libros, papeles y lápices. Llevaba un polo de rayas rojas y blancas, que le regalamos para su cumpleaños: siempre le regalábamos camisetas.

—¿A Alejandría? Esa ciudad se hundió en el mar hace ya muchos siglos… –indicó Pau, dejando en el suelo un libro sobre arqueología submarina–. Sabía que te irías…

—Voy a volver, estaré fuera solo diez días.

—¿Y vas a atravesar sola el Mediterráneo?

—No, con más gente del mar.

—¿Con la señora esa rara que vino a verte?

—No, pero ¿cómo sabes que vino una de ellas a verme? Y no me gusta que llames raras a las sirenas.

—Bueno, muy normales no sois –contestó, mientras intentaba, en vano, sonreír.

—¿Sabes que en el mar también viven humanos?

—Debe de ser una vida muy húmeda…

Me acerqué a la puerta.

—Adiós, nos veremos.

Me hubiera gustado acercarme y decirle lo que sentía, pero agarré el pomo de la puerta y, cuando estaba cerrándola detrás de mí, escuché:

—¡Espera!

Me giré llena de esperanza.

—¡Ten cuidado…!

—No me va a pasar nada.

—Bueno, la última vez te cayó una pared encima, y hace un par de días, un cubo de agua salada.

—Lo intentaré. Pero ¿a ti qué más te da lo que me pase? –pregunté con una sonrisa.

—Preocupación familiar.

—Ya… –contesté.

—¿Podrías hacerme un favor antes de irte? –preguntó Pau.

—Sí, claro.

—Me gustaría montar en piragua. ¿Me ayudarías a sacarla al mar?

Sonreí con tristeza.

—Ya sabes que no me puede tocar el agua. Buscaré a Méndez.

Encontré al hermano de Julia en su casa. Acababa de volver de entrenar con los del equipo de baloncesto. Él y mi primo habían jugado al baloncesto desde pequeños, pero Pau –que se hacía llamar así por su jugador favorito, aunque se llamaba Pablo– lo tuvo que dejar cuando se rompió una pierna, la misma que se había partido en las minas. Méndez enseguida me acompañó a la playa del Puerto, donde ya esperaba Pau con las muletas. Se había cubierto la pierna con un plástico azul.

Los observé desde la orilla y me despedí de Pau con la mano cuando se dirigió a mar abierto.

—Cuando regrese, llámame –dijo Méndez.

Sentí una melancolía tan fuerte, que, en lugar de volver a casa, me encaminé al espigón y me tiré al agua. Unos minutos más tarde alcanzaba la piragua.

Pau había dejado de remar y descansaba apoyado en el respaldo mirando al sol. Le agarré suavemente el brazo.

—No te asustes.

A pesar de mi advertencia, dio un respingo.

—Perdona, no suelen abordarme sirenas en mar abierto –contestó.

—¿Quieres agarrarte? –preguntó, ofreciéndome el remo.

Aunque no lo necesitaba, contesté que sí, pero no me sujeté al remo, sino al borde de la piragua para estar más cerca de él.

Entre nosotros se hizo un silencio, no tenso, sino lleno de alegría contenida.

—¿Cómo es el mar ahí abajo? –preguntó sin dejar de observar mi cola de pescado.

—Como en los reportajes de la tele, pero más oscuro, no hay submarinistas con focos… Y no necesitas salir a respirar. ¿De qué color piensas que es el mar?

—Dicen que azul.

—No…

De repente me interrumpió.

—¡Ah! ¿Y cómo respiras abajo?

—Tengo branquias.

—¿En serio? Perdona, porque el otro día te lo pregunté muy enfadado. ¿Dónde las tienes?

—En la garganta. Aquí tengo unos bultos –contesté, tocándome el cuello.

Pau alargó el brazo y los rozó con los dedos.

Y entonces acercó su cara a mi cara.

No podía besarle, no en ese momento, cuando estaba a punto de marcharme. Si le besaba, no me podría separar de él. El corazón me estallaba de alegría… Pero ahora tenía una misión importante que cumplir por encima de mi relación con un chaval de diecisiete años. Debía hacer caso a mi cabeza antes que a mi corazón.

Me alejé un par de metros.

—Lo siento. Me tengo que ir.

—Te irás y no volverás… –contestó Pau con tristeza comenzando a remar.

Me sumergí.

—Pero yo te esperaré toda la eternidad –susurró, pensando que yo no le escuchaba.

Te prometo que volveré y te besaré, pensé.

Me aparté rápida de él y decidí nadar hacia La Azohia, donde me había dicho Dana que había una cueva de Neptuno, que aún no conocía. Cuanto antes me alejara de él, menos me dolería.

Enseguida percibí un extraño olor. Busqué la cueva, pero no la encontré, así que me dirigí mar adentro. Al salir de la bahía, dejando La Azohia a mi izquierda, divisé en el mar abierto unos bultos extraños, que flotaban sobre la superficie. Parecían las boyas de una red de deriva. Me disponía a acercarme para cortarla, como ya hiciera con Calipso, cuando noté que se hundía ligeramente. La seguí hacia la oscuridad. Noté de nuevo ese olor desagradable y me di cuenta de que los peces de la red no nadaban en círculo ni se movían. El olor aumentaba y la red continuaba hundiéndose hacia el fondo negro. Dudé si descender más, pero ya solo nos separaban unos metros. Podría liberar a todos esos animales.

Estiré el brazo para agarrar la red y, cuando mis dedos la tocaron, me di cuenta horrorizada que todos los peces dentro estaban muertos, muchos de ellos en estado de descomposición: sardinas, atunes, jureles, doncellas… Eran miles, de todos los tamaños. Me agarré fuerte a la red con las dos manos, sin reaccionar. Alguien había abandonado la red con toda la captura dentro. No valía la pena romperla, la dejaría caer hacia las profundidades donde los peces pudieran descansar.

La impaciencia por dejar a esos animales libres hizo que olvidara mirar el collar de Calipso, entonces hubiera visto que era negro como una mar sin luna.

Al intentar soltar mis manos, noté que no podía, que estaban pegadas a la red. Forcejeé unos segundos y el corazón me comenzó a palpitar con fuerza. La red se hundía y yo con ella. Pensé en morderla, pero tuve miedo de que se me pegaran también los labios. El olor de los peces podridos me resultaba repugnante.

Había descendido varios metros, cuando la red pareció detenerse. Y de pronto ascendió de la oscuridad una figura. Reconocí a un tritón.

—¡Por favor, ayúdeme! –grité.

Se acercaba despacio a mí y llevaba la cabeza cubierta por algo negro, como una piel de pescado con forma de capucha. Esta tenía dos orificios a la altura de los ojos.

Me di cuenta con terror de que no venía a ayudarme. Y forcejeé con la red para soltarme.

—No te canses –dijo, nadando a mí alrededor–. La presa ha caído en la trampa.

Se acercaba poco a poco sin dejar de observarme, como una araña a su mosca.

—¿Quién eres? –preguntó.

Decidí no contestar.

—¡O hablas, o te hundirás con todos ellos! –amenazó agarrándome la cara con su mano huesuda.

—Stella, de la Isla –balbucí, llena de miedo.

Le miré a la cara cubierta por la capucha y distinguí dos ojos grises acerados. La capucha mostraba en la frente el dibujo de un rayo negro.

—¡Eso ya lo sé! –contestó, soltándome, aunque no se apartó de mi lado–. Quiero que me digas quién eres en realidad…

Su voz era suave y chorreante como los tentáculos de una medusa.

—No soy nadie más… Stella… No sé de qué me habla.

Con un cabo ató mis manos entre ellas y después con un cuchillo cortó la red a su alrededor. Esta comenzó a hundirse con su carga mortal.

—Si no sabes quién eres, te tendrás que venir conmigo –dijo, mientras sus ojos grises me observaban.

Agarró el cabo con el que me había atado y tiró de mí. Solo un milagro podría salvarme.

34

De pronto desde la superficie del agua entró en picado algo extraño que se dirigió muy rápido hacia nosotros, dejando una estela de espuma blanca. Golpeó la cabeza del tritón y volvió a subir. Era un alcatraz. El tritón se detuvo y se tocó con un gesto de dolor. No le dio tiempo a mirar hacia arriba, porque decenas de pájaros similares entraron en el agua. Golpeaban con sus picos amarillos y con fuerza su cabeza. Me soltó para cubrirse la capucha con las manos y en ese momento algo me empujó hacia atrás y salí despedida varios metros.

Cuando quise reaccionar, otro tritón agarraba la cuerda que ataba mis manos y tiraba de mí hacia la costa. Intenté zafarme y entonces escuché:

—Como hagas el tonto, estás perdida, enana.

Reconocí la voz de Ceix.

Me dejé llevar, me temblaba todo el cuerpo.

—No te detengas y nada lo más rápido que puedas hacia la orilla.

Sin hablar llegamos al puerto deportivo. Ceix deshizo, con facilidad, el nudo de la cuerda, que ataba mis manos, y se detuvo junto a unas escaleras de piedra, para que yo subiera.

—¿Quién era ese? –le pregunté.

—Uno menos imprudente que tú. Te podría haber secuestrado o matado… ¿Qué hacías tan lejos de la costa?

—¿Y a ti qué te importa? –contesté, saltando sobre la escalera–. ¿Acaso te preocupa alguien que no seas tú?

—De nada, por haberte salvado la vida –dijo, y después se sumergió, sujetando con su mano palmeada el cabo.

Mientras esperaba que me desapareciera la cola, no paraba de temblar. Miré el mar oscuro frente a mí lleno de peligros y decidí que no acompañaría a Dana a Alejandría. Había perdido todas mis fuerzas. Cuando me iba a incorporar sobre las piernas, un pez saltó delante de mí sobre la superficie. Era gris y alargado, y con cada salto se curvaba sobre sí mismo, lo que me permitió distinguir que de su cabeza colgaba un objeto negro. Continuó brincando hasta que metí la mano en el agua, se acercó hasta ella y pude coger una tablilla en la que leí:

«*Esta noche no, mañana al amanecer. Dana».*

Dana podía esperarme recostada sobre un lecho de posidonia hasta el fin de los tiempos.

Cansada y húmeda andaba por la acera de mi calle hacia casa, cuando una moto pasó a mi lado acercándose demasiado. Me aparté unos pasos hacia la pared, y en ese momento el conductor de la moto –con un casco negro cerrado– frenó delante de mí y, llevando la mano hacia mi cuello, tiró de la cadena de la que colgaba la caja con la llave.

—¡Imbécil! –grité, agarrándola.

De nuevo noté otro tirón más fuerte. No podían robarme lo único que tenía de mis padres. Así que le empujé con toda mi energía. El motorista se desequilibró, cayó al suelo y yo encima de él, ya que no soltaba la cadena.

—¡Cerdo, no me la vas a quitar! –murmuré mientras forcejeábamos.

En ese momento salió mi tío de su casa y nos encontró enzarzados en la pelea.

—¡Ayúdame! –chillé.

El motorista, al ver a mi tío, me empujó, se subió a la moto y despareció por el final de la calle. Yo me quedé tirada boca arriba con las manos sujetando mi único tesoro.

—¿Te ha pasado algo? –preguntó mi tío, ayudándome a levantarme.

—Creo que no, solo el susto. Y este pequeño raspón en el codo.

Cuando llegué a casa mi madre no estaba, así que me duché y me senté en la mecedora de cuero de mi abuela, que estaba en el patio. Más tarde llamaría a Ángela para decirle que ya no era necesario que me sustituyera en la heladería y a Pau para besarle. Miré hacia el cielo azul sin nubes sobre mí y me quedé dormida.

Abrí los ojos y me encontré frente a una red de arrastre llena de animales muertos, me alejé hacia la orilla, pero al girarme descubrí una sirena que dentro de ella se dejaba llevar por la corriente. La miré: era Calipso herida. Enseguida descubrí un agujero muy cerca de Calipso y le grité:

—¡Calipso, sal de ahí!

Ella me miraba fijamente. Entonces apareció el tritón de la capucha y los ojos grises, como los del gato de Electra, y comenzó a tirar de la red y a alejarla de mí.

—¡Calipso, huye! –chillé.

Calipso se movió y se acercó a la red. La agarró con ambas manos y susurró:

—Mi muerte no tendrá ningún sentido, si ahora me abandonas.

El sonido del teléfono me hizo saltar de la mecedora empapada en sudor.

—Hola, soy Ángela. ¿A qué hora me dijiste que tengo que estar en la heladería mañana?

—¿Cómo? –pregunté sin entender.

—¿Stella?

—Sí.

—La hora de entrar a la heladería… Mañana…

Dudé durante unos segundos en los que permanecí en silencio.

—Stella, ¿estás ahí?

—Calipso… –murmuré, y decidí.

—¿Te pasa algo?

Carraspeé.

—Sí estoy aquí y estoy bien. Tienes que estar a las cuatro en la heladería. Nueve días. ¿De acuerdo?

—Sí –contestó–. A sus órdenes. Espera, que te paso a Julia.

—Pero, ¡asquerosa! ¿Va en serio eso de que te vas?

Le conté lo que tenía preparado en caso de preguntas, que la amiga de mi madre de las clases de buceo quería hacer un crucero con su barco en el mar abierto.

—¡Tía, qué envidia! Yo quiero conocer también a una señora rica como esa que me lleve de crucero. Por cierto, llegarás para la obra de teatro, ¿verdad?

—Por supuesto, te lo prometo.

Cuando ya estaba a punto de colgar, la voz de Julia cambió.

—¿Sabes? ¿Recuerdas que te conté que tu primo parecía distinto, como enamorado? Ya sé quién es ella…

—¡Ah! ¿Sí? –pregunté, disimulando la curiosidad.

—Lo intuía desde hace mucho tiempo, pero no me lo quería creer…

Yo esperaba atenta desde el otro lado del teléfono.

—A ver, ¿quién?

—¡Tú! –concluyó Julia.

—¡Vaya tontería! ¡Adiós! –contesté, colgando el auricular.

«¡Se nota!», pensé, llena de alegría.

35

Aún no había amanecido, cuando entré con decisión en el mar oscuro. Enseguida me encontré a Boba en la playa y, como siempre, se puso a mi lado. Le acaricié la cabeza.

—Lo siento, Boba. Hoy no me puedes acompañar… Me voy muy lejos. ¡Quédate aquí! –le dije, cuando pasamos por la isla.

Y, como si hablara mi mismo lenguaje, se detuvo y moviendo las patas me miró hasta que desaparecí.

Dana me esperaba en la playa de Bolnuevo, junto a los criaderos de atún, que siempre nadaban en círculo con la boca abierta. Parecía nerviosa.

—¿Qué pasó ayer? –preguntó–. Ya me ha contado algo mi hermano. ¡No haces más que darnos sustos!

—Fue todo muy raro… me quedé pegada a una red de deriva, vino un tritón con una capucha… Menos mal que aparecieron esos pájaros y tu hermano…

—Ya han decidido que, cuando regresen, va a ser tu guardaespaldas.

—¡No, por favor! –exclamé–. Prefiero dejar el mar a tener que nadar de por vida junto a tu hermano.

—Pues algunas darían la aleta por hacerlo.

Cambié de tema.

—Por cierto, ¿por qué salimos de día y no de noche?

—Les ha llegado a todos los participantes en el congreso un aviso de que en el canal de Sicilia y Lampedusa están criando los tiburones blancos.

Me detuve.

—¿Tiburones blancos, ahora? ¡No!

—¡Anda, no seas tonta! No nos puede pasar nada. ¡Y además tengo todo preparado! Le he dejado una nota a mi madre, que descubrirá esta noche. Y he hecho hueco entre el equipaje… Solo nos tenemos que meter allí rápido después de despedirnos.

Miré a Dana fijamente escondiendo mi desconfianza. Para ella el viaje se trataba solo de un juego inocente con el único fin de ver a un chico. No se daba cuenta de que detrás de mi intención de acompañarla se ocultaba mucho más: una misión peligrosa.

—¡Fíate de mí! –dijo, como leyéndome el pensamiento–. Lo vamos a pasar muy bien.

Alfeo y Ceix ultimaban los preparativos. Todos los bultos habían sido colocados en una gran red alargada a la que habían atado doce delfines. Nos despedimos de ellos y

Dana le dijo a su madre que nos íbamos a dar una vuelta por Puntabela.

—¡Rápido! ¡Tenemos que alcanzarles antes de que estén demasiado lejos! –exclamó Dana, cuando estábamos fuera de la vista de su familia.

Alfeo y Ceix viajaban a gran velocidad delante del cargamento, sujetos a otros dos delfines.

Cuando los alcanzamos, ya en Cartagena, yo estaba agotada. Con cuidado nos deslizamos dentro del saco y nos tumbamos.

Dana había insistido en que no debíamos hablar, ya que debajo del agua los sonidos eran más intensos. Así que, por la tensión, enseguida me quedé dormida.

Un suave movimiento nos despertó. Dana también se había dormido. Los delfines se habían parado y era de noche. Entre los agujeros de la red pude ver que estábamos cerca de una pared rocosa. Sentía en mi estómago –como decía Dana– una anémona anémica. De pronto dentro de la bolsa apareció la cabeza de Ceix, que buscaba algo. Dana me estrujó el brazo. Las manos de Ceix se acercaban a nosotras, cuando de pronto me agarraron el pelo y tiraron hacia arriba con fuerza.

—¡Eh! –grité de dolor.

Ceix nos miró alucinado, pero su expresión de asombro enseguida cambió por una de enfado.

—¿Seréis…?

—¡Cállate! –le pidió Dana en un susurro.

—¿Que me calle? –preguntó, y añadió gritando–: ¡Papá, mira quiénes están aquí!

Alfeo se acercó a nosotras. Sentí miedo de él, con aquella perilla negra y el mostacho estirado.

—¡¿Se puede saber qué hacéis en la red?! –preguntó con su voz de barítono, que sonó como un trueno.

—Acompañaros –contestó Dana.

Yo me limitaba a sonreír enseñando los dientes.

—¿Sabéis dónde estamos ya?

—¿En Alejandría? –preguntó Dana.

—¡No! –rugió su padre–. ¡Más allá de Argel! ¡Y ya no podemos regresar para dejaros!

Resopló, y se pasó la mano por el pelo, pensando.

—Anda, salid de ahí y comed algo –indicó, señalando con la cabeza una red llena de peces. Mandaré un mensaje a tu madre para que sepa que estáis con nosotros.

—Ya se lo he dejado yo –contestó Dana a media voz.

—¡Eres más mema! –le susurró Ceix con desprecio a su hermana, cuando nos pasó la red.

Me hubiera gustado contestarle que él era el idiota de los mares, pero me contuve. No podía soportar lo mal que trataba a Dana. Y, a pesar de que me había salvado la vida y lo atractivo que resultaba, cada día me caía peor. Era puro veneno dentro de un hermoso caparazón.

—Tu hermano anda algo amargado, ¿no? –le dije a Dana, mientras compartíamos atún.

—Algo insoportable sí que es el chaval. Sobre todo desde que le dejó una sirena de cabo Tiñoso.

—¿Y por qué le dejó? –pregunté con curiosidad.

—Yo creo que la conoces…

—¿Sí?

—¡Ah, no! No estuvo en la fiesta. Es la hermana de Cástor, se llama Nesea. Estudia periodismo o algo así. Cástor quiso apartarla de mi hermano porque decía que era una mala influencia para ella, y se marcharon a Orán. Ceix desde entonces odia a Cástor. Y a todas las sirenas que salen con él las abandona con desprecio, humillándolas.

—Eso se llama un desengañado rencoroso.

—Merecería estar tres días en el vientre de cualquier ballena –contestó Dana.

Desde ese momento durante el viaje Ceix nos culpó de las corrientes, de la poca pesca y las gaviotas que nos sobrevolaban.

Como ya había anochecido, Alfeo había decidido detenerse en un pequeño islote para que los delfines descansaran y ocultarnos durante la oscuridad.

—Ni se os ocurra alejaros –nos advirtió Alfeo–. Podríais encontrar una barca de pescadores.

Iluminadas por la luna, Dana y yo rodeamos la isla de color arena de desierto, sin ninguna vegetación más que unas matas secas en la parte superior.

—Quiero enseñarte algo –dijo Dana dirigiéndose a la costa–. Ya sé que mi padre ha dicho que no nos separemos, pero son solo unos metros, hasta que veamos la playa. Además los pescadores a estas horas suelen llevar focos.

Cuando ya distinguimos con claridad las luces de las cabañas de la orilla, Dana me señaló una enorme roca:

—En esa piedra descansó la hermosa Anfítrite, mientras huía de nuestro padre Poseidón.

—¿Anfítrite? ¡Vaya nombre raro! ¿Adónde huía?

—Más allá de las columnas de Hércules. Poseidón se enamoró de ella cuando la vio bailando en la isla de Naxos y la pidió en matrimonio para que fuera la reina de los mares y océanos. Pero, cuando Anfítrite descubrió a un tritón de piel curtida por el mar, pelo viscoso…

—Y dientes picudos –añadí.

Dana sonrió y continuó con el relato.

—… lo rechazó asustada. Poseidón decidió secuestrarla, pero Anfítrite se escapó. Nuestro padre fue presa de una profunda melancolía hasta que un delfín habló a Anfítrite de las virtudes y actos heroicos de nuestro rey. También de todo lo que poseía: sus palacios y dominios. Anfítrite se rindió y se desposó con Poseidón, convirtiéndose en la mejor reina de los mares.

—¿Y una humana fue feliz con un tritón?

—Las mujeres se adaptan al mar mucho mejor que los hombres que se casan con sirenas… Ellos lo tienen más complicado.

Me disponía a preguntar por qué, cuando escuchamos un chillido aterrador, que no parecía provenir de garganta animal, y que me heló la sangre.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni idea, parece un grito de dolor. ¡Regresemos!

No habíamos dado un aletazo, cuando a nuestro lado apareció Ceix. Su respiración era entrecortada y nos miraba fijamente.

—Como os alejéis un metro de nosotros, os ato –amenazó.

—A la pata de la cama –susurré.

—Te he oído… –contestó Ceix, y, cuando parecía que iba a estallar de cólera, se mordió el labio inferior y ordenó:

—¡A los delfines!

Después de dormir unas horas, continuamos el camino.

—Pararemos en Kabyles –nos anunció Alfeo–. No entraba en nuestros planes pero creo que Stella debería conocerlo.

—Por lo menos, comeremos bien –añadió Ceix, apretando con fuerza las cinchas a los delfines.

Dana y yo nos sentamos sobre el cargamento, para no forzar a los delfines de Alfeo y Ceix. Yo respiré aliviada después de haberme angustiado al pensar que tenía que compartirlo con Ceix.

La costa africana se extendía como un hilo de plata delante de nosotros con sus desiertas playas de arena.

—¿Por qué viajamos tan cerca de la orilla? –le pregunté a Dana.

—Nos lleva la corriente hacia el este por el sur y regresaremos al oeste por el norte.

Durante el día nos cruzábamos con tritones y sirenas que llevaban un brazalete negro en el brazo. Iban de dos en dos y de sus espaldas colgaban arpones.

—¿Esos quiénes son? –pregunté.

—La policía. Es extraño. Debe de haber pasado algo… Nunca habíamos encontrado a tantos.

Unas horas después, Alfeo se detuvo.

—Kabyles está aquí a unos metros de profundidad.

Nos sumergimos con la carga y enseguida pudimos distinguir una sombra negra que crecía conforme nos acercábamos.

—¿Qué es Kabyles? –pregunté a Dana.

—Una montaña submarina en la que nacen la mayoría de los peces de esta costa. Y se encuentran algunos de los más grandes de nuestro mar.

Noté el cambio repentino de la temperatura del agua, como si estuviera cortada y una línea invisible separara la fría de la caliente.

Alfeo detuvo a los delfines y nos animó a los tres sin separarnos a dar la vuelta a la montaña.

La inmensa montaña de piedra marrón aparecía horadada por infinidad de cuevas y túneles cubiertos por esponjas, algas y corales de diversos tamaños y colores. De los agujeros salían y entraban sirenas y tritones en familias, como si fueran turistas. Algunos pescaban y los más pequeños jugaban entre ellos.

—Cuenta la leyenda que junto a esta montaña debajo de estas aguas se encontraba uno de los mejores palacios de nuestro padre Poseidón, todo de oro… –me explicó Dana, mirando a un tritón pequeño que metía el dedo en un coral verde.

Dos sirenas con gestos nerviosos pasaron delante de nosotras y una de ellas zarandeó al tritón.

—¿Dónde estabas? ¡No te separes de tu madre! –le regañó en sireno con un extraño acento.

—¡Después de lo que ocurrió ayer, nadie puede estar tranquila! –dijo la sirena que le acompañaba.

—De verdad que sí, pobres chicos. ¡Tan jóvenes! –contestó la madre.

Estaba a punto de preguntar qué había ocurrido el día anterior, cuando Ceix, escondido detrás de unas gorgonias rojas, nos hizo una señal para que nos detuviéramos. A unos metros de distancia se paseaba un mero enorme, de más de un metro de longitud.

—¡Qué boca tan grande y tan triste! –dijo Ceix, y salió como una flecha detrás de él.

Unos segundos más tarde y con una agilidad asombrosa, ya lo había capturado y lo metía en su red de pesca.

—Lo mejor de Kabyles es la comida –explicó.

—¡Qué poca sensibilidad! –contestó Dana.

—¡Ja! Pues luego la niña sensible que cene calamar duro…

Entonces, mientras que con una mano sujetaba el mero, con la otra y con un movimiento rápido, Ceix nos empujó hacia una oquedad de la pared. Y nos indicó con un gesto que guardáramos silencio. Unos segundos después oí cerca un silbido semejante

al de la noche que me atacó la serpiente. Me sentí paralizada. Percibimos una sombra y entre las algas pasó un extraño animal negro y alargado con una cresta, que le sobresalía en la parte superior del cuerpo. Con una asombrosa rapidez, se lanzó contra un mero, que se escondía entre unas rocas y lo engulló de un solo bocado. Después desapareció.

—¿Qué animal es ese? –pregunté asustada a Dana y a Ceix.

Por su expresión deduje que o no lo conocían o lo conocían demasiado bien. No contestaron.

Seguimos nuestro viaje hacia Alejandría. Brillaba el sol y soplaba una brisa cálida. Esquivamos un par de lanchas motoras y, para ello, nos adentramos unos metros hacia mar abierto. De pronto se acercaron a nosotros decenas de delfines, grises y brillantes, que comenzaron a saltar a nuestro lado todos juntos, como si bailaran. Nos acompañaron durante un rato y después se marcharon tan rápido como se habían acercado.

Antes de que anocheciera, Alfeo nos hizo detenernos para comer el mero.

—No quiero llevar un animal muerto tan grande por estas aguas –explicó–. Estamos llegando al canal de Sicilia, aquí vienen a parir los tiburones blancos del Mediterráneo y salen a cazar por la noche.

Comimos el mejor pescado que yo había probado en mi vida.

—¡Tendríais que probar el mero adobado! –les comenté, sin dejar de mirar a mi alrededor, en busca de los tiburones.

—Por cierto, papá, ¿te has enterado de lo que pasó ayer? –preguntó Dana.

Alfeo bajó la mirada y su expresión se tornó seria.

—Mataron a dos chicos.

—¿Dónde? –preguntó Ceix.

—Cerca de aquí –contestó Alfeo, que parecía no querer dar más datos.

—¿Cómo? –preguntó Dana.

—No sé nada más –concluyó Alfeo.

Al día siguiente junto a Cartago, uno de los puertos más importantes del Mediterráneo, nos cruzamos con focas monje e infinidad de peces desconocidos para mí. Yo intentaba pescarlos con las manos, como me había enseñado –con tanto esfuerzo– Calipso, consiguiéndolo la mayoría de las veces.

—¿Tanta hambre tienes que no puedes dejar de pescar? –me preguntó Ceix, después de varios intentos–. ¿No te gustan mis meros? Nadie se resiste a ellos.

Le contesté con algo parecido a una mueca de asco.

Cuando emergíamos volaban también sobre nuestras cabezas peces voladores, halcones y gaviotas.

En el golfo de Sirte, Alfeo nos avisó de la presencia de plancton visible.

—¿Otra vez tengo que bajar con esas enanas? –murmuró tan alto que le oímos.

Los tres descendimos unos metros. Ceix me indicó –ya que no hablaba a Dana– que mirara hacia arriba a los rayos del sol que penetraban a través de la superficie. Enseguida descubrí una extraña cinta transparente de varios metros de largo. Los destellos de la luz del sol permitían ver un hilo blanquecino. Se movía con la corriente del agua, como una cortina empujada por el viento.

—¿Qué es? –pregunté.

—Un cinturón de Venus, la diosa del amor. Es muy difícil encontrarlo a tan poca profundidad. Cuando una sirena lo ve por primera vez, cae rendida a los pies del tritón que tenga más cerca… –contestó Ceix.

—¡Anda, mentiroso, no le cuentes cuentos! –interrumpió Dana.

—Cerca de mí, siempre ha surtido efecto, enana.

—Sí, claro, porque tus amigas son cortas y de inteligencia limitada.

—¡Mira eso! –exclamó Ceix, señalando a otro ser.

Se trataba de unas bolas transparentes como de cristal, que parecían flotar en el agua. En su interior se iluminaban unos filamentos alargados en cortos intervalos. Parecían tubos de luz.

—Son beroes –me explicó Dana–. Si consiguiéramos uno de esos como luz en casa, se nos acabarían los problemas con los peces luminosos, que se escapan cuando más los necesitas.

—Con lo inútil que eres, no me extraña –contestó Ceix.

36

Cerca ya de Alejandría nos encontramos con muchas caravanas de comerciantes que acudían a la ciudad a hacer negocios, y también a otros médicos e investigadores que viajaban a la feria y saludaban amistosamente a Alfeo. Entre una caravana y otra nadaban policías, pero ya no patrullaban de dos en dos, sino en grupos de cinco.

El agua me parecía más salada y más caliente, las criaturas marinas, distintas. Todavía no me había abandonado el miedo a encontrarme con un tiburón de verdad.

Antes de llegar a la ciudad se nos acercó un tritón mayor, pero musculoso, de pelo entrecano, que llevaba en el cuello enrollada una serpiente de color negro. La serpiente era tan ancha como un brazo y movía la cabeza sacando una lengua amarilla repugnante.

—¿No podría unirme a vuestro grupo? Es la primera vez que vengo a la ciudad y no la conozco –le dijo a Alfeo.

Al aproximarse al cargamento pude ver un tatuaje en su brazo derecho en el que estaba representada una humana con una falda que parecía subírsele por una corriente de aire del suelo. Debajo ponía en letras negras: «Derecho al infierno». También me di cuenta de que mi collar mostraba un color oscuro, casi negro.

—Muchas gracias, pero no –contestó Alfeo con cortesía.

Respiré aliviada.

—Venga. Te ayudaría a descargar el material que llevas allí –contestó el tritón observando las bolsas.

Nadé hasta la espalda del tritón y detrás de él, sin que pudiera verme, le hice señas a Alfeo para que le apartase de nosotros.

—No, déjanos en paz –repuso Alfeo resoplando por la nariz.

—Podría proteger a estas chicas tan guapas –insistió el tritón.

—¡Fuera! –exclamó Alfeo.

El tritón acarició a la serpiente y amenazó con rudeza:

—¿Quieres que les pase algo a tus hijos?

Alfeo, rápidamente, apretó el cuello del tritón con una de sus grandes manos y con la otra agarró la cabeza de la serpiente. Con su voz de trueno, le gritó:

—¿Desde cuándo nos lleváis persiguiendo tú y tu amigo? ¿Desde Trípoli? ¿Creéis que somos tontos? Te vas a alejar ahora mismo de nosotros y no te quiero ver merodeando o llamaré a la policía.

Alfeo soltó al tritón, que se hundió y desapareció sin oponer resistencia. Yo respiré tranquila, pero comencé a sentir miedo ante lo que me pudiera encontrar en la ciudad.

—¡Vas a alucinar con Alejandría! –me había avisado Dana antes de llegar, pero la ciudad me asombró más de lo que me esperaba.

Alejandría Marina estaba construida cerca del antiguo puerto comercial, en el desnivel entre el fondo arenoso de la costa descendiente y una pared rocosa que bajaba hacia las profundidades.

Dos grandes estatuas de mármol rojo, representando a sendas diosas egipcias, flanqueaban todavía en la arena la puerta de entrada de la antigua ciudad. Desde que los humanos habían descubierto restos arqueológicos en Cánope y Heraclion, en la bahía de Abukir, la ciudad era vigilada por tritones armados desde la costa hasta las primeras casas, para evitar la entrada de submarinistas. Ya se habían enfrentado con serios problemas a causa de los arqueólogos, que llenaban la superficie de barcos, y el mar de cámaras fotográficas. Como nuestro Mariano, el del instituto oceanográfico. Dana me explicó que en casos de emergencia había unos equipos de voluntarios preparados con turbinas para levantar el limo del fondo marino, enturbiar las aguas e impedir que vieran la ciudad.

Las casas de Alejandría habían sido construidas en la pared rocosa, unas encima de otras –aprovechando la pendiente– como si se tratase de un enorme hormiguero lleno de agujeros de los que salían infinidad de sirenas y tritones.

El agua que nos rodeaba era turbia con una tonalidad verdosa.

—Es por el Nilo, que desemboca a unos kilómetros de aquí –me explicó Dana.

En la ciudad reinaba el bullicio. Alfeo nos indicó que ese día había mercado en la plaza mayor, y que mucha gente de los alrededores se acercaba a comprar.

—Seguro que los comerciantes fenicios de Byblos están abajo vendiendo *zatar*. Lo huelo. ¡Es exquisito! Tiro es una de las ciudades más hermosas del Mediterráneo.

Desde las estatuas rojas de la entrada descendimos hacia las profundidades.

—Enseguida te darás cuenta de que las mejores casas y los edificios gubernamentales se encuentran en la parte superior donde hay más luz, y la calidad de las casas disminuye con la profundidad y la oscuridad –me indicó Dana.

Los edificios oficiales parecían muy antiguos, de varios pisos de altura, construidos con piedras que brillaban con los rayos solares.

—Esa es la gran biblioteca –me anunció Alfeo, señalando un edificio de mármol rojo, decorado con estatuas clásicas–. Y aquello, el antiguo faro de la ciudad.

Me señaló una isla que sobresalía hacia la superficie. A sus pies sobre la arena yacía el faro desmoronado. A pesar de estar cubierto de algas y moluscos, dejaba entrever su antiguo esplendor. Junto a las piedras, alguien había levantado la estatua de bronce de Neptuno, que coronó su cúpula.

Casi todas las sirenas y tritones con los que nos cruzamos en la ciudad tenían el pelo

y la piel oscuros. Lo que me alegró, porque así mi piel morena no llamaría la atención. Las sirenas iban ataviadas de adornos metálicos con pedrería de infinitos colores, que cubrían sus orejas, brazos, pelo y corpiños.

Y, por primera vez en mi vida, vi a una humana joven nadando junto a un tritón.

Enseguida llegamos a la de los abuelos de Dana, que salieron a recibirnos muy cariñosos.

Dana, sin que Alfeo se diera cuenta, mandó un pez-mensaje a Oannes. Y yo noté que el collar de Calipso era de nuevo azul, pero se había oscurecido débilmente.

La feria empezaba al día siguiente, así que Dana pidió permiso a su padre para pasar la tarde en la ciudad y enseñármela.

—¡A ver con quién te juntas! –le advirtió Alfeo con gesto sombrío.

—Con mis amigas de siempre –contestó Dana, aparentando inocencia.

—¡Antes de que anochezca me gustaría verte aquí! –concluyó Alfeo.

No habíamos cruzado la calle, cuando nos abordó un tritón con la piel negra, como el azabache. Su pelo se elevaba formando una enorme cresta y de su nariz colgaba un pendiente, que se unía a la oreja mediante una cadena. Sus orejas también habían sido taladradas por infinidad de pendientes metálicos. Me quedé con la boca abierta, ya que era el primer tritón negro que veía en mi vida.

—¿Cómo está la estrella de mis mares? –dijo a Dana, chocando su aleta con la de ella.

—¡Oannes! –gritó ella al reconocerlo.

Enseguida me lo presentó. Parecía simpático. Pero yo no podía dejar de mirarlo fijamente.

—¡Está toda la peña esperándote! –anunció Oannes, colocándole detrás de la oreja un tirabuzón rojizo. Sonrió y en uno de sus dientes picudos brilló una pequeña bola dorada.

—¡Genial! –exclamó Dana–. ¿Todos?

De pronto se oyó detrás de nosotros la voz de Ceix:

—No, falto yo, que os voy a acompañar.

—¡Ceix!

—Órdenes de tu padre.

—¿Órdenes de mi padre…?

Nos pusimos en marcha hacia la parte superior de la ciudad. Delante nadaban Oannes y Dana, hablando animadamente. Detrás iba yo, contemplando los edificios, y sintiéndome un poco colgada, y Ceix a un par de metros de mí.

Pasamos de nuevo delante de la biblioteca, y de una enorme escultura de Neilos cubierta de anémonas que me detuve a mirar. No tenía ni idea de cómo conseguiría entrar dentro de la biblioteca y aún menos tener acceso a los Archivos Secretos.

—Si te paras, vamos a perderlos –me dijo Ceix, señalando con la cabeza a su hermana y a Oannes.

Llevando detrás a Ceix, me sentía incómoda como seguida por un guardaespaldas. No me quería ni imaginar lo que me esperaba a la vuelta.

—¿Tú no querías estudiar en una gran ciudad como esta? –le pregunté–. Te podías ya quedar aquí…

Ceix me taladró con sus ojos azules.

—¡Me echarías tanto de menos!

No contesté.

El último de los edificios gubernamentales –en la parte superior de la ciudad– era el colegio, delante de cuya puerta nos detuvimos a esperar a que salieran los amigos de Dana. Oannes escuchaba a Dana con atención y cierta timidez: su aspecto no correspondía con su comportamiento. Me pareció hasta delicado.

De pronto se oyó un chillido desde la entrada al colegio. Eran dos sirenas morenas a las que seguían otros tres tritones, que se aproximaron a nosotros.

Una de las sirenas –de piel café con leche– abrazó a Dana casi hasta hacerle perder el sentido, y enseguida me las presentó como Tiamal y Divona. Parecían simpáticas, y –como siempre– tuve que hacer un gran esfuerzo por recordar los nombres. A lo largo de la tarde cada vez que las llamaba, decía un nombre distinto. Lo que provocaba un resoplido irónico de Ceix a mis espaldas.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo para celebrar que has venido? ¡Te queremos invitar a los mejores calamares del mar de Levante! –dijo uno de los tritones.

—¡No se diga más! –contestó Dana con alegría.

Ceix a mi lado gruñó con desagrado. No me pude contener y me giré.

—Nunca había oído tantas tonterías juntas en mi vida… –dijo con desdén.

—Pues tendrás que acostumbrarte, porque las personas normales somos imperfectas, no como tú.

—En el fondo sé que me adoras…

Nos dirigimos a las afueras de la ciudad, cerca del faro, a una cueva llena de sirenas y tritones jóvenes que se pasaban entre ellos aros de calamares insertados en una hoja dura de alga, como los churros. Yo tenía el corazón partido entre los mejores calamares de la zona y escaparme a la biblioteca. Pero era imposible apartarse de los amigos de Dana. Y además Ceix no nos quitaba la vista de encima, aunque no quiso entrar en la cueva y permaneció en la entrada. No supe cómo consiguió, sin acercarse al mostrador, un aro lleno de calamares, de los que dio buena cuenta. Y con los que invitó a una sirena, que ya no se separó de él en toda la tarde. Opté por olvidar la biblioteca –todavía quedaban tres días de viaje– y pasármelo bien con los amigos de Dana y los calamares alejandrinos.

Cuando disminuyó la luz y comenzó a anochecer, Ceix entró a buscarnos.

—¡Enana: a casa! –gritó en alto.

Dana le asesinó con la mirada y se disculpó con sus amigos.

—Mi padre… que hoy nos ha puesto guardaespaldas.

Nos despedimos de ellos y descendimos hacia la casa de los abuelos de Dana.

—¡Oannes viene mañana con nosotras a la feria! –me susurró Dana por el camino. El entusiasmo con el que lo decía contrastaba con las pocas ganas que yo tenía de estar todo el día con Ceix.

—No te preocupes por mi hermano, mañana acompañará a mi padre y no tendremos que soportarle –añadió Dana, como leyéndome el pensamiento.

Cada vez me asombraba más la capacidad que tenía Dana de predecir las ideas que se me pasaban por la cabeza.

—Gracias a Dios –contesté aliviada.

—¿Qué te ha parecido Oannes? –me preguntó.

—No está mal…

—¡¿No es guapísimo?!

—Bueno…

—¿Es que los chicos de la tierra son mejores?

—No, son distintos.

Dana me miró decepcionada.

—Perdona, es que aún no me he acostumbrado demasiado a los distintos tipos de sirenas y tritones… –me disculpé.

—¡Ah! –exclamó Dana con desilusión–. ¿No te gusta que sea negro?

—Eso me da igual, pero es el primer tritón negro que veo y… no sé. Me ha impresionado. También esa cresta –dije señalándome la cabeza– y el diente…

—¡Bueno! No te fíes de las pintas de Oannes, lo hace para mosquear a su padre, que es un etíope muy severo. Tiene cinco hermanos, todos algo salvajes. Su madre Artagatis de Heraclion es la mejor médico del mar de Levante.

La feria se desarrollaba en unas cuevas en el lado oriental de la ciudad. Allí en grandes recintos excavados en roca se impartían conferencias y se mostraban experimentos. Dana exultaba de gozo al conocer a los mejores médicos y científicos, y también al poder estar más cerca de Oannes, que nos acompañaba.

Después de una conferencia sobre nuevos métodos para alejar a submarinistas de ciudades de alto valor cultural impartida por un habitante de la isla de San Borondón, se acercó a nosotros Alfeo con la directora de la biblioteca de la ciudad.

—Stella está muy interesada por la biblioteca –le comentó a la directora, una sirena delgada y de pelo blanco, que nos miró indulgente.

—¡Claro, claro, cuando queráis! –contestó–. ¡Estaré deseando recibiros como si

fuerais mis hijos!

—¿Cuándo? –pregunté para asegurarme la visita.

—¿El último día de la feria os viene bien?

—¡Genial! –contesté.

A última hora de la tarde, Alfeo quedó con algunos comerciantes para cerrar negocios, y Ceix, cada vez de peor humor, nos buscó y mantuvo sobre nosotras un control estricto.

37

El tercer y último día de nuestra estancia en Alejandría, por la tarde Dana y yo nos encaminamos a la biblioteca. Durante todo el día no nos habíamos encontrado con Ceix y decidimos pasar de él y esperarle en la puerta.

Por el camino me llamaron la atención unos carteles grandes escritos con algo parecido a pintura blanca que parecían anuncios.

—¿Qué es eso? –le pregunté a Dana, cerca de la biblioteca.

—Una obra de teatro de acción que se estrena dentro de una semana: «Tiburón».

—Ya la he visto. El tiburón muere. Una explosión.

—¡No! ¿Muere? ¡No me digas! ¡Qué pena! –exclamó, miró a ambos lados y añadió seria–; Por cierto, quiero que tengas cuidado ahí dentro…

Fue interrumpida por Ceix, que llegaba diez minutos tarde y bastante sofocado. En el hombro llevaba colgado un tubo metálico casi de su misma altura.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has encontrado con una orca asesina? –le preguntó Dana.

—¡No digas tonterías! He estado trabajando para darte de comer, enana –contestó Ceix jadeante–. Pero esto se va a acabar pronto.

—Sí, porque eres tan inútil que tendré yo que darte de comer a ti. ¿No habrás mangado ese tubo? –preguntó señalando el cilindro.

Dana ya me había contado la tendencia que tenía su hermano a apropiarse de lo ajeno.

—Tus palabras no merecen ni contestación –dijo Ceix mirando a ambos lados de la calle.

Nos disponíamos a entrar, cuando nos llamó la atención un tritón, que junto a la puerta daba grandes voces. Por su aspecto –su pelo blanco largo y enmarañado–, parecía un mendigo.

—¡La tercera rebelión está a punto de estallar! ¡Han robado el tridente de Océano! ¡La tercera revolución está aquí! ¡Alguien quiere liberar al Leviatán! –gritaba fuera de sí, moviendo con aspavientos unas planchas de piedra escritas.

Al oír la palabra Leviatán, me sobresalté: Leviatán estaba encerrado en la jaula fabricada por Pólux, el sujeto de mi búsqueda.

Dana le estaba dando nuestras conchas de identidad a la sirena del control de entrada, cuando me giré para observar al mendigo. Se había callado y discutía con otro tritón, que llevaba enroscada una serpiente marina al cuello. Enseguida reconocí al tritón que nos abordó al entrar en la ciudad, y sentí un escalofrío.

—¡Que me suelte! ¡Que usted es uno de ellos! –gritó de nuevo el mendigo zafándose del tritón de la serpiente, que le había agarrado con fuerza el brazo.

—¡Todo el día igual con este hombre! –exclamó la sirena morena del control–. ¡Le echamos y vuelve al día siguiente! ¡Estoy hasta la última escama de la tercera revolución esa!

Me limité a sonreír, pero, inquieta, entré con Ceix y Dana en el vestíbulo de la biblioteca, donde nos esperaba la directora y una asistente.

Si la ciudad de Alejandría me había impresionado, su biblioteca me sobrecogió. En el vestíbulo de varios pisos de altura nos dio la bienvenida una inmensa estatua de Atenea de mármol verde. Detrás de ella se ascendía hasta los pisos superiores por una rampa de piedra que se dividía en dos corredores. Estos se abrían al vestíbulo por una barandilla. Cada piso medía el doble que uno normal en la tierra.

La directora nos saludó amable, y después de contarnos algunos datos generales de la biblioteca nos dejó con la asistente, una sirena entrada en carnes, de mediana edad, que no paraba de hablar con un acento que me costaba entender.

La biblioteca, a pesar de su majestuosidad, se parecía mucho a las que yo había conocido en tierra firme, aunque no se necesitaban escaleras para alcanzar las estanterías superiores. La asistente nos hizo recorrer todas las salas del edificio, en las que sirenas y tritones apoyaban grandes libros sobre piedras alargadas para poderlos leer con comodidad.

Pasábamos de la sala de Estudios Submarinos a la de Estudios Terrestres, después de haber dejado atrás las de Lecturas Oceánicas y Extraños Animales Acuáticos, cuando pasaron a mi lado dos tritones que parecían bibliotecarios. Uno de ellos le susurró al otro:

—¿Podemos cerrar ya las puertas exteriores de los Archivos Secretos?

Y señaló con la cabeza hacia un pasillo sin iluminar.

El segundo tritón iba cargado de un voluminoso libro color negro, y contestó:

—Después. No sé si ha cambiado ya el vigilante.

—¡Eh, mira! –exclamó Ceix, señalando el centro de la sala de Estudios Terrestres–. ¡Una maqueta de Roma!

Como el cilindro alargado le molestaba para nadar encima de la maqueta, me lo dio.

—¡Sujétamelo! –ordenó, poniéndolo en mi mano.

—¡Y una mierda! –le iba a contestar, pero desapareció de mi lado, atraído por la cúpula de san Pedro.

Dejé a Dana y a Ceix con la maqueta de Roma y la asistente, y con disimulo seguí la dirección que había señalado el bibliotecario. No oí la voz de Ceix llamándome: me había librado de él. Desaparecí por un pasillo estrecho y oscuro, que terminaba en una puerta de nácar negro. La empujé, apoyando mi mano sobre la concha que hacía de

picaporte, y se abrió sin dificultad. No me crucé con nadie y no se escuchaba ningún ruido de hojas de piedra moverse, como en las otras salas. Después de andar por un largo pasillo sin iluminación, salí a otro pequeño vestíbulo con una segunda puerta de piedra blanca, delante de la que vigilaba un tritón armado con un arpón, como los que había visto a la entrada de la ciudad.

—Buenas –dije con voz de niña desvalida y desamparada.

—¿Cómo has entrado aquí? ¿Cómo has abierto la puerta? –preguntó el tritón incorporándose.

Tuve la impresión de haberle despertado de la siesta. Miré hacia atrás como si fuera tonta.

—No sé… se abrió sola. La directora me manda a decirle que en la sala de Criaturas Abisales han entrado varios pulpos de aspecto dudoso y también el mendigo que grita en la puerta.

—¡Otra vez! ¿Y tú quién eres? –preguntó el tritón serio, con la cabeza erguida.

—Su propia hija –contesté, utilizando las palabras de la directora.

—¿Hija de la directora? Que yo sepa, es soltera y nunca tuvo hijos.

—Bueno, es como mi madrina –contesté.

—No puedo marcharme de aquí si no soy relevado de mi puesto.

El tritón me miró de arriba abajo.

—Yo puedo esperar hasta que usted regrese –propuse con mi mejor sonrisa–. Son órdenes de la directora.

—¿Y eso que llevas ahí? –preguntó señalando el tubo metálico de Ceix.

—No sé…

El guardián dudó unos segundos. Y, rezongando, se alejó de la puerta hacia el pasillo. No sin antes advertirme:

—¡No te muevas de aquí!

Cuando toqué la puerta de piedra blanca, se abrió como movida por un resorte. Me encontré en una sala amplia y rectangular. En las paredes, bajo unos arcos de medio punto, en unas hornacinas vigilaban grises estatuas de sirenas y tritones. Al fondo de la sala descubrí una tercera puerta metálica, como un punto dorado. Pero entre esa puerta dorada y yo había centenares, miles de peces negros, que flotaban inmóviles en el agua. Los peces eran tan largos como mi brazo y gordos, como si estuvieran hinchados. Estaban cubiertos por escamas negras y grises con una tonalidad brillante. No reconocí la especie a la que pertenecían y nunca había encontrado ninguno parecido, así que desconocía si eran peligrosos o no. Supuse que, si se encontraban delante de los Archivos Secretos, no serían como los dulces caballitos de mar. El color oscuro de mi collar también me indicó que estuviera alerta.

El silencio en la estancia me resultó extraño, como de muerte. Y habría pensado que

los peces negros estaban muertos si no hubiera sabido que los cadáveres marinos se hundían o flotaban.

La primera idea que tuve para llegar a la puerta dorada fue sortear los peces, nadando cerca de ellos sin tocarlos, pero había tantos que solo una gamba hubiera pasado sin rozar ni uno solo.

Extendí la mano para tocar el que se encontraba más cerca de mí y, en el instante en el que mi dedo rozaba su piel, el pez abrió los ojos rojos y se giró rápido hacia mí, abriendo también la boca llena de dientes afilados. Aparté la mano y nadé hacia atrás. Pero, como movidos por un resorte secreto, todos los peces juntos se movieron y un segundo más tarde me atacaban como una manada de perros rabiosos.

38

No tenía nada con qué defenderme y la estancia no ofrecía ninguna protección, así que agarré el tubo que me había dejado Ceix y con él golpeé con ímpetu a un pez que me mordía la cola. El contacto entre el pez y el cilindro produjo un chispazo azulado que provocó que el pez cayera al suelo muerto. Todos se detuvieron, y al blandir el cilindro se apartaron como si temieran recibir una nueva descarga.

—A mí estos bichos no me comen –me dije.

Moviendo el tubo a derecha e izquierda hice un pasillo entre los peces negros de ojos rojos, que me miraban fijamente dispuestos a atacar en cualquier momento.

Así llegué a la tercera puerta de metal dorado. A pesar de encontrarse bajo el agua, se conservaba en perfecto estado, sin óxido ni animales pegados. Ni siquiera me di cuenta de que estaba grabada con dibujos egipcios en la parte superior, y por jeroglíficos abajo. Sin apartar la vista de los peces y protegiéndome con el cilindro, moví el picaporte un par de veces pero estaba cerrada con llave. Una llave muy pequeña según el agujero.

—¡Por Neptuno! –exclamé.

Iba a desaprovechar mi única oportunidad de entrar a los Archivos Secretos de Alejandría. La verdad es que solo una insensata como yo pensaría que podía entrar sin ningún esfuerzo.

Me apoyé en la pared para decidir qué hacer, pero no encontraba ninguna solución. Nerviosa y con un movimiento involuntario, agarré la cadena que colgaba de mi cuello, y de pronto me di cuenta de que de ella pendía una llave, que quizá podía usar para hurgar en el agujero, igual que hubiera hecho con una horquilla o un alambre. Introduje la llave en la cerradura, y grande fue mi sorpresa cuando entró sin ninguna dificultad, como si hubiera sido fabricada para esa puerta. La giré y se oyó un chasquido. Tuve que empujar con fuerza, ya que su grosor era de unos veinte centímetros. Entré en una sala alargada cubierta por una bóveda de cristal de infinidad de colores, muy parecida a las vidrieras de las catedrales que estudiábamos en el instituto. Los cristales estaban colocados formando dibujos a través de los que entraba cierta luz del exterior. Mostraban escenas de sirenas y tritones siempre luchando contra un bicho negro y grande. Supuse que Leviatán.

La bóveda teñía de colores pasillos de estanterías repletas de libros.

—¿Por dónde empiezo? –me pregunté.

Enseguida descubrí que estaban colocados en orden alfabético. Busqué rápido la palabra Xiro. En cualquier momento regresaría el vigilante o esos dos bibliotecarios

cerrarían las dos puertas exteriores de las que les había oído hablar. Lo que no sabía era que ni el vigilante ni los bibliotecarios tenían una llave dorada como la mía y que jamás habían entrado allí.

Sin mucho esfuerzo encontré un libro muy grueso bajo el nombre de Xiro. Lo apoyé en el suelo y lo abrí. Se utilizaba ese nombre para designar un objeto: una jaula. Las primeras páginas eran los mismos planos que Cornelia me había dado y que había completado con los encontrados en las minas. Les seguían un edicto firmado por los Tres Sabios y el Gobernador para encerrar a Leviatán en las fosas abisales del Atlántico. Y por último, la localización de Gormax, la cárcel donde se había encerrado a Leviatán tras la Segunda Rebelión, mientras se le construía la jaula en la superficie, y que después se había abandonado. En uno de los márgenes, entre paréntesis habían escrito la palabra «Electra». ¿Sería mi Electra, la del gato color caramelo?

Ahora sabía qué era Xiro y más o menos que Gormax estaba en el Mediterráneo, pero ni idea de Pólux.

Busqué por la habitación una piedra o concha y un punzón para copiar la localización de Gormax, y enseguida encontré unos junto a una estantería. Mientras lo copiaba, levanté la vista y descubrí que las paredes estaban cubiertas por bajorrelieves de personajes importantes. Así que, cuando acabé, me dirigí al que se encontraba más próximo a mí. Se trataba de una sirena y un tritón ataviados con insignias reales. El tritón era fuerte con barba recortada y la sirena, muy bella de pelo largo. Debajo habían grabado: «*Los últimos reyes de los mares. Asesinados por Leviatán*», seguido de la fecha de su nacimiento y de su muerte doscientos años antes.

Seguían a ese relieve otros de gobernadores de los mares, decenas de sirenas y tritones que sonreían junto a sus familias. Llegué al último relieve, una sirena y un tritón rodeados de siete hijos. Debajo habían grabado «*Neleo y Glauca: últimos gobernadores antes de la Segunda Rebelión. Asesinados por Leviatán*». Y seguía la fecha de nacimiento de cada uno y la de defunción, que coincidía en el mismo día. Dos años después de que yo naciera. Debajo también habían colgado otro pequeño relieve en el que aparecía otra sirena con un tritón. Eran jóvenes y el tritón llevaba un bebé en los brazos con la inscripción «*Dylan y Rode*». Algo me resultó familiar en ellos, pero no supe definir qué. De pronto me llamó la atención que había tres fechas de nacimiento, pero solo dos de defunción.

Junto a ellos había otra lista larga de nombres y unas palabras de agradecimiento al pueblo de Tula por su ayuda solidaria tras la Segunda Rebelión.

Después me dirigí a la P de Pólux y busqué su nombre. Allí encontré unas pocas líneas sobre el famoso arquitecto.

Pólux de Atenas: Arquitecto de la ciudad que le dio el nombre, elegido para forjar la jaula de Xiro en las minas abandonadas de M. mientras Leviatán se encontraba en

Gormax.

Seguía una lista de tritones que le ayudaron a construir la jaula, cada uno con un nombre más extraño que el anterior.

Antes de marcharme, busqué un libro sobre Leviatán. Encontré dibujos de una horrible criatura marina, y un extenso tratado sobre sus orígenes y las distintas guerras en las que se había luchado contra él. La última era la Segunda Rebelión, catorce años atrás. Se trataba de un ser invencible y creían que inmortal. Explicaba cómo Leviatán convertía en esclavos suyos a todas las especies marinas que conseguía subyugar. Después de dominar el mar, su objetivo sería la tierra.

De pronto un destello dorado llamó mi atención y descubrí en la pared del fondo de la sala un medallón colgado casi tan grande como un escudo. Se trataba del mismo que llevaban colgado Melusina y Melkarth, pero este tenía una inscripción debajo de la raya horizontal.

«*Al mediar la noche su carrera el humilde elegido se abalanzará sobre el país condenado y lleno de muerte. En el mar pisará la tierra y tocará el cielo, y con su mano arrancará el poder del maligno*». *Crónicas de los Últimos Días.*

No entendía nada y pensé que se me estaba haciendo tarde y que el guardián habría vuelto y estaría echando chispas por mis trolas y mi desaparición.

Cogí el tubo y salí. Allí flotaban de nuevo los peces, pero esta vez no esparcidos por la habitación, sino agolpados junto a la puerta, esperándome. Toqué con el cilindro al más cercano y se retiró ante la descarga de chispas azules. Despacio los fui alejando de mi camino. Cuando ya había cruzado la mitad de la sala, uno de los peces salió del grupo y se acercó rápido a mí. Le golpeé con el cilindro pero esta vez no salió la descarga azulada. Y el pez, tras el golpe, volvió a atacarme.

—¡Fuera de aquí, bicho! –exclamé, alejándolo con el extremo.

Comprobé que, en efecto, las chispas habían desaparecido. Si el resto de los peces se daba cuenta, estaba perdida. Manteniendo alejado al pez con el tubo en la mano, nadé hacia atrás todo lo rápida que pude. Cuando alcancé la puerta, todos se acercaban ya veloces hacia mí.

El tritón se mostró sorprendido al verme salir, y también enfadado:

—¡¿Qué haces ahí dentro?! ¡¿Cómo has entrado?! ¿¡Y cómo has salido!? ¡Crees que soy imbécil!

Me agarró del corpiño por la espalda.

—Un poco –pensé, forcejeando y me zafé de sus grandes manos.

Nadé veloz hacia la salida de la biblioteca, mientras el tritón me perseguía.

—¡Vuelve aquí, sinvergüenza! –chillaba a mis espaldas–. ¡Esto es un delito!

Cuando iba a alcanzar la primera puerta, la de nácar negro, de pronto de lo alto del techo comenzó a descender una plancha metálica. Golpeé la pared con la cola para

impulsarme. Salí segundos antes de que la plancha tocara el suelo, aplastando contra el pavimento, con un ruido estruendoso, el arpón del guardia.

En una de las salas, me choqué con el tritón de la serpiente al cuello.

—¡Lo siento! –me disculpé sin pensar.

Todos los visitantes se giraban al verme pasar tan rápido.

Después de atravesar la sala de Historia Submarina, me dirigí a la salida nadando más despacio para no llamar la atención. Y en las rampas de descenso hacia el vestíbulo me encontré con Ceix, Dana y la asistente.

Dejé a Ceix en la mano el cilindro algo abollado y salí.

Me giré, y comprobé que Ceix y Dana se despedían de la asistente, a la que se acercó el vigilante, bastante sofocado.

Me escondí a esperarles en un callejón junto a la entrada, oculta tras un enorme montón de basura. Asqueada, detrás de una montaña de espinas y restos de pescado, pensaba cuál sería mi siguiente paso para encontrar a Pólux, cuando noté una mano huesuda que agarraba mi pierna.

39

Miré hacia abajo asustada y me encontré con el mendigo de la puerta que, con expresión seria y la mirada perdida, me dijo:

—¡Tú eres la elegida!

Como contestación, de mi garganta solo salió un fuerte grito de pánico.

Un puñetazo de Ceix en plena cara tumbó de nuevo al mendigo en la arena.

—¡Creo que me he roto la mano! –observó Ceix frotándosela.

—¡Gracias! –exclamé, llena de alivio–. ¡Este tío está loco!

Era la primera vez que tenía un sentimiento agradable hacia el hermano de Dana.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! –gemía el mendigo, retorciéndose de dolor en el suelo.

—¡Vámonos! –dijo Ceix, agarrándome del brazo.

Le iba a seguir hacia la salida del callejón, cuando Dana se detuvo y dijo:

—¿No pensaréis marcharos y dejar a ese pobre hombre ahí tirado?

Ceix a mi lado resopló:

—¡Ya está aquí la hermanita de los pobres! ¡Ha atacado a Stella!

—¡No la ha atacado, la ha asustado! ¡Podría fallecer ahí y caer sobre nuestra conciencia! Además está atado.

—¿Está atado? ¿Y qué hacemos con él? –pregunté.

—Pues desatarlo y llevarlo al hospicio.

El mendigo comenzó a murmurar:

—¡Gracias! ¡Gracias!

Observé mi collar: sus colores eran azulados y verdosos.

Dana le desató las cuerdas que rodeaban sus manos.

—¡Tranquilo! ¡No te vamos a hacer nada!

Le ayudamos a incorporarse. El mendigo, con los ojos vidriosos, nos miró fijamente a los tres y se detuvo en mí.

—¡Tú eres la elegida!

—¡¿Pero qué me dice?! –exclamé.

—Necesito contarte la verdad.

—No se preocupe, que en el hospicio nos lo podrá contar todo –contestó Dana, agarrándole un brazo.

—¡Al hospicio, ni hablar! –exclamó el tritón asustado–. ¡Me matarían! ¡Han vuelto y están por todas partes! ¡Tienen el tridente!

—¿Quiénes han vuelto?

El tritón se detuvo e intentó soltarse de la mano de Dana.

—¡Al hospicio, no!

—Bueno, pues le llevamos a su casa –le sugirió Dana, que no quería dejarlo abandonado en la calle–. ¿Tiene casa?

—¿Seguro que me llevaréis a mi casa? –preguntó el mendigo dudando.

—Se lo prometo –contestó Dana.

Ceix miró a la superficie con gesto de desesperación.

La casa del mendigo Proteo, que así se llamaba, se encontraba en la parte inferior de la ciudad, en la zona más oscura donde casi no llegaban los rayos solares. Se trataba de una cueva, cuya puerta estaba oculta por piedras de diverso tamaño. Antes de entrar, Proteo desconectó un sistema anti-atracos, consistente en un arpón enganchado con poleas a la parte superior del orificio de entrada, que se clavaba en el cuello del que se aventurase a ponerlo debajo.

—Uno no está seguro en ningún lugar. Me persiguen desde hace tiempo –comentó–. Esperad, no paséis aún.

Introdujo medio cuerpo dentro de la cueva y sacó –enredándose con su barba blanca– un pez araña de unos treinta centímetros y lo dejó en el suelo junto a nosotros. Y después salió haciendo eses un congrio gordo con manchas amarillas.

—No vivo tranquilo ni aquí. Mis horas están contadas –dijo Proteo–. Ya podéis pasar.

La vivienda se limitaba a una habitación con un montón de algas medio podridas en una esquina. Las paredes estaban recubiertas de conchas, de periódicos y de hojas pétreas de libros, lo que producía sensación de agobio.

—¡¿Qué es todo esto?! –exclamó Ceix, señalándolas.

—Era periodista de investigación.

—¿Era? ¿Ya no lo es? –preguntó Ceix.

—No, el director del periódico murió de manera repentina y fue sustituido por uno de ellos.

—¿De quiénes? –le pregunté.

—De sus secuaces… Hay más de los que te imaginas.

—¿No tendrá una escoba a mano? Esto está sucísimo –interrumpió Dana, que recogía las algas pochas y restos de pescado del suelo.

Proteo la miró y sonrió.

—No os puedo invitar a nada, porque hoy no tengo nada que comer –se disculpó retorciéndose las manos–. Mi esposa preparaba un *garum* al estilo oriental exquisito…

—No se preocupe, si ya nos marchamos –añadí yo.

—¡No, tú no te puedes marchar! –exclamó el mendigo, deteniendo su mirada en mi

cuello–. ¡Todo depende de ti! En cuanto pasaste a mi lado, supe que eras la Única, la Última. La que acabará con el maligno.

Miré a Ceix con desconcierto. Dana, mientras tanto, había encontrado una bolsa en la que comenzó a echar los desperdicios.

—No sé de qué me está hablando, en serio.

—Se acabaron los años de espera. Ahora puedo morir tranquilo porque sé que existes y que la promesa es cierta –dijo, sin ocultar alegría.

—Lo siento, pero no entiendo nada.

—Corres serio peligro en esta ciudad. ¿Sabes quién es Pólux?

Di un salto pasmada al escuchar al hombre que venía persiguiendo desde hace semanas.

—Sí, bueno… no. Bueno, en realidad le estoy buscando –tartamudeé.

—¿Sí? ¿Para qué?

Miré fijamente sus ojos vidriosos, pero no contesté. Después de unos segundos de tensión, él continuó hablando.

—Los dos andamos detrás de la misma persona. En realidad, los tres –Proteo bajó la voz–. Ellos también lo buscan. Tienen el tridente, quieren liberar al Leviatán. Buscan a Pólux porque solo Pólux sabe cómo se construyó la jaula. Es el único que puede abrirla sin la llave.

Proteo hablaba con frases entrecortadas como un enajenado. Si yo no hubiera sabido que decía la verdad, le habría tomado, como el resto de habitantes de la ciudad, por un loco.

—¿Dónde puedo encontrarle? –pregunté–. Hay que ponerle a salvo.

—Sí, ellos no pararán hasta encontrarle… El viejo Pólux ha desaparecido. Desde hace unos meses –quizá un año– nadie lo ha vuelto a ver. La última vez lo encontré cerca de Gormax. Allí solía ocultarse cuando le acechaban las deudas… que eran muchas.

—¿Dónde está Gormax?

Me miró fijamente.

—Gormax es un lugar maldito. ¡Pero ahora todo se complica! Ellos… jamás deben saber que tú eres la elegida. Ellos solo quieren abrir la jaula y harán lo que sea por conseguirlo. ¡Todo depende de ti!

—¿De mí? Pero ¿qué tengo que ver yo con la jaula?

Un fuerte golpe en el exterior nos sobresaltó.

—¡Abran, policía!

—¡Son ellos! –exclamó Proteo, que comenzó a respirar con fuerza.

Dana dejó caer unas algas y me miró asustada.

Oímos otro golpe más fuerte.

—¡Sabemos que está dentro! ¡Abra!

—¡Por la puerta de atrás! –dijo el mendigo.

—¿Esto tiene puerta de atrás? –pregunté.

Proteo movió una piedra junto al montón de posidonias que usaba como cama, del que salió un cangrejo rojo, dejando al descubierto un oscuro pasadizo, y nos indicó que saliéramos.

—No le podemos dejar aquí con esa gente –añadió Dana–. Le defenderemos.

—No, nos matarían a todos. Ahora solo me buscan a mí. ¡Marchaos!

Dana y Ceix entraron por el túnel y, cuando me disponía a hacerlo yo, con su mano temblorosa me sujetó un brazo.

—Me matarán, pero tengo la dicha de haberte conocido –me susurró–. No lo olvides. Tú eres nuestra esperanza… Las fuerzas del mal están cerca…

Y puso en mi mano una pequeña bolsa de piel de tiburón.

—Te ayudará cuando encuentres a las serpientes gigantes.

Ya las he encontrado, pensé.

—¡Ah! ¡Confía en Serapis! –concluyó antes de colocar la piedra a mi espalda.

Ni siquiera me dio tiempo a preguntarle quién era ese Serapis.

Me arrastraba detrás de Dana por el estrecho pasillo oscuro con olor a rancio, y tocaba con el cuerpo las paredes, no lisas, sino grabadas con extraños dibujos y líneas, cuando Ceix se detuvo.

—¡Venga! ¡Rápido! –susurré.

Oía voces en la casa de Proteo.

Dana murmuró algo, pero el pasadizo era tan estrecho que no podía girarse.

—¿Qué pasa? –pregunté intentando subir la cabeza para mirar a Dana, pero choqué con el techo.

—Se han derrumbado unas piedras. El túnel se corta.

Oí a Proteo gritar.

40

Respiré profundamente, si algo me angustiaba más que los tiburones era quedarme atorada en un ataúd de piedra con unos asesinos a unos metros detrás de mí.

—¡No puedo respirar! –exclamó Dana retorciéndose.

—¿Las piedras no se pueden mover? –pregunté.

—¡No!

—¿No será un truco de Proteo? –pregunté y me golpeé de nuevo la cabeza con el techo.

—¡Ceix! ¡Golpea con ese cilindro!

Ceix dijo algo que no entendí.

—Que se lo ha dejado en la casa de Proteo –contestó Dana.

Empujé las piedras que tenía a ambos lados de los brazos. Las voces llegaban con fuerza a mis espaldas.

Ceix volvió a hablar.

—¿Qué dice?

—Que te estés quieta, que el pasadizo es inestable.

—Si es tan inestable, será fácil salir –contesté.

El corazón comenzó a latirme con fuerza y a mi cabeza vino la imagen de la despedida de Pau en la piragua.

—¡Tengo que salir de aquí! –exclamé.

Comencé a tocar con ansiedad todas las paredes y el suelo, que también era de piedra, cubierto de dibujos. Ni siquiera cabía un dedo entre los bloques pétreos.

Oí un golpe fuerte detrás de mí.

Aporreé las piedras empujándolas.

—Que dice Ceix que se va a derrumbar el túnel sobre nosotros –susurró Dana.

Una de las piedras del techo pareció moverse.

—Dile a Ceix que prefiero morir aplastada que asesinada. Y ayúdame a empujar.

Dana intentó girarse hacia mí hasta tocar la piedra, pero el pasillo era tan estrecho que sus manos no la alcanzaban.

Oí un murmullo enfadado.

—Dice Ceix que paremos.

—Dile a Ceix que se vaya a la mierda y que empuje por su lado.

Las voces a mi espalda parecían más débiles, pero en cualquier momento podrían descubrirnos.

Entonces se encendió una luz a mi lado. Era un pequeño beroe.

—¿De dónde lo has sacado? –pregunté a Dana.

—Lo ha robado Ceix de la biblioteca.

Con todas mis fuerzas apreté la piedra que se movió unos milímetros dejando entrar unos granos de arena. Podríamos tardar años en moverla.

—Necesito que me ayudéis –musité.

—Stella, dice Ceix que, si nadas un poco hacia atrás sin soltar la piedra, yo te sustituyo y luego viene él.

Miré a mi espalda con pánico, pero obedecí a Dana, que no consiguió moverla y se apartó desesperada.

Después retrocedí de nuevo y oí a Ceix:

—¡Dejadme, que sois unas inútiles!

Ceix, iluminado por el beroe, empujó el sillar durante un buen rato sin éxito.

—¡No te hernies! –le dijo Dana–. ¡Que no está el barco para tormentas!

Mientras Ceix golpeaba la piedra con las manos, la cabeza y los hombros, yo me apoyé a descansar en una de las paredes. Pero enseguida comencé a oír un ruido débil detrás de mí, como si alguien rascara con un cuchillo la pared. Con el oído atento guardé silencio para no asustarles. Con uno de sus movimientos, Ceix golpeó al beroe, que asustado nadó hacia el lado opuesto y se colocó en la pared frente a mí. Entonces pude ver con claridad los dibujos que habían sido grabados sobre la piedra. En ellos aparecían serpientes, una mujer de blanco, un barco arrastrado por cuatro chacales y unas señoras con cabeza de cobras. En la barca estaba sentada una divinidad que no reconocí. A los pies de la barca habían grabado una silueta de otro dios, que no parecía egipcio, y mostraba melena y barba poblada. Sus ojos azules brillaban como si fueran piedras semipreciosas.

De nuevo se repitió el arañazo en la pared.

—¿Un dios egipcio con melena y barba quién es? –pregunté a Dana.

—¡Anda, deja de decir tonterías! –contestó Ceix.

—No conozco a ninguno así con barba, quizá Serapis de Alejandría –explicó Dana.

—¡Serapis!

Estiré la mano y puse un dedo en cada ojo. De pronto el suelo se hundió y caímos en un túnel ancho con el techo abovedado.

—¿Este ha sido Serapis? –preguntó Ceix.

—No sé, pero pon el beroe junto a ti y nada hacia adelante.

El techo se cerró encima de nosotros y comenzamos a nadar. Enseguida nos topamos con una puerta de barrotes metálicos, que Ceix empujó.

—¡Los tritones, primero! –dijo, saliendo rápido.

Nos encontramos en una pradera de gorgonias amarillas de mucha altura, entre las

que nos escondimos.

Muy despacio y aprovechando la oscuridad reinante, nos alejamos del pasadizo. Miré hacia atrás antes de perder de vista la casa de Proteo. En la puerta, junto con otros dos hombres, se encontraba el tritón con la serpiente enroscada al cuello.

Cuando llegamos a la casa de los abuelos de Dana, Alfeo nos esperaba en la entrada.

—¿Qué ha pasado en la biblioteca? –preguntó serio.

—No sé… nos la ha enseñado la asistente de la directora –contestó Dana–. Tiene muchas obras maestras. ¡Y una maqueta de Roma de bronce!

—Ya sé que tiene muchas obras maestras, pero no me refiero a eso –contestó Alfeo, y dirigió su mirada a mí.

—¿El beroe? –preguntó Ceix.

—¿Qué beroe? Dana y Ceix, ¡id a ayudar al abuelo a hacer la cena! Tú, Stella, quédate.

Delante de Alfeo, con su perilla negra y sus dos metros de altura, sentí temor, y pensé que así regañarían los padres tritones a sus hijos. Respiré profundamente, debía prepararme para dar infinidad de explicaciones.

—Llamó la directora de la biblioteca: mentiste a un vigilante y entraste en una zona privada –dijo Alfeo grave.

—Lo tuve que hacer, es un asunto personal –contesté.

Alfeo se pasó la mano por la frente.

—¿Y cómo pudiste entrar allí? ¡Es increíble! –exclamó cambiando su seriedad por una sonrisa–. No te preguntaré más, pero debes tener mucho cuidado. Nos ha tocado vivir tiempos de oscuridad… –concluyó Alfeo.

Cuando entré al cuarto de estar, sobre una piedra redonda que hacía de mesa reposaba un pez negro gordo hinchado de escamas brillantes. Era tan grande que tapaba toda la piedra. Tragué saliva. Era uno de los peces de los Archivos.

—¿Y eso? –pregunté reticente.

—Es un pez exquisito –contestó el abuelo de Dana, abriéndolo con un cuchillo por la mitad–. Antes de jubilarme trabajaba en un criadero y los vendíamos al gobierno de la ciudad.

Ante mi cara de asco, mientras sacaba las vísceras, continuó con la explicación.

—Es una variedad de piraña marina. Se usan para tareas de vigilancia y protección.

Cortó la cabeza.

—¿Protección? –pregunté mirando el ojo rojo abierto del pez.

—Sí. Si te encuentras alguna vez uno defendiendo una casa, y te enfrentas a él, despídete de esta vida –respondió separando la espina central de la carne.

—¿Tan peligrosos son?

Puso un trozo de lomo de pescado delante de mí.

—El compañero que me ha dado este perdió un brazo dándoles de comer. Pero es una carne deliciosa.

Por la noche no podía dormir, con el pescado negro en mi estómago, daba vueltas sobre mí misma en la habitación. Era muy sobria, con las paredes desnudas y cubiertas solo de un par de rosas en una de las esquinas y un globo de mar que flotaba sobre nosotras. Después de un par de horas pensando en qué significaba ser la elegida, escuché la voz de Dana:

—¿Te pasa algo?

Ni siquiera me había dado cuenta de que ella también estaba despierta.

—Claro que pasa algo: el tío ese de la serpiente se ha cargado a Proteo.

Dana tocó el globo de mar que se iluminó y pude ver su cara pálida.

—Sí, tiene toda la pinta de que no le volveremos a ver hasta la otra vida –dijo Dana.

—¿Y no podríamos hacer algo?

—Si queremos seguir vivas, creo que no –contestó Dana con gesto resignado–. Tenemos que darle un nombre, como es costumbre en el mar tras morir. No creo que nadie se lo vaya a dar.

—El Último Pirado –contesté.

—No está mal. Pero dio su vida por nosotras. ¿Qué te parece el Generoso Pirado?

—Estupendo.

—Por cierto, ¿todo este viaje lo has hecho para entrar en los Archivos Secretos?

Afirmé con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Hice una mueca extraña para no contestar.

—Supuse que lo adivinarías.

Dana sonrió.

—¿Tiene que ver con Calipso?

Afirmé.

—¿Y no puedes hablar?

Negué con la cabeza.

Dana pensó durante unos segundos.

—¡¿En los Archivos?! ¿Cómo has entrado?

—Con mucha suerte –contesté–. Estaba lleno de peces de esos que hemos comido en la cena.

—¿Sobreviviste a las pirañas marinas?

Le hice un pequeño resumen de lo ocurrido en los Archivos, pero no le hablé de lo

que encontré dentro.

—¿Y no me puedes decir qué buscabas? ¿Al Pólux ese? –insistió.

Y, como había hecho la promesa a Calipso de no contar nada a nadie sobre Pólux, cambié de tema con una pregunta.

—¿Y qué significa «ser la elegida»?

Dana sonrió.

—Puf… mi abuela seguro que sabría contestar mejor que yo. Se supone que el elegido es el que nos librará de Leviatán.

—¿El elegido? ¿Masculino? –pregunté.

—Yo siempre lo he oído en masculino.

Suspiré aliviada.

—¿Y qué es lo que se supone que tiene que hacer el elegido para matar a Leviatán?

—No tengo ni idea. Todo eso lo contaba un libro que se perdió, que se titulaba…

—¡No me lo digas: Crónica de los Últimos Días!

Dana me miró levantando las cejas.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Una casualidad… ¿Y por qué diría Proteo que yo era la elegida?

Dana sonrió.

—Habría tomado demasiado licor de sargazo. Podríamos llamarle: el Generoso Pirado del Licor de Sargazo… Mucha pinta de elegida no tienes.

—Gracias, es un alivio.

41

Al día siguiente después de despedirnos de los abuelos de Dana y Ceix, pusimos rumbo al noroeste, para aprovechar las corrientes. Antes de salir de la ciudad, Dana bajó a un quiosco y compró una piedra periódica con las noticias del día anterior.

Enseguida me la pasó y señaló un texto escrito en el dialecto local, que me costó entender:

«*Hallado muerto por paro cardiaco tritón en las cercanías del vertedero de la ciudad. Después de laboriosas investigaciones ha sido imposible conocer su identidad*».

Mis ojos se encontraron con los de Dana, que parecía seria, y sentí un escalofrío.

Alfeo nos había anunciado que al llevar menos carga con nosotros, el viaje sería más rápido, y quizá podríamos alcanzar Cueva de Lobos en dos días y medio. Esta vez Dana y yo sí que pudimos montar en sendos delfines. Los delfines llevaban detrás de la cabeza unos arneses de resistente piel de tiburón a los que teníamos que agarrarnos y dejarnos llevar.

No podía quitarme de la cabeza a Proteo y aquellas frases de que yo era la elegida y la que esperaban para acabar con las fuerzas del mal. Todo había comenzado intentando cumplir una promesa a Calipso en el momento de su muerte, y ahora –además de la de salvar a incautos veraneantes– me enteraba de que tenía una misión vital para el mundo marino. Pero tampoco podía olvidar la conversación de Melusina con Melkarth, en la que le aseguraba que yo no lo era. Además tenía la impresión de que el viaje a Alejandría y arriesgarme para entrar a los Archivos Secretos no había servido para nada: me había separado de Pau, la única persona con la que pasaría la eternidad, y no había encontrado a Pólux ni Gormax. ¿Cómo había pensado que yo sería capaz de encontrar a Pólux en un océano lleno de peligros? Regresaba a casa con las manos vacías y en punto muerto. Olvidar al arquitecto me provocaría durante toda la vida pesadillas con Calipso moribunda, pidiéndome que lo encontrara.

Comenzamos el viaje hacia el norte con un sol que pretendía brillar entre una capa de niebla que cubría la superficie, pero al acercarnos a Creta se desató una fuerte tormenta que hizo que el mar se oscureciera y se levantaran grandes olas.

—Me hubiera gustado que conocieras las islas Cícladas, el origen de las sirenas, pero con este tiempo creo que no es prudente –dijo Alfeo–. Allí viven también las nereidas que predicen la pesca y las tempestades.

Me di cuenta de que, desde nuestra partida, Alfeo parecía nervioso. Nos dejaba adelantarle y se quedaba detrás, vigilando. Y nos repetía que no nos separásemos de él.

A causa de la tormenta, descendimos varios metros y pasamos a viajar en una apacible corriente en penumbra, que nos llevaba hacia el oeste.

—La primera parada de nuestro viaje será el estrecho de Mesina –anunció Alfeo.

—Está plagado de cañabotas –indicó Ceix con una sonrisa irónica.

—¿Qué son las cañabotas? –pregunté, imaginando la respuesta.

Dana vino en mi ayuda.

—Se trata de un fósil viviente, el hermano mayor de los tiburones comunes. Pero no te preocupes, que viven a dos mil metros de profundidad.

—Menos por la noche, que suben a comer –apostilló Ceix.

—Por la noche estaremos durmiendo al resguardo de las corrientes ascendentes del estrecho –explicó Alfeo–. Cuenta la leyenda que allí habitaban dos horribles monstruos, uno llamado Escila, y el otro Caribdis. Cada uno en un lado de la costa. Cuando los barcos huían de Escila, que intentaba comerse a sus marineros con sus seis cabezas, caían en Caribdis, un horroroso remolino que se forma tres veces al día. Escila despareció, pero el remolino Caribdis aún permanece. Es un espectáculo verlo desde lejos, claro. Las corrientes son increíbles. Después continuaremos el viaje por el mar Tirreno para encontrar el mayor número de ballenas del Mediterráneo.

Antes de entrar en la llanura siciliana, pasamos sobre la Garganta Helena, uno de los puntos más profundos del Mediterráneo, de casi cuatro mil metros de oscura profundidad. Miraba con cierto temor hacia abajo cuando Ceix con su delfín se puso a mi lado.

—¿Quién es Pólux? –me preguntó con una sonrisa–. ¿Qué es todo ese rollo de la elegida?

Dudé qué contestar. Tanto Ceix como Dana habían sido muy discretos desde que Calipso murió y yo comencé a investigar.

—Un arquitecto –contesté.

—Sí, el que hizo la jaula de Leviatán –contestó, demostrando que se había enterado de todo lo que nos contó Proteo–. ¿Por qué le buscas tú también? ¿Por qué has venido a Alejandría? Este viaje es muy peligroso para alguien como tú, que acabas de conocer el mar…

No contesté y me limité a sonreírle.

—Bueno, solo quería decirte que si necesitas mi ayuda…

Le miré asombrada ante semejante gesto de amabilidad.

—Mantenme al margen. No me gustan los líos –concluyó, alejándose con su delfín.

Respiré profundamente, aún tenía una pregunta que hacerle.

—¡Eh! ¡Espera! –exclamé.

Ceix se detuvo con desgana.

—¿Qué era el cilindro ese que me dejaste en la biblioteca?

—¿El cilindro que me rompiste en la biblioteca? –preguntó.

—Sí, ese que perdiste cinco minutos más tarde.

—Era un inhibidor de radares. Evitan que los barcos perciban nuestra presencia en el mar.

—¡Ah! Gracias. Seguro que es eficaz para espantar pirañas marinas –contesté con una sonrisa.

—¿Pirañas marinas? Ni cinco minutos sobrevivirías tú a una piraña marina.

Cuando llegamos a Caribdis, en la costa siciliana, la tormenta había dejado paso a un cielo azul. En el horizonte se ponía el sol. Según Alfeo a esa hora ya había pasado el último barco que unía una costa con la otra y no solían verse turistas. Notaba al nadar la fuerza de la corriente contraria a nosotros.

Resguardados en una pequeña cala siciliana, esperamos apoyados en el saliente de unas rocas a que Caribdis mostrara su lado oscuro, mientras el sol reflejaba sus rayos dorados sobre la superficie. Los delfines comenzaron a nadar de manera extraña dando pequeños saltos y enredándose entre ellos con las cinchas.

Ceix se acercó a ellos para intentar –en vano– tranquilizarlos. Y acabó atándolos con una única cuerda.

Enseguida se formó frente a nosotros un remolino de varios metros de ancho que giraba con velocidad creciente y que se agrandaba ante nuestros ojos.

—¿Es peligroso para una sirena? –le pregunté a Dana.

—Pues, imagínatelo, tan peligroso como una piraña marina. Pero cuentan que alguna ha salido de él con vida… –contestó sonriendo.

Estábamos tan absortos ante la visión del agua, que nos dimos cuenta demasiado tarde de que se acercaba a Caribdis una barca hinchable con dos chicos dentro. Fueron sus gritos pidiendo auxilio los que nos despertaron. Alfeo reaccionó enseguida.

—Es muy extraño, porque van en dirección contraria al viento –murmuró antes de sumergirse–. Parece que algo les guía hacia allí.

—¿Quieres que te acompañe? –le preguntó Ceix.

—No, ¡tú, protege a Stella! Si os pasara cualquier cosa o si os atacan, salid del mar.

—¡¿Salir del mar?! –preguntó Dana asombrada.

—Salid del mar –repitió Alfeo tenso, y desapareció debajo de las turbulentas aguas.

Desde la orilla vimos como Alfeo se acercaba a la barca. Los chicos, al descubrirle, dejaron de gritar y le tiraron un cabo. Alfeo lo agarró y comenzó a conducirles hacia la orilla italiana, la opuesta al remolino.

La potencia del agua parecía disminuir, y unos minutos más tarde escuchamos la voz de Alfeo que nos llamaba.

Nos sumergimos y –sorteando el lugar donde antes se retorcía el remolino– nos dirigimos por el mar oscuro hacia la voz, acompañados de los delfines y el equipaje. Los delfines parecían cada vez más nerviosos e intentaban deshacerse de sus ataduras. Ya era noche cerrada y a ambos lados del estrecho podíamos ver las luces de las casas.

—No sé dónde está –observó Dana, después de nadar un rato, y gritó:

—¡Papá!

No recibimos más respuesta que el sonido del viento y el chapoteo de nuestros delfines.

De pronto se escuchó un silbido. Era de nuevo semejante al que había precedido a mi ataque junto al faro. Busqué en mi corpiño la bolsa que me había dado Proteo.

—¡Papá! –gritó Ceix.

—¡Rápido! ¡Hacia adelante! –contestó la voz lejana de Alfeo.

Ceix y Dana se miraron extrañados dudando.

—¿Qué significa hacia adelante? –preguntó Ceix.

—¡Volvemos a la orilla! ¡Te esperamos allí! –chilló Dana.

—¿Y si le ocurre algo? ¡Tenemos que ir a ayudarle! –repuso Ceix a media voz.

—Debemos proteger a Stella. Y aquí pasa algo raro.

Me asusté al comprobar que el color de mi collar era casi negro.

—¡Rápido! ¡Rápido! –insistí.

Girábamos en dirección a la costa, cuando noté un objeto punzante que me apretaba en la espalda y una mano que me tapaba la boca. Intenté gritar, pero un dolor intenso me perforaba el costado. Alguien me sujetaba, impidiéndome cualquier movimiento.

—¡No te muevas! –susurró una voz masculina a mi oído.

Me revolví con todas mis fuerzas y entonces me golpearon en la cabeza y perdí el sentido.

42

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Me encontraba en una gruta de piedra oscura y no sabía el tiempo que había transcurrido desde el golpe, que era lo último que recordaba. Miré a mi alrededor y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, descubrí un pequeño agujero en el techo por el que entraba un rayo de luz desde la superficie. Intenté moverme y me di cuenta de que tenía los brazos atados mediante una cadena a una argolla metálica en la pared. La cadena además estaba enrollada, lo que me limitaba mucho los movimientos. Sentí alivio al descubrir a Dana y a Ceix también atados a unos metros de mí. Los dos parecían dormir, así que moví la cola con fuerza para despertarlos, pero fue en vano.

Dentro de la cueva parecía reinar un silencio de muerte, solo interrumpido por un sonido parecido al siseo de algún pez, proveniente del agujero de la bóveda. Estaba segura de que habíamos sido capturados por esos que buscaban a Pólux y que querían liberar al Leviatán. Por ese tipo con la serpiente al cuello, que habría acabado con Proteo, y quizá con Alfeo. Ya lo sabrían todo… Cuando yo en realidad no sabía nada y no tenía nada. Por si acaso, comprobé que aún conservaba la bolsa de asafétida de Proteo y oculté la caja de la llave que colgaba de mi cuello, dentro del corpiño. Era lo único que guardaba valor para mí.

Enseguida se despertó Dana, que miró a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde estamos?

—No tengo ni idea: parece que secuestrados.

—¡¿Y mi padre?! –preguntó asustada.

Agarró la cadena, que la ataba, para tirar de ella con fuerza.

—No sé, no lo he visto.

—¿Le habrán capturado también?

—Esperemos que no.

—¿Has visto a alguien más?

—Negativo.

Ceix tardó bastante en despertar.

—¿No estará muerto? –preguntaba Dana, que no alcanzaba desde su sitio a tocarle.

—Es una lástima, pero creo que respira.

Ceix despertó incorporándose de golpe, como si descendiera de una oscura pesadilla. Estuvo largo rato retorciéndose para liberarse –en vano– de la cadena.

—Ceix, como sigas haciendo gestos raros, acabarás herniándote –le dijo Dana.

—¡Ya! ¡Escaparé y os dejaré aquí a las dos hasta que os pudráis!

Poco tiempo después de que despertara Ceix, llegó un tritón muy gordo al que precedía una prominente barriga llena de lorzas de grasa. Su cuerpo estaba cubierto de tatuajes, que le cubrían la cabeza pelada e incluso la cara.

Dejó junto a Ceix unos peces muertos.

—¿Dónde esta mi padre? –le preguntó Dana.

No nos contestó.

Se acercó al enganche de la pared y desenrolló las cadenas, lo que, desde ese momento, nos permitió movernos con mayor libertad y acercarnos unos a otros. Despareció por la izquierda con el sonido metálico de una puerta.

Después de comer, Ceix intentó de nuevo romper la cadena, tirando de ella y mordiéndola con sus dientes puntiagudos, pero de pronto escuchamos una voz que desde la oscuridad nos dijo:

—No la vas a romper ni escaparás vivo.

—¿Quién es usted? –grité, pero nadie contestó.

Nos vigilaban.

Disminuyó la luz en la cueva y se tornó más pálida. Supusimos que había caído la noche fuera. Hablábamos en un susurro sobre el destino de Alfeo y las posibilidades que teníamos de escapar, cuando desde el pasadizo a nuestra izquierda, por el que notábamos que venía cierta corriente, aparecieron una sirena y un tritón. Ella era muy delgada con el rostro cadavérico, pero conservaba cierta belleza trasnochada; su pelo de color verde oscuro lo llevaba recogido en un moño mal hecho, despeinado. El tritón era corpulento, con la cabeza calva y le faltaba el ojo derecho, en su lugar conservaba un hoyo de arrugas. Los dos tenían casi toda la piel del cuerpo tatuada con extraños dibujos. Seguía al tritón un pequeño escualo grisáceo, que enseguida comenzó a nadar a nuestro alrededor.

—¡Mira lo que tenemos aquí! –dijo la sirena con una voz ronca, casi masculina–. Un grupo de inocentes turistas en Mesina…

—¿Y mi padre? –preguntó Dana.

—¿Tu padre? ¿Qué padre? –contestó la sirena con desprecio.

—Mi padre, el que nos acompañaba –explicó Ceix.

—¡Ya decía yo que seres tan pequeños no viajaban solos! –le señaló la sirena al tritón. Y después clavó sus ojos en Ceix.

—¿Está vivo? –insistió Dana.

La sirena absorta en Ceix pareció no oír la pregunta y el tritón se tomó tiempo antes de contestar. Mientras tanto, nos observaba con su único ojo negro.

—No tengo ni idea, pero nos da igual –habló el tritón por primera vez–. Tres niños

tontos… tres rescates pediremos.

Se hizo un silencio incómodo en la cueva. El escualo pasó rozando a la sirena y ella reaccionó como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica.

—¿Dónde vivís? –preguntó la sirena, simulando sonreír. Sus dientes eran verdes, como tapizados de musgo.

Ninguno de los tres contestó.

—¿No queréis hablar? No hay problema, mataremos a uno de vosotros y enseguida nos contaréis la verdad.

Con un movimiento rápido me agarró de un brazo y me acercó a ella, tanto como le dejó la cadena que me ataba. Desprendía un olor desagradable, como a pescado podrido. Con la mano pidió algo al tritón, que le alargó un puñal. Despacio lo apoyó en mi garganta y apretó.

—¡No! –gritó Ceix tan fuerte que todos le miramos fijamente.

—Parece que importas algo a este chico tan guapo –dijo, aflojando la presión del puñal.

—En la bahía antes del Mar de Alborán, entre el Cabo de Cope y Cabo Tiñoso –declaró Ceix.

—¿Familia? –preguntó el tritón, que con una larga espina amarilla se hurgaba entre los dientes picudos.

—Cueva de Lobos: Alfeo de Alejandría y Lorelei de Baltrum –contestó Ceix con un temblor en la voz.

Dana lo miraba con asombro.

La sirena me cortó un mechón de pelo con brusquedad y me soltó de golpe y con fuerza contra la pared de la cueva, con la que me golpeé.

La caja con la llave que llevaba colgada al cuello se salió del corpiño y quedó colgando de la cadena a la vista de todos.

—¡Eh! ¡Mira lo que tenemos aquí! –dijo el tritón tuerto, mientras se acercaba y miraba la llave con codicia.

Cogió el colgante con dos dedos, y con un movimiento rápido me sacó la cadena por la cabeza.

—¡No! –grité–. ¡Es de mi familia! ¡No! ¡Por favor!

Sin decir nada y sin mirarme se marcharon con el ruido metálico.

43

No pude evitar un sollozo. Nunca más volvería a recuperar el único recuerdo de mis padres.

—¿Te has hecho daño? –me preguntó Ceix, acercándose.

—No, solo un rasguño –mascullé.

En el codo tenía un pequeño arañazo que comenzó a sangrar. Como no tenía nada con qué limpiarme, me froté la herida en el corpiño con desesperación.

—Enséñamelo –dijo Ceix, que me agarró el brazo y observó el corte unos momentos–. No es muy profundo, se te curará.

Dana se apoyó a mi lado.

—No te preocupes, recuperaremos el colgante de tu familia…

—¡Era lo único que me quedaba de ellos! –susurré.

Ceix me miró fijamente y luego dijo:

—Te prometo que lo encontraré, aunque tenga que bajar a lo más profundo de la Garganta Helena… o a la fosa de las Marianas.

Las dos le miramos serias.

—¿Ya no te mantienes al margen? –pregunté recordando lo que me había dicho antes de secuestrarnos.

—Bueno… esto es distinto –contestó.

—¡Y tú, Ceix! –exclamó Dana–. ¿Para qué les dices el nombre de nuestros padres?

—¿Y qué? –titubeó–. ¿Dejo que la maten?

—No la iban a matar –contestó Dana–. No cobran lo mismo por dos que por tres rehenes.

—¡Ya! ¡Estos van disfrazados de caballitos de mar!

Le interrumpieron unos ruidos en el orificio del techo. Parecía que un gran pez golpeaba el agujero. Con su cuerpo tapaba la luz de la luna, dejándonos en una completa oscuridad.

—¡Lo que faltaba! –exclamó Ceix.

—¿Qué es eso? –pregunté algo asustada.

—Mientras no entre, prefiero no saberlo –contestó Dana.

Unos minutos más tarde cesaron los golpes. Aunque me costaba mucho creerlo, algo bueno se escondería detrás de que el tritón ese guarro y tuerto me hubiera robado la llave.

Cuando notamos que fuera era de noche y en la cueva la oscuridad era total, nos echamos a dormir. Después de un rato sin conseguir cerrar los ojos, Dana se acercó a mí.

—Oye, lo siento –susurró–. Yo he tenido la culpa de todo. He sido una egoísta. Sabía desde el principio que querías entrar en los Archivos Secretos de la biblioteca, y te utilicé: en el fondo solo me interesaba Oannes –Dana bajó la mirada–. Nunca pensé en los peligros a los que te exponía. Nos han secuestrado y mi padre ha desaparecido.

—Yo también te utilicé para venir a los archivos, pero ya no sirve de nada lamentarse. Solo hay que pensar en como escaparemos de aquí.

—¿Cómo te podríamos ayudar a encontrar a ese Pólux que andas buscando? –preguntó Dana–. No me niegues que es un encargo de Calipso.

—Estamos secuestrados, creo que lo importante ahora es salir de aquí. Muertos no podremos buscarlo… –respiré profundamente y continué–: He perdido toda esperanza de encontrar a Pólux… No tengo ninguna pista… nada. Es como encontrar un cangrejo en el Pacífico. ¿Tendré que ir a Tula?

—¿A Tula? ¡Ay, Señor! ¿Qué encontraste de Pólux en los Archivos Secretos?

—Historia, pero ningún dato actual, solo copié dónde está la cárcel de Gormax, donde encerraron a Leviatán… pero ni siquiera puedo situarla en un sitio concreto en el mar.

—¡Enséñamelo!

Saqué la tablilla con el mapa que había copiado en la biblioteca. Mientras la miraba, noté la cabeza rubia de Ceix entre las nuestras. Después de un rato observándola en silencio, Dana anunció:

—Ya sé dónde está…

—Sí, yo también –interrumpió Ceix sonriendo.

—¡Aquí! –exclamaron los dos.

—¡¿Aquí?! –pregunté extrañada.

—Sí, nos han traído a Gormax –añadió Ceix.

Atónita los miraba sin creer lo que estaban diciendo.

—¿En serio?

—Los Archivos Secretos no se suelen equivocar –dijo Dana.

Unas horas más tarde, cuando amanecía, entró el tritón gordo, desató a Ceix y se lo llevó. Regresó horas después agotado, con la cabeza agachada.

—¿Dónde has estado? –le preguntó Dana.

Pero Ceix no contestó. En la mano llevaba un trozo de piel de pescado. En silencio se acercó a mí y me vendó la herida del codo. Observé la cara pálida.

—¿Qué te ha pasado? –insistí.

Ceix se mordió el labio y no contestó.

44

Pasaron los días, en los que solo distinguíamos si era de día o de noche por el agujero del techo de la cueva. Agujero que a veces se oscurecía por el animal que producía una sombra alargada, y a través del que entraban trozos de pescado destrozados. Incluso un día cayó sobre nosotros un objeto blanco triangular del tamaño de mi mano.

—¿Y esto? –pregunté a Dana.

—¿Un diente de lo que está arriba? –contestó cogiéndolo.

—Si un diente tiene ese tamaño, ¿cómo será el resto?

—Prefiero no imaginármelo.

Todas las mañanas el tritón gordo venía a buscar a Ceix y todas las noches regresaba fatigado, pálido y sin fuerzas. Casi no hablaba y, después de comer unos peces, se dormía, hasta que nos despertaba con sus gritos fruto de alguna pesadilla. Nunca hubiera pensado que Ceix, el chulo de los mares, tendría miedo de algo. Pero allí en esa cueva, el hermano de Dana callaba algo que le hacía sufrir en silencio.

Una noche, en la que su constante gimoteo entre sueños nos despertó, Dana y yo nos acercamos a él.

—¡Ceix! ¿Qué ocurre? ¡Nos vas a contar ahora mismo a dónde te llevan todos los días! –le dijo Dana, despertándole de una sacudida.

—Por vuestro bien, es mejor que no lo sepáis –contestó Ceix con un murmullo.

—Por nuestro bien, queremos saberlo –contesté, recordando la asquerosa mirada de la sirena de dientes verdes.

Ceix se incorporó.

—Con los muertos… –contestó, apretando los labios y bajando la mirada.

—¿Qué muertos? –pregunté yo.

—Todos los secuestrados, como nosotros, que mueren.

—¿Hay más secuestrados?

—Sí, y, si no pagan el rescate, permanecen aquí hasta que mueren. Yo los saco afuera y los hundo para que se los coman las cañabotas.

Dana me miró.

—¿Y fallecen muchos?

—Todos los días uno o dos. Algunos son muy jóvenes para morir… Creo que, cuando no esperan recibir rescates de ellos, les inyectan algo.

—¿La de los dientes verdes? –preguntó Dana.

—No, ella solo decide. Tiene a mucha gente trabajando a sus órdenes.

—¿Podremos escapar de alguna manera? –le pregunté llena de temor.

—Esto es una cárcel de alta seguridad: solo liberan a los muertos.

Nunca había pasado tanto tiempo dentro del agua y a veces sentía que me faltaba el aire, pero no quería desanimar a Dana con mis miedos. Recordaba las palabras de Calipso cuando me enseñó a respirar:

—Si controlas tus pensamientos, controlarás tus sentimientos.

Intentaba tener la cabeza ocupada. Pensaba en mi misión: no había encontrado al arquitecto, pero nos encontrábamos en la cárcel de Leviatán; repasaba las playas de mi pueblo, imaginaba qué estarían haciendo mis amigas y Pau en ese momento… ¿Me recordaría Pau? ¿Esperaría mi regreso mirando al horizonte como las esposas de los navegantes? Algo difícil en un hombre. Y me repetía que todo saldría bien, que quizá estar secuestrada me libraba de la muerte, como la sirena del cuento de Melusina.

Las paredes de la cueva en la que nos retenían eran de piedra, pero, a diferencia de otros fondos submarinos, las rocas no estaban cubiertas por corales ni algas ni esponjas. En sus paredes negras no se escondían peces ni moluscos ni crustáceos. Estaba pelada, muerta y silenciosa.

Nos vigilaban a todas horas desde un agujero parecido a una ventana, casi siempre otra sirena de pelo sucio muy parecida a la de dientes verdes. Era tan delgada, que se le notaban las costillas al respirar. Llevaba el pelo, de un color indefinido entre verdoso y negro, peinado en unas extrañas trenzas, como si tuviera pegotes sobre la cabeza. Y desde el cuello hasta la cintura la piel estaba cubierta por tatuajes negros. En lugar de corpiño, le tapaba algo parecido a un trapo viejo. Comenzamos a llamarla Medusa, y Polifemo fue el nombre que le dimos al tritón gordo de la barriga, que nos traía la comida y que nunca contestaba a nuestras preguntas.

Después de varios días, Dana comenzó a desanimarse y solo se pasaba la mano por el pelo repitiendo que se estaba volviendo verde.

—¡Podrido! –repetía–. ¡Mi pelo está podrido!

—Intuyo que nos van a sacar pronto de aquí –afirmaba yo con rotundidad.

Ella estaba convencida de que nos encontrábamos en manos de unos vulgares piratas, que solo buscaban dinero. Yo pensaba que estábamos en manos de los secuaces de Leviatán. Y que solo era cuestión de tiempo que nos mataran.

Llevábamos allí una semana –según las cuentas de Dana, que marcaba los días en una pared– cuando Medusa, tras las insistentes peticiones de Ceix, nos soltó las cadenas de las manos.

—Solo tengo permiso para dejaros libres unos minutos.

El metal oxidado ya nos había producido un sarpullido.

—¿Y no tendrá algo para las heridas? –le pregunté.

La sirena me contestó con una mirada de indiferencia y nos hizo limpiar la cueva de restos de pescado y dejarlos en una concha de tortuga. La concha había pertenecido a una tortuga boba, de no más de treinta años de vida. Recordé a Boba, en la que no había pensado en todo el viaje. Quizá había vuelto a caer en una red de arrastre.

—¡Seguidme! –nos ordenó a Dana y a mí.

Las dos fuimos tras ella arrastrando la concha por el pasillo de nuestra izquierda hacia la puerta por la que entraban y salían. Era metálica con una ventana de gruesos barrotes. Parecía arrancada de un barco hundido. La cerró detrás de nosotras con un pestillo situado en la parte inferior. Seguimos por una amplia galería oscura. Nos precedía un pez luminoso. A ambos lados del pasillo, en hendiduras en las paredes descubrimos a esos otros tritones y sirenas, que parecían haber sufrido el mismo destino que nosotros. Su aspecto era terrible, pues yacían como muertos en oscuros rincones. Algunos ni se movían, otros nos miraban con expresión perdida. En la roca habían grabado el nombre de cada uno.

Llegamos a lo que la sirena llamó vertedero. Se trataba de un agujero en la roca tapado con una plancha metálica oxidada que parecía comunicar con el mar abierto. Vaciamos la concha y nos dispusimos a volver.

Al regresar, Dana se detuvo en medio del pasillo.

—¡¿Qué haces ahí?! –gritó Medusa cuando se dio cuenta.

Como Dana no se movía, parada delante de un tritón que yacía dormido en el suelo con una larga barba gris, la sirena la empujó.

De mala gana, Dana la siguió hasta la cueva, donde nos volvieron a atar, y, cuando nuestra guardiana desapareció, me susurró:

—En el pasillo he encontrado a Pólux.

45

—¡En serio! –exclamó Dana entusiasmada–. He leído su nombre en la roca.

—Mira, Pólux es un nombre vulgar, habrá cientos en todo el Mediterráneo… –contesté, intentando parecer indiferente.

—Pero ¡¿y si fuera él?!

—Ya… la coincidencia del siglo –contesté.

—¿No nos dijo Proteo que se solía esconder aquí cuando tenía deudas?

—No digas tonterías.

«¿Qué hacía un tal Pólux allí? ¿Sería el mismo que yo andaba buscando?», pensé nerviosa y con cierta esperanza.

Era cierto: Proteo nos había explicado que el arquitecto se escondía en Gormax cuando le asediaban los acreedores. Pero seguro que eso era antes de que Medusa y sus amigos secuestraran a todo incauto que pasara por la zona.

El color de mi collar había cambiado desde el color negro, del día del secuestro, al marrón.

Esa misma noche nos visitó de nuevo la sirena jefe, la de pelo y dientes verdes.

—¡Bien, bien, bien… parece que vuestros queridos padres van a pagar el rescate y pronto podréis salir de aquí! –exclamó, paseándose arrogante delante de nosotros–. Vosotras dos… Él se quedará conmigo.

Señaló a Ceix, que palideció.

—¿Nuestros padres? –preguntó Dana con alegría.

—¡Que te calles! –gritó con rudeza–. ¡Mema, que eres una mema!

Dana bajó los ojos. El labio inferior le temblaba.

La sirena continuó hablando.

—Para que vean lo bien que os hemos tratado, os daremos algo más de comer y os soltaremos esas horribles cadenas… ¡De todas las maneras no escaparéis de una cárcel de máxima seguridad!

Con una seña, Polifemo, el tritón gordo, salió de la sombra y abrió las cadenas, que cayeron sobre la roca con un tintineo. Alrededor de nuestras muñecas no solo teníamos un sarpullido, sino que habían aparecido ampollas, que al reventarse dolían como si la piel estuviera en carne viva.

—Por favor, necesitamos padinas para curarnos y vendarnos las heridas –le pidió Ceix.

Le miró sonriendo, y Ceix rechazó la mirada. La sirena se acercó a Dana y con un cuchillo cortó otro mechón rizado de su pelo.

—Corte lo que quiera porque está totalmente podrido –dijo Dana insolente–. Como si me deja calva.

La sirena levantó la mano para abofetear a Dana, pero la bajó llena de furia y salió dando un portazo.

—Hermanita, te has pasado –indicó Ceix–. Esa mujer es una mala pécora.

—Prefiero que me maten antes que pasar un día más aquí con esa tía.

—Por lo menos ahora sabemos que papá está vivo –dijo Ceix.

—¡Jamás le volveremos a ver! –contestó Dana.

Me acerqué a ella, le agarré por los hombros y la miré a la cara.

—Dana, están a punto de liberarnos.

—¡No lo soporto más!

—Yo tampoco, pero nos están dando la oportunidad de convertirnos en sirenas fuertes. No nos podemos tronchar, como un coral seco…

Dana se echó en un rincón de la cueva.

Cuando más tarde vino Polifemo con la cena, traía en la mano las hojas de padinas para curarnos. Dejé unas junto a Dana y otras se las di a Ceix, guardando mi parte sin usarla.

—No nos iremos de aquí sin ti –le dije a Ceix antes de echarme a dormir.

Sentía cierta alegría, no tanto por nuestra liberación, y no la de Ceix, sino porque –como afirmaba Dana– los secuestradores no tenían nada que ver con Leviatán. Si ese Pólux del pasillo era el mismo que yo andaba buscando, el haberle secuestrado era una muestra de ello. Y, gracias a que lo habían tenido apresado, le habían salvado la vida. Y la nuestra. Antes de nuestra liberación debía hablar con él.

A partir de ese momento podíamos nadar dentro de nuestra cueva, sin salir de ella. Yo había notado que en el primer relevo de la mañana entre Medusa, la sirena de pelo sucio, y Polifemo, el tritón gordo, había un intervalo de varios minutos, en los que el tritón reunía todo el pescado que podía capturar, para comérselo –haciendo ruidos con la boca– durante la guardia. Así que, en la primera ocasión que tuve al día siguiente, nadé hacia arriba, hacia la luz. Por la abertura, descubrí que encima de nosotros se encontraba otra cueva más grande, que comunicaba con la superficie, donde brillaban los rayos plateados del sol. El agujero era tan ancho que cabía con facilidad el cuerpo de una sirena, así que resultaba extraño que esa salida no estuviera custodiada. Noté un silencio extraño, solo perturbado por un ligero susurro. Me disponía a subir más, cuando un

objeto tapó el sol. Me paralicé al descubrir un tiburón blanco de varios metros que nadaba tranquilo encima de mí, enseñando una fila de dientes como cuchillos. Llena de miedo, regresé a la seguridad de nuestra cueva, sin que el vigilante se diera cuenta.

—Yo creo que es un experimento genético o una mutación. ¡No existen tiburones de ese tamaño! –expliqué a Dana y a Ceix.

—¡Ni se te ocurra volver a subir sola! –me advirtió Ceix–. ¿No te das cuenta de que te podría haber atacado?

—¡Anda, que pareces mi abuela! –exclamó Dana–. ¡Deja a la chica que haga lo que le dé la gana! ¡Pero ni se te ocurra irte sola! ¡Y menos con un tiburón! ¡Ah! –continuó hablando con Ceix–. No pienses que te vas a librar de nosotras tan fácilmente. ¡O nos vamos los tres o ninguno!

El Ceix que ahora nadaba en la cueva bajo el tiburón no tenía nada que ver con el hermano de Dana que yo había conocido. Después de los primeros días en los que guardó silencio sobre su trabajo deshaciéndose de los muertos, comenzó a interesarse por nosotras. Se preocupaba de que comiéramos y nos daba parte de su ración; contaba anécdotas e historias y se inventaba juegos para entretenernos.

Al día siguiente del descubrimiento del tiburón, tenía planeado inspeccionar la puerta de nuestra cueva durante el cambio de guardia, pero Dana no quiso levantarse. Ni siquiera se movía, encogida en posición fetal.

Ceix puso cerca de ella uno de los mejores pescados de la noche anterior, pero lo apartó con asco.

—Me quiero morir –susurró.

Medusa, la sirena tatuada que nos vigilaba, se marchó. Comenzaba la cuenta atrás hasta que llegara Polifemo con su barriga y se llevara a Ceix.

—Me quiero morir –repitió Dana–. O que me coma el bicho ese de arriba de un bocado.

Crucé una mirada seria con Ceix. Me senté cerca de ella y le cogí la mano. Su pelo no, pero sus uñas sí que tenían una tonalidad verdosa. También las escamas de su cola habían perdido brillo.

—Dana, ayer no cenaste. Están a punto de liberarnos. Tus padres se van a asustar mucho si te encuentran en mal estado.

—Me da lo mismo.

—Piensa en ellos… piensa en nosotros.

—Solo pienso en la muerte. Nos moriremos aquí, nadie nos rescatará. ¡Nos pondrán una inyección!

Miré a Ceix con preocupación.

—Dana –murmuré apartándole el pelo de la cara.

Su piel era casi transparente.

—Estamos aquí por mi culpa. Soy una egoísta… –continuó.

—¡Dana! ¡Gracias a ti he entrado en los Archivos y hemos encontrado a Pólux!

—Hay cientos de tritones con ese nombre… –susurró–. Y además me voy a quedar sin hermano, por muy imbécil que sea.

Decidí insuflar un poco de aire en su mente encharcada. Dejé de contar los minutos y renuncié a la puerta.

—Dana, cuando volvamos a nuestra isla, te vendrás un día a mi casa. ¡Va a ser genial! Te dejaré ropa. ¡Tengo una ropa tan bonita! Perfecta para pelirrojas como tú. Y nos pasearemos por el puerto y te presentaré a todas mis amigas… ¡Y tengo unos amigos! Tienes que conocer a Méndez, que hace los mejores flanes del puerto… Seguro que sabe hacerlos de pescado. ¡De mero! Y a mi primo Pau. ¡Es el chaval más guapo que has conocido en tu vida! ¡Junto con el faro de Alejandría, una de las maravillas de la creación!

Dana movió la cabeza y me miró con los ojos rojos.

—¿El de la piragua? –preguntó en un susurro.

—¡¿Cómo sabes que monta en piragua?!

—A veces, cuando me aburro, les veo entrenar –contestó Dana, y en sus labios se dibujó la sombra de una sonrisa–. ¿Es el del beso?

—¿Qué beso?

—Al que quieres besar para unirte a él para siempre.

En ese momento noté la presencia de Ceix, apoyado en una roca a nuestro lado, y sentí vergüenza.

—¡Yo no he dicho nunca que quiera besarle!

—No, pero lo piensas.

Ayudé a Dana a incorporarse, mientras le abría un pescado. Se frotó los ojos con la mano y sonriendo me preguntó:

—¿Me prometes que saldremos juntas?

—Te lo prometo –contesté, abrazándola.

Por la noche, Medusa, que enseguida se dio cuenta del estado de Dana, se la llevó con la concha de tortuga.

—¡Que vayan ellos! –replicó Dana.

—¡No, tú! –ordenó la sirena.

Dana la siguió y permaneció fuera más rato de lo normal. Volvió entusiasmada.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha atado con una cadena muy larga y me ha sacado al mar abierto. ¡Una maravilla! Hasta me ha dejado cazar unos peces ¡vivos! Pero lo mejor es que ese Pólux es el que buscas.

—¿Cómo lo sabes? –pregunté–. ¿Has hablado con él?

—No, pero todas las paredes que le rodean están llenas de dibujos de planos, arañados con alguna piedra. También me he fijado en sus manos, sus dedos de la mano derecha están deformados. Eso solo le pasa a una persona que ha escrito mucho.

—Ya veremos…

Parecía que se alargaba nuestra liberación, así que, en el siguiente cambio de guardia, me acerqué a la puerta metálica.

—¡Eh! ¿Puedo saber adónde vas? –me preguntó Ceix, dejando la partida imaginaria de ajedrez con Dana.

Su pelo rubio ceniza estaba ya adquiriendo también una tonalidad verdosa.

—Quiero hablar con el preso del pasillo, ese que se llama Pólux –repliqué.

—¿Y cómo vas a salir? –preguntó Dana.

—Con imaginación. Si no vuelvo enseguida, distraed a Polifemo.

Delante de la puerta, saqué del bolsillo del corpiño las padinas, que ya no eran verdes, sino marrones. A pesar del color, no mostraban señales de putrefacción y parecían resistentes. Rodeé con ellas las bisagras de la puerta introduciéndolas en el hueco que permitían que giraran, para que no chirriase. Até el resto de las padinas entre sí con una lazada en el extremo. Si conseguía sacarlas por el ventanuco y alcanzar el pestillo, podría abrirla tirando hacia arriba. En el primer intento la lazada se deshizo, en el segundo se rompió y solo en el tercero conseguí levantar el pestillo y moverlo hacia la derecha. Pero, antes de haberlo movido hasta el final, se me escurrieron las algas y se cayeron al suelo, al otro lado de la puerta.

—¡Excremento de tiburón!

Ahora sí que me había metido en un buen lío, porque los guardianes descubrirían las algas y el pestillo medio abierto.

En ese momento noté una respiración detrás de mí.

46

Me giré asustada y me encontré con Ceix, que me hacía un gesto de silencio con uno de sus dedos palmeados.

—¿Qué pasa? –susurré–. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Se te ha roto? –preguntó.

Y puso en mi mano un alambre con la medida exacta entre el ventanuco y el cerrojo. Sin decir nada, regresó a nuestra cueva.

Con el alambre me resultó mucho más sencillo abrir la puerta. La atraje hacia mí sin ningún ruido. Solo tenía unos minutos antes de que Polifemo me descubriera.

Me acerqué al tritón de barba gris, que me había indicado Dana.

—¿Pólux? –susurré.

El tritón se movió ligeramente, pero parecía sumido en un sueño embriagador. Le zarandeé con cuidado.

—¡Pólux, despierte! ¡Vengo de parte de Electra!

Tuve la intuición de que era el tritón que estaba buscando.

—¿Electra? –murmuró–. Electra… la hermosa Electra de la bahía.

Era él. Pero no reaccionaba. Le agarré por los hombros y lo incorporé.

—¡Necesito que me ayude! ¡Quieren liberar a Leviatán! ¡Le buscan!

Parecía como borracho. Me arrimé a la pared para evitar ser vista.

—¡Por favor! ¡Por favor! –repetí, sacudiéndolo de nuevo.

—¿Quiénes me buscan? –preguntó por fin con voz débil.

—No sé, los que quieren liberar a Leviatán.

Respiró profundamente.

—Es imposible… Aquí no me encontrarán jamás. Leviatán no escapará… ¿Pero tú quién eres?

—Me llamo Stella.

Me interrumpió abriendo mucho los ojos.

—¡Stella! ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

Una mano me agarró el hombro con fuerza, y, al girarme, el tritón obeso me miraba enfurecido.

—¡Otra como esta y te mato! –me amenazó, empujándome hacia nuestra cueva.

Dentro, me ató con una cuerda trenzada a la argolla de la que colgaban las cadenas.

—¿Por qué no le habéis entretenido? –le pregunté a Dana.

—Te ha descubierto antes de entrar aquí.

Aquella noche Ceix regresó muy tarde, casi al amanecer. Entró intentando no hacer ruido y se echó a dormir, pero no dormía. Con los ojos abiertos, miraba hacia el techo.

—Ceix, gracias por el alambre –dije.

—Es la primera vez que me das las gracias por algo. Pero creo que no va a servir de nada.

—¿No va a servir de nada? ¿El qué?

—El haber encontrado a Pólux esta mañana –contestó con un tono de voz tan triste que parecía que iba a comenzar a llorar.

—¿Por qué? –le pregunté.

Ceix guardó silencio.

—¿Qué ha pasado? –insistí.

Ceix se giró hacia mí.

—Esta tarde he hundido el cadáver de Pólux.

47

Al día siguiente, cuando Ceix se marchó, nos obligaron de nuevo a limpiar la cueva. Me encontraba tan mal, después de una noche sin dormir, que no tenía fuerzas ni para sujetar la concha de tortuga.

—¡Venga, que os vais mañana y hay que dejar esto limpio! –dijo Medusa, la sirena de pelo sucio.

—¿Por qué mi hermano se queda? –le preguntó Dana.

—Un capricho… –susurró la sirena–. ¡Vamos!

Con la muerte de Pólux había perdido toda la esperanza, pero también pensaba que con su desaparición se habrían acabado todos los problemas, porque Leviatán nunca le encontraría y no podría abrir la jaula: había conseguido mi objetivo.

—Ven conmigo. ¿Pero quién te ha atado? –me preguntó la sirena.

—Su compañero –contesté.

—¿Por qué?

—No sé, le caigo mal…

La sirena dudó, pero luego sacó una navaja y la cortó, dejando el cabo colgando de mi mano.

Avanzamos por el pasillo con el pez linterna delante de nosotras. Aún no habrían ocupado el hueco de Pólux, que imaginé vacío. Pero un par de metros antes, percibí en el agujero una sombra y algo saltó en mi interior. Al acercarme, tuve que respirar profundamente, porque allí sentado estaba el tritón Pólux.

Me miró fijamente. Parecía algo más despierto que la vez anterior. Cogió una pequeña concha que tenía a su lado y me siguió.

—¡Eh! ¿Adónde vas? –le gritó Medusa con rudeza.

—Necesito vaciar la concha –contestó él, bajando la cabeza y la mirada con una falsa sumisión.

Detrás de mí oí enseguida su voz en un susurro:

—Aquí no me encontrarán jamás, el secreto está bien guardado… No tengo a nadie que pague el rescate y no saldré nunca…

—¿Nadie sabe que usted está aquí?

—No, eso no importa ahora… Pero ellos podrían liberar a Leviatán si encontraran la llave…

—¿Qué llave? –pregunté, mientras limpiaba con escrúpulo la concha de tortuga.

—La de la jaula. Solo los Tres Sabios saben dónde está. Y seguro que se la dieron al

superviviente.

La sirena tatuada empujó a Pólux para que regresara a su sitio.

—¿A qué superviviente?

—Al del palacio de gobernación.

—¿Y dónde está el superviviente? –pregunté.

—¡Venga! –chilló la sirena.

Pólux me miró y movió la cabeza a ambos lados.

—Solo el Último tiene la llave, nadie le conoce, ni su paradero secreto, solo los Tres Sabios saben quién es… ¡Él acabará con Leviatán!

Esperé con cierta ansiedad durante todo el día el regreso de Ceix, que llegó antes de la hora acostumbrada.

Cuando se marchó Polifemo, que le acompañaba y que nos había traído un pulpo y varios pescados medio podridos, le dije:

—¡Ceix! ¡El Pólux que enterraste no era el mío! ¡Está vivo! ¡He hablado con él!

Los dos se acercaron a mí y me abrazaron con fuerza. Nunca jamás habría pensado que acabaría abrazada a Ceix en una cueva submarina.

—Por cierto, Ceix, ¿qué haces aquí a esta hora? –le preguntó Dana.

—No lo sé, fuera está pasando algo extraño…

—¿Habrán venido a pagar el rescate? –pregunté.

—Ni idea.

Un par de horas después, Medusa entró en la cueva armada con un arpón y se colocó junto a la puerta. Enseguida llegó a nosotros un fuerte ruido desde el exterior. Entró otra sirena que yo no había visto nunca, y que llevaba varias armas acuáticas colgadas a la espalda, se acercó a Medusa y habló con ella en susurros durante unos minutos. Medusa se enfadó y comenzaron a discutir en voz baja. Solo pude entender una frase:

—¡Las armas no sirven de nada!

La sirena de los arpones se marchó, y entonces nuestra guardiana comenzó a nadar por la cueva de un lado a otro, algo que nunca había hecho otros días, en los que se limitaba a dormitar detrás del ventanuco por el que nos vigilaba.

Nos mandó echarnos a dormir, pero yo no tenía sueño, porque ni siquiera había anochecido y le daba vueltas a las palabras de Pólux, sobre el único superviviente. ¡Pobre Pólux! Parecía destinado a permanecer allí hasta su muerte, desesperado, sin nadie que le pagara el rescate. Ni siquiera sabía que todos los días en un muelle una sirena con pies humanos esperaba su vuelta acompañada de un gato color caramelo y un carro lleno de bolsas de plástico. Aunque Pólux tendría que reconocer que se había comportado fatal con ella. Todo indicaba que se acercaba nuestra liberación, según nos

había anunciado la sirena de dientes verdes, y le abandonaríamos en ese asqueroso pasillo. Como a Ceix…

Sentía tanta alegría por marcharme después de haber encontrado a Pólux, que tenía que hacer esfuerzos para sentir pena por él. Si no le encontraban, jamás descubrirían el secreto. ¡Pero no podíamos regresar a casa a nadar entre veraneantes, dejándole allí!

Pasó otra hora –bajo la vigilancia de Medusa– en la que no había conseguido dormir, ni siquiera cerrar los ojos, cuando escuchamos un grito de dolor intenso que resonó en las rocas, como un martillazo. Dana y Ceix se sobresaltaron. Poco después, se desató una lucha en la cueva de arriba entre el tiburón blanco y otro animal. Peleaban con fuerza, y nuestra cueva comenzó a llenarse de un líquido negro que entraba por el agujero de arriba. De pronto nos dimos cuenta de que estábamos solos, no teníamos guardia. Nos dirigimos a la puerta, que se encontraba abierta y descubrimos que Medusa daba patadas a todos los prisioneros del pasillo, entre ellos Pólux, para que se levantaran.

—¡Eh, vosotros! ¡Deteneos! –nos gritó con voz temblorosa.

Los otros prisioneros hicieron una fila junto a la pared y esperaron.

El tumulto y el ruido en la superficie aumentaban. Parecía que se hubiera desencadenado una batalla entre sirenas, tritones y algún extraño animal. Mi collar era negro, mi miedo también.

Mientras nos incorporábamos a la cola, Medusa nos vigilaba con cierta ansiedad, mirando sin cesar hacia el vertedero, que comunicaba con la superficie del mar. De pronto, se oyó un ruido metálico y detrás de ella surgió una figura oscura y grande, una serpiente negra y ancha. En el lomo se levantaba una cresta roja puntiaguda. Abriendo la boca, se abalanzó sobre Medusa y de un mordisco dio buena cuenta de ella.

—¡Serpientes gigantes! –chilló alguien en el pasillo.

El grito hizo que la serpiente se girara y descubriera nuestra presencia. Tragó a Medusa y, zigzagueando, se acercó a nosotros por el pasillo.

Me acordé de Proteo y de la bolsa de asafétida que me había dado contra las serpientes. La busqué en el bolsillo trasero de mi corpiño. Saqué un poco de pasta marrón, la apreté hasta formar una bola y, con la mano extendida por delante de mi cabeza, me dirigí hacia ella. Sus ojos rojos me miraban fijamente.

—¡¿Qué haces?! –exclamó Ceix, intentando cerrarme el paso.

Las sirenas y tritones gritaban asustados. A un par de metros de ella, le lancé la bola. La pasta marrón comenzó a deshacerse en el agua y la serpiente, con asco, retrocedió y se dio la vuelta, despareciendo.

—¿De dónde has sacado asafétida? –me preguntó Pólux.

Todos los prisioneros del pasillo me miraban asombrados.

—Es muy largo de contar… ¿Nos están atacando? –le pregunté.

—Sí, son ellos. Nos han encontrado.

Respiré profundamente. De pronto, me di cuenta de que Ceix también había desaparecido.

—¿Y tu hermano? –pregunté a Dana.

—No lo sé, estaba aquí hace un momento… –contestó, mirando entre los que nos rodeaban.

—No nos podemos marchar sin Ceix –dije, alarmada.

La sirena jefe, la de pelo verde oscuro, apareció al final del pasillo. De su espalda colgaba un arpón de gran tamaño.

—¡Todos fuera de aquí! –gritó–. ¡A la cámara de seguridad!

—En la cámara de seguridad moriremos… –repuso Pólux, acercándose a ella.

—¡Que te calles, viejo inmundo! –contestó, golpeándole en la cara con el mango del arpón.

Todos seguimos en fila a la sirena por el largo pasillo. Avanzábamos por un laberinto de cuevas y galerías submarinas. Siempre hacia abajo, en dirección contraria a la refriega.

Entonces Pólux se aproximó de nuevo a nosotras.

—Tenemos que huir –susurró a mi oído–. Nadie regresa de esa cámara de seguridad. Allí encerramos a Leviatán: está maldita.

—¿Qué? –pregunté.

—Que los secuestradores nos van a matar… que hay que huir a mar abierto.

—¿Y Ceix? ¡No podemos abandonarle! –exclamó Dana.

—Si le buscamos, moriremos todos. Será un sacrificio en vano. Es nuestra vida o la de Ceix.

48

—¡No: es nuestra vida y la de Ceix! –contesté–. No nos marcharemos sin él.

Pólux nos observó unos segundos.

—Le buscaremos en las galerías, pero nos alejaremos de estos y la cámara de seguridad.

—De acuerdo –contestó Dana.

Yo afirmé con la cabeza.

Pólux miró a la sirena de pelo verde que nadaba delante del grupo, y después, con una señal de cabeza, nos indicó un largo pasillo a nuestra derecha. Nos separamos de ellos con rapidez. Pólux, que parecía haber recuperado sus fuerzas, nadaba el primero.

Nos distanciábamos de la pelea y el silencio aumentaba considerablemente. Tenía la impresión de que nos movíamos en un enorme laberinto del que era imposible salir. Pero Pólux nos guiaba con seguridad y determinación: él había construido aquel laberinto.

Solo en una galería que se dividía en tres, pareció dudar.

—Creo que por aquí había una salida de emergencia… Pero ahora no sé para qué utilizan esta zona.

Entramos en un pasillo mucho más amplio y diferente. La piedra de las paredes estaba cubierta de dibujos extraños y encima de ellos se veían argollas y enganches vacíos.

Pólux se detuvo escrutando con la mirada el final de la galería. Escuchamos un débil gemido.

—Esto no tiene salida. ¡Vámonos!

De pronto se oyó un ruido metálico acompañado de un grito: era la voz de Ceix.

Provenía del fondo del pasillo, de lo que parecía una celda cerrada con barrotes metálicos. Cuando nos acercamos, descubrimos una estancia repleta de objetos preciosos: copas de oro, baúles llenos de monedas, collares de diamantes, perlas y esmeraldas… Ceix luchaba contra el jefe, el tritón tuerto que me había quitado el colgante de mis padres. Peleaban con sendas espadas antiguas de empuñadura ricamente adornada. Ceix se defendía, nadando entre montañas de objetos que se elevaban casi hasta rozar el techo. Algunos caían al suelo por los golpes de los dos tritones.

Intenté abrir la puerta pero estaba cerrada. Si era una sala de tesoros, en algún lugar debía estar la llave, o quizá la tenían dentro. En ese momento, Ceix se dio cuenta de nuestra presencia.

—¡Marchaos! –gritó.

El tritón tuerto aprovechó para intentar clavarle la espada en un hombro, pero Ceix reaccionó con rapidez, provocando que una máscara de oro chocara contra el suelo.

—¡Insensatos, huid! –insistió Ceix.

Con la mano izquierda sujetaba una cadena, que enseguida reconocí como la de mis padres.

—¡Le va a matar! –dije a Pólux, que atónito contemplaba la lucha.

Pólux, como si despertara de un mal sueño, se acercó a la puerta de metal.

—Necesito vuestra ayuda –observó–. No hay nada como construir una cárcel para saber escapar de ella… ¡Stella en la parte superior de la puerta y Dana abajo, junto a los goznes! ¡Cuando golpee la puerta, empujáis hacia arriba!

Pólux dio la señal y le obedecimos usando todas nuestras fuerzas. La puerta salió de los goznes y cayó pesadamente sobre el suelo de piedra con un fuerte golpe.

Ceix luchaba con el tuerto detrás de uno de los montones de objetos y nos escondimos junto a un cofre metálico. Los dos gemían de cansancio.

—¡Mirad! –indicó Dana–. En el techo hay una argolla. Si conseguimos colgar una cadena de ella con un objeto pesado, se la podremos lanzar al tritón.

—Es muy peligroso –objetó Pólux–. El tuerto te podría atacar…

—No me va a ver, porque vosotros llamaréis a Ceix para que se acerque a la pared junto a la puerta, y yo quedaré fuera de su ángulo de visión –contestó cogiendo del suelo una cadena dorada.

—¡Ceix, a la puerta! –gritó Pólux, mientras Dana nadaba hacia el techo.

—¡Marchaos! –contestó Ceix.

—¡A la puerta!

Unos segundos más tarde nadaba de espaldas acercándose a nosotros, seguido del tuerto. Dana se elevó hacia el techo, pasó la cadena por la argolla y de uno de los extremos colgó un caldero de plata. Lo agarró con esfuerzo y se alejó hasta el otro extremo de la sala, a una altura media entre el suelo y el techo.

—¿Cómo va a golpearle? Está lejísimos –susurré a Pólux.

—No sé… ¡A la derecha, Ceix! –gritó Pólux.

—¿A qué derecha? –gritó Ceix.

Nos dimos cuenta de que no nos entendería. De repente tuve una idea.

—Estamos a las seis. ¡Debes ir a las nueve!

—¿Qué nueve? ¿Qué seis? –preguntó Ceix.

—Las del reloj…

Ceix y su adversario se alejaron con un violento aletazo, provocando que una lámpara de cristal cayera desde la altura a un metro de nosotros, estrellándose contra el suelo y rompiéndose en trozos.

—Ahí va la lámpara del Titanic –susurré.

Y me di cuenta de que en el mar no se usaban relojes de mano con agujas y pilas.

—Tiene que ponerse en la puerta junto a la pared. Yo voy a ayudar a Dana –dijo Pólux, y se alejó nadando a ras del suelo.

Me asomé y comprobé que Ceix había ocupado el lugar contrario al que le había indicado.

—¡A estribor! –chillé.

—¿Qué es eso?

—¡A treinta grados norte de la puerta! –le grité.

—¡¿Pero cuál es el norte?! –preguntó Ceix sin resuello.

Más por casualidad que por mis indicaciones, se colocó donde esperábamos, junto al baúl metálico, pero de espaldas a Dana. Si ella tiraba el caldero, el tuerto lo vería de frente y golpearía a Ceix por la espalda. El tuerto parecía agotado por la duración del enfrentamiento, y enfurecido acompañaba cada estocada con un insulto lleno de ira.

Me di cuenta de que estaba sola y que nuestra vida dependía de mí y de la fuerza de Pólux y Dana.

—¡Así! –grité, dejándome ver y haciéndole un gesto con las manos para que se diera la vuelta.

El tritón dejó a Ceix y se dirigió a mí empuñando la espada. Este aprovechó y le dio una estocada por la espalda, que hizo que el tritón se girara para atacarle con más saña.

Ceix nadó hacia la puerta llevándose al tritón con él y, por su cambio de expresión, deduje que había descubierto a Dana, pero siguió luchando. El tuerto lo estaba acorralando contra la pared, cuando empujaron el caldero, que golpeó de lleno en la espalda del tritón. Ceix se agachó y el tuerto impactó contra la piedra con un golpe seco. En ese momento, Pólux, que había atravesado la estancia con rapidez, golpeó también uno de los montones de oro, que cayó sobre él, sepultándolo bajo un enorme estruendo.

Ceix se acercó a nosotros con mi colgante en la mano.

—¡Gracias! –exclamó sin soltar la espada–. Nunca pensé que mi hermana sería capaz de semejante proeza.

—Ni yo que tú supieras esgrima –contestó Dana.

—Aquí tienes el regalo de tu familia… Peor que bajar a la Garganta Helena –dijo sonriendo, y me lo colgó al cuello.

Se agachó y cogió un collar de perlas.

—Esto también –añadió, haciendo ademán de abrochármelo.

—¡Perlas, no! –repuse, acordándome de Vanesa y su collar de perlas cultivadas–. ¡Mejor esto!

Tomé una pulsera de coral rojo y me la introduje en la muñeca. Cerca de ella descubrí un pequeño plato de oro y lo guardé para sustituir el de mi madre. También encontré un arpón en buen estado, supuse que del tritón tuerto, y me lo colgué al

hombro.

Dana se metió un par de collares en el corpiño y Ceix se colgó un medallón de oro.

—Esto, por lo menos, es de Ponce de León –dijo.

—Lo siento, pero hay que irse –observó Pólux.

Salimos de la amplia galería, que se bifurcaba en dos oscuros pasillos.

—¿Y ahora? –preguntó Dana.

—Intentaremos subir siempre hacia la superficie –nos indicó Pólux–. Con el jaleo quizá podamos escapar sin ser vistos.

Siguiendo una débil luz, entramos en una cámara grande, cubierta de agua hasta la mitad, con el techo agujereado por el que entraban los rayos de la luna. Reinaba un extraño silencio.

—Aquí hemos estado antes, ¿no? –pregunté.

—Yo creo que no –contestó Dana.

—¿Y de qué conozco este sitio?

Miré hacia abajo y descubrí el agujero por el que unos días antes había salido de nuestro zulo, encontrando, en el lugar donde nos hallábamos ahora, al tiburón blanco.

—Aquí estaba el tiburón… –añadí.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Parece que ha desaparecido –dijo Pólux–. Nadaremos junto a la pared.

Habíamos cruzado la mitad de la cueva, cuando frente a nosotros apareció el tritón de Alejandría con la serpiente en el cuello. En su mano derecha empuñaba un tridente gris y azulado. Detrás de él nadaba una serpiente gigante, negra y tan larga que no se veía el final de su cola.

49

—¡Pólux! –gritó el tritón, y detuvo con la mano a la serpiente gigante, que ya se abalanzaba hacia nosotros.

—¡Forcis! –murmuró Pólux.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! –dijo el tritón con sorna–. Secuestrado en tu propia cárcel por cuatro mequetrefes… Incapaz de escapar… Tan inútil como siempre…

Pólux apretó los puños.

—¿Tú robaste el tridente de Océano?

El tritón lo miró con satisfacción y continuó hablando:

—Te he estado buscando. Mi amo quiere hacer un pacto contigo. Un pacto muy sustancioso. Lo aceptarás.

—¡Jamás! –contestó Pólux apretando los dientes. Le temblaba todo el cuerpo.

—De todas las maneras, te vendrás con nosotros y nos dirás lo que queremos saber –continuó Forcis.

—Eso lo veremos…

—¡Cogedle! –dijo a dos tritones que aparecieron detrás de él.

Y después, golpeando el lomo de la serpiente, añadió:

—Los niños son para ti.

La serpiente avanzó zigzagueando hacia nosotros, despacio, con la cresta del lomo levantada. Su cuerpo, brillante y negro, llenaba la sala de un extremo al otro. Mientras cargaba la escopeta, pasé la bolsa de asafétida a Dana, que sacó un puñado de la resina marrón y lo lanzó delante de nosotros. La serpiente se detuvo. Momento que aproveché para lanzarle un arpón, que rebotó en su piel dura, como si se tratara de un alfiler.

Bajo la mirada escrutadora de Forcis, los otros dos tritones habían agarrado a Pólux y se lo llevaban.

—¡Pólux! –grité.

Lancé un segundo arpón que dio en el brazo de uno de los tritones, que retorciéndose de dolor soltó a Pólux. El otro tritón agarró al prisionero con más fuerza y tiró de él.

—¡Rápido! –gritó Ceix.

Cargué otro arpón que pasó rozando la cabeza del segundo tritón, que al agacharse se golpeó con la pared. El arpón al rebotar, también rozó a Pólux en el costado, que enseguida comenzó a sangrar. Pólux aprovechó para coger del tritón aturdido una pistola de aire comprimido y le disparó en la pierna.

—¡Inútiles! –gritó Forcis, que empuñó el tridente gris y lo dirigió a la cabeza de

Pólux.

—No me puedes matar, yo tengo el secreto –le dijo Pólux, apuntándole a su vez.

Mientras tanto, la serpiente nos había rodeado y arrinconado contra una de las esquinas de la cueva. La asafétida la mantenía a un par de metros de distancia, pero sus ojos rojos no se separaban de nosotros, su futura presa. Cada segundo que pasaba se acercaba más su lengua bífida amarilla.

—¿Qué hacemos? –murmuré.

De pronto, con la luz de la luna, se proyectó sobre nosotros la sombra del tiburón blanco. Sin duda venía atraído por la sangre de los tritones heridos.

Forcis intentó desarmar a Pólux con ayuda de una red. Enseguida el tiburón se abalanzó sobre los tritones. Los gritos eran estremecedores.

—Se me acaba –dijo Dana, refiriéndose a la asafétida.

La serpiente se movió nerviosa con la presencia del tiburón.

De un empujón, Pólux se libró de Forcis y de su red. Sin dudarlo y con gran rapidez, nadó hacia nosotros, dejando un hilo de sangre, y se agarró al cuello de la serpiente, que al notar su peso se revolvió con violencia.

El tiburón ya había acabado con los tritones, y buscaba, atraído por la sangre, su siguiente presa.

—¡Pólux, suéltala! –grité, cargando de nuevo la escopeta con un arpón.

Sabía que no podría matar a la serpiente, pero sí al tiburón, que se acercaba a Pólux.

—¡No mates al tiburón! –gritó Pólux.

Pero mi dedo ya había apretado el gatillo y, sin un golpe certero de Ceix sobre el arma, el disparo habría impactado contra el escualo. En su lugar atravesó la mano de Forcis, que desapareció con el tridente en la galería por la que había entrado.

Cerrando los ojos, el tiburón abrió sus fauces sobre Pólux, que con mayor fuerza se agarró a la serpiente. El mordisco certero en la cola de Pólux arrancó también un buen pedazo de cuello de la serpiente, que, olvidándose de nosotros, se giró hacia el tiburón para enfrentarse a él. Con un furioso movimiento retorció su cola, que nos golpeó a los tres.

En ese momento, el arquitecto se soltó y cayó al suelo de piedra.

—¡Vámonos! –gritó Ceix.

—¡Tenemos que sacarle de aquí! –contesté señalando a Pólux, malherido.

Ceix y yo nos acercamos y tiramos de él hacia la entrada de la cueva. Debíamos llevarle a una cavidad en la que no pudiera entrar el tiburón, que, si no moría en la pelea, seguiría el rastro de sangre. Fue Dana, la que encontró una gruta en codo y bastante estrecha. Pusimos a Pólux sobre el suelo con cuidado y le agarré la mano.

—¡Gracias! –susurré.

—¡Stella, sálvanos! –murmuró.

—Pólux, necesito que me digas dónde está el superviviente, el que tiene la llave.

—No se sabe, ni siquiera es seguro que exista un superviviente… Desapareció cuando mataron a los gobernadores… Dijeron que habían muerto todos…

Pólux se contrajo con una mueca de dolor.

—¿Y qué hacemos? ¿Dónde lo encontraré?

Pólux me miró fijamente y de pronto con un gesto rápido agarró la cadena de mi cuello de la que colgaba la pequeña caja con la llave.

—Stella, ya la has encontrado –concluyó mirándome fijamente.

Dejó caer su mano sin fuerza.

—¡¿Qué?!

—¡Eres tú! ¡Eres nuestra única esperanza! ¡Acaba con él!

—Ahora no te preocupes, te sacaremos de aquí –añadió Dana, que apretaba lo que le quedaba de cola para contener la hemorragia.

Me di cuenta de que aquel hombre se moría y que aún debía darle un último mensaje. Simulé una sonrisa.

—En el puerto te espera Electra.

—¿Electra? ¿La hermosa Electra? –preguntó con un hilo de voz.

Respiró con dificultad y añadió:

—Dile que nunca la olvidé, que me perdone.

—Se lo diré –contesté apretando sus manos callosas entre las mías.

Entonces, dejó de respirar.

Entre nosotros se hizo un profundo silencio, hasta que Dana comenzó a rezar las primeras palabras de una oración, a la que nos unimos.

—Le llamaremos Sabio Salvador –anunció Ceix.

—¿Y Salvador Traidor? –pregunté, recordando a Electra.

—¿Cabronazo Salvador? –añadió Dana.

—Mejor Sinvergüenza Salvador –sugerí.

Un fuerte golpe nos devolvió a la realidad.

—¡El tiburón! –murmuró Dana.

Salimos de la cueva y lo vimos, herido, acercándose a nosotros atraído por la sangre. El pasillo era demasiado estrecho para su cuerpo, pero sus rápidos movimientos le ayudaban a nadar. Nos dirigimos veloces hacia el otro extremo de la galería, mientras acababa con lo poco que quedaba de Pólux.

—¡Por un agujero más estrecho! –gritó Ceix, que iba el primero.

Yo me había quedado la última y notaba cómo el tiburón se aproximaba de manera peligrosa.

Pero el camino nos llevaba hacia arriba, al mar abierto. Me giré y encontré sus ojos de muñeca fijos en mí.

—¡Más rápido! –chillé.

Sería un triste final acabar comida por un tiburón después de haber sobrevivido a un secuestro y a una serpiente marina.

Solo unos metros nos separaban de la superficie, cuando se escuchó un fuerte disparo a nuestras espaldas. Me volví sin dejar de nadar, y vi al tiburón blanco atravesado de un lado a otro por un arpón. Lo había lanzado un tritón, que llevaba un brazalete negro en uno de los brazos.

—¡La policía! –exclamó Dana.

Nos detuvimos, y a nuestro alrededor aparecieron, rodeándonos, muchos más tritones y sirenas. Y, entre ellos, Alfeo y Lorelei, que nos abrazaron con fuerza.

50

En el hospital de Sant'Angelo en el estrecho de Mesina nos curaron las heridas provocadas por el golpe de la cola de la serpiente. Mi espalda y la de Dana aparecían cruzadas por un latigazo oscuro y arrugado de un centímetro de ancho. A Ceix le había alcanzado en el cuello y parte de la mejilla.

—Desde ahora nos llamarán «Los tres flagelados» –dijo Dana el primer día que vio la herida en un espejo–. Espero que esto desaparezca pronto. ¡Qué antiestético!

—Lo siento –contestó una de las enfermeras que nos cuidaba–. Todavía no se ha inventado nada para borrar estas cicatrices.

—No se preocupe, que ya lo inventaré yo –replicó Dana.

—Porque nadie sabe nada, pero seguro que escribirían canciones sobre nosotros –susurró Ceix–. Algo así como: «De cómo los tres flagelados libraron al mundo marino de la amenaza de Leviatán».

—¡Eres más fanfarrón que una orca asesina! –exclamó Dana–. Para ti va a ser horrible, cuando tus amigas vean cómo tienes el cuello.

—¡Ah, no! Todas caerán rendidas ante mis heridas de guerra… –contestó, mientras me miraba de reojo.

Suspiré. No habíamos acabado con Leviatán, solo habíamos evitado que escapara de su cárcel en el abismo del océano. En lo más profundo sabía que Leviatán esperaba y que antes o después volvería a encontrarme con él.

Durante la semana que estuvimos en el hospital cada noche tenía pesadillas con la serpiente gigante y me despertaba asustada y chillando. A veces me encontraba a Dana y a Ceix en mi habitación mirándome con gesto preocupado.

—¿El bicho? –me preguntaba Dana.

Afirmaba con la cabeza.

—El bicho.

Por lo menos ya había dejado de soñar con Calipso suplicante.

Alfeo y Lorelei vivían en el albergue para sirenas y tritones cercano al hospital y todas las tardes venían a vernos con centollos y langostas recién capturados. Alfeo, que parecía diez años más viejo, nos contó cómo nos habían tendido la trampa en Mesina, empujando la barca de los chicos hacia Caribdis.

—No os tenía que haber dejado solos, pero… esos chicos se hubieran ahogado. Creí

morirme cuando me di cuenta de que habíais desaparecido.

—Además de serpientes gigantes encontramos amigos inesperados –contesté acordándome de Pólux–. Dicen que siempre detrás de un mal se esconde un bien.

Por primera vez desde que lo conocía, Alfeo, con sus dos metros y el bigote negro, parecía frágil, como atormentado por los remordimientos.

—Sí, claro.

En realidad solo sentía agradecimiento hacia él. Un sentimiento que pocas veces antes había vivido con tanta fuerza hacia un adulto.

Antes de dejarnos marchar, la policía nos hizo infinidad de preguntas sobre nuestros secuestradores y las serpientes gigantes, que se habían extinguido muchos años antes y no entendían qué hacían allí en Sicilia y aún menos en la cárcel de Gormax, lugar abandonado.

Nos llevaron a la comisaría de Sant'Angelo y nos hicieron reconocer a todas las sirenas y tritones que vivían en las cuevas y que habían participado en nuestro secuestro. Polifemo había resultado herido en un brazo, no así la jefa, la sirena de pelo verde, que nos miró con desprecio y señaló con un dedo amenazante a Ceix.

—Ahí tienes a tu novia –le susurré a Ceix.

—¡Anda, no me fastidies!

—¿La conocéis? –nos preguntó la inspectora de policía. Una sirena mayor de pelo gris.

—Sí, era la jefa que mandaba en todo –contestó Ceix.

—Ocipeta la Bella…

—¡¿Ocipeta la Bella?! –interrumpí a la inspectora.

—Sí, una de las delincuentes más buscadas de estas costas. Había desaparecido hacía un año y nos preguntábamos dónde se había escondido, hasta que comenzaron a desaparecer viajeros en el estrecho de Mesina y pensamos que estaría detrás.

—¡Vaya belleza! –añadió Ceix.

—Fue una de las sirenas más hermosas de Sicilia. Tan bella como cruel. Cuando comenzó a envejecer, no dudó en secuestrar a pequeños tritones y hacer extraños rituales sangrientos de las Górgonas para recuperar la juventud.

—¿Pequeños tritones? –pregunté asustada.

—Sí, tritones muy guapos que eran asesinados –contestó mirando a Ceix, que apartó rápido la vista.

Después de Ocipeta, pasaron delante de nosotros otros personajes a los que no habíamos visto nunca. Mientras los miraba, esperaba, con cierta ansiedad, encontrar a Forcis, el enviado de Leviatán.

—¡Falta uno de ellos, uno más mayor! –comenté–. El más importante. Le hirieron en la mano.

—Esto es todo lo que hay –contestó la inspectora–. Esas serpientes se comieron a algunos y todavía no tenemos sistemas de identificación por ADN como la policía de fuera…

—Pero las serpientes vinieron con ese hombre llamado Forcis –insistí, también para comprobar lo que la policía conocía sobre el asunto.

La sirena levantó una ceja.

—¿Forcis?

—Sí.

—¿Tenía un tatuaje aquí? –preguntó, señalándose el brazo.

—Exacto: una humana a la que se le subía el vestido con una corriente de aire. Y llevaba un tridente.

Intercambió una mirada con el tritón ayudante, que le acompañaba.

—¿Tridente? ¿Estás segura? ¿No habrás visto su dibujo en la comisaría?

Negué con la cabeza.

—Pues sigue en la ignorancia. ¿Qué sabes de él?

Pensé que, si le contaba todo la historia de Calipso, se me complicaría la vida demasiado, así que me limité a decir:

—No sé, lo encontramos al llegar a Alejandría, y luego aquí, buscaban a un tal Pólux, uno de los prisioneros, que sabía algo de Leviatán…

—¿Leviatán? –preguntó levantando la otra ceja–. El Leviatán está a buen recaudo. Hace años que yo misma me aseguré de ello. ¿Y el tridente? ¿Qué hizo con él?

—No sé, se lo llevó.

Me miró fijamente a los ojos como buceando para encontrar algo más, pero enseguida se giró hacia su ayudante.

—Bueno, ahora que hemos cogido a Ocipeta y su banda de secuestradores, solo queremos saber dónde consiguieron los huevos de serpiente gigante. En esta zona hay mucho contrabando de especies protegidas –concluyó con cierta indiferencia.

Parecía que la policía no sabía nada y que el secreto de la jaula de Leviatán quedaría entre Calipso, Pólux, Proteo –muertos– y nosotros tres –aún vivos.

Antes de salir de la comisaría, busqué el dibujo de Forcis y encontré una plancha de piedra con cuatro relieves cerca de una columna junto a la puerta. En cada dibujo llevaba un peinado y barba distintas. Debajo de los relieves venía su nombre y su fecha de desaparición que coincidía con la Segunda Revuelta catorce años antes.

El día de nuestra partida me desperté temprano cuando aún no había amanecido, y subí a una de las terrazas superiores del hospital. El mar había erosionado la superficie de las rocas formando unas piscinas naturales. Me tumbé, apoyé la nuca y mi pelo estropajoso y con cierta tonalidad verde sobre una piedra alisada mientras dejaba que las

olas mecieran mi cuerpo. A mi lado correteaba un pequeño cangrejo oscuro. Frente a mí la costa cambiaba de color con la salida del sol, como la superficie del agua: ya había conocido todos los colores del mar. Y gracias a Ceix y a Dana había sobrevivido. Dos meses antes no hubiera confiado en ellos ni para ir al cabo Cope, ahora me iría al fin del mundo. Un hilo invisible nos unía: el que une a las personas que juntas han soportado grandes tribulaciones.

Después de lo ocurrido con los secuestradores y las serpientes también me sentía agotada, como si me hubieran exprimido. No tenía ganas de regresar a la playa de la Isla, y mi madre, mis amigos aparecían en mi mente como imágenes desvaídas y sin color. No sentía añoranza. Ni siquiera la imagen de Pau me hacía salir de la apatía. ¿Me recordaría?

El cielo detrás de las piscinas ya se coloreaba de naranja, cuando noté un movimiento en el agua, y, antes de poder incorporarme, una cabeza se asomó al borde de la piscina. Era Ceix.

—¡Qué susto me has dado!

—Y tú a mí, cuando he descubierto tu cama vacía –contestó Ceix sentándose a mi lado de un salto–. ¡Bonito amanecer!

Afirmé con la cabeza sin saber qué decir. Nunca hubiera imaginado que Ceix velaba tanto por mis sueños y mis pesadillas. A pesar de sus dientes picudos, cada día me resultaba más atractivo. Era el sueño de cualquier sirena. De ahí que tuviera tantas amigas… Y tan desagradables.

Guardamos silencio unos segundos mirando el horizonte.

—¿Estabas pensando en él? –preguntó Ceix mirándome.

—¿En él?

—Sí, en Pau, del que hablaste a mi hermana… ¡Una de las maravillas de la creación! –contestó imitando mi voz.

Forcé una sonrisa sin contestar. Sentí que la piel blanca de mi cara se teñía de rojo, como el sol a nuestras espaldas.

Ceix estiró el brazo y con rapidez capturó al pequeño cangrejo, que se metió en la boca con un crujido.

—¡Delicioso! Y ¿puedo preguntarte si ya le has besado? –continuó Ceix.

—¡¿A ti qué te importa?! –exclamé.

—Bueno, claro que me importa, porque, cuando una sirena besa a un humano, queda unida a él para siempre… –contestó.

—¿Y? –pregunté, disimulando la vergüenza.

—Es un problema.

—¿Y puedo saber por qué? –pregunté con chulería.

—Porque Leviatán, ese ser maligno, sigue en el abismo y no se ha escapado… que es

lo que quiere. Y, Forcis, el payaso de la serpiente al cuello que buscaba a Pólux ha desaparecido con su super-tridente –contestó moviendo las manos sobre su cabeza.

—Y con un agujero de bala en la mano –apostillé.

—Eso quiere decir que está libre y nos conoce, y te conoce a ti, y sabe que entraste a los Archivos Secretos, donde no puede entrar nadie. Y se preguntará cómo lo hiciste. Y seguirá buscando la llave de Xiro, que, si no me equivoco, cuelga de tu cuello.

Apreté la cadena con una mano. Ceix estiró el brazo y tocó los restos de la cuerda de Polifemo que aún colgaban de mi muñeca.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi primo?

—Bueno, primo tuyo en realidad no es –contestó, rompiendo en dos una de las pinzas del cangrejo.

—No, pero como si lo fuera –contesté con impaciencia.

—Pues que tú eres la elegida de la que hablan las crónicas, la superviviente.

Metió la pinza del cangrejo entre mi piel y la cuerda, y la rompió.

—De verdad, que yo no entiendo nada de esos rollos de la elegida… ¿Y qué tiene que ver con mi primo?

Ceix se estiró, bostezó, se acercó al borde de la roca.

—Stella, ¡pierde la inocencia! ¡La fiesta acaba de empezar! –exclamó y despareció en el mar.

El camino de vuelta fue muy rápido, ya que Lorelei y Alfeo habían traído dos delfines para cada uno.

Yo no me podía quitar de la cabeza lo de la elegida, pero no me atrevía a preguntar a Ceix, que, según nos acercábamos a nuestra costa, se mostraba más arisco y volvía a comportarse como el mismo chulo engreído de siempre, lo que me provocaba malestar interior. En Los Alcázares me di cuenta de que había desaparecido y sentí cierta inseguridad.

—¿Y Ceix? –pregunté a Lorelei.

—No te preocupes, se ha ido con unas amigas a La Manga. Se ha despedido de manera muy extraña, solo ha dicho: «Mantenedme al margen». Curioso, ¿no?

Forcé una sonrisa.

—Dice el refrán que el que nace renacuajo muere rana, yo creo que este chico no va a cambiar nunca. A menos que encuentre una sirena con carácter.

Habíamos pasado el puerto de Cartagena y doblábamos el cabo Tiñoso, cuando tras un banco de sardinas descubrí un animal que nadaba hacia nosotros.

—Creo que alguien, que te ha echado mucho de menos, viene a buscarte –comentó Lorelei.

Miré con atención y reconocí a Boba. Nadé hacia ella y la aupé hasta la superficie.

Parecía contenta de volverme a ver. La agarré por el caparazón e hicimos juntas el resto del camino. La costa que bordeábamos tan conocida, me pareció distinta, quizá era yo la que había cambiado y la observaba con ojos nuevos. Jamás abandonaría el mar que tanto había odiado los primeros días, cuando descubrí que era una sirena.

51

En Cueva de Lobos nos esperaban Ainé, Glauca y Ponto. Enseguida me llamó la atención lo bronceados que estaban en comparación con nosotras las secuestradas. Ponto al vernos saltó por encima de nosotros y salió varios metros por encima de la superficie.

—Hijo, no hagas eso a plena luz del día –le regañó Alfeo.

—¿No está Melusina? –pregunté, al notar su ausencia.

—No –contestó Ainé–. Fue llamada a Tula.

Me recorrió un escalofrío, al recordar a Calipso y su terrible muerte.

—¿A Tula? –pregunté con precaución.

—Sí, llegó un mensaje secreto. Y no sabemos más.

—¿Cuándo vuelve? –pregunté, y, al mirar a Ainé, me percaté de que se le notaba sobre la piel de los brazos la señal de una camiseta, como los albañiles.

—Un día de estos… No tardará. Y ahora, con Melkarth como delegado de gobernación en el Mediterráneo, todo va a ser mejor.

—¿Melkarth? –pregunté sin ocultar mi asombro.

—Sí. ¿Pasa algo?

—No, no, solo me ha sorprendido. ¿Y Bad sigue siendo su secretario?

—¡Qué va! ¡Ha ascendido! Ahora es el delegado marítimo de Orán.

—¿Y eso significa? –pregunté, acordándome de su sonrisa babosa y sus ojos grises.

—Que ahora es él el que manda en la ciudad.

—¡Alabado sea Neptuno! ¡Pobres sirenas de Orán! ¡Es más pesado que un ancla oxidada! –exclamó Dana.

Ainé sonrió y noté la marca de unas gafas de sol sobre su cara.

—No se puede comparar con Cástor, pero es un tritón muy simpático y buen amigo de la familia…

—Todo tuyo –interrumpió Dana.

—Y me ha invitado a su casa.

—¿Cástor? –preguntó Dana, y recordé al tritón que parecía cortejar a Calipso.

—¡No! ¡Bad!

Mientras sentía una punzada en el estómago, Dana contestó con un respingo:

—¡A la cueva de Bad irás por encima de mi cadáver!

—¡Cómo te pones! Seguro que mejor que el Oannes ese de color erizo muerto…

—¡Serás…!

—Ainé se giró hacia mí y añadió:

—Por cierto, tú si tienes una casa bonita…

La miré extrañada y en ese momento Dana me agarró del brazo alejándome de su hermana. La cara tenía el mismo color que su pelo y le temblaba el labio inferior.

—Tranquila, Oannes es un tritón muy… atractivo –le dije–. ¿Quieres que vayamos a pescar algo?

—¡Es horrible: se me ha quitado hasta el hambre!

—¿También de tomates de mar?

—¡Ah! ¡Los tomates! ¡Hace tanto que no como tomates! Casi los olvido en esa cueva espantosa.

La cara de Dana se llenó con una sonrisa.

—Vamos ahora mismo –contestó Dana–. Por cierto, el sábado quedamos a las siete en la isla.

—¿De la tarde?

—Sí, claro, me vas a presentar a tus amigos… al de la piragua.

—¿Piragua? –pregunté desorientada.

—Sí, ¿tienes amnesia? A tu primo. ¿Traes ropa o la consigo yo?

—No, la traigo yo. No dejes a ninguna bañista en cueros.

Nadamos hacia el faro seguidas de Boba, como antaño con Calipso, y nos detuvimos en el Cabezo del Castellar, verdadero paraíso de los tomates de mar preferidos de Dana. Como los tomates no me atraían demasiado, saqué la cabeza a la superficie para ver el cielo y poder respirar aire en la superficie.

Soplaba el lebeche. De pronto el viento trajo a mis oídos el sonido de una carcajada. No era una risa cualquiera, sino una risotada conocida. Parecía provenir del club náutico, así que le hice a Dana una señal de que me marchaba –y de la que ni se dio cuenta, tan metida estaba en los tomates–, y comencé a nadar hacia el espigón del club. Volví a oír la risa hasta debajo del agua y de mis recuerdos más profundos surgió, como un espectro, la figura de Vanesa. La risa se repitió varias veces con estúpida insistencia, lo que me permitió descubrir que provenía de un yate anclado a unos metros del espigón, alejado de los otros veleros y embarcaciones. En el yate parecían celebrar una fiesta y enseguida lo distinguí como el yate que los padres de Vanesa le regalaron cuando se fueron a vivir a Suiza y ella se quedó con su abuela.

Me acerqué y reconocí a la mayoría de las personas que en la borda hablaban y bebían. Todos amigos de Vanesa de las urbanizaciones. Relucía el pelo teñido de rubio del Sebas, que el viento lebeche movía con sus dedos.

Pero no veía a Vanesa. Su risa nerviosa me guió hasta una colchoneta hinchable rosa con forma de labios atada a la popa del yate. Sentados en la mitad de los labios, estaban ella y su novio, y sus pies colgaban sobre el mar. Parecía que los habían tirado al agua,

porque llevaban vestidos de fiesta empapados. Vanesa, en concreto, uno de lentejuelas gris, que la hacía parecer una sirena barata.

De pronto todos los de la fiesta se acercaron a las barandillas y comenzaron a cantar el cumpleaños feliz.

Como si tuviera una iluminación comprendí que era el momento que esperaba desde hacía muchos años. Me acerqué al yate, saqué la mano y desaté los labios. Comencé a tirar de ellos, y, cuando Vanesa notó que se movían y giraba, gritó con alegría, pensando que todo estaba preparado y se trataba de una broma de sus amigos. A unos diez metros del yate, golpeé por debajo a su novio, que cayó al agua con un chapoteó. Vanesa soltó otra carcajada de alegría.

—¡Eh! ¡Que yo tengo las llaves del yate! –gritó, sacando un manojo por encima de su cabeza.

«¡Han cantado bingo!», pensé.

Y entonces comenzó lo bueno: agarré el cabo con fuerza y tiré de la colchoneta, alejándola del yate, mientras Vanesa se reía. Y tiré de la colchoneta… hasta que estuvimos en mar abierto y Vanesa dejó de reírse. Y continué tirando hasta que ya veía la Otra Costa frente a mí y Vanesa gimoteaba subida a unos labios hinchables de color rosa, sin entender qué viento la había empujado allí. Calculé que en unas tres horas tocaría tierra, el mismo tiempo que ella entrenaba cada día. No se ahogaría, pero pasaría un rato divertido con su vestido de escamas grises: ¡Feliz cumpleaños!

Media hora más tarde, cuando el sol declinaba, salí del agua en la cala del faro, bajo la mirada de Boba, que no se separaba de mí. Ainé me había dejado un bolso de playa con ropa y para mi asombro, cuando lo abrí, reconocí una camiseta y unos pantalones míos. ¿Qué hacía Ainé con mi ropa?

Subí la cuesta del faro y me dirigí a casa. Me llamó la atención la bandera roja en la playa del Puerto. Era la segunda vez en mi vida que la izaban. La primera fue cuando se rompió la depuradora.

Cuando abrí la puerta, mi madre, que pintaba en el patio, se levantó y corrió hacia mí, para abrazarme.

—¡Dios mío! ¡Pensábamos que no volverías!

—Lo siento… –contesté, sin querer dar muchas explicaciones, pero enseguida me di cuenta de que mi madre sabía más de lo que yo esperaba.

—¡Menos mal que Melusina me contó lo del secuestro y el rescate! Yo no podía ayudar desde aquí de ninguna manera…

—Lo siento –repetí.

—¡Tienes un aspecto horrible! –dijo, sujetándome la cara con las dos manos.

Me limité a sonreírla y saqué el plato de oro del tesoro de Ocipeta.

—¿Para mí? Esto es… ¿Oro azteca?

—No sé, para que sustituya al roto.

—Creo que es demasiado bueno para colgar en nuestro patio. Además el pegado me gusta más así: roto. Este lo guardaré. ¿No será robado?

—¡No!

—No me digas de dónde lo has sacado…

Encima de la mesa de mi habitación encontré en un sobre las fotos de Mariano y los negativos. Ya las había olvidado. Las observé despacio y me di cuenta de que cualquiera me hubiera reconocido. En las fotos había un papel pegado: ¡Te esperamos!, habían escrito junto al dibujo de un pez.

—¡Pau! –susurré llena de agradecimiento.

¿Qué pasaría ahora con él? ¿Con él y conmigo? ¿La advertencia de Ceix para que no le besara iba en serio? ¿Quería besarle realmente? ¿Y él a mí? ¿Por qué quería besarle? ¿Para demostrarle mi «amor»? Y lo más importante: ¿Me recordaría?

Antes de empezar a comerme la cabeza con preguntas filosóficas sobre si el beso siempre es signo de amor verdadero, y si lo que yo sentía por él coincidía con la definición de ese sentimiento, me metí en la ducha de agua dulce y caliente y lavé mi pelo tres veces con jabón y dos con suavizante. Me vestí con una camiseta y unos pantalones vaqueros, y salí al patio donde me esperaba mi madre con todas sus preguntas y unas tijeras en la mano. En mi casa era imposible salir a la calle sin pasar por el patio.

Miré las tijeras.

—Tienes el pelo verde –dijo mi madre.

—Bueno…

—Ahora mismo te lo voy a cortar.

—¡No, que tengo prisa!

—¿Prisa? Llevas tres semanas fuera secuestrada y ¿tienes prisa? ¡Siéntate!

Mientras mi madre cortaba los mechones de pelo que caían al suelo, me obligó a contarle lo ocurrido en Alejandría y en Gormax, aunque omití los detalles escabrosos, los tiburones y las serpientes asesinas.

—¡Como me vuelvas a mentir…! –exclamó mi madre y, crack, cortó un mechón.

—No, te lo prometo.

—¡No volverás al mar!

Crack, cayó otra greña al suelo.

—¡Cuando quieras marcharte a algún sitio, hablaré antes con Melusina!

Crack. La tijera cercenó otro trozo de pelo.

—¡Qué me dejas calva! –exclamé, levantándome y comprobando que aún quedaba algo de mi cabellera.

Cuando fui a tirar el pelo a la basura, me di cuenta de que en la cocina sobresalían del cubo decenas de bolsas de pescado congelado.

—¡¿Qué es esto?! –le pregunté a mi madre.

—No me ha dado tiempo a contártelo aún. La situación en el mar durante vuestra ausencia fue espantosa, aparecieron unas serpientes negras que atacaron a varios niños. ¿No las habéis visto durante el viaje?

Hice un gesto extraño con la cara, para no mentir. Y ella continuó hablando.

—¡Menos mal! Tenemos bandera roja en casi todas las playas. Con la ausencia de Melusina, Ainé y sus dos hermanos pequeños tuvieron que pasar aquí unos días.

—¿En serio?

Comprendí por qué estaban tan morenos.

—Sí. Me has tenido estas tres semanas con el alma en vilo… ¡Y no se lo podía contar a nadie! Les dije a todos que estabas de viaje. Solo lo sabía Pau, que siempre preguntaba por ti.

—¿Y Pau? ¿Dónde está? –pregunté ocultando mi ansiedad.

—No sé, supongo que entrenando como todas las tardes.

—¿En el puerto?

—Sí, hija, ¿dónde va a entrenar si no? ¿Tienes amnesia?

—No, me voy –dije cogiendo una chaqueta de mi habitación.

—¿Sin merendar?

—No te preocupes, que me he comido un atún rojo buenísimo antes de llegar.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta de la calle, oí la voz de mi madre:

—Por cierto, esta noche se estrena la obra de Julia.

Había olvidado por completo la obra que representaba mi amiga. Debía ir a verla, invitaría a Pau a acompañarme. Si aún se acordaba de mí.

Anochecía, cuando salí hacia la playa del Puerto. El pueblo parecía vacío sin los veraneantes. En el paseo marítimo descubrí a Electra sentada en uno de los bancos mirando al mar. A su lado descansaba el gato color caramelo y el carro con las bolsas. Al día siguiente iría a hablar con ella sobre Pólux y su muerte, pero no debía desviarme del fin con el que me había encaminado al puerto. Si no había calculado mal, a esa hora acababa el entrenamiento de mi primo y se dirigirían a la orilla para guardar las piraguas. Enseguida los descubrí, y esperé detrás de la caseta de la federación. No quería saludar a todos los chicos que entrenaban con él, ya que la mayoría iban a clase conmigo.

Tuve suerte, porque Pau se había quedado de los últimos recogiendo. Llevaba la camiseta blanca de Superman. El color de la pierna, antes escayolada, era más claro.

Cuando pasó junto a la caseta, salí a su encuentro.

—¿Puedo acompañarte a casa? –pregunté.

Pau me miró asombrado, sorprendido.
—¡Stella! –exclamó, abrazándome.
—¿Estás bien? –me susurró en el oído.
—Sí –contesté, sin querer separarme de él.
—¿Te podría dar un beso de bienvenida?
Un beso de sirena…
En ese momento se oyó el sonido continuo de una campana lejana.

52

Aquella noche Pau fue a buscarme a casa para ver la obra de teatro de Julia en el teatro municipal. No vino solo, sino acompañado de su madre, mi tía, que emitía unos gritos de alegría muy graciosos, sin dejar de darme palmaditas en la espalda.

—¡No sabes lo que te hemos echado de menos!

—Lo siento.

—Sobre todo tu primo, que ni dormía…

La cara de Pau comenzó a ponerse roja.

—¡Mamá! ¡Nos vamos! ¡Llegamos tarde! –interrumpió, agarrándome de un brazo para que saliéramos a la calle.

—¡Si yo también voy a ir! ¡Os acompaño! –dijo.

Pau y yo nos miramos, y en ese momento vino mi madre en nuestra ayuda.

—¡Deja a los chicos, que tienen muchas cosas de qué hablar!

Y así fue, durante el camino Pau me hizo contarle –con verdadero interés– lo que había encontrado en Alejandría y lo ocurrido durante el secuestro. Esta vez no escatimé en detalles sobre el tiburón, sus dientes, la serpiente marina de lengua roja, la de lengua amarilla y los polvos de asafétida.

—¿Estás segura de que te gusta el mar? –preguntó levantando una ceja–. Parece bastante peligroso.

—¡No! Un día bajarás conmigo –contesté.

—Seguro que mejor que las minas sí que es.

—No lo dudes.

—¿Bajar a las minas sirvió de algo?

De pronto, recordé los documentos de Xiro, la jaula de Leviatán. Los había olvidado en el último cajón de mi armario. Nadie debía saber que yo los tenía.

—Sí, claro. Por cierto, ¿cómo has conseguido las fotos de Mariano?

—¡Uy, las fotos de Mariano: robándoselas!

—¿Cómo?

—Méndez y yo somos amigos del guardia jurado del Instituto Oceanográfico…

Cuando llegamos al teatro, la sala estaba llena, y la puerta también. Me escabullí entre la gente para evitar más preguntas. Un amigo de Pau nos había guardado dos sitios en primera fila frente al escenario. Julia aún no sabía que yo había vuelto y, si me distinguía entre el público, se llevaría una sorpresa.

Se apagaron las luces y cinco minutos después salió Julia con el traje de exploradora color *camel*. Antes de empezar a hablar me descubrió y se quedó con la boca abierta mirándome. Como no reaccionaba, Luis de Leiva, su compañero, le susurró:

—Ingrato es el amor…

Julia no reaccionaba.

—Decía que ingrato es el amor… –enunció Luis, agarrándola de la mano.

Julia sin dejar de mirarme contestó:

—¡Más ingrato que el amor es la amistad!

Cuando terminó la obra y unos minutos después de que saludaran y se despidieran en el escenario, Julia nos esperaba apoyada en la jamba de la puerta del teatro.

—¡Serás…!

La callé con un abrazo.

—Pero ¿dónde has estado? ¿Dónde has estado, asquerosa? ¡Tres semanas de crucero con la ricachona esa!

—En Egipto y en Italia –contesté.

—¡Egipto! ¡Dios mío! ¡No te vuelves a ir sin mí! ¡Y encima con ese corte de pelo! ¿Es la nueva moda capilar de El Cairo?

En ese momento salió Luis de Leiva y se agarró a ella, felicitándola.

—¿Para qué queremos Paus teniendo Luises de Leiva? –me susurró Julia.

Pau y yo regresamos a casa por el Paseo Marítimo. Ya era de noche y pequeñas luces de colores resplandecían en la bahía. La luna grande y blanca posada sobre el mar iluminaba las olas que rompían en la playa. Antes de llegar a la zona de los restaurantes y heladerías me senté sobre la barandilla de piedra del paseo. Hice una seña a Pau para que se sentara a mi lado.

—Necesito que sepas algo.

Pau, mirando al frente, contestó:

—¿Te vas?

—No, que no me voy. Ya he cumplido mi misión.

—¿Entonces?

—¿Sabes lo que pasa cuando un humano besa a una sirena?

Pau sonrió.

—Creo que nada –contestó mirándose de arriba a abajo.

—Se unen para siempre.

Pau giró la cabeza y fijó sus ojos en los míos.

—¿Y qué pasa si un humano besa a una sirena dos veces? –preguntó.

—Pues no lo sé.

—¿Lo averiguamos?
—No tengo ningún inconveniente.

53

Lucía el sol al día siguiente cuando salí de casa. Me dirigí al Paseo Marítimo, donde esperaba encontrar a Cornelia mirando al mar.

Allí estaba en uno de los bancos frente a la playa de Puerto con el carrito lleno de bolsas y el gato color caramelo, en la misma postura que el día anterior. Dudé si se habría ido a dormir a su casa.

Me senté a su lado.

—¡Stella! –exclamó al reconocerme–. ¿Cómo ha ido todo?

No me dio la oportunidad de contestar.

—He pasado mucho miedo por vosotros: me contó Melusina que os habían secuestrado… ¿Y los de aquí? Los hijos de Lorelei tuvieron que salir a tierra. ¡Y esas horribles serpientes! –exclamó abrazando el gato caramelo con exageración.

—Parece que por ahora todo se ha solucionado.

—Sí, gracias a Melkarth.

Un escalofrío recorrió mi espalda y guardé silencio.

—¿Qué pasa? ¿Encontrasteis a Pólux? –preguntó con entusiasmo.

—Sí, estuvo secuestrado con nosotros. Llevaba muchos meses allí.

—¿Secuestrado? ¡Qué lastimica! ¡Ya me lo imaginaba, por eso no ha venido antes! ¿Y le liberaron? –preguntó Electra con una sonrisa, que enseguida se borró de sus labios al ver la expresión de mi cara.

—Sí. Pero…

—Pero ¿qué? –me interrumpió Cornelia, acariciándose el cuello con movimientos nerviosos–. ¿No quiere verme?

—Sí, tenía muchas ganas de encontrarse contigo. Pero…

—Pero ¿qué?

—Sufrió un accidente…

—¿Y qué pasó? Yo le cuidaré, esté como esté.

Bajé la cabeza, recordando a Pólux malherido.

—Ha fallecido –susurré.

—¿Muerto? ¡No!

Electra agachó la cabeza.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no volvería!

—Lo siento, Electra. Dio su vida por nosotros, para salvarnos. Antes de morir, me dijo que nunca te había olvidado y que te pidiera perdón.

Electra hundió la cabeza entre las manos y comenzó a llorar. Pasé mi brazo sobre sus hombros.

—¿Qué voy a hacer yo ahora? ¡Toda mi vida era Pólux!

—Electra, te ayudaremos. No estás sola.

—Estoy sola –gimió Electra– porque los traicioné: a Calipso, a los pescadores, a todas las personas de este pueblo.

La atraje hacia mí.

—El pasado ahora no importa, ya no existe. Todos cometemos errores. Puedes regresar al mar o puedes quedarte en la tierra, si así lo deseas.

Electra continuó sollozando, y entonces se levantó.

—Mi vida se ha acabado.

—¡No! ¡Eres muy joven! –exclamé.

Electra no contestó.

—¿Puedo ir mañana a verte? –insistí.

—Sí, por favor –contestó sin girarse.

Se sonó con fuerza con un pañuelo de tela verde floreada. Metió al gato color caramelo en el carro de la compra y se marchó hacia el final del paseo marítimo.

De pronto, descubrí a alguien haciéndome señas desde una boya de la playa. Saludé y me devolvió el saludo, elevándose un poco por encima de la superficie. Enseguida reconocí a Melusina. Por sus gestos deduje que quería que entrara en el agua.

Me estaba quitando las zapatillas cuando oí detrás de mí:

—¡Pero mira quién está aquí, la paleta del puerto, la fracasada! Pero ¿quién te ha cortado así el pelo? Perdón, ese estropajo –dijo una voz femenina.

Me giré y me encontré a Vanesa con dos amigas. Llevaba unas gafas de sol rojas que le ocupaban media cara y me miraba con chulería, mientras mascaba chicle.

—¡Te encuentras frente a la campeona de cien metros estilo libre! ¡Una inclinación a la reina de la piscina! –dijo.

La miré con una sonrisa irónica y me acerqué a ellas. Vanesa pareció asustarse, cuando agarré el collar de perlas, lo enrollé a mi dedo y tiré de él. La miré fijamente a los ojos y dije:

—La próxima vez no te voy a dejar a tres horas de la costa, sino a cinco. Y sin flotador rosa.

Vanesa abrió los ojos con asombro, mientras yo soltaba su collar con desprecio. Bajó la cabeza y, sin contestar, se alejó seguida de sus tres amigas.

Nunca hubiera pensado que se asustaría tan fácilmente. Quizá tras el disfraz de tiburón solo se escondía una medusa.

Dejé las zapatillas en la playa y me zambullí rápida en el mar.

—¡Stella! –me saludó Melusina cuando alcancé la boya–. ¿Cómo estás?

—Por ahora, viva.

Me miraba tan fijamente que parecía me estaba haciendo una radiografía y sentí vergüenza. Debió de notarlo, porque preguntó:

—¿Quieres que vayamos al Ríhuete?

Afirmé con la cabeza y nos dirigimos a una de las playas cercanas al Instituto Oceanográfico.

—¿No estará Mariano? –pregunté antes de llegar.

—Gracias a Dios, está de vacaciones. Se fue después de que entraran a robar en su despacho. Tuvo un ataque de ansiedad y le dieron la baja, creo que se ha ido a la meseta.

—Yo he recuperado las fotos que me hizo.

Melusina sonrió con un gesto de complicidad.

—¿Se te reconocía?

—Perfectamente.

—El próximo verano tendrás a Ceix como guardaespaldas –anunció.

—¡No, por favor!

—Así lo ha pedido Melkarth y así lo han confirmado los Tres Sabios –respondió conteniendo la sonrisa.

Nos sentamos en una cala apartada oculta por unas rocas.

—¿Los Tres Sabios deciden ahora si necesito guardaespaldas? ¿Y no hay otros tritones en el mar?

—Consultaré a Melkarth si puede mandar a otro, así Ceix se podría ir a estudiar a la ciudad.

—¿Melkarth es ahora el gobernador? ¿Melkarth? –insistí.

—Sí.

Fruncí el entrecejo.

—¿Por qué él?

—¿Por qué no?

—¿Es de fiar? –pregunté.

—¿Qué te lleva a pensar que no lo es?

—No sé, un presentimiento…

Cogí un poco de agua en la palma de la mano y me mojé la cara.

—¿Estás bien? –insistió.

—Quizá algo asustada. Pólux murió por salvarnos. ¿Ahora qué hacemos con Electra?

—No te preocupes, le dejaremos unos meses para que lo asimile. Y luego intentaremos que regrese al mar.

—¿Y el gato?

—¿Qué gato? –preguntó Melusina.

—El suyo, ¿lo va a abandonar?

Melusina sonrió.

—El gato es lo de menos… Pólux ha muerto y los seguidores de Leviatán no han conseguido abrir la jaula, pero se han escapado. Acabo de regresar de Tula. Fui llamada por los Tres Sabios, los mismos que hablaron con Calipso antes de que la atacaran, y que ya entonces conocían la conspiración para liberar a Leviatán. Encargaron a Calipso que te mantuviera lo más protegida posible y lo más alejada del peligro.

—Pues… hizo lo contrario.

—Entre las delegaciones que fueron a Tula para el gobierno de los mares mandaron una a buscar a Pólux y ponerlo a salvo. Pero los asesinaron.

—Vaya… –contesté pensativa.

—Quizá fuiste la primera persona a la que Calipso encontró antes de morir… o quizá podrías pasar desapercibida en el mar. Leviatán y sus seguidores con su inmenso afán de poder desprecian a cualquier tritón o sirena que consideren insignificante. Tú serías insignificante para ellos. Ya lo habías sido una vez.

La miré con asombro: ignoraba cuándo había coincidido antes con ellos.

—¿Cuándo? –me atreví a preguntar.

—¿Recuerdas que mataron a los últimos gobernadores?

—Sí, en los Archivos Secretos vi sus relieves.

—Ya me contarás cómo entraste en los Archivos Secretos… Pero no nos desviemos. Tú vivías en el palacio de gobernación cuando entró Leviatán.

—¿Yo? –pregunté asombrada.

—Tú, con tus padres.

—¡¿Mis padres?!

—Sí, tus padres, Rode y Dylan, trabajaban para el gobernador.

La miré fijamente. Mis padres eran los del relieve con el bebé: tres fechas de nacimiento y dos de defunción.

—¿En serio?

—Cuando Leviatán entró, asesinó a todos.

—¿A todos? ¿También a mis padres? –pregunté.

—Sí. Pero tú eras muy pequeña y además la hija de unos empleados. A Leviatán le pareciste un ser débil y no te mató.

Seguía su explicación llena de asombro. Melusina continuó:

—Nadie supo explicar ese comportamiento en una criatura tan perversa, que jamás ha mostrado compasión. Así que los Tres Sabios decidieron mandarte fuera en secreto.

Me sentía aturdida y llena de dudas.

—¿Con la llave de su jaula?

—Exacto.

—¿Se fiaron de una niña de dos años?

—Algún don tendrás cuando sobreviviste a Leviatán… o una fuerza superior que te protege. Porque… ¡menudo viaje a Alejandría!

Afirmé con la cabeza, dándole la razón.

—¿Y esos rollos del elegido tienen que ver con esto? ¿Con tener la llave?

—¿Piensas que eres la elegida? –preguntó Melusina con una sonrisa.

Me ruboricé.

—No sé. Proteo y Pólux me dijeron que lo era.

No me atreví a decirle que había oído su conversación con Melkarth en la que ella aseguraba que yo no lo era.

—¿Eres la superviviente que librará al mar de Leviatán? –insistió Melusina.

—No, realmente creo que no.

Melusina respiró profundamente como buscando una respuesta.

—No sé si eres la elegida… El futuro nos lo indicará. Pero, si estás destinada a acabar con Leviatán, lo mejor será que se mantenga en secreto. Por tu vida.

—Pero si Leviatán es inmortal, ¿puede morir?

—Leviatán no es Dios, debe tener algún punto débil… en su momento habrá que descubrirlo.

—En su momento espero no estar cerca.

—¿Tienes miedo? –preguntó Melusina y me acarició el pelo.

—Sí, y además no estoy preparada. Lo único que sé es que no abandonaré nunca el mar, pero todo esto me sobrepasa. ¿Por qué yo?

—¿Y por qué no? Te ayudaremos. Pero ahora tenemos que vivir en el presente.

Miré hacia la bahía y guardé silencio unos segundos.

—¿Y ahora yo qué tengo que hacer? Buscarán la llave… ¿No te la puedo dar a ti? –pregunté intentando sacarme la cadena del cuello.

—¡No! –exclamó–. ¡Tú debes guardarla! ¡Jamás se la des a nadie! Durante el invierno deberás vivir en el exterior y continuar con tus clases como una chica más.

Respiré aliviada.

—¿Con una vida normal?

—Con una vida normal –repitió Melusina con una sonrisa.

En ese momento, a nuestras espaldas una cresta rojiza de varios metros de largo se hundió delante de la bahía en su viaje hacia el océano.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Índice

Capítulo 1 5
Capítulo 2 11
Capítulo 3 16
Capítulo 4 19
Capítulo 5 24
Capítulo 6 29
Capítulo 7 34
Capítulo 8 37
Capítulo 9 40
Capítulo 10 42
Capítulo 11 45
Capítulo 12 46
Capítulo 13 52
Capítulo 14 54
Capítulo 15 58
Capítulo 16 60
Capítulo 17 67
Capítulo 18 70
Capítulo 19 76
Capítulo 20 80
Capítulo 21 83
Capítulo 22 87
Capítulo 23 91
Capítulo 24 95
Capítulo 25 102
Capítulo 26 106
Capítulo 27 109
Capítulo 28 112
Capítulo 29 115

Capítulo 30 122
Capítulo 31 126
Capítulo 32 130
Capítulo 33 135
Capítulo 34 139
Capítulo 35 142
Capítulo 36 149
Capítulo 37 155
Capítulo 38 159
Capítulo 39 163
Capítulo 40 167
Capítulo 41 172
Capítulo 42 176
Capítulo 43 179
Capítulo 44 181
Capítulo 45 184
Capítulo 46 189
Capítulo 47 191
Capítulo 48 195
Capítulo 49 199
Capítulo 50 203
Capítulo 51 209
Capítulo 52 215
Capítulo 53 218
Índice 223